

The background of the cover is a photograph of a pond. The water is dark and reflective, showing ripples and reflections of the surrounding environment. Several large, vibrant red flowers, possibly peonies, are in bloom, their petals saturated with color. A butterfly with orange and black wings is visible near the bottom center, perched on a flower. The overall mood is artistic and evocative.

SULLY

LA HERMANDAD BOOK 3

PENELOPE BLACK

SULLY

DARK ROMANCE MAFIA EN
ESPAÑOL

LE HERMANDAD
LIBRO 3

PENELOPE BLACK

Copyright © 2026 by Penelope Black

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

para Rachel Van Dyken.
Nunca olvidaré tu amabilidad y tus ánimos.

ÍNDICE

[Lista de reproducción](#)

1. [Sully](#)
2. [Alaina](#)
3. [Wolf](#)
4. [Alaina](#)
5. [Alaina](#)
6. [Alaina](#)
7. [Alaina](#)
8. [Alaina](#)
9. [Alaina](#)
10. [Alaina](#)
11. [Alaina](#)
12. [Sully](#)
13. [Sully](#)
14. [Alaina](#)
15. [Alaina](#)
16. [Alaina](#)
17. [Alaina](#)
18. [Alaina](#)
19. [Alaina](#)
20. [Sully](#)
21. [Rush](#)
22. [Alaina](#)
23. [CAlaina](#)
24. [Wolf](#)
25. [Alaina](#)
26. [Alaina](#)
27. [Alaina](#)
28. [Alaina](#)
29. [Wolf](#)
30. [Alaina](#)
31. [Alaina](#)

- 32. [Wolf](#)
- 33. [Alaina](#)
- 34. [Alaina](#)
- 35. [Sully](#)
- 36. [Alaina](#)
- 37. [Alaina](#)

[Epílogo](#)

[Una nota para los lectores](#)

[¿Listo para más?](#)

[Prólogo](#)

[Otras Obras de Penelope Black](#)

LISTA DE REPRODUCCIÓN

«Maps» de Yeah Yeah Yeahs
«Train in Vain» de The Clash
«MakeDamnSure» de Taking Back Sunday
«The Scientist» de Emily James
«Don't Cry For Me» de Cobi
«Rebellion (Lies)» de Arcade Fire
«Hateful» de The Clash
«Punk Rock Princess» de Something Corporate
«River» de Bishop Briggs
«Guys My Age» de Hey Violet
«Gooey» de The Glass Animals
«Desire - Slowed» de Hucci
«I Should Live in Salt» de Ásgeir
«Transatlanticism» de Death Cab for Cutie
«Y Control» de Yeah Yeah Yeahs
«There Is A Light That Never Goes Out» de The Smiths
«Ready to Start» de Arcade Fire
«Do You Realize?» de The Flaming lips
«We Are Free» de The Mowgli's
«Cosmic Love» de Florence + The Machine

UNO

SULLY

—BÉSAME, James, y dime que me quieres.

El sol brilla sobre nosotros mientras paseamos por Central Park. Los árboles forman una especie de túnel sobre nuestras cabezas y nos dan sombra del implacable sol de verano.

Dejo de andar y tiro de nuestros dedos entrelazados para acercarla. La sonrisa burlona que luce en la cara me provoca y, como la hechicera que es, me atrae con un simple movimiento de sus labios.

No puedo negárselo; no *quiero* hacerlo.

Suelto sus dedos y le paso un brazo por la parte baja de la espalda. Un pájaro cercano silba una melodía suave y una ligera brisa trae el dulce aroma de las peonías que crecen por aquí. Le deslizo la otra mano por la curva del cuello y le hundo los dedos en el pelo de la nuca.

Ella me rodea con los brazos y me acerca más. Es adictiva, mi princesa, y el órgano atrofiado que debería ser un corazón late con fuerza ante su afecto.

Solo ha latido por ella. Y después de su traición y su ausencia, prácticamente ha dejado de existir.

—Sabes que te quiero, princesa —le digo contra sus labios perfectos y carnosos. Su labio inferior es un poquito más grueso que

el superior, y no puedo resistirme a atraparlo entre mis dientes.

Alaina se aparta para presionar su promesa contra mis labios. —Y yo te quiero a ti. Siempre.

La adrenalina recorre mis venas ante esas sencillas palabras pronunciadas con tanta facilidad por esos labios perfectos. Solía pensar que el amor era de tontos, y entonces ella irrumpió en mi vida y todo lo que yo creía que eran gilipolleces resultó ser verdad.

Por desgracia, se fue de una forma igual de espectacular, y yo volví al punto de partida. El tonto, entonces, era yo.

La urgencia me martillea en las sienes, exigiendo que haga lo que sea para que no pueda volver a dejarme. No sobreviviría a una segunda vez.

—Esta podría ser nuestra vida, ¿sabes? Pasear por Central Park cogidos de la mano y llevar a casa nuestra pizza favorita.

—Y no te olvides de escaparnos detrás de ese matorral de ahí, hermano.

Presiono la mano en la parte baja de la espalda de Alaina por instinto. En cuanto me doy cuenta de que solo es mi hermano, me relajo. Ella gira la cabeza y ve a Wolf caminar hacia ella. Cuando está lo bastante cerca, él la rodea con un brazo por el cuello y acerca la cara de ella a la suya para darle un beso que es un pelín demasiado lascivo para mediodía en el parque.

—¿De dónde coño has salido, Wolf?

Se separa de nuestra chica, me levanta una ceja y sonríe con suficiencia. —Siempre he estado aquí.

—Yo también —dice Rush a mi espalda.

Siento una opresión en el pecho y mi mirada recorre nuestro alrededor con alarma, lo que dispara la adrenalina. *¿Por qué no sabía que estaban con nosotros?* Habría jurado que solo estábamos Lainey y yo.

—Joder, necesito dormir o algo. Estoy perdiendo la cabeza. —Me paso una mano por la cara mientras Rush se inclina para saludar a Alaina con un beso.

Ella se vuelve para mirarme, con una conocida picardía brillándole en los ojos.

—¿No sería genial? Todos nosotros juntos, todo el tiempo.

Miro fijamente a mi chica, la forma en que su camiseta de tirantes de los Ramones se agita con la brisa caliente. Cuando miro sus ojos conmovedores, me olvido de toda la mierda horrible de mi vida. De toda la mierda que todavía me espera. Sé en lo más profundo de mis entrañas que ella es lo único bueno que tengo.

—Pues sí. Creo que estaría bien, Lainey. —Le rozo la mandíbula con mis labios con cada palabra.

Sus dedos se aferran a mi camiseta y emite un pequeño ruidito de satisfacción.

—Entonces, ¿por qué me torturas, James? ¿Por qué siempre me abandonas?

Echo la cabeza hacia atrás, con el ceño fruncido. Su sonrisa se desvanece con la luz del sol. El mediodía se convierte rápidamente en crepúsculo y la tristeza reemplaza su jovialidad.

—Vamos, Sully.

Giro la cabeza bruscamente para mirar a mis hermanos. Vuelvo a sentir una opresión en el pecho y mis pensamientos se atascan. —¿Cuándo te has puesto ahí? —le pregunto a Rush.

Mi hermano se limita a mirarme, sus ojos grises se oscurecen hasta volverse negros como el carbón. Como no me contesta, vuelvo a centrarme en Alaina.

—¿Princesa? ¿Qué quieres decir?

Sus hermosos ojos color whisky se llenan de lágrimas mientras se aleja un paso de mí, sus dedos deslizándose por mi brazo.

—Vuelve a mí, James. —Da otro paso hacia atrás, y las yemas de sus dedos apenas rozan las mías.

Doy un paso hacia ella, con el ceño fruncido por la confusión. Intento alcanzarla, pero una fuerza invisible me retiene.

—¡Alaina! Espera. Vuelve. Estoy aquí mismo.

Empujo contra el muro invisible, con el pánico tensando cada músculo de mi cuerpo y el miedo atenazándome el corazón. Se está alejando de mí... no, eso no está bien. ¡Parece como si alguien la estuviera arrastrando! Ahí, alguien con una sudadera y vaqueros oscuros la sujeta con fuerza por los brazos y la está apartando. Sus rasgos no son claros, casi como si estuvieran borrosos de alguna manera.

Los ojos de Alaina se abren de miedo y grita mi nombre. La rabia estalla en mis entrañas, ardiente y veloz.

—¡Quítale las putas manos de encima, hijo de puta, o será lo último que hagas! —golpeo el muro con los puños, poniendo cada gramo de fuerza que tengo en cada golpe.

Y aun así. No es suficiente.

Veo cómo alguien arrastra a la única chica que he amado —a la mierda, la chica que *todavía* amo— mientras una jodida barrera invisible me atrapa en una especie de infierno purgatorio.

—¡Alaina! ¡Voy a por ti! —Las palabras salen desgarradas de mi garganta, nacidas de la desesperación y selladas con determinación. No sé cómo cojones voy a salir de aquí, pero lo haré.

Algo tira de mi hombro, con fuerza y hacia la derecha. Me giro de golpe, esperando ver al tipo borroso, pero no hay nadie. Ocurre lo mismo en el otro lado y me revuelvo hacia la izquierda. Nadie.

Levanto las manos para pasármelas por el pelo, pero algo me las sujeta contra el costado, apretándome con fuerza. Intento liberarme de este agarre, pero es fuerte. El aliento se me entrecorta en el pecho a medida que aumenta la presión hasta que mi visión se oscurece.

Y entonces no siento ni veo nada. Estoy atrapado en una negrura sin fin, solo.

Siempre estoy solo.

Abandonado por aquellos que dicen quererme.

Sucumbo a la oscuridad, dejando que me envuelva.

—¿QUÉ coño es esto?

—¿Jack? —Oigo mi voz, pero no me suena del todo a mí. Tal vez si estuviera bajo el agua. No puedo quitarme de encima la sensación de inquietud y no consigo recordar dónde estoy.

Con esfuerzo, consigo abrir los párpados, que me pesan una tonelada, y me recibe la oscuridad. Levanto el brazo —o al menos, lo intento—, pero algo me lo sujeta.

—Tranquilo, muchacho —dice Jack antes de que sienta dos palmaditas en el hombro derecho.

—Alaina. —Su nombre me sale en un susurro ronco, y el miedo me dispara el pulso—. Joder. Tengo... tengo que irme. Está desprotegida. —Gimo e intento incorporarme, y un dolor agudo me abrasa el hombro izquierdo y el pecho. Unos puntos negros salpican mi ya oscura visión y rompo a sudar.

—Sí. Mandaremos a alguien a buscar a nuestro pajarillo —dice Jack mientras me sujeta por el hombro que menos me duele.

Jadeo de dolor. —No. No me fío de nadie. Llama a Rush.

—Rush y Wolf están un poco ocupados, tío. Iré yo a por tu chica.

Me vuelvo para mirar a Matteo y, con cada pizca de fuerza que puedo reunir, alargo el brazo y le agarro de la camiseta. —Como se le rompa un solo pelo de la cabeza, te voy a descuartizar personalmente. —Las palabras me salen entre dientes.

—¿Lo oyes, O'Malley? Le clavan un cuchillo en el hombro y todavía se las apaña para amenazarme —dice Matteo con una risita.

—Claro. Se pondrá bien. Ve a buscarnos a nuestra chica, Rossi.

Matteo mira mi puño cerrado con una ceja levantada antes de mirar detrás de mí, donde supongo que está Jack. Jack me da dos palmaditas en el hombro y, a regañadientes, abro los dedos y me encuentro con la mirada de Matteo.

—Tráeme a mi chica, ¿vale?

Mi jovial socio, al que he llegado a considerar un amigo —o al menos alguien de trato amistoso—, se muestra inusualmente serio cuando me sostiene la mirada. —La traeré. Tienes mi palabra.

—Está en el Blue Lotus Diner. —Exhalo y dejo caer mi peso sobre la mesa en la que estoy tumbado, mirando al techo. Por el rabillo del ojo, veo a Matteo darse la vuelta y marcharse.

—Tú relájate, muchacho. Traeremos a nuestra chica y estarás como nuevo. El médico ya está en camino.

—Llama a mis hermanos. Y, Jack, no te fíes de nadie —digo con los dientes apretados—. ¿Y qué coño ha pasado?

—Esperábamos que tú pudieras decírnoslo, muchacho.

Las imágenes del sueño que acabo de tener se superponen con mis recuerdos de esta mañana, y me cuesta separar la realidad de la

fantasía.

Unos puntos negros me nublan la vista e intento aferrarme a la consciencia con uñas y dientes, al menos hasta que lleguen mis hermanos, pero el destino tiene otros planes y la oscuridad me envuelve en su abrazo gélido.

Lanzo una plegaria a un dios en el que no creo para que mantenga a mi chica a salvo y me rindo a la oscuridad que me invade.

DOS

ALAINA

PASO POR ENCIMA de un trozo de tabique caído con cables colgando y salto sobre una tubería, aterrizando en el primer escalón. El edificio retumba y siento las vibraciones bajo mis zapatillas mientras subo corriendo las escaleras. A mitad de camino, me detengo con la mano apoyada en la barandilla y los nudillos blancos por la tensión.

Se me eriza el vello de la nuca y un escalofrío me recorre la columna. Giro la cabeza primero a la izquierda y luego a la derecha, buscando algo. No estoy segura de qué es, pero algo no va bien.

Vaya puta broma de pensamiento. *Nada* de esto *va bien*. Pero esto se siente diferente. Como ese momento en el que estás en lo más alto de una montaña rusa y parece que el mundo entero contiene el aliento mientras contemplas el horizonte. El corazón te golpea contra las costillas y te sientes invencible en tu miedo porque sabes que vas a estar bien. Es un juego; es para divertirse.

Este momento se parece un poco a eso, salvo que no hay ninguna garantía de que todo vaya a salir bien.

No parece un juego inofensivo y no me estoy divirtiendo. Vuelvo a mirar a mi alrededor, recorriendo la zona con la vista y descartando todos los escombros mientras busco la causa de mi

inquietud. Pero esta vez, mi miedo no se siente invencible. Se siente frágil.

Convencida de que aún no veo nada, subo trotando las escaleras, haciendo lo posible por esquivar los escombros caídos y los escalones que faltan. Es al llegar al rellano del segundo piso cuando sucede. Eso que me ha estado punzando los nervios todo el tiempo.

Hay un momento de silencio antes de que un estallido desgarre el aire. El suelo se sacude, las paredes tiemblan y pierdo el equilibrio. Mi espalda golpea la pared con un estruendo y gimo cuando algo me atraviesa el hombro.

El ruido reverbera y aprieto los dientes mientras me tapo los oídos para buscar alivio. Observo, con los ojos como platos, cómo parte de la pared exterior se desploma en un montón de hormigón roto y metal retorcido. Los cables se agitan y las chispas parpadean en el aire denso. El polvo y los escombros nublan el ambiente, y sé que mi tiempo acaba de disminuir drásticamente.

Jadeando, me separo de la pared con el hombro gritando de dolor. Utilizo las manos como palanca y me impulso desde el suelo para ponerme en pie. Vigilando las chispas que iluminan el espacio, giro sobre mis talones y troto hacia el siguiente tramo de escaleras, manteniendo el brazo izquierdo pegado al torso.

Estoy a mitad de la escalera cuando esta empieza a balancearse. El pavor me recorre las venas mientras levanto la cabeza y miro hacia el rellano del tercer piso.

O hacia donde debería estar el rellano.

La escalera se mueve. La escalera fija y empotrada se balancea, joder, como un puente de cuerdas en un parque infantil.

Los latidos de mi corazón retumban en mis oídos, con tal fuerza que casi no oigo la explosión.

Miro por encima del hombro y veo fuego directamente debajo de los cables oscilantes y las chispas.

—Oh, joder.

Con el miedo pisándome los talones, subo corriendo el último tramo de escaleras y salto el espacio de un palmo que debería conectar los escalones con el rellano.

No sé cómo demonios vamos a bajar mamá y yo, pero eso es un problema para más tarde. El hombro me late al ritmo del corazón y siento algo cálido resbalar por mi brazo. No miro; en su lugar, me concentro en dónde piso. Aquí hay más trozos y piezas rotas, y un rápido vistazo hacia arriba me explica por qué.

La luz del sol y el aire húmedo entran a raudales por el enorme agujero del techo. Rodeo una tubería reventada de la que brota un líquido marrón y troto hacia la habitación en la que estábamos hace un momento. Dos de las paredes se han venido abajo, así que veo a mi madre antes de entrar en el cuarto.

—¡Mamá!

El dolor me mantiene inmóvil un instante, parpadeando con rapidez para intentar aclarar la visión que tengo delante.

La adrenalina se me dispara y corro hacia ella. Entro de golpe por el hueco de la puerta, sin importarme dónde esté Liam, con mi madre como único objetivo.

Mi madre, que está tendida en el suelo sucio con las manos manchadas de sangre presionando su vientre.

Las lágrimas me llenan los ojos, rápidas y violentas.

—¡Mamá! ¡Mamá! Soy yo. Estoy aquí. Oh, Dios, mamá —mis palabras terminan en un sollozo ahogado mientras caigo de rodillas junto a ella. Mis manos revolotean sobre su estómago un momento antes de quitarme la camiseta de tirantes de un tirón; el pánico y la adrenalina anulan el dolor de mi herida. La hago una bola y la presiono contra su herida. ¿Qué debería... no sé qué hacer. ¡Dime qué hacer!

Mamá inclina la cabeza hacia mí mientras lleva una de sus manos ensangrentadas a mi mejilla. Le agarro la muñeca y la mantengo contra mí, apoyándome en su palma.

—Hija mía. Mi dulce niña. Nunca entendí cómo alguien tan bueno, tan puro, pudo nacer de mí. Pero ahora, ahora lo entiendo —los ojos de mamá brillan, con una pequeña sonrisa en el rostro—. Fuiste mi salvación, Lainey. Lo único bueno que he hecho en mi vida. Y no me porté bien contigo todos estos años, lo sé. Hice lo que pensé que Aidan querría.

—Chist, mamá. No importa, ¿vale? Pero tenemos que irnos ya. No podemos quedarnos aquí.

Tose, un sonido húmedo y horrible que me detiene el corazón por un instante. El miedo me recubre la piel, pegajoso y espeso.

Sus ojos brillan mientras me mira, y su sonrisa se ensancha. — No. Tienes que irte sin mí. No lo lograré.

—Basta... no. No me voy a ir sin ti.

Como si el destino mismo estuviera de acuerdo con mi madre, el edificio vuelve a temblar.

Mamá desliza su mano de debajo de la mía y aparta mi camiseta. La sangre fluye libremente de su estómago y las náuseas me suben por la garganta. Me sujeta la mano, con un agarre firme a pesar de tener los dedos resbaladizos por la sangre.

—Recuerda lo que te dije en el coche, ¿vale? Te quiero.

Me muerdo el labio para contener el sollozo al sentir cómo la sangre de su vida se derrama y me empapa las rodillas.

—Yo también te quiero, mamá.

—Mi dulce niña. Necesito que hagas una cosa más, ¿de acuerdo?

Asiento varias veces, con la mirada saltando entre sus ojos. —Lo que sea.

—Busca a la tía Sloane y dile que ha llegado el momento.

—No... no lo entiendo.

—Ella lo sabrá. Simplemente díselo. Es importante —mamá se lleva mi mano a la boca y deposita un único beso en mi palma antes de cerrarme los dedos sobre ella.

Algo dentro de mí se fractura en ese momento. ¿Qué clase de mundo cruel es este, donde el único afecto que recuerdo que mi madre me ha dado libremente me lo da mientras se desangra en medio de un edificio ruinoso y desmoronado?

Aprieto los dedos contra la palma con la fuerza suficiente para sentir cómo se me clavan las uñas en la piel.

Me inclino sobre ella, dejando que las lágrimas caigan de mis ojos sobre su pecho. Su pecho, que sube y baja lentamente... demasiado lento.

Asiento frenéticamente. —Claro. La buscaré ahora mismo.

Mamá exhala. Es un sonido espantoso, húmedo y premonitorio.

Un sudor frío me estalla por todo el cuerpo y me siento paralizada por el miedo. No puedo bajarla tres pisos y ponerla a salvo yo sola. Necesito ayuda.

¡Necesito que alguien me ayude!

Su mirada se dirige por encima de mi hombro y una pequeña sonrisa curva las comisuras de sus labios.

Se me tensan los hombros, pero un rápido vistazo atrás disipa mi temor de que Liam o cualquier otro esté detrás de mí.

—Oh, Aidan. Te he echado de menos —susurra, todavía mirando por encima de mi hombro. Se me pone la piel de gallina en la espalda y me arden los senos nasales.

—¿Mamá? Mamá, mírame.

Ella me mira entonces, con una sola lágrima resbalándole por la sien y una sonrisa en el rostro, con los ojos brillantes. —Tu padre ya está aquí. Ha venido a llevarme a casa, pero aún no es tu hora, Lainey. Así que tienes que irte.

—¿Qu-qué? —Giro la cabeza hacia atrás. No hay nadie allí.

—No es tu hora, Lainey. Pero sí la mía, y estoy lista. Busca a la tía Sloane —otra lágrima le resbala por la cara, pero la sonrisa no abandona sus labios.

El suelo retumba y un estrépito suena en el pasillo, desviando mi atención de mi madre por un solo instante. Cuando vuelvo a mirar, la mirada de mi madre sigue fija en mí.

Pero ya no hay vida brillando tras sus ojos color avellana.

No queda vida alguna en su interior.

Me levanto con un movimiento violento. Respiro de forma rápida y pesada, con la adrenalina casi agotada. Me paso los dedos por el pelo mientras doy vueltas, observando lo que me rodea.

El fuego del primer piso trepa por todo el lateral del edificio, visible a través de las paredes rotas. Los restos del edificio yacen a mi alrededor, entremezclados con los sueños rotos de una chica que solo quería que la quisieran.

Me robaron eso. Se lo robaron a ella.

Echo la cabeza hacia atrás, con los puños apretados y los músculos tensos. Y grito.

Grito por la injusticia de todo esto. Lloro por lo que fue y por lo que pudo haber sido. Lamento mi angustia por mi orfandad oficial.

Expulso mi dolor bajo el sol del verano hasta que lo único que queda es rabia.

Con los músculos temblando y las lágrimas rodando por mis mejillas, me hago a mí misma la promesa de que me vengaré.

Y sembraré el caos sobre cualquiera que haya participado en la destrucción de la chica que solía ser.

Me rehice en la cabaña del bosque. Y he sido forjada en este fuego. Y como un fénix, resurgiré de nuevo.

TRES

WOLF

CRUZO EL UMBRAL con mi hermano y nos reciben oleadas de calor. No tanto como para hacer el espacio intransitable, pero sí lo suficiente como para saber que necesitamos una salida alternativa.

El fuego a nuestra derecha es controlable por ahora, pero los incendios son impredecibles, y podría cruzar este espacio en dos minutos pelados.

Nos detenemos, hombro con hombro, los dos escaneando la zona en busca de nuestra chica. Busco su mata de pelo rojo en el aire cargado de humo que está llenando el espacio. Echo una ojeada a Rush justo cuando él gira la cabeza para mirarme a mí; los dos somos capaces de comunicarnos sin palabras cuál va a ser nuestro siguiente paso.

Supongo que es una ventaja de habernos criado y pasado la mayor parte de las horas de vigilia juntos.

Con el fuego a nuestra derecha, nos dirigimos hacia la escalera, abriéndonos paso entre todos los restos del edificio destrozado que cubren el suelo. No es hasta que pongo el pie en el primer escalón cuando me doy cuenta.

—Joder. Mira. Señalo con la barbilla hacia lo alto de la escalera. Esa que no está completamente unida al rellano del segundo piso.

—Joder —escupe Rush entre dientes apretados.

Suelto el aire en un resoplido y subo los escalones de dos en dos. Mi hermano pisa mis talones, y los dos saltamos por encima de los peldaños rotos y los que faltan. Cuando llegamos al tercero empezando por arriba, miro por encima del hombro hacia él.

—Va a ser justo como esa peli de *Indiana Jones*.

—A mí me preocupa más cómo coño vamos a bajar. Ahora salta, gilipollas. No me gusta cómo se está bamboleando el suelo —dice Rush mientras mira a su alrededor.

Me centro en la escalera —o en la falta de ella— que tengo delante y corro los tres últimos peldaños antes de lanzarme por encima del hueco y aterrizar en la plataforma flotante.

Oigo a Rush aterrizar justo detrás de mí, pero mantengo el impulso y subo trotando el segundo tramo de escaleras. Llegamos al rellano del tercer piso cuando el edificio gime y parte del tejado se desmorona, cayendo con un estruendo ensordecedor.

Nos cubrimos la cabeza por instinto, y tardo un momento en darme cuenta de que tengo los oídos zumbando.

Y aun así, de algún modo, lo oigo.

Un sonido tan cargado de pena y dolor que el mundo se detiene para escucharlo. Y por un instante, el corazón se me encoge de miedo. Pero cuando el alma me duele, sé que es Red. Es ella quien está volcando su duelo en la atmósfera.

No sé lo que significa, solo que la alternativa es muchísimo peor.

Rush y yo echamos a correr por el pasillo, mirando a través de las paredes medio derrumbadas, buscando nuestra pieza perdida. Seguimos el sonido de su angustia y la encontramos en medio de una habitación.

Con la cabeza echada hacia atrás y los puños apretados, el pelo salvaje azotándole alrededor con la corriente, las manos, la ropa y las piernas cubiertas de sangre.

Pura y vulnerable, como si se estuviera desprendiendo del exterior para dejar que todo el mundo viera el nudo de dolor que es por dentro.

Nunca ha estado más guapa.

Llego hasta ella un segundo antes que Rush. Alargo la mano para atraparla, y ni siquiera se sobresalta. Red abre los ojos y me mira

directamente cuando la atraigo hacia mí.

Como si alguien hubiese tirado del tapón de un desagüe, se desinfla contra mi pecho, toda la lucha abandonándola al instante. Rush se coloca pegado a su espalda, sosteniéndola eficazmente.

Deslizo la mano libre en su pelo y la mantengo pegada a mi pecho mientras ella enrosca los dedos en la tela de mi camiseta.

Mi mirada pasa por encima del hombro de Red hasta el cuerpo a su lado. Lana yace en el suelo, junto a Red, con los ojos abiertos y el pecho inmóvil. Joder.

—Por mucho que me gustaría quedarme así para siempre, tenemos que irnos, peque. No podemos quedarnos aquí —murmuro contra su pelo, lanzando la mirada en torno al espacio abierto.

Me siento jodidamente vulnerable, y no sé si es porque todo el puto edificio amenaza con venirse abajo, o porque el cabrón que trajo a mi chica hasta aquí sigue al acecho en alguna parte, o porque mi chica está frágil ahora mismo y mi feroz deseo de protegerla ya es abrumador en el mejor de los días.

Como si el universo escuchara, el edificio vuelve a temblar. No lo suficiente como para que yo realmente empiece a perder la cabeza, pero sí lo bastante como para saber que tenemos que irnos ya. Mientras aún podamos.

La urgencia me golpea las costillas, y a regañadientes me separo de mi chica. Tiene los ojos muy abiertos e inyectados en sangre, pero sigue aquí. Todavía no ha entrado en shock.

—Vale, Wolf. Pero no pienso dejarla —Red hace un gesto con la cabeza hacia Lana.

Sé que no soy ningún experto en cosas de padres, pero toda esta situación me deja un mal sabor de boca: rancio y agrio. No sé qué coño ha pasado realmente entre ellas, pero ahora mismo no tenemos tiempo para unas preguntitas y respuestas.

Asiento un par de veces y doy un paso atrás. Red se gira para abrazar a Rush, y al cabo de un momento él se separa para quitarse su camiseta gris oscura y ponérsela a Red por la cabeza. Le susurra algo mientras la ayuda a meter los brazos por las mangas, pero lo dice tan bajo que no llego a oírlo. Flexionando las rodillas, cojo a

Lana en brazos, a mi futura madrastra y quizás algún día también mi suegra.

Su cuerpo sigue caliente, pero la sangre empieza a coagularse. Está fría contra mi camiseta y me recuerda otra vez por qué suelo preferir el negro. Es más fácil ocultar las manchas de sangre.

No estoy seguro de que llegue a acostumbrarme alguna vez a la sensación de llevar un cadáver en brazos —no es que lo convierta en demasiada costumbre—. Hay una razón por la que la gente habla de peso muerto. Es una expresión jodidamente acertada. Está lo bastante rígida como para que sea difícil maniobrarla y lo bastante pesada como para que no pueda cargar con ella fácilmente.

—Creo que he visto una escalera trasera al final del pasillo —dice Rush. Yo lo sigo, detrás de él y de Red, reajustando el agarre que llevo sobre Lana hasta dejarla en brazos, como si la llevara en volandas tras una boda.

Por muy familiarizado que esté con la muerte y los cadáveres, no creo que nada pudiera haberme preparado para la sensación de llevar el cuerpo de la madre de mi chica, distanciadas o no.

Viejas sensaciones de abandono y rechazo amenazan con subirme por la garganta, pero las vuelvo a empujar a golpes al sitio que les corresponde. Red es huérfana ahora, pero no necesita padres para tener una familia.

Ahora nosotros somos su puta familia.

Un torbellino de emociones da vueltas dentro de mí y no consigo atrapar ni una sola. Intento invocar algo de pena por la mujer que llevo en brazos, pero por lo que he visto y aprendido, no estoy seguro de que se la merezca.

Con los ojos puestos en Red, que va delante de mí, caigo en la cuenta de que esa decisión no me corresponde a mí. Se me cierra la garganta, y me doy cuenta, sacudido, de que no estoy acostumbrado a esta sensación extraña que se me instala en la tráquea. *Preocupación.*

Estoy jodidamente aterrorizado por Red.

No solo porque un cabrón de mierda la está persiguiendo, sino porque acaba de ver morir a su madre poco después de enterarse

de que su padre estaba muerto. Y me preocupa de cojones lo que eso le va a hacer al estado emocional de mi chica.

Rush nos guía hasta una escalera en la parte trasera del edificio, el lado que aún no se ha venido abajo. A esta altura, la corriente de aire caliente se arremolina a nuestro alrededor, levantando el calor del fuego y el polvo del hormigón roto. El efecto crea un mini tornado, y rezo al dios que sea que esté escuchando para que no se convierta en un auténtico tornado de fuego. Vi esa mierda una vez en un vídeo y fue espantoso.

Llegamos al rellano del segundo piso antes de toparnos con un problema.

—Joder —masculla Rush, pasándose una mano por el pelo.

Tres escalones han volado por los aires, dejando un agujero considerable en la escalera. Y a diferencia de la otra escalera, saltar hacia abajo en mitad de ésta es mucho más difícil que saltar hacia arriba hacia un rellano.

—Mierda. Rush, sujeta a Lana. Saltaré yo primero.

—No seas ridículo —dice Rush por encima del hombro—. Saltaré yo primero. Luego Alaina. Luego nos pasarás a Lana y después saltarás tú.

—Estamos perdiendo el tiempo —Red nos mira a uno y a otro, mientras sus dedos marcan un ritmo irregular contra el muslo.

Rush la mira a ella y luego a mí mientras sube los pocos escalones hasta quedar en el borde del rellano. Red y yo nos apartamos a un lado para dejarle un camino despejado. Baja las escaleras corriendo y salta por encima del hueco. La puntera de su zapatilla se queda a un pelo de acertar con el borde del escalón y pierde el equilibrio hacia un lado; la barandilla metálica le frena el golpe contra las costillas y el hombro. Sus manos se cierran en torno a la barandilla, evitando que se precipite al vacío.

—¡Joder, Dec! —grita Red. Estira las manos hacia el aire, como si intentara ayudarlo.

—Estoy bien. Estoy bien —Rush agita una mano en el aire mientras toma grandes bocanadas y se gira para encararnos—. Vamos, nena, te toca. Te cojo, ¿vale?

Red retrocede hasta la parte alta de la escalera, mordiéndose el labio todo el camino. Antes de moverse, me mira.—¿Seguro que estás bien con mamá?

—Estoy bien, Red. Ahora salta y deja que Rush te coja, ¿vale?

Ella asiente y retrocede unos cuantos escalones más, hasta quedar en el borde del rellano, como ha hecho Rush. El edificio gime y oigo lo que suena a otra pared derrumbándose, enviando temblores a lo largo de la pared en la que me apoyo. El sudor me perlaba la frente y levanto el hombro para secármelo.

Red baja corriendo las escaleras y salta por encima del hueco, aterrizando perfectamente en los brazos de Rush. Él está apoyado contra la barandilla, con un pie en el escalón inferior para mantener el equilibrio.

—Buena chica —Rush le da un beso en la coronilla antes de soltarla.

Me muerdo el labio mientras pienso en la logística. Faltan demasiados escalones como para lanzar a Lana por encima; no hay garantía de que la gravedad no juegue en nuestra contra y la arrastre hasta el piso de abajo.

Así que hago lo único que se me ocurre con el tiempo que tenemos. Retrocedo hasta el rellano y reajusto el agarre que tengo sobre ella, de modo que quede sobre mi hombro. No es lo más digno del mundo, pero no tengo opción de ponerme tiquismiquis. Y creo que Red me lo perdonará.

Bajo las escaleras corriendo y me lanzo por encima del hueco, captando el jadeo de Red y la maldición de Rush cuando aterrizo en el escalón de debajo de ellos. No puedo frenar lo suficiente el impulso, y no tengo intención de romperme un tobillo, así que lo dejo fluir y bajo el resto de las escaleras corriendo hasta el rellano.

—¿Pero qué cojones, Wolf? Podrías haberte hecho daño de verdad.

—Ah, pero no me lo he hecho. Venga, movámonos. Tengo un mal presentimiento con esto —continúo escaleras abajo hasta el rellano de la primera planta, con Red y Rush pisándome los talones.

Llegamos a la primera planta sin incidentes, si no cuentas como incidente los suelos que tiemblan, las paredes que se desmoronan y

el fuego creciente. La urgencia me espolea, y solo aumenta cuando oigo las sirenas ensordecedoras tan cerca. Deben de estar ya delante.

Veo una salida de emergencia junto al hueco de la escalera y doy una patada a la puerta antes de salir al exterior. Una ráfaga de aire caliente me golpea, y aunque siento que estoy respirando el mismo infierno, es más fresco que la mierda de humo y polvo de dentro. Reajusto a Lana en mis brazos para llevarla otra vez en volandas, haciendo todo lo posible por ignorar cómo su sangre ha empapado el hombro izquierdo de mi camiseta.

Aspiro hondo mientras me alejo del edificio, mirando por encima del hombro para asegurarme de que Red viene detrás de mí. Rush se adelanta rápidamente y Red se pone a mi lado, sin que ninguno de los tres diga nada.

—Oh, Dios mío, ¡Maddie! —Red se detiene, con la boca abierta de par en par.

—Estaba fuera cuando hemos llegado. Está bien. Vamos, pajarillo, no podemos quedarnos aquí —dice Rush, posando una mano en la parte baja de su espalda y empujándola suavemente para que siga andando. Nos guía por el lateral del edificio que no está en llamas. Aun así, le damos un buen margen al edificio mientras rodeamos la estrecha zona situada entre éste y otra fábrica abandonada.

Miro la fábrica que tenemos a la derecha y luego el almacén que acabamos de dejar atrás, con la aprensión subiéndome por la columna vertebral como un cosquilleo helado.

—Aceleremos el paso, ¿sí? No me gusta lo cerca que están estas paredes —alzo la voz. Las sirenas son casi ensordecedoras a esta distancia.

Rush levanta la vista y, por la tensión en sus hombros, sé que acaba de darse cuenta de lo mismo que yo. Si la pared exterior se viene abajo a trozos, las probabilidades de quedarnos atrapados o hechos papilla son muy altas.

—Aye. Oigo voces ahí delante.

—¿Cómo puedes oír nada por encima de las sirenas? —Red se tapa las orejas con las manos mientras mantiene el paso junto a

Rush.

Por fin, dejamos atrás el edificio y salimos a la calle. Una docena de bomberos y polis nos reciben.

Un par de sanitarios echa a correr hacia nosotros con idéntica expresión de preocupación en la cara.—Joder. ¡No pensábamos que hubiera nadie dentro! ¿Estáis bien?

A nuestra espalda, los bomberos se gritan instrucciones unos a otros, y alguien apaga la sirena, pero dejan las luces puestas. Los destellos azules y rojos se reflejan en el rostro de Red, pero su mirada no se aparta de la mía.

—¿Dónde está Sully? —pregunta, girando la cabeza de un lado a otro—. Y Maddie.

—Tengo que llevármela ya —dice la sanitaria mientras se planta delante de mi cara, bloqueando mi vista de Red.

La ansiedad me roe los nervios y se me mete bajo la piel. Me muevo hacia un lado para mantener a Red en mi línea de visión. Sé que mi hermano está cerca y que la protegerá, lo sé, pero no consigo evitar que la sensación se hinche en mi pecho, dificultándome respirar.

La sanitaria se coloca de nuevo de forma que su cara quede justo delante de la mía.—Necesita atención médica.

—Ya se ha ido —murmuro, estirando el cuello alrededor de la cara de la sanitaria para mantener a Red en mi campo de visión. Parte de la ansiedad se calma cuando veo a Rush a una distancia de un brazo, pero sé que no voy a poder respirar de verdad hasta que ella esté a mi *propio* alcance.

—Por favor. De verdad necesito examinarla. Hay... muchísima sangre.

Vuelvo a centrarme en la sanitaria, dándole toda mi atención. Sea lo que sea que ve en mi cara, hace que dé medio paso atrás. ¿Es capaz de sentir el miedo, la preocupación y la rabia librando una guerra dentro de mí? Todavía no he empezado ni a procesar la mierda que acaba de pasar y tampoco he olvidado que Red se ha lanzado de cabeza sin nosotros.

Me va a sacar canas antes de tiempo, y eso que, con el trabajo que tengo, ya es decir.

Dejo que la sanitaria y su compañero cojan a Lana de mis brazos, sin apartar los ojos de Red mientras ella habla con otro sanitario.—Espera aquí, niña. Volveré para echarte un vistazo.

Un poli se mete en mi campo de visión, con el pecho hinchado y los ojos entornados.—¿Quieres contarme qué estabas haciendo en ese edificio, chico?

Lo fulmino con la mirada.—No soy tu chico —las palabras salen bajas.

El poli se acerca más, lo suficiente como para que pueda leer la placa brillante. El olor a sudor corporal y café rancio emana de él en oleadas mientras el sol nos da de lleno. —¿Qué me has dicho?

Su patético intento de intimidación solo consigue irritarme. Relajo la postura, dejo caer las manos a los costados e ignoro cómo la camiseta ensangrentada se me pega a la piel. Lo miro como el obstáculo que es.—He dicho que no soy tu puto chico. Y no tengo tiempo para esto. Así que, si me disculpas.

Me muevo para rodearlo, ya buscando con la mirada a Red y Rush, cuando noto una mano cerrarse en torno a mi bíceps.

—Eh, chico... —empieza.

Me giro en redondo al instante, torciendo la mano agarrada a mi bíceps y tirando de su muñeca hacia el cielo. Me suelta el brazo con un chillido de disgusto.

Me inclino hacia él, de modo que nuestras caras queden a escasos centímetros.—Dile al capitán McCarthy que la Hermandad le agradece sus servicios —observo con perversa satisfacción cómo la sangre desaparece de su cara regordeta—. Y no vuelvas a ponerme una puta mano encima.

Él asiente, la cabeza moviéndose a pequeños botes frenéticos.—Por supuesto, señor. Mis disculpas. Por favor, dígame al señor Fitzgerald que siento las molestias, y que podéis pasar luego por la comisaría para hacer la declaración.

—Claro, le contaré a mi da todo en la mesa de la cena esta noche —alzo una ceja y esbozo una sonrisa torcida. Jamás correría a contarle algo tan nimio a Da. Puedo ocuparme de este pequeño contratiempo sin ayuda, pero él no lo sabe. Y si de verdad me

apeteciera joderlo, me nombraría a mí mismo. Entonces sí que se cagaría encima.

Pero hoy no tengo tiempo para eso. Suelto su muñeca de un empujón y lo rodeo a zancadas. Estoy tan pendiente de mirar hacia la izquierda, entre los vehículos y la gente que se arremolina, buscando a mi chica, que no veo a la sanitaria hasta que se planta justo delante de mí.

Suelto un suspiro, frustrado porque hay tantos putos obstáculos entre mi chica y yo. Seguro que hay una razón existencial de mierda detrás de todo esto, pero ahora mismo estoy demasiado alterado como para pararme a pensarlo.

La sanitaria alza una ceja y aprieta los labios en una fina línea.— A tu chica no la va a impresionar tu rollo machito si te desmayas y te estampas esa cara de niño guapo contra el asfalto. Así que vamos a dejar que te eche un vistazo, ¿vale?

No me había fijado en su acento de Boston hasta ahora, pero me hace gracia, de forma extraña, que me haya puesto en mi sitio así.— Vale —digo con un encogimiento de hombros—. Abre camino.

CUATRO

ALAINA

ENTRELAZO MIS DEDOS con los de Rush mientras una técnica de emergencias nos escolta hasta una ambulancia. Dejo que me examine, pero rechazo su recomendación de ir al hospital. Me ha recolocado el hombro dislocado y me ha limpiado los raspones y cortes, aplicando suturas de mariposa en los peores.

Es una mujer mayor, probablemente más cercana a la edad de mi madre que a la mía. Lleva el pelo castaño oscuro recogido en una coleta tirante en la nuca, y su mirada es tan inquisitiva como amable. Giro la cabeza para buscar a Wolf entre el caos. Y a Sully.

¿Dónde está Sully?

Mi mente da vueltas y vueltas, incapaz de centrarse en algo concreto. Me siento como si estuviera a la deriva en el mar, cambiando un infierno por otro. Tengo momentos de respiro, pero entonces otra ola —otro problema cataclísmico— rompe contra mí, y es hundirse o nadar.

Nunca he sido muy buena nadadora, pero por suerte para mí, aprendo rápido.

Oigo que la sanitaria me hace preguntas, pero no soy capaz de darle más que respuestas de una sola palabra. Los sucesos de la última hora se repiten ante mis ojos. Imagino lo diferente que podría haber salido todo, y mi mente divaga ante las posibilidades.

Me limpia unas heridas en la cara que no recuerdo haberme hecho, y el escozor me arranca de mis reflexiones.

—¿Cómo te llamas?

Hace una pausa un momento antes de responder: —Meg.

—¿Crees en el efecto mariposa, Meg? —Mis palabras son bajas, pero no me preocupa que no me oiga con su cara tan cerca de la mía.

Veo a Rush tensarse por el rabillo del ojo, y Meg hace una pausa un momento. Arruga la gasa y las toallitas antisépticas en su mano mientras me sostiene la mirada.

—¿Esa idea de que una cosa pequeña puede acabar causando una grande? Desde luego.

Me humedezco los labios y asiento. —Sí. Y la idea de que una cosa pequeña puede convertirse en una cadena de acontecimientos que resultan en algo mayor. Algo catastrófico.

Ella me sostiene la mirada y sus ojos se suavizan cuanto más tiempo me observa. —No sé qué ha pasado ahí dentro, pero dudo mucho que nada de lo que hicieras causara esto.

Miro a un lado de Meg, hacia el edificio en llamas medio derrumbado. No pensaba que nada de lo que hice hubiera causado esto. De hecho, estaba pensando en que me he dejado convertir en una pasajera de mi propia vida.

Me he engañado creyendo que esta era la vida que quería. Una vida en la que mendigaba afecto a mi madre. Una vida en la que me preguntaba a dónde demonios se había ido mi padre. Una vida en la que lo más espontáneo que hacía era probar el especial de almuerzo de los jueves en mi cafetería favorita.

Pero no era feliz. No de verdad.

Me conformaba, como mucho. Esperando, siempre esperando algo. Nunca supe qué estaba esperando, pero creo que lo encontré a la salida de una estación de tren en Boston.

O mejor dicho, encontré la primera pieza de ello fuera de esa estación de tren. Luego encontré otra dentro de una piscina y otra dentro de una cabaña en el bosque y otra dentro de un piso franco.

He encontrado pedazos de mí misma.

Pedazos que no me había dado cuenta de que había perdido, partes de mí que había estado enterrando o negándome la oportunidad de explorar.

La claridad se asienta sobre mis hombros y siento una sensación de paz ante la idea de descubrirme a mí misma.

Vuelvo a centrarme en Meg, frente a mí, sosteniéndole la mirada. —No, yo no he causado esto. Pero voy a terminar con ello.

Rush se acerca a mi lado, poniendo su mano en mi espalda.

—¿Está bien?

Meg da un paso atrás y tira los desechos en una bolsa con un asentimiento. —Si te sientes mareada o experimentas cualquier otro dolor, ve al hospital de inmediato. Te dolerá el hombro durante unos días, pero estarás bien.

Salto de la parte trasera de la ambulancia y, por impulso, abrazo a Meg. —Gracias.

Ella duda antes de ponerme una mano en la espalda, dándome un par de palmaditas. Meg se aparta primero, con el ceño fruncido mientras me examina de nuevo. —Cuídate, chica.

Asiento mientras dejo que Rush me guíe hacia otra ambulancia que está parcialmente oculta tras un camión de bomberos. La ancha espalda de Wolf es lo primero que veo, y acelero el paso. La mano de Rush no se aparta de mi espalda mientras me sigue el ritmo.

—¡Conor! —Grito su nombre al mismo tiempo que él se da la vuelta. Descruza los brazos de su ancho pecho y los extiende para recogerme. Salto directamente hacia él y hundo la cara en su cuello, inhalando su familiar aroma a sándalo.

Un brazo se me enrosca en la cintura y el otro pasa por debajo de mi trasero. Me aprieta contra su pecho mientras yo le rodeo el cuello con los brazos y las caderas con las piernas.

—¿Cómo está nuestra chica? —La voz de Wolf retumba contra mí.

Siento el calor de Rush contra mi espalda antes de sentir sus dedos recorriéndome la columna. Un escalofrío sigue su toque, pero no aparto la cara del cuello de Wolf. No creo que pueda hacerlo ahora mismo. Necesito unos minutos para procesar lo que ha pasado y lo que sé que tendrá que pasar a continuación. Todo ha cambiado.

—Estará bien, hombro dislocado. ¿Cómo está la prima?

Levanto la cabeza de golpe al oír la mención de Maddie. Miro por encima del hombro de Wolf hacia el interior de la ambulancia. Veo su familiar pelo pelirrojo, pero un sanitario y otro hombre me tapan la vista de lo demás.

—¡Oh, Dios mío, Maddie!

Al oír mi voz, veo que su cabeza asoma por detrás del sanitario. Sus ojos verde esmeralda se agrandan cuando su mirada choca con la mía, y veo cómo se le queda la boca abierta.

—¡Lainey! —grita mientras se hace a un lado.

Me agito en los brazos de Wolf mientras él se da la vuelta para quedar frente a la ambulancia. Le doy dos golpecitos en un lado del cuello y él me suelta. Sus manos permanecen sobre mí mientras me deslizo por su cuerpo hasta que mis pies tocan el suelo.

Rodeo a Wolf al mismo tiempo que Maddie se desliza fuera de la parte trasera de la ambulancia. La preocupación se asienta como plomo en mi estómago y la escaneo de pies a cabeza, buscando heridas. Estamos a dos pasos cuando un brazo sale y detiene a Maddie para que no dé un paso más.

Sigo el brazo hacia arriba hasta ver un rostro que no esperaba, y se me forma una mueca de disgusto en la cara antes de darme cuenta. —¿Matteo? ¿Qué haces aquí? ¿Pensé que estabas con Sully? Oh, Dios mío, ¿dónde demonios está Sully?

Él me ignora, con la mirada fija en mi prima. —Tranquila, Mads. Acabas de romperte la cabeza.

Observo con fascinación cómo Maddie alarga la mano y rodea con sus dedos la mano de Matteo, llevándosela a la boca. Deposita un beso en sus dedos mientras lo mira por debajo de las pestañas.

—Estoy bien, Matteo.

Me da vueltas la cabeza mientras intento procesar lo que a mis ojos les cuesta creer. Antes de que pueda siquiera empezar a formular una de las diez preguntas que tengo en la punta de la lengua, Rush gruñe detrás de mí. Lo juro por Dios, gruñe como una especie de bestia enjaulada.

—¿Qué cojones haces aquí, Rossi? —Rush me rodea y, en dos pasos, se planta frente a la cara de Matteo—. ¿Tienes algo que ver

con esto?

Una vena en la frente de Matteo palpita mientras mira fijamente a Rush. —Que te den, tío.

—No, que te den a *ti*. —Rush agarra la camisa de Matteo con ambas manos y lo tumba contra la puerta de la ambulancia.

El sanitario les dedica una sola mirada antes de terminar de limpiar un corte en la mano de Maddie.

La violencia vibra en el aire, y no sabría decir si irradia de los hombres que tengo delante o del edificio destruido a mi espalda.

El corazón me golpea las costillas mientras llego al lado de Maddie y la examino. Dos suturas de mariposa cierran el tajo en el nacimiento del pelo. Un hematoma florece bajo su ojo derecho, pero por lo demás, parece estar bien. *Parece* siendo la palabra clave. —¿De verdad estás bien?

—Debería preguntarte lo mismo a ti. ¿En qué demonios estabas pensando entrando en ese edificio de esa manera? —La voz de Maddie se quiebra al final, y los ojos se le llenan de lágrimas—. Pensé que ibas a morir. Y nunca te lo perdonaría.

Parpadea varias veces, haciendo que dos lágrimas idénticas rueden por su mejilla.

Por el rabillo del ojo, veo a Rush y a Matteo enzarzados en una conversación acalorada. Confío en que él averigüe qué está pasando y la implicación de Matteo.

Tengo que aclararme la garganta antes de poder hablar. —Lo siento, Maddie. Es que... tenía que hacerlo. Siento que todo está cambiando, y ya ni siquiera estoy segura de quién demonios soy. —Me tiembla el labio mientras parpadeo para evitar que se me escapen las lágrimas. Sorbo por la nariz y miro hacia un lado para soltar el aire.

Ella asiente. —Está bien, Lainey. Pero me vas a contar qué está pasando, ¿verdad? Sé que me has estado ocultando cosas. —Mira significativamente a Rush y a Wolf.

—Te lo prometo. —Miro a Rush, que todavía tiene a Matteo empujado contra la puerta. Su intercambio consiste sobre todo en gruñidos y testosterona furiosa, y hablan demasiado bajo para que yo los oiga—. Así que, Matteo, ¿eh?

Un rubor rosado le sube a las mejillas mientras el sanitario termina de ponerle una venda en la mano. Se encoge de hombros pero no dice nada.

—Pensé que aquello se había acabado hace años.

—Y así fue —dice mientras mira al hombre en cuestión—. Pero luego nos tropezamos y volvimos a conectar.

—Muy bien. Si te mareas o sientes náuseas, que alguien te traiga, ¿de acuerdo? De lo contrario, estarás bien. La herida de la cabeza es más aparatosa que otra cosa.

Maddie inclina la cabeza hacia un lado. —De acuerdo. Gracias.

—Las heridas en la cabeza sangran mucho —intervengo.

El sanitario asiente mientras se quita los guantes de látex azules y los tira al cubo de la basura.

En cuanto se aparta de ella, Maddie se pone de pie y yo la rodeo con mis brazos. Ella me devuelve el abrazo con una ferocidad que nace de haber pasado toda la vida con tu prima y mejor amiga.

—Tenemos mucho de qué hablar —susurra—. ¿Deberíamos interrumpir eso, o...? —Sus palabras se apagan y levanto la mirada para observar la escena frente a mí.

Matteo aparta las manos de Rush de su camisa con un gruñido. —Que te jodan, Fitzgerald. Estoy aquí como un favor a tu hermano y a *ella*. —Desvía la mirada hacia mi prima antes de volver a mirar a Rush.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está mi hermano entonces?

—En la trastienda de O'Malley con un cuchillo clavado en el hombro.

Matteo pronuncia sus palabras con una despreocupación que estoy segura de que es intencionada, buscando provocar a Rush a propósito. Y consigue lo que quiere. Rush estalla, empujando de nuevo a Matteo contra la puerta con una mano en la garganta.

—Más vale que empieces a hablar de una puta vez. Ahora.

Wolf agarra a Rush por el otro brazo. —Vamos, tío. Sully confía en él. Relájate un poco y deja que hable.

Suelto un largo suspiro mientras me aparto de Maddie y me dirijo hacia Rush y Wolf. Una sensación de calma me envuelve. Se siente ajustada sobre mi piel, como aquel maillot de manga larga

demasiado pequeño en el que tuve que embutirme hace dos años para una clase de baile. Es a la vez asfixiante y reconfortante.

Enderezo los hombros y pongo una mano en la espalda de Rush. Sus músculos se tensan bajo mi palma, y Wolf se mueve para quedar unos centímetros más cerca de mí, con su brazo rozando apenas el mío.

Me encuentro con la mirada de Matteo. Una furia mal oculta brilla en sus ojos castaños oscuros, pero recuerdo cuando era un niño escuálido que merodeaba por nuestra puerta para ver a Maddie a hurtadillas.

Vale, puede que nunca fuera un niño escuálido, pero sí lo recuerdo de una época en la que no era tan imponente. Conjuro mentalmente esa imagen y me ayuda a mantener los pies en el suelo.

—¿Dónde está Sully?

—Ya les he dicho a los dos galanes de aquí que está en O'Malley.

Asiento, todavía parcialmente oculta por el cuerpo de Rush. —
Cuéntame más. Por favor.

Matteo mira de mí a Rush y luego vuelve a mirarme a mí con una ceja alzada.

—Suéltalo, Dec. —Mi voz es baja, destinada solo a sus oídos. Los hombros de Rush se tensan un momento antes de que suelte la camisa de Matteo y se aparte de él. Da un paso atrás, situándose a mi lado. No necesito mirar para sentir que Wolf se coloca al otro lado.

Un cosquilleo de orgullo me recorre. Intento imaginar cómo nos vemos ahora mismo para alguien de fuera. Mis reyes oscuros me flanquean a cada lado, los tres cubiertos de mugre, polvo y sangre seca. Parece que acabamos de salir de una batalla y, en cierto modo, así ha sido. Es una suerte que a Wolf le guste tanto el negro... a todos ellos, en realidad.

Ladeo la cabeza mientras observo a Matteo. Vaqueros oscuros, zapatillas negras, una camiseta negra. ¿Habrá algún tipo de código de vestimenta de malote? Me muerdo el labio mientras me pregunto si tendré que cambiar mi vestuario al comenzar este próximo capítulo de mi vida.

Me río entre dientes y niego con la cabeza; el sonido es tenue en medio del caos de la escena que dejamos atrás. Ni hablar. Me cobraré mi venganza con camisetas de bandas y faldas con vuelo, y con una sonrisa en la cara.

Maddie se cuela entre Rush y yo. Me mira con una ceja alzada. —¿Estás bien? Te estabas riendo.

Frunzo los labios mientras la miro. —Bien. Solo he pensado en algo gracioso. —Se le sube la otra ceja a juego con la primera y entorna los ojos, pero no tengo tiempo de convencerla de que estoy bien. Vuelvo a mirar a Matteo y ladeo la cabeza, esperando.

Matteo se apoya contra la puerta y suelta un bufido. Es entonces cuando veo la sangre seca en su cuello. Entorno los ojos mientras examino su camiseta con mirada crítica.

—¿Eso es sangre? —Señalo su camiseta.

—Joder. Vale. Sully y yo habíamos quedado. Sabía que te iba a dejar en un restaurante cercano, pero cuando no apareció y no respondió a mis llamadas, pensé que se había entretenido contigo. Le dejé un mensaje de voz diciéndole lo que me parecía su desplante y me largué. Estaba a unas manzanas de distancia cuando recibí la llamada de que la tienda de la esquina había sido incendiada.

—¿De quién? ¿Quién te ha llamado? —pregunta Rush, escrutando el rostro de Matteo con la mirada.

—¿Qué tienda de la esquina? —pregunto al mismo tiempo que habla Rush.

—Llamaron los hombres de mi tío; son buena gente. —Desvía su mirada hacia mí—. Y la tienda de la esquina está bajo su protección.

Eso no me aclara nada realmente, pero asiento de todos modos.

—¿Y luego qué? —pregunta Wolf, ensanchando su postura.

—Luego los otros informes fueron llegando minutos después. Mis hombres llamaron informando de que otros tres locales se iluminaron como los putos fuegos artificiales del cuatro de julio: una cafetería, un restaurante y una bodega. —Matteo suspira.

Frunzo el ceño cuando Rush y Wolf sueltan un taco por lo bajo al mismo tiempo. Miro a los tres hombres y pregunto: —¿Qué tiene eso que ver con nada?

Matteo me mira. —Até cabos y me di cuenta de que se trataba de un ataque coordinado. Dos locales son una coincidencia, pero cuatro son una declaración de guerra. Conozco a Sully desde hace mucho tiempo, y el tío siempre aparece cuando dice que lo hará.

—Así que fuiste a buscarlo. —Mi corazón se acelera en mi pecho y me lo froto ausente. Sabía que algo iba mal; más mal que el caos evidente que tenía a mis espaldas.

Matteo asiente. —Desanduve mis pasos, empezando por nuestro lugar de encuentro. Luego O'Malley. Luego todos los restaurantes de por medio. Y ahí fue cuando recibí tu llamada. —Matteo señala con la cabeza a Rush—. Así que fui a su última ubicación conocida y lo encontré desangrándose en un callejón, con dos cafés derramados y un cuchillo en el hombro.

—¿Dos cafés?

—¿Dejaron el cuchillo?

—¿Dónde exactamente?

Los tres hablamos al mismo tiempo. Maddie es la única que no dice nada. La urgencia palpita dentro de mi cuerpo, incitándome a moverme. A hacer *algo*.

Matteo se pasa la mano por la cara antes de rascarse la mandíbula. La barba incipiente roza su sombra de las cinco, y noto que mi prima no puede quitarle los ojos de encima al movimiento. —Sí. Tuve que cargarlo al hombro para sacarlo de allí. Me siento un poco paranoico, así que lo llevé a O'Malley en lugar de al hospital.

—¿Lo dejaste allí sin protección? —casi grita Wolf cuando Matteo hace una pausa.

Observo cómo se tensa el músculo de la mandíbula de Matteo mientras mira fijamente a Wolf. —Lo dejé con Jack. Tiene a un médico de guardia a su entera disposición. Y Sully me ordenó que buscara a su chica. —La mirada de Matteo se desvía hacia mí—. No dijo nada sobre quién lo asaltó. Solo me hizo prometer que encontraría a su chica.

—Eso no explica cómo has llegado hasta aquí... cómo nos has encontrado. —Wolf se cruza de brazos, con la cabeza ladeada.

—Yo le llamé —dice Maddie desde mi lado. Da un paso adelante, de modo que queda junto a Matteo, y mira a Wolf—. Cuando

entraste en el edificio, pensé que ibas a morir. Y tuve miedo. Por ti. Por mí. Por todo. No sabía qué hacer. —Me mira a mí—. Así que le llamé a él.

—¿Y cómo es exactamente que os conocéis vosotros dos? —pregunta Rush con los ojos entrecerrados.

No estoy segura de si la luz me engaña. El aire circundante se vuelve más humeante por momentos, y casi parece que ella se está sonrojando. Ladeo la cabeza y me exprimo el cerebro. Me cuesta encajar las piezas. Lo tengo justo delante, pero...

Chasqueo los dedos cuando caigo en la cuenta. —¡Así que él es con el que te has estado viendo!

Maddie se encoge de hombros, se muerde el labio inferior y desvía la mirada hacia un lado.

Ladeo la cabeza mientras la miro con un nuevo reconocimiento. Eso no es todo.

Matteo se gira hacia Maddie, acorralándola contra la parte trasera de la ambulancia e inclinándose para que su cara quede a la altura de la de ella. —¿Has estado viendo a otros tíos a mis espaldas, nena?

—Oh, mierda —murmuro. Maddie se encuentra con mi mirada y sé que ve la confusión y la disculpa en ella porque niega levemente con la cabeza.

Maddie vuelve a mirar a Matteo. —¿Me estás diciendo que tú no estás viendo a otras tías, eh? Sé cómo va esto... me acuerdo. —Su tono dulce como el azúcar contradice el hielo de sus palabras y el fuego que desprenden sus ojos.

—No, Madison, no tienes ni puta idea de lo que estás hablando. ¿Quién es él? —exige Matteo, con la voz baja, pero no tanto como para que no podamos oírlo.

Así que hago lo que haría cualquier mejor amiga preocupada por el que tal vez sea su tercer novio, y doy un paso adelante. —¿Podemos centrarnos, por favor? Matteo, ¿dónde está Sully ahora mismo?

Mi obvia distracción funciona porque él da un paso atrás, pero no antes de agarrarla por la nuca y plantarle un beso brusco en los labios. —Esta conversación no ha terminado.

Los ojos de Maddie se oscurecen y me doy cuenta de que tenemos mucho más que discutir de lo que pensaba en un principio.

—Ya os lo he dicho. Está en O'Malley, en su apartamento de arriba.

Alargo la mano y le aprieto el brazo. —Gracias. —Matteo asiente y yo miro alternativamente entre él y Maddie—. ¿Necesitas que te lleven?

—No —dice ella, manteniendo la mirada fija en mí—. Matteo me llevará a casa.

Asiento y le doy un rápido abrazo antes de caminar hacia el coche de Wolf y subirme a él.

CINCO

ALAINA

ENTRAMOS en el pequeño aparcamiento que hay detrás del O'Malley's. Solo tiene espacio para cuatro coches, pero como mucha gente en la ciudad no tiene coche, tenemos suerte.

Wolf aparca en una de las tres plazas libres y, antes incluso de que apague el motor, abro la puerta trasera de golpe. Salgo del coche en un instante y voy prácticamente trotando por el callejón hacia la puerta trasera del O'Malley's.

No me doy la oportunidad de pensar en la última vez que estuve en este callejón, aunque no recuerde todos los detalles. He oído lo suficiente de boca de Wolf para saber que aquí es donde me trajo el demonio de ojos rojos, donde me trajo Liam.

Solo pensar en él y en sus ojos rojos basta para que me recorra un escalofrío por la espalda. Empujo todo eso hacia abajo, muy al fondo, para analizarlo otro día. Ahora mismo tengo cosas más importantes en las que pensar.

Como mi exnovio convertido en quizá novio, que está tumbado en una estúpida sala de empleados mientras un médico de mala muerte lo remienda en lugar de llevarlo a un hospital de verdad.

El miedo me deja un sabor agrio en la parte posterior de la lengua y, por mucho que lo intente, no consigo quitármelo. Por

suerte, la ira está cobrando protagonismo ahora mismo, distrayéndome de mi verdadera emoción: el miedo.

Y estoy jodidamente furiosa. Con todo y con casi todos. Sé que es irracional y que es un mecanismo de defensa terrible, pero no puedo evitarlo.

Es más fácil enfadarse que dejarme caer en el pozo de arenas movedizas emocionales sobre el que planeo.

Abro la puerta trasera de un tirón, con la fuerza suficiente para que golpee contra la pared de ladrillo que hay detrás. Siento a Rush justo detrás de mí, y ya sé que Wolf está a su lado sin siquiera mirar.

Avanzo con decisión por el pasillo hacia el rellano con la escalera. Lleva al despacho de Jack, sobre el bar, aunque en realidad nunca lo he visto. Caminamos por los pasillos y atravesamos las puertas de «solo personal» mientras me pregunto distraídamente si debería preocuparme por tener una conexión tan profunda con estos hombres.

Parece repentino. Y alarmantemente profundo.

Quizá lo más importante es que *parece* lo correcto.

Siento a estos hombres más míos que cualquier otra cosa que haya tenido jamás.

Y no dejaré que nadie me los quite. Nunca.

Con ese pensamiento grabándose en mi alma, recorro los últimos pasos hasta la puerta del despacho de Jack. Empujo la puerta con tanta fuerza que golpea la pared trasera y rebota hacia mí. Como sabía que pasaría, Rush está ahí. Estira la mano y esos dedos tatuados con los que fantaseo se cierran en el borde de la puerta y la mantienen quieta, frenando su impulso.

Me detengo justo al entrar en la sala, atónita ante la escena. No es tanto un despacho como una sala de estar con un escritorio arrimado a una pared. Pero no es eso lo que capta mi atención, sino la escena al otro lado de la habitación.

Jack está de pie en un extremo de una mesa blanca rectangular, con las mangas remangadas y las manos ensangrentadas y ocupadas moviéndose de un lado a otro. Un tipo al que no he visto nunca está a un lado de la mesa, al fondo de la habitación, dejándome una vista despejada del primer amor de mi vida.

Un jadeo escapa de mis labios antes de que pueda evitarlo. Aunque Matteo me dijo que Sully estaba herido, no me preparó para esto. Sully está tumbado sobre la mesa, con la piel pálida y el sudor cubriéndole la frente. Tiene los ojos cerrados y una botella de Jameson a medio vaciar está en el suelo, bajo sus dedos.

—¿Jack? —Mi voz suena aguda y me aclaro la garganta.

—Vamos, pequeña. Acércate y ayuda al Doc —dice Jack sin quitar los ojos de Sully, con voz áspera y los hombros tensos.

Me muevo antes de que termine de hablar, con Rush y Wolf a cada lado.

—Supongo que el chico Rossi te encontró entonces, ¿no? —pregunta Jack mientras limpia la sangre de la herida en el hombro de Sully.

Joder. ¿Por qué hay tanta sangre? ¿Es normal? Mis pensamientos dan vueltas y vueltas, incapaces de centrarse en una sola cosa.

—Algo así. Más vale que alguien empiece a hablar. —Rush se cruza de brazos y su voz adquiere ese tono profundo y autoritario que suele asustar a todo el mundo.

—No lo sé, muchacho. Rossi lo trajo y yo llamé al Doc. No he querido llevarlo al hospital porque no sé qué ha pasado. Dijo que lo habían asaltado antes de desmayarse, eso es todo lo que sé. —Jack mira alternativamente a Rush y a Wolf.

Wolf arrastra una silla desde el otro lado de la habitación y la coloca justo al lado de la mesa, junto a la cabeza de Sully. Con una mano suave en mi espalda, me empuja hacia la silla. Capto la indirecta y casi me desplomo en ella.

Wolf asiente y empieza a caminar de un lado a otro justo detrás de mí. Dos pasos a la derecha, dos pasos a la izquierda. —Voy a hablar con Diesel.

—Llama a Matteo, ¿vale? Asegúrate de que Maddie esté bien —dice Rush, con los ojos fijos en las manos del Doc mientras trabaja en Sully.

—Gracias, Dec —susurro mientras me inclino y le planto un beso en el hombro.

—Faltaría más, pajarito —murmura él con un beso en la coronilla. Se vuelve hacia el médico, su postura se vuelve rígida y su voz

vuelve a endurecerse—. Habla conmigo, Doc. Explícame qué estás haciendo.

El médico, sin embargo, parece ser inmune al dominio de Rush.

—Estoy un poco ocupado, chaval. Tengo la mano metida en tu hermano buscando problemas y no tengo tiempo para tus gilipolleces de matón. Así que guárdatelas, ¿vale?

—¿Qué cojones me has dicho? —Rush descruza los brazos y da un paso adelante.

El médico suspira y mira a Rush. Alterno mi mirada entre la mano del médico que sujeta la herida de Sully y su mirada, y la mirada de Rush. El corazón me late con fuerza y la violencia que sentía fuera del edificio empieza a crecer.

—No tengo tiempo para tomarte de la mano. No si quieres que lo salve...

Rush se mueve hasta quedar pegado a la mesa. —Te voy a destripar y a colgar en medio de Five Points para que los cuervos te acompañen solo para dejarlo jodidamente claro...

Algo dentro de mí estalla durante la diatriba de Rush.

Estoy segura de que, si echo la vista atrás, podría entenderlo mejor, pero lo único que sé es que siento que este médico está amenazando a Sully.

Y no lo permitiré.

En un movimiento rápido, me levanto, me doy la vuelta y saco la pistola de la pistolera de hombro de Wolf en una de sus pasadas. Girándome, me meto entre Rush y la mesa, lo suficiente como para llamar su atención por un segundo. Pero eso es todo lo que necesito. Miro al médico, con la pistola agarrada con naturalidad en la mano y apoyada sobre la mesa. Todo el mundo deja de moverse y el único sonido es el ruido de la ciudad que se filtra desde dos pisos más abajo.

Bien. Tengo su atención.

—Cúralo ahora. —Tras una pausa, añado—: Por favor.

Wolf silba mientras le da una palmadita en el hombro a Rush y lo hace retroceder un paso. —Esperaremos a que haya curado a Sully para matarlo, ¿verdad, hermano? A menos que nuestra chica lo haga primero.

Miro por encima del hombro para ver a Rush fulminar al médico con la mirada, con ganas de matar. Qué demonios, si no cura a Sully, puede que yo misma cumpla mi amenaza. Wolf me mira con deseo en los ojos y ese hambre me provoca un escalofrío.

Me doy la vuelta y sostengo la mirada del médico un momento antes de que él asienta y vuelva al trabajo. Me recojo el pelo tras la oreja mientras dejo la pistola sobre la mesa a mi lado y me inclino sobre Sully. Le doy un beso en cada uno de sus ojos cerrados, sus pestañas negras como el hollín. Le aparto el pelo rubio oscuro de la frente, los largos mechones pegados a su piel sudorosa.

Las manos del médico son un torbellino de movimiento frente a mí, y Jack le ayuda. Me giro para bloquearlos y centrar mi atención en el hombre que yace inconsciente ante mí.

Maddie siempre habla del poder de la intención y, aunque no creo necesariamente que sea lo único que cuenta, pienso que no puede hacer daño.

Y haría cualquier cosa —le rezaría a cualquiera— para asegurarme de que vuelva conmigo.

Así que cierro los ojos y apoyo mi frente contra la suya, sin dejar de pasarle los dedos por el pelo.

—Vuelve conmigo, James. Te necesito. Ellos te necesitan. Todavía tengo mucho que decirte y nosotros...

—Ah, ya está. No ha tocado nada vital, pero tenía que estar seguro.

Levantando la cabeza, miro por encima del hombro y veo al médico con una sonrisa triunfante.

—¿Estará bien entonces? —No paso por alto el pequeño temblor en la voz de Wolf.

—Se pondrá bien —afirma el médico asintiendo—. Le daré unos puntos y tendréis que vigilar que no se infecte. Os dejaré analgésicos y antibióticos, pero no ha sido tan grave como pensaba. Yo diría que volverá a estar como nuevo en un abrir y cerrar de ojos. Hasta entonces, descanso y recuperación.

Los hombros de Wolf caen al exhalar, pero Rush no se mueve de su sitio apoyado en la pared frente a nosotros. Su mirada de ojos entrecerrados no se ha apartado del médico ni un segundo.

—¿A dónde habías ido exactamente, Doc?

Se me eriza el vello de la nuca ante la malicia contenida en el tono de Rush. No entiendo cuál es la verdadera pregunta, pero sé que no es un simple interés por sus hábitos vacacionales.

—¿Mmm? —El médico no levanta la vista de los precisos puntos de sutura en el hombro de Sully.

Rush se despegas de la pared y cruza la pequeña habitación para ponerse a mi lado. Las viejas tablas del suelo crujen cuando Wolf se acerca a nosotros.

—¿No se suponía que te ibas de vacaciones largas, Doc? ¿Cuándo has vuelto?

Entonces lo siento: el cambio. La sospecha chispea en el aire y, sin pensarlo mucho, me encorvo sobre el torso de Sully, protegiéndole la cabeza de lo que sea que se esté gestando entre el médico y Rush.

El Doc no deja de prestar atención mientras da el último punto. —Acabamos de volver.

—¿Ah, sí?

El Doc corta el exceso de hilo y Jack limpia los bordes de la herida cosida. Aplica una fina capa de pomada a la herida y luego coloca un vendaje de gasa gruesa sobre toda la zona, fijándolo a la piel de Sully con esparadrapo médico.

El Doc se quita los guantes de látex azules y mira a Rush con un suspiro de cansancio. —Mira, Rush, no quiero saber nada de... lo que sea esto, ¿vale? He venido porque Jack me ha llamado. Y porque os conozco desde que llevabais pañales.

—Sí, así es. Por eso me pregunto por qué te fuiste de vacaciones de repente hace un par de semanas. Es extraño que ocurriera justo cuando te necesitaba. —El tono de voz de Rush dice que está lanzando una acusación al Doc a pesar de sus palabras aparentemente inofensivas. Rush ordena distraídamente algunos envoltorios de vendas en el borde de la mesa. Su forzada indiferencia no engaña a nadie en la sala.

Jack termina de limpiar a Sully, y el médico hace una bola con los guantes y los tira a la papelera que tiene detrás. Intento frenar el impulso de sacar a Sully de entre ellos, pero es difícil. Tengo los

nervios destrozados y no sé si mis instintos también, porque ahora mismo el deseo de huir de este *médico* que literalmente acaba de salvar a Sully me domina con fuerza.

Hay demasiadas preguntas sin respuesta y demasiadas incógnitas y variables. Lo peor de todo puede que sea que ni siquiera sé lo que no sé.

Estoy a la deriva en el mar, aferrada a una balsa salvavidas hecha de tres hombres. Sé que los tiburones se acercan, huelen mi sangre en el agua, pero no tengo ni idea de qué más yace en el vientre oscurecido del mar. Es indiferente en sus mejores días, y es implacable y cruel en los peores.

Una cosa sé que es verdad: estaría perdida sin Sully, Rush y Wolf. Me habrían destrozado hace semanas si no fuera por ellos.

Quiero pensar que ellos estarían perdidos sin mí, pero no puedo estar segura. Quizá momentáneamente estarían destrozados. Pero al verlos exudando poder y confianza, no creo que estuvieran solos por mucho tiempo. Así que, ¿qué une a cuatro personas, especialmente a una que no siempre quiere estar unida?

No estoy segura de tener la respuesta todavía, pero estoy dispuesta a averiguarlo. Y eso tiene que valer de algo, ¿no?

—Más te vale haber apostado por el bando correcto, Doc. No puedo garantizarte piedad cuando todo esto acabe. —Rush lanza la amenaza con una frialdad absoluta. Una vez más, agradezco tenerlo de mi parte.

Y me siento un poco eufórica por el poder y el dominio que emanan de él. Es todo un macho alfa —lo son todos—. Y hay algo tan seductor en ello. Apela a mi mujer interior. Esa que acabo de descubrir y que se aventura fuera de este caparazón cuidadosamente construido en el que he vivido toda mi vida.

El Doc suspira y me mira. Sostengo su mirada un momento antes de mirar a Rush. Siento que me pierdo algo, pero no estoy con el ánimo adecuado para analizar las amenazas que esconden las miradas fulminantes que los chicos le lanzan.

—¿Es esta la chica, entonces?

—¿Qué chica? —Wolf da un paso hacia mí y se cruza de brazos, presionando su muslo y su pierna contra mi costado mientras

bloquea parcialmente la vista que el Doc tiene de mí.

—Cormac mencionó que ibais a tener una hermanastra...

—No. Se equivocó. No es nuestra hermanastra. —Wolf echa la cabeza atrás y la inclina hacia un lado. Desde este ángulo, veo su perfil a contraluz por las farolas que brillan a través de las ventanas abiertas. Su mandíbula se ve afilada, sus hombros anchos y ese aire habitualmente juguetón no aparece por ninguna parte.

—Harías bien en olvidar que has visto a una chica aquí esta noche, ¿verdad, Doc?

Deslizo las yemas de mis dedos por el rostro de Sully y me asomo tras el cuerpo de Wolf para ver cuál es la respuesta del Doc. No me decepciona cuando asiente y recoge su maletín azul marino. Ni siquiera recuerdo que llevara un maletín, pero supongo que estaba preocupada cuando entramos.

—Jack —dice el Doc con un asentimiento.

—Hasta la próxima, Doc. —Jack sigue al médico por la habitación y lo acompaña a la salida.

SEIS

ALAINA

—NO PODEMOS MOVERLO. Aún no. —Me humedezco los labios y me preparo para exponer mis argumentos de por qué tenemos que quedarnos aquí un tiempo.

Wolf apoya su gran palma en la nuca con un suspiro. Las yemas de sus dedos van y vienen sobre la piel sensible del lateral de mi cuello.

—Aye. Nos quedaremos aquí unas horas. A Jack no le importará, ¿verdad?

El suelo de madera cruje cuando Jack vuelve a entrar en la habitación. —Nah. Mi pajarito está que se cae de sueño. ¿Te importa contarme qué ha pasado?

—Es una larga historia. —Mi voz suena suave mientras sigo pasando los dedos por la cara de Sully, memorizando la forma y catalogando las diferencias con respecto a hace dos años.

—Tengo tiempo, niña.

—Estoy cansada, Jack —digo con un suspiro.

—Está bien. Entonces te contaré yo una historia. Tú solo relájate y vigila a nuestro chico, ¿sí?

Asiento, y la mano de Wolf me abandona un momento antes de que se incline para rozar mis labios con un beso en la mejilla. —Voy

a coger algo de comida. Rush se quedará aquí contigo, ¿vale, cariño?

Giro la cara y atrapo sus labios con los míos. —Vale. Ten cuidado —susurro contra su boca.

—Vamos, chico. Tengo un cuarto de invitados arriba con una cama. Llevemos a tu hermano ahí, ¿sí?

Doy un paso atrás y observo cómo Rush y Jack levantan a Sully y lo llevan por el pasillo hasta la primera puerta. Merodeo detrás de ellos, lista para lanzarme y ayudar, pero el pasillo es estrecho. Tal como es, apenas caben los tres en diagonal.

Echo un vistazo a la habitación mientras colocan a Sully en la cama individual en mitad de la pared. Un gran ventanal con un poyete para sentarse ocupa casi todo el muro exterior, y el ruido de la calle sube amortiguado, lo justo para recordarme a una máquina de ruido blanco.

No hay mucho en esta habitación, solo una cama, una lámpara de pie y una cómoda en la esquina.

Jack se alisa la barba con una mano mientras se queda de pie en el umbral. —Os dejo unos minutos, ¿sí? Ven a buscarme para esa historia, Alaina. Creo que ha llegado la hora de que la oigas.

—Vale. Estaremos ahí en unos minutos —digo mientras le pongo por encima una manta fina e intento ajustar la almohada bajo la cabeza de Sully.

Jack asiente antes de salir de la habitación.

Rush se recuesta de nuevo en el poyete, con una pierna doblada por la rodilla y la otra bien firme en el suelo. Las gruesas cortinas están abiertas, pero las persianas, bajadas. Rush levanta una lama con el dedo y echa un vistazo a la calle desde un lado de la ventana. La luz de la tarde se refleja en los edificios de alrededor, proyectando sombras en el suelo de la habitación.

—Relájate, cariño. Pronto estaremos yéndonos a casa.

Me muerdo el labio inferior, la adrenalina se desvanece y me hace darme cuenta de lo alterada que estoy. —Quizá deberíamos irnos ya. Apuesto a que Sully estaría bien. ¿No crees?

Miro al hombre en cuestión. Ahora mismo está despatarrado sobre una colcha en el centro de la cama. Si ignorara la sangre seca

de sus pantalones y el vendaje blanco cegador pegado a su hombro, parecería que simplemente está echando una siesta.

Pero sé que no es así. Y no sé si alguna vez conseguiré sacarme de la cabeza la imagen de él tendido inmóvil sobre la mesa blanca, un médico cualquiera que no conocía inclinado sobre él, sangre por todas partes.

Jugueteo con la fina manta que lo cubre, reajustándola para que quede justo hasta su hombro pero sin tapar la herida. Soy consciente de que la manta probablemente no haga gran cosa, pero me ayuda a apaciguar esta energía inquieta que tengo dentro. El aspecto ceroso de su piel atormenta mis pensamientos despiertos, y tengo la sensación de que lo veré también en mis pesadillas durante semanas.

Él retira el dedo y deja que las lamas de la persiana caigan de nuevo en su sitio mientras se gira para mirarme. —Ven aquí, pajarito.

Alzo la vista al oír su voz. Tiene esa cualidad profunda, autoritaria, que ansío.

La luz de fuera le cruza la cara en diagonal, dejando la mitad completamente en sombra.

El corazón se me acelera al verlo. Su pelo castaño le cae sobre la frente en un desorden que no tiene nada que ver con la seducción y todo que ver con las circunstancias tan extrañas de hoy. Aun así, tiene el mismo efecto en mí.

Doy pasos lentos y medidos hacia él, dejando que la yema de mis dedos se deslice por la manta que cubre a Sully mientras camino. Rush me espera junto a la ventana, cambiando el peso del cuerpo para sentarse en el poyete y abrir más las piernas.

Me meto entre sus piernas, le rodeo el cuello con el brazo y me abandono en su peso. Él me acerca más sujetándome por la espalda.

Y exhalo.

Por primera vez en... no sé desde hace cuánto... siento que puedo respirar un poco.

—¿Debería alarmarme lo rápido que me estoy encariñando contigo? ¿Con todos vosotros? —Es un pensamiento que no consigo

sacarme de la cabeza. Le murmuro las palabras contra el cuello mientras entierro la cara en uno de mis sitios favoritos.

Él desliza la palma por mi espalda hasta apoyarla en la nuca. Noto sus palabras retumbando en su pecho antes de prestar realmente atención a lo que está diciendo.

—Muy poca gente en el mundo tiene la suerte de conocer a sus almas gemelas. Y menos aún son los que se encuentran siendo tan jóvenes. Yo creo que es un regalo. Tú eres un regalo, pajarito. Para mí. Y para mis hermanos. Y arrasaré el mundo para mantenerte. Eso lo sabes, ¿verdad?

Me aparto de su cuello para mirarle a los ojos, del color del mar. Me recibe un sinfín de emociones. Los azules oscuros y las motas de carbón se arremolinan, pero lo que de verdad me deja sin aliento es la honestidad y la devoción que brillan en su mirada.

—Te quiero, Declan Fitzgerald —murmuro mientras me inclino y presiono mis labios sobre los suyos.

Cierra los ojos en una larga exhalación, una pequeña sonrisa curvándole las comisuras de los labios.

—Yo también te quiero, Alaina Murphy Fitzgerald —susurra contra mis labios.

Tardo un segundo en separarme, pero lo hago, con una ceja alzada.

Él se encoge de hombros y desliza la mano hasta rodearme la parte delantera del cuello con suavidad. El gesto dispara la lujuria por mis venas, y me pego más a él.

—Tienes demasiados apellidos ahora mismo, ¿qué más da uno más? Y pronto serás una Fitzgerald. —Pasa el pulgar adelante y atrás sobre la piel sensible de mi cuello.

La piel me hormiguea mientras la euforia me nubla la cabeza, una sonrisa se me extiende por la cara casi sin querer. —Tengo diecinueve años, Rush. No me voy a casar ahora —lo chincho. Ni siquiera saco a colación el hecho de que Sully y yo todavía no hemos resuelto nuestra mierda.

No responde con palabras. En lugar de eso, inclina la cabeza hacia delante y sella sus labios con los míos. Nuestras lenguas se

enredan en una danza que se siente mucho como una promesa, y yo aprieto mis brazos a su alrededor para acercarme aún más.

Estoy perdida en su beso cuando un chirrido fuerte desgarrar el aire, y pego un bote de un metro. Me llevo la mano al corazón desbocado y grito —¡Dios mío!

—Perdón, Alaina. No quería asustarte —grita Jack desde algún lugar de la casa.

Me aparto de Rush y le ordeno al corazón que se calme. —Supongo que deberíamos oír lo que Jack tiene que decir ya. ¿Lo dejamos para luego? —Me muerdo el labio mientras recorro descaradamente a Rush con la mirada de arriba abajo.

Él deja que su mano resbale por mi cuerpo mientras se levanta. —Aye, cariño. Puedes contar con ello.

Entrelazo nuestros dedos mientras cruzamos la habitación. Al pasar junto a la cama, miro a Sully para asegurarme de que no está más pálido ni más sudoroso que antes. Me inclino y deposito un beso junto a su boca. —Vuelvo enseguida, ¿vale? Tú descansa.

Volvemos a oír el chirrido y lo seguimos hasta el salón delantero, donde Jack arrastra tres sillas colocándolas unas junto a otras.

El hombre grande y barbudo se deja caer en la silla con un quejido y nos mira. —¿Crees en el destino?

Me encojo de hombros y me siento en la silla frente a él. Rush se queda mirando las dos sillas que quedan un momento antes de irse hacia la ventana otra vez.

—Yo antes no. Tampoco es que no creyera, pero no le daba mucha importancia. Cuando era más joven, hice de prospect para la Hermandad. Era un crío que no sabía distinguir el pulgar del culo y que se creía muy malote. Mi primo me enchufó en la Hermandad, me presentó a unos tíos y, antes de darme cuenta, me pasaba el día correteando por la ciudad con ellos. No tenía mucha responsabilidad. Solo rondaba con ellos, iba a las cobranzas, ese tipo de cosas.

Jack se detiene, y el silencio se alarga lo suficiente como para captar mi atención. Cuando mi mirada se cruza con la suya, deja escapar el aire.

—Una noche estaba con mi primo y un par de tíos más. Estábamos cobrando en varios sitios—dinero de protección y esas

cosas. Pues a un comerciante en particular dejó de interesarle la protección de la Hermandad, y nos lo hizo saber apuntándonos con una escopeta a la cara. No sé si hasta ese momento había sentido miedo de verdad. —Jack se pasa la mano por la barba.— Aún lo tengo un poco borroso, pero de alguna manera alguien se movió y el dueño de la tienda se puso nervioso. Disparó varias veces antes de que uno de los nuestros consiguiera quitarle el arma. Lo dejó inconsciente de un culatazo, y solo entonces me di cuenta de que a mi primo le habían disparado. Y a mí también. Tenía catorce años.

—Joder. Lo siento muchísimo, Jack.

—No pasa nada, Alaina. Fue hace mucho tiempo ya. —Se aclara la garganta.— El tío que le quitó la escopeta al dueño acabó obligándome a salir de la Hermandad. Yo estaba furioso. Quería venganza. Me llevó unos años darme cuenta de que me estaba haciendo un favor. Si me hubiera quedado, estoy seguro de que habría muerto hace tiempo, probablemente en el plan a medias de vengarme que estaba tramando por entonces.

Inclino la cabeza, tratando de reconciliar el hombre que he conocido estos últimos dos años con la imagen que está trazando. En cierto modo explica que conozca a los chicos, pero sigue siendo una coincidencia rarísima.

Jack mira por la ventana un momento antes de volver a mirarme; tiene el rostro cuidadosamente impasible. —Fue Aidan.

Siento cómo se me fruncen las cejas mientras un rubor caliente me hormiguea por la piel. —¿Quién fue?

—El que me salvó. El que se preocupó de venir a verme todos los meses durante el resto de su vida. Fue Aidan. Tu padre.

—Perdona, ¿qué? ¿Qué acabas de decir? —Me giro hacia Jack del todo.— ¿Conocías a mi padre?

—Aye —dice Jack, con la boca en una fina línea y los ojos entrecerrados.

—Pe... ¿Por qué? ¿Por qué no me lo has dicho nunca? —La cabeza me resulta extraña, como si estuviera soñando, y los dedos empiezan a hormiguearme como cuando se duermen. Me vuelvo en la silla para mirar a Rush, buscándolo de forma inconsciente para que me dé claridad. Tiene el rostro tan cerrado como siempre, pero

percibo el tirón de un músculo en la mandíbula que nunca le había visto. Me dedica un ligerísimo movimiento de cabeza. Así que esto también es nuevo para él. Curiosamente, eso me consuela.

—Al principio no me di cuenta. Estás tan diferente de la última foto que vi de ti. En la última foto que me enseñó eras una cría, tendrías siete años o así. Te faltaban los dos incisivos de arriba y llevabas coletas. Y luego falló un mes, lo cual no era tan inusual. A veces su, eh, trabajo lo llevaba de viaje largas temporadas...

—Ocho. —La voz me sale en un graznido, y carraspeo.— Tenía, eh, ocho años en esa foto. Me acuerdo de que siempre la llevaba encima. Y ahora ya sé que trabajaba para la Hermandad, así que puedes hablar con libertad.

Jack se frota la barba entre el pulgar y el índice mientras me evalúa. Echa una ojeada por detrás de mí hacia Rush, y yo miro por encima del hombro.

Él está sentado en el poyete enorme, con los dedos abiertos sujetando las baratas persianas. Me recuerda a una de esas gárgolas de los antiguos edificios góticos. Alto y amenazador, solo su postura advierte a la gente de lo que se puede encontrar si traspasa los muros. Siempre vigilante y protegiendo.

Un calor se despliega en mi pecho cuanto más rato lo miro. Lanza una mirada en nuestra dirección una vez, pero por lo demás no se mueve.

—¿Seguimos en peligro?

—Siempre estamos en peligro, Alaina. Hoy casi pierdo a un hermano. No pienso perder a otro —responde sin mirarme. Sus palabras no son duras ni crueles, pero me provocan una oleada de miedo.

—Quizá deberías ir tras él.

Rush gira la cabeza y mira de mí a Jack y de nuevo a mí. Su cara está tan fría como siempre, pero noto un pequeño tic en la comisura del ojo derecho que nunca le había visto. —No.

Abro la boca para discutir cuando se abre la puerta. En un instante, Jack y Rush están de pie. Rush cruza la habitación en un segundo y se planta delante de mí, con la pistola extendida en la mano.

—Eh, eh, eh. Soy yo. Bajad las armas, ¿sí? —dice Wolf desde justo dentro del umbral.

Rush enfunda el arma de inmediato y se acerca a grandes zancadas a Wolf para coger las bolsas de comida. Por el olor, diría que Wolf ha ido al local de pollo frito de unas manzanas más allá, uno de mis favoritos.

Wolf se cruza conmigo la mirada y me lanza un guiño pícaro, y el cepo de pánico que aprieta mi corazón se afloja un poco.

—Llevemos esto a la cocina. Necesito una copa para el resto de esta conversación. —Jack sale de la habitación y camina por el pasillo.

—¿Qué conversación? ¿Qué me he perdido? —pregunta Wolf, apoyando una mano en el respaldo de mi silla y rozando mis labios con un beso en la frente.

Echo la cabeza hacia atrás, y me besa en los labios sin que tenga que pedírselo. Una chica podría acostumbrarse a este tipo de atenciones.

—Jack formó parte de la Hermandad. Y conocía a mi padre.

La mirada de Wolf va rebotando entre mis ojos, pero su expresión no cambia demasiado. O tiene una cara de póquer estupenda, o ya sabía una de esas dos cosas. Sinceramente, apuesto por una combinación de ambas. Es imposible que no supieran que Jack, como mínimo, estaba relacionado con la Hermandad. Si no, ¿por qué habrían venido aquí o permitido que trajeran a Sully?

—Vaya giro interesante que no me esperaba. —Como no digo nada, Wolf pregunta—: ¿Cómo está nuestro chico?

El alivio se posa en mis hombros, mullido y suave, pero el miedo que lleva royéndome no se mueve de su lugar, pesado, en mi estómago.

—Está bien, creo. Deberíamos quedarnos aquí un poco más, hasta que podamos moverlo con más seguridad. No quiero que se haga más daño.

—Vale, Pelirroja. Nos quedamos aquí, comemos y escuchamos lo que tenga que decir el viejo...

—Te he oído, chico —grita Jack desde algún lugar más al fondo del piso. No suena especialmente enfadado, la verdad.

—Bien. Significa que todavía no has perdido el oído —le responde Wolf a voces, con una sonrisa en la cara.

—Vamos a comer, pajarito —dice Rush, poniendo una mano sobre mis hombros desde atrás.

—¿Pero y Sully? No podemos dejarlo ahí dentro sin protección. — La idea de que alguien entre aquí y lo hiera mientras yo estoy comiendo y paseando por el carril de los recuerdos desgarró la leve sensación de alivio y la sustituye por ansiedad. Se me cuelga de los hombros, cae pesada y me lastra.

—Tenemos a algunos de los nuestros apostados en todas las salidas—dentro y fuera—, además de en las dos puertas que hay entre el bar y aquí. Y todas las puertas están cerradas con llave. Podemos tomarnos un rato para comer, Pelirroja.

SIETE

ALAINA

WOLF ENTRELAZA sus dedos con los míos mientras seguimos a Rush por el estrecho pasillo. Con la mano que me queda libre, extendiendo el brazo y agarro la tela de su camisa, enroscando los dedos en el suave material. Me siento un poco más anclada cuando los toco físicamente así. Me hace sentir que estoy realmente aquí, que no estoy en un extraño sueño febril que va a terminar de forma brutal para mí.

Las tablas del suelo crujen bajo nuestro peso y miro a mi alrededor mientras pasamos por delante de la puerta abierta de la habitación en la que está Sully, dos puertas cerradas, un pequeño baño, y entramos en un salón y una cocina.

Las paredes están desnudas de decoración, ni siquiera tienen papel pintado antiguo, solo pintura beis. Todo este piso parece estar confuso. La arquitectura parece original, todo techos altos y arcos abovedados entre las habitaciones. El suelo de madera parece auténtico, de ese material original que usaban a principios del siglo veinte, y no el laminado barato que usan hoy en día. Sin embargo, el mobiliario es más moderno. Todo de líneas limpias y detalles oscuros.

Los muebles son mínimos y parecen más bien aleatorios. Es difícil saberlo, ya que los únicos muebles en la sala de estar que Jack

utiliza como oficina improvisada son una mesa blanca, algunas sillas cualquiera y sillas plegables, un par de lámparas de pie polvorientas y las cortinas de las ventanas.

Mi confusión aumenta cuando entramos en la cocina y parece que pertenece a los años noventa. Los armarios son de ese color roble dorado que tenían todas las casas en esa década. Es lo suficientemente grande como para tener una isla con dos taburetes y una pequeña mesa empotrada para cuatro en la esquina. Sin embargo, los electrodomésticos parecen prácticamente nuevos.

—¿Qué es este sitio? —pregunto mientras sigo a Rush hasta la pequeña mesa de la esquina. Retira una silla y la coloca contra la pared antes de sentarse. Alarga la mano y apoya la palma en el asiento de la segunda silla y la arrastra junto a la suya antes de darle dos golpecitos.

Accedo a su petición y arrastro a Wolf conmigo. Jack se apoya en la isla y nos mira con sus grandes brazos cruzados sobre el pecho. Suelto la mano de Wolf y me acomodo en mi silla. Con un resoplido, él arrastra otra silla de la mesa y la desliza junto a la mía. Me siento un poco apretada entre los dos, pero es una sensación que estoy aprendiendo a disfrutar. Sospecho que un día la anhelaré.

—Es mi piso.

Enarco una ceja y miro alrededor de forma elocuente. —No parece que viva nadie aquí.

—Pues sí, no vivo aquí. Pero es mío igualmente. Soy el dueño de este y de los dos de arriba.

Con un sobresalto, me doy cuenta de que estoy acostumbrada a que Jack sea abierto y acogedor. Su expresión actual es difícil de leer, pero no tanto como para no darme cuenta de su inquietud.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Jack resopla y pone los ojos en blanco. —Un hombre tiene derecho a sus secretos.

Asiento antes incluso de que termine de hablar. —Claro, claro. Pero los secretos son parte de la razón por la que estamos en este lío.

—Pues sí, lo son. —Su voz es grave y se frota la mano por la barba.

—¿Cuánto tiempo, Jack? ¿Cuánto tiempo hace que sabes quién era?

Su mirada se clava en la mía y se suaviza casi al instante. —La segunda o tercera vez que te vi. Son tus ojos, Alaina. Tienes los ojos de Aidan.

—Los ojos de los Gallagher, me han dicho. —Rush y Wolf se tensan ante mi reflexión, y recuerdo que realmente hay muchísimos secretos. Los miro a cada uno mientras digo— Cuando Sully esté mejor, tenemos que tener una charla seria, los cuatro.

Rush me desliza la mano por el pelo para agarrarme la nuca con suavidad. —Sí, tenemos que hablar. No creas que nos hemos olvidado de tu numerito de hoy.

—Los dos numeritos —añade Wolf mientras me apoya una mano en el muslo y con la otra abre la grasienta bolsa de papel.

Es fácil ignorar la forma en que la ropa todavía se me pega a la piel en algunos sitios cuando el seductor aroma del pollo frito flota en el aire.

—¿Sabías que Golden Chicken era uno de mis favoritos? —pregunto mientras abro el recipiente que ha puesto en el centro de la mesa.

Wolf se limita a mirarme con esa estúpida y sexi media sonrisa en el rostro antes de lanzar una mirada cargada de intención a su hermano. Rush se encoge de hombros sin arrepentirse mientras coge algo de comida.

—Puede que tengamos que hablar de que me espíes, Dec —murmuro, conteniendo la sonrisa que amenaza con cruzar mi cara.

—No es espiar, nena, solo mantenerme informado. —Sus palabras son graves, pero no se me escapa el giro irónico de sus labios.

Me concentro en la comida que tengo delante y empiezo a comer. No recuerdo la última vez que comí. ¿Siquiera comí algo en la cafetería? Estábamos esperando a Maddie, así que... Mis pensamientos toman un giro peligroso al recordar la razón por la que estamos sentados aquí ahora mismo.

Termino mi comida y me limpio los dedos grasientos antes de mirar directamente a Wolf.

—Yo... no me arrepiento, así que si eso es lo que buscas, no lo vas a encontrar. Lo haría mil veces más para salvar a Maddie.

Wolf asiente, retomando fácilmente nuestra conversación anterior. —Lo sé. Pero aun así tenemos que hablar de ello. —La voz de Wolf está justo al lado de mi oído, pero puedo sentir la penetrante mirada de Rush en mi cara.

—Y afrontar tu castigo.

Los curiosos dedos de Wolf danzando por mi muslo me distraen lo suficiente como para que tarde un minuto en oír lo que ha dicho Rush. Cuando se filtra en mi cerebro, giro la cabeza bruscamente hacia él.

—¿Castigo? —Un latigazo de lujuria se infiltra en mi confusión mientras imagino un tipo diferente de castigo.

—Así es, pajarillo. Cuando estás con nosotros, a veces obedecer órdenes es lo único que se interpone entre la muerte y tú. Y las desobedeciste. Te pusiste en peligro.

—*Dos veces* —La voz de Wolf es suave contra la piel bajo mi oreja—. Y no podemos dejarlo pasar sin castigo. Ni siquiera por ti, pequeña.

Mi corazón late con más fuerza contra mi caja torácica y mi cabeza empieza a nublarse, sintiéndome ligera. Mis ojos están fijos en Rush, pero cada centímetro de mi cuerpo es agudamente consciente de ambos: la forma en que Wolf curva su cuerpo alrededor del mío y la forma en que siento su aliento deslizándose por mi piel.

Rush cambia el agarre sobre mí para que su mano se curve alrededor del costado de mi cuello, su pulgar rozando suavemente mi pulso. Se queda mirando, fijo, el punto que su pulgar acaricia por un momento. No aparto mi mirada de él, deslumbrada y aturdida por la forma en que sus pupilas se dilatan con cada segundo que pasa. —Somos una familia, y confiamos los unos en los otros. Sin eso, estamos como muertos. ¿Lo entiendes, eh?

Asiento mientras me muerdo el labio.

—Dímelo por lo claro, nena.

—Lo entiendo, Rush. —Las palabras salen de mis labios en un suspiro, la expectación creciendo en mis venas. Siento la piel tirante

y me esfuerzo por salvar la distancia entre nuestras bocas cuando oigo un carraspeo.

Por el sonido tan inoportuno, me atrevo a adivinar que no es la primera vez que Jack carraspea. Mis mejillas se sonrojan de vergüenza. —Eh, lo siento, Jack. Yo... no sé qué me ha pasado...

—No creo que hayamos llegado a esa parte todavía, pelirroja.

Le lanzo una mirada fulminante a Wolf, pero su estúpida y atractiva cara está haciendo esa cosa de sonrisita arrogante que me hace olvidar por qué estoy molesta con él. Y supongo que, ya que estoy metida en aguas incómodas con Jack, más vale que merezca la pena. Me inclino hacia Wolf y ladeo la cara lo suficiente como para apenas rozar sus labios con los míos.

Tiene el efecto deseado y, en menos de un segundo, se abalanza sobre mí, profundizando nuestro beso.

—Vale, vale. Separaros, críos —gruñe Jack desde su posición apoyado en la isla.

Después de un momento, me tomo mi tiempo para alejarme de Wolf y abrir los ojos. Mis labios se entreabren al ver la expresión de su rostro.

Sus ojos de color expreso prometen fantasías oscuras que su sonrisa descarada intenta encubrir u ocultar. Me mira fijamente un momento más antes de retroceder y dejarse caer en su silla, abriendo mucho las piernas de esa forma estúpidamente sexi en que se sientan los hombres.

—Ah, sí, ¿por dónde íbamos? Ah, cierto. El castigo. —Wolf menea las cejas y sonríe por encima de mi cabeza a Rush.

—Ya basta de eso, muchacho. Conozco a la chica desde que era una niña. No hace falta que vea todo eso. Y no creas que no he visto cómo la rodeáis como buitres, capullos posesivos.

Me paso las manos por las piernas para tener algo que hacer mientras se me pasa el acaloramiento. No sé qué demonios me pasa. ¿Primero Rush en la otra habitación y ahora Wolf en la cocina? Sacudo un poco la cabeza y suelto el aire. Hora de pensar en otra cosa. —Cierto. Sobre eso. Así que, ¿me conociste de bebé?

Jack busca su cóctel a sus espaldas. El hielo tintinea contra el vaso cuando se lo lleva a los labios para dar un sorbo. —Sí. Te traje

un par de veces cuando eras pequeña. Aidan Gallagher era un buen hombre y uno de los mejores amigos que he tenido nunca.

—Entonces, ¿por qué no te recuerdo? ¿Por qué no venías? —pregunto con un ladeo de cabeza. Antes de que la pregunta salga de mi boca, me enderezo en mi asiento—. Mi madre.

Jack asiente. —Así es. Nunca conocí a tu madre, pero Aidan la quería, y eso era suficiente para mí. Tenían una... relación complicada.

—¿Complicada cómo? —pregunta Rush.

—Tu padre te quería a ti, y la quería a ella, y quería a la Hermandad. Al menos hasta el final, luego las cosas se enturbiaron. Pero tu madre... ella no quería nada más que a tu padre. Al menos así lo contaba Aidan.

Miro la mesa frente a mí, sigo las vetas de la madera con los ojos mientras medito las palabras de Jack. Las ha transmitido con tanto y tan tierno cuidado, que es casi peor.

Me pregunto si alguna vez llegaré a un punto en mi vida en el que pueda decir sin vergüenza ni tristeza que sí, que a mi madre no le gustaba mi compañía. Y eso es decirlo con suavidad. Intelectualmente, entiendo que algunas personas no están hechas para ser madres, y no pasa nada. Pero es diferente cuando es *tu madre* la que entra en esa categoría.

Es ridículo sentir vergüenza e indignidad por las palabras de un hombre muerto acerca de los sentimientos de una mujer ahora muerta de hace casi veinte años, pero así es. Me ahoga, sonrojando mis mejillas y enviando calor que irradia por mi cuerpo.

Pero las palabras pueden tener poder, independientemente de quién las esgrima. ¿Y si el que habla no es un extraño, sino un amigo? ¿Un ser querido? ¿Un *padre*? Coge un comentario hiriente y lo afila para que el impacto sea máximo.

Wolf entrelaza nuestros dedos y me pregunto si está recordando las breves interacciones que presencié entre mi madre y yo. Lo forzadas y frías que eran. Intento imaginar esa primera noche desde su perspectiva. Me trajo a su casa, así que no fui del todo una sorpresa. Pero imagino que la cena sí lo fue. Observar cualquier interacción entre nosotras dos pinta un cuadro particular. La mayoría

de la gente finge cuando está en compañía de *otros*, pero no Lana McElroy. Ella no se doblegaba por nadie.

O no se había doblegado.

—¿Es posible echar más de menos la idea que tenías de alguien que a la persona en sí? —Mis palabras son suaves, y solo el zumbido del frigorífico llena el silencio—. Mi madre es comp... era. Mi madre *era* complicada. Y creo que... creo que siempre la quise. Pero creo que puede que quisiera más la idea que tenía de ella, ¿sabes?

Wolf me enrosca un mechón de pelo entre los dedos, atrayendo mi atención hacia él. —Lo entiendo, pelirroja. A veces la vida te da estas cosas que crees que necesitas, y depende de ti decidir si realmente las necesitas. Y yo... no creo que necesitates a tu madre. No de verdad.

Asiento mientras imágenes del cadáver de mi madre se materializan ante mis ojos. La forma en que sus ojos miraban al cielo, sin vida y, sin embargo, de algún modo, todavía llenos de dolor.

Me giro para mirar a Jack. —¿Crees en el cielo? —Si mi pregunta le ha sorprendido, no lo demuestra.

Toma un gran trago de su licor, güisqui, si tuviera que adivinar. —Creo que... creo que el mundo será un lugar más oscuro y cruel cuando tú te hayas ido, pajarillo.

Una sonrisa irónica me ladea la comisura de la boca. —¿Intentas camelarme en lugar de responder, viejo?

Se agarra el pecho con falso horror. —¿Tú también? ¿Qué es esto? Apenas soy un viejo.

Levanto un hombro en un encogimiento. —Me parece un apodo bastante bueno. —Hago una pausa y lo miro de verdad—. Gracias, Jack. Por estar ahí para mí y para mis primos.

—Sí. Érase una vez que le prometí a Aidan que te cuidaría si algo le pasaba a él.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él? —La voz de Rush viene de justo al lado de mi oído, y no puedo evitar que me den un respingo los hombros. Ha estado tan callado que no estaba segura de si iba a intervenir en absoluto.

—Hace años que no hablo con Aidan, más tiempo desde que nos vimos.

—¿Cuándo, Jack? —La intensidad de Rush me pilla por sorpresa, y de repente, hay tensión en la pequeña habitación.

Jack se rasca la barba con el dedo corazón. —Ah, probablemente unos diez años desde que hablamos. Me llamó cuando se iba de la ciudad por un trabajo, pero eso no era fuera de lo común. A menudo llamaba para ver cómo estaba cuando se dirigía a algún sitio.

—Quieres decir cuando iba de camino a matar a alguien.

Jack se sobresalta, y su vaso se le escurre de la mano, pero sus rápidos reflejos lo atrapan justo antes de que caiga demasiado. El güisqui se derrama por el borde del vaso con el movimiento, pero Jack no se inmuta cuando le salpica la mano.

Le sostengo la mirada, un desafío escrito en mi ceja arqueada y mis hombros tensos.

—Bueno, yo no lo diría exactamente así. Pero, sí, era un sicario.

Asiento varias veces mientras me muerdo el labio inferior, mirando alrededor de la habitación sin ver realmente nada. —¿A cuánta gente mató? ¿Eran... no sé, malos? ¿O eran gente buena? — Me encuentro con la mirada de Jack—. ¿Tenía mi padre la sangre de gente inocente en sus manos?

Jack niega con la cabeza, el movimiento lento y medido. Su mirada es suave mientras sostiene la mía. —No siempre compartía esa información conmigo, pero lo poco que me contó, no eran gente buena, Alaina. Se le conocía como el Viajante. Viajaba como solían hacer los vendedores hace años, solo que él no vendía aspiradoras.

Vaya. El Viajante. Es un apodo tan aleatorio y aparentemente inocente. Casar esta idea que tengo de mi padre, que se tiraba al suelo y jugaba a las barbies conmigo, con el tipo al que le pagaban literalmente por matar gente, está resultando difícil.

Es un recordatorio sorprendente de que realmente no conocemos a nuestros padres. Al menos no cuando somos niños.

Y nunca podré conocerlos. Ahora... ahora lo único que obtengo son recuerdos diluidos de personas que los conocieron hace décadas. Es fácil dejar que la melancolía se apodere de mis ideas sombrías, pero extrañamente, me siento bien, incluso vale. Una

parte de mí reconoce que todavía estoy en estado de shock, pero creo que debajo de eso, hay un pozo de emociones.

Mi padre solía decirme que no hay una manera fácil de hacer algo. Que la única forma de llegar al otro lado de algo es seguir los pasos, mantener el rumbo.

Simplemente tienes que hacerlo. Por supuesto, eso era sobre mi recital de baile, y yo tenía ocho años. Pero el mismo principio se puede aplicar a cualquier cosa; a todo, en realidad.

No hay forma fácil de reparar el daño que causó la relación que tuve con mi madre —especialmente si ella no está aquí—, excepto ahondar y empezar a trabajar en ello.

Simplemente no estoy muy segura de por dónde empezar.

OCHO

ALAINA

VARIOS MÓVILES vibran e interrumpen el silencio de la cocina. Rush aparta la mano de mi nuca al mismo tiempo que Wolf se echa a un lado. Ambos sacan los móviles de sus bolsillos.

Todavía estoy dándole vueltas a lo de mis padres, así que tardo en darme cuenta del cambio en el ambiente. No es hasta que se me eriza el vello de la nuca que salgo de mis pensamientos y miro alternativamente a Wolf y a Rush.

—¿Qué pasa?

Intercambian una mirada entre ellos antes de mirarme a mí. Me levanto de la silla y apoyo el culo en la mesa para poder verlos a los dos a la vez.

—Es Da. Acaba de enterarse de lo de Lana.

Asiento un par de veces y me muerdo la comisura del labio. — ¿Dónde está, por cierto? Creía que se suponía que ambos estaban en casa. —Miro hacia arriba, intentando recordar si mi madre dijo algo en el Uber—. No recuerdo si mi madre dijo por qué estaba ella aquí y él no.

Rush pulsa el botón del lateral de su móvil para apagarlo. — Todavía tenemos que hablar de todas esas... cosas que te dijo tu madre, ¿vale? Pero Da no ha dicho nada sobre dónde ha estado. Solo ha preguntado si sabíamos dónde estabas. Por lo visto, unos

polis han aparecido en Summer Knoll para notificártelo y hacerte algunas preguntas.

Se me caen los hombros, pesados por el agotamiento. —¿Ahí es donde vamos entonces, de vuelta a Boston?

Wolf asiente, con expresión pensativa. —Al final sí. Tenemos un piso aquí en la ciudad para situaciones como esta.

—¿Situaciones en las que te apuñalan en un callejón cualquiera y tiene que coserte un matasanos? —le enarco una ceja.

La sonrisa de donjuán de Wolf hace acto de presencia, y por mucho que su aire de suficiencia me saque de quicio, esa sonrisa letal que me dirige es mucho, mucho peor. —A veces es una pelea de bar que nos deja demasiado ensangrentados y cansados para volver a casa conduciendo.

Las cejas se me disparan hasta la frente. —¿Una pelea de bar?

Wolf se cruza de brazos y sus bíceps se flexionan con el movimiento. Mis ojos se clavan en ellos, y si me hubieras preguntado hace seis meses si pensaba que la idea de una pelea de bar era atractiva, me habría reído en tu cara. Pero no puedo negar la forma en que el pulso se me acelera ante la idea de Wolf sudoroso y lanzando puñetazos, con todos esos músculos contrayéndose y relajándose. Mi pecho sube y baja más deprisa solo de pensarlo.

—Qué respuesta más interesante, pajarito. —La voz de Rush está cerca de mi oído, y yo ladeo la cabeza. La sorpresa me recorre los nervios ante su proximidad. No recuerdo haberlo oído acercarse a mí.

—¿Y qué respuesta es esa, hermano? —Wolf no se acerca a mí, pero observo con asombro cómo todos sus músculos se tensan.

Rush me roza con los dedos justo debajo de la oreja, bajando por la curva de mi cuello y hombro, y recorriéndome el brazo. La piel de gallina sigue a sus dedos y yo me estremezco en respuesta.

—Qué cosita más sensible, ¿a que sí? —El aliento de Rush acaricia el pabellón de mi oreja, y cada palabra que sale de sus labios provoca otra oleada de piel de gallina.

—Joder. ¿Necesito echaros un cubo de agua a los tres? Vuestro hermano está en la otra habitación con un agujero en el hombro, y vosotros tres estáis jadeando el uno por el otro en mi cocina como

un puñado de gatos callejeros. —Las duras palabras de Jack rompen la burbuja de lujuria en la que me encontraba.

Me sobresalto, las mejillas me arden y los hombros se me tensan de vergüenza. Definitivamente, había olvidado que estaba aquí. Y tiene razón. ¿En qué coño estaba pensando al empezar algo con ellos en el apartamento de Jack? Y con Sully postrado, nada menos.

A Rush no se le escapa el sonrojo en mi cara y se pone rígido, con la mano rodeando mi muñeca. Un vistazo a Wolf, y veo que está en la misma posición. Ojos duros, mandíbula apretada, una amenaza que emana de ambos en oleadas.

Mierda.

Levanto mi mano libre, con la palma hacia fuera. —Vale, vale. Tienes razón. Lo siento, Jack.

Jack se pasa una mano por la cara y por la barba. —Ya, rui señor. —Me clava una mirada paternal, llena de preocupación y vacilación, como si no quisiera decir algo, pero fuera a hacerlo de todos modos—. Y, de todos modos, ¿qué coño está pasando aquí? Creía haberte visto con Wolf en tu cumpleaños. —Entrecierra los ojos hacia los dos hombres que tengo al lado.

Ah, ahí está, el tema en el que no quería meterse, pero por alguna razón, sintió que tenía que hacerlo. Decido que no necesito ponérselo fácil, así que me encojo de hombros. —Así es.

Jack frunce los labios y se apoya en la isla detrás de él. —¿Y qué me dices de todas esas noches con Rush? ¿Qué fueron?

—¿A qué coño te refieres con todas esas noches con Rush? —Wolf se yergue, dejando caer las manos a los lados. Su postura es tensa, y su pecho sube y baja con profundas respiraciones. Me recuerda a algún tipo de bestia, a un movimiento en falso de atacar.

Me humedezco los labios y miro de Jack a Wolf. Vuelvo a centrarme en Jack. —Esas fueron...

—No es de tu puto interés. De hecho, nada de esto es de tu interés, O'Malley —dice Rush mientras se levanta también. Su tono es firme y amenaza con violencia.

—Ah, ahora es O'Malley, ¿eh, boyo? Vaya. Habría pensado que les habrías contado a tus hermanos tus visitas semanales al pub para ver a nuestro rui señor. —La sonrisa en la cara de Jack es cruel

y calculada. Es una mirada que nunca le he visto antes, y nunca sobre mí, ni directa ni indirectamente.

—¿De qué coño está hablando, Rush? —Wolf da un paso hacia nosotros, sus manos se aprietan y se relajan a los lados.

Me pongo de pie de un salto y me coloco entre ellos, con las manos en el pecho de cada uno. —Relajémonos todos. Ha sido un día... muy, muy largo. Vamos a...

—Ahora no, pelirroja. Quiero oír lo que mi hermano tiene que decir —dice Wolf entre dientes.

Me irrito por su indiferencia, y es suficiente para avivar las llamas de mi ira. Creía que la había enterrado de antes, pero supongo que necesito esforzarme más para controlarla.

—Sí, boyo, cuéntale a tu hermano cómo venías a mi pub cada semana a escucharla cantar. —La sonrisa de suficiencia de Jack me crispa los nervios. En lugar de calmar la situación, le está echando gasolina al fuego.

—¿Has estado con ella durante el último año? —Wolf ladea la cabeza, con las cejas fruncidas.

Se me revuelve el estómago y los dedos helados del pavor me recorren la columna. Abro la boca para explicar la situación o, al menos, calmarla, pero antes de que pueda decir una sola palabra, Rush sale de detrás de mí. Y en un movimiento suave, saca su pistola de la sobaquera y se para frente a Jack, golpeándose la pierna con el arma.

—¿Algo que quieras decir, viejo? ¿O te has olvidado de con quién estabas hablando? —Rush ladea la cabeza, el gesto más amenazador que curioso—. Porque parece que estás tratando de crear un problema entre mi hermano y yo. Y sabes cómo me llaman, ¿verdad?

Doy un paso a la derecha, más cerca de Wolf. Quiero ver las expresiones en sus caras. No estoy segura de cómo va a acabar esto, pero espero, por el bien de todos, que no termine en un derramamiento de sangre. No sé si podré soportar más hoy.

La mandíbula de Jack está apretada y su mirada es fría mientras mira a Rush. —Sí. Eres el solucionador. Solucionas los problemas de la Hermandad.

—Sí, lo hago. Me caes bien, O'Malley, siempre me has caído bien. Y no quiero que te conviertas en un problema, ¿entiendes?

Nadie dice nada por un momento, y yo contengo la respiración con expectación. Estoy tentada a intervenir. A pesar de la pequeña bomba que acaba de soltar sobre nosotros, Jack siempre ha estado ahí para mí. Durante años.

Se dé cuenta o no, le estoy cediendo el control. Confío en que Rush no hará nada irreversible. Y para una chica como yo, eso es mucho pedir.

Jack suspira y rompe su duelo de miradas con Rush, mirando a un lado por un momento. —Solo que no quiero que le pase nada. Y vosotros, chicos, sois problemáticos, siempre lo habéis sido. Vosotros dos...

—Tres.

Nuestras cuatro cabezas se giran hacia la puerta al oír el sonido. Sully está apoyado en el marco de la puerta, con la cara pálida y el pelo rubio ceniza despeinado. Sigue siendo uno de los hombres más guapos que he visto en mi vida. El corazón me da un vuelco en la garganta al verlo.

—Si vas a insultarnos, podrías incluirme también a mí, ¿no, Jack? Después de todo, si no fuera por mí, ella nunca habría puesto un pie en O'Malley's. —Sully me clava su mirada de ojos azul océano—. ¿A que sí, princesa?

Miro, hipnotizada, al primer hombre que amé, aparte de a mi padre, por supuesto. Se me llenan los ojos de lágrimas y parpadeo rápidamente, haciendo que una se deslice por mi mejilla.

—Oh, joder. ¿Qué coño le habéis hecho? —gruñe Sully con los dientes apretados.

Me seco la lágrima y acelero el paso hasta que estoy justo delante de él. —Estoy bien. Solo aliviada de verte despierto. —Lo examino de la cabeza a los pies. No estoy segura de lo que estoy buscando, pero no puedo evitarlo—. ¿Cómo te encuentras? Deberías seguir tumbado.

—Estoy bien, Lainey. —Su voz, tan suave y baja, destinada solo a mis oídos, me atraviesa el corazón de la manera más grata.

Me pongo de puntillas, conteniéndome para no tocarlo, aunque todo en mi interior me suplica que pase mis manos sobre él y me asegure de que está entero, tan entero como puede estar. Cruzo su mirada y, de repente, me siento abrumada por la emoción. Es lenta, como la marea por las mañanas, hasta que es todo lo que puedo ver y sentir.

—James. —Hay más emoción contenida en esa sola palabra de la que he sentido nunca. —Me alegro mucho de que estés bien. —La voz se me quiebra en la última palabra y tengo que carraspear un par de veces.

—No quiero problemas con los Fitzgerald, ni con la Hermandad. Solo estoy cuidando de la chica de Aidan.

Estoy demasiado ocupada examinando a Sully como para ver la confrontación detrás de mí. Además, confío en ellos... bueno, estoy aprendiendo a confiar en ellos. Más vale empezar hoy.

—Verás, esa es la cuestión, O'Malley, que ya no es asunto tuyo —gruñe Rush.

—Aidan era mi mejor amigo. Le hice una promesa, y ella era mi responsabilidad.

—Supongo que no tendrías tanto sentido de la responsabilidad si ni siquiera la encontraste durante ocho años. —El tono de Wolf es excesivamente conversacional, y es suficiente para robar mi atención. Le echo un vistazo, y no me sorprende ver su sonrisa socarrona. El desdén baila en su mirada mientras observa fijamente a Jack.

Jack cambia su peso al otro pie y finge una mirada aburrida. —Cuando la encontré, la convertí en mi responsabilidad.

—Entonces déjame aclararte eso, O'Malley. Quedas absuelto de cualquier tipo de responsabilidad en lo que respecta a Alaina. Ese honor nos pertenece a nosotros ahora, y cualquiera que interfiera acabará con una larga estancia en nuestra cochera en Summer Knoll.

No sé qué coño es la cochera ni qué está pasando exactamente, pero reconozco una amenaza cuando la oigo. Al darme la vuelta, algo se contrae dentro de mí, y si antes no estaba segura, esto confirma mis sospechas de que algo ha cambiado. O tal vez siempre

he sido así, pero ha estado enterrado bajo tantas capas de mierda superficial que no me di cuenta de que estaba ahí.

Rush no está pegado a la cara de Jack y la pistola sigue casualmente a su lado, pero quizás eso solo añade poder a su imponente presencia de mando.

—Cuidado, boyo. No querrás empezar una guerra conmigo. —La voz de Jack es mesurada y pronunciada en un tono muy práctico.

La comisura de la boca de Rush se levanta y sus ojos brillan con malicia. —Sigue tu propio consejo, viejo.

Jack siempre ha sido amable conmigo, pero hay algo en cómo Rush ha tomado el mando de la situación que me pone.

Me pone, y mucho.

Wolf da dos palmadas, sobresaltándose lo suficiente como para dar un brinco. —Bueno. Por muy divertido y... esclarecedor... que haya sido esto, es hora de irse. Sully, coge tus cosas, hermano.

Las cejas de Sully logran trepar hasta su frente incluso cuando sus ojos se nublan de dolor. —Vale. —Alarga la palabra y hace un teatro de mirar a su alrededor y palparse los bolsillos. Mete la mano en el bolsillo de sus vaqueros, saca su móvil y lo agita en el aire—. Listo.

—Pelirroja. —Me sobresalto y miro a Wolf. Está de pie justo a mi lado, con la cara inclinada y los ojos tiernos—. Vámonos, nena.

Me dejo perder en sus expresivos ojos por un momento, sabiendo que siempre estará ahí para recogerme. Impulsivamente, me pongo de puntillas y me inclino hacia Wolf, salvando los pocos centímetros que nos separan. Rozo mis labios con los suyos, un toque suave que dejo que se prolongue por un momento. —Estoy lista, Wolf. —Las palabras son un eco de una de las primeras cosas que le dije, y observo cómo un escalofrío recorre a Wolf.

—No me presiones, viejo. No estoy de coña cuando se trata de ella. ¿Me entiendes?

Jack pone los ojos en blanco. —Sí, te *entiendo*, boyo. Ahora, largo de mi puta casa. —Se vuelve para mirarme, dándole la espalda a Rush—. Ruiseñor, ven a verme pronto, ¿vale?

—Vámonos —gruñe Rush mientras sale furioso de la cocina. Sus pasos se van apagando hasta que oigo la puerta principal abrirse y

cerrarse de golpe.

Vuelvo a apoyar los pies en el suelo y miro por encima de mi hombro. —De acuerdo, viejo. —Entrelazo mis dedos con los de Wolf y dejo que nos guíe fuera de la cocina.

—Sí. ¿Y, Alaina? Siento lo de tu madre, niña.

Me detengo en el umbral de la cocina y miro por encima del hombro a Jack. Un sentimiento de presagio me invade y el pavor me llena las entrañas.

¿Por qué siento que esta es la última vez que lo veré? Es un pensamiento aterrador, desde luego, pero con la forma en que mi vida está cambiando, no estoy tan segura de no deber fiarme de estos pequeños instintos.

Desenredo mi mano de la de Wolf y me doy la vuelta. En tres pasos, llego a Jack y le rodeo el cuello con mis brazos. —Gracias, Jack. Por todo.

Él me devuelve el abrazo y me aprieta una vez antes de soltarme y dar un paso atrás. —Ten cuidado, ruiseñor.

Asiento y camino hacia atrás hasta llegar a la puerta. Con una última mirada a Jack, me doy la vuelta y ocupo mi lugar entre Wolf y Sully.

NUEVE

ALAINA

A LOS DIEZ minutos de trayecto, Sully se queda traspuesto y se despierta de golpe, haciendo una mueca de dolor. Tras la tercera vez y algo de persuasión, consigo que acepte apoyar la cabeza en mi regazo durante el resto del camino. Está tumbado de espaldas, y su gran envergadura resulta casi cómica en esta posición en el asiento trasero conmigo. Aprovecho para estudiar sus facciones, las líneas y curvas de su rostro. Me tiemblan los dedos por la necesidad de recorrerlo todo. La oscura mancha de las pestañas contra su mejilla. La forma en que el pelo le ondea sobre la frente. La ausencia de su ceño fruncido y la suavidad de su frente. De ninguna manera dejaría que estuviera tan cerca de él si estuviera despierto.

Suelto un suspiro, un ruido silencioso y melancólico, mientras cedo y le retiro el pelo de la frente, dejando que las yemas de mis dedos descansen un poco más contra su cuero cabelludo. Cuando éramos más jóvenes, solía pasarle las uñas por el pelo y masajearle la cabeza. Juro que solía ronronear cada vez que lo hacía.

Una sonrisa asoma a mis labios ante el recuerdo. Demasiado pronto, se desvanece y es sustituida por el recuerdo de él gritándome en el pasillo de Summer Knoll, declarando que no quería volver a verme nunca más.

Había esperado que fuera una especie de arrebató, una reacción instintiva al verme después de tanto tiempo. No he olvidado lo que hizo, y sé que tenemos que hablar de ello.

El último día me ha enseñado que dejar las cosas sin decir nunca es una buena idea. Y que hay cosas por las que merece la pena luchar. Decidí hace tiempo que Sully merece la pena, pero los acontecimientos de las últimas horas no hacen más que reafirmármelo.

Una hora más tarde, el coche reduce la velocidad al acercarnos a un edificio de apartamentos gris de gran altura. Desde este ángulo, parece que todo un lateral son ventanales de suelo a techo. Paso los dedos por el pelo de Sully mientras entramos en el garaje subterráneo anexo. Aunque el apartamento no está tan lejos de O'Malley's, el tráfico para llegar aquí —a cualquier parte de Nueva York— es difícil en un buen día y casi imposible en uno malo.

Y como la suerte no estaba del todo de mi lado esta noche, las carreteras estaban abarrotadas. Una parte de mí no le importa, ya que he tenido mi vista despejada de Sully durante tanto tiempo.

—¿Debería estar durmiendo tanto?

Dirijo la mirada a Wolf mientras nos conduce por el garaje a ocho kilómetros por hora. Me sostiene la mirada un momento antes de volver a centrarse en la carretera.

—Dormir es lo mejor para él. Lo subiremos en brazos a su habitación y estará bien. El Doc ha dicho que se recuperará del todo, ¿recuerdas, Pelirroja? —Wolf detiene su todoterreno en una plaza.

Justo frente a nosotros hay un cartel atornillado a la pared de hormigón que indica que esa plaza es para un residente Fitzgerald. Miro a mi izquierda y veo cuatro plazas más iguales.

Hacemos falta los tres para sacar a Sully del coche. Una vez fuera y apoyado en Wolf, entorna los párpados y nos mira a los tres. Rush le echa el otro brazo de Sully por encima del hombro y, juntos, lo ayudan a llegar a la hilera de ascensores que hay delante. Los sigo y entro en el ascensor.

—¿Qué planta? —pregunto mientras me giro hacia los botones blancos brillantes del lado derecho.

—Toma, mete esta llave y pulsa la P, Pelirroja —dice Wolf mientras rebusca en su bolsillo para sacar una pequeña tarjeta-llave plateada.

Arqueo las cejas mientras recorro los botones con la mirada. La P está arriba del todo, aunque no debería sorprenderme. El ático suele estar en la parte superior de un edificio y, si Summer Knoll sirve de referencia, su apartamento será enorme. En secreto, espero que se incline más hacia el gusto que mostraron en la cabaña de Golden Oak, y que tenga el mismo ambiente.

Tras un trayecto en ascensor relativamente rápido, las puertas negras reflectantes se abren y salgo al largo pasillo. Hay una puerta a cada lado, así que me aparto y espero a que los chicos nos guíen.

Giran a la derecha, con Sully a medio camino entre caminar y dormir entre los dos. Rush apoya el pulgar en un panel electrónico junto a la puerta. Una luz verde parpadea antes de emitir un pitido y brillar en verde. Se oye un clic y la puerta se abre.

—Eso sí que es seguridad de alta tecnología —mascullo.

—Piensa en ello como un paso por encima de Summer Knoll, pero un paso por debajo de Golden Oak. Hemos trabajado duro a lo largo de los años para crear espacios seguros en esta ciudad y en otras para situaciones como esta —dice Wolf por encima del hombro.

Los dos llevan a Sully a rastras hacia la izquierda, suben unos escalones y recorren un pasillo hacia lo que supongo que son los dormitorios.

No los sigo, demasiado absorta contemplando el espacio que me rodea y asimilándolo todo. Frente a mí, dos sofás grises de perfil bajo se enfrentan con una mesa de centro negra cuadrada entre ellos. El suelo es oscuro, casi de color carbón, interrumpido por una gran alfombra tejida en tonos negros y grises bajo los sofás.

A mi derecha está la cocina. Está decorada en negro, cromo y gris pálido, y equipada con lo que parecen electrodomésticos negros flamantes y armarios blancos.

Me parece que encaja con ellos y, sin embargo, no lo hace. No veo ningún toque personal aquí como los que vi en Golden Oak, e incluso aquellos eran escasos.

Miro alrededor del espacio de concepto abierto y mi vista se queda prendada de la vista de la ciudad desde aquí arriba. Luces coloridas titilan a lo lejos y cruzo la habitación hacia los ventanales para ver mejor. Tenía razón, la pared es de ventanales de suelo a techo. De hecho, parece que todo este lado del apartamento podría tener ventanales de suelo a techo.

Apuesto a que ni siquiera necesitan despertador con la forma en que el sol llena las habitaciones al amanecer.

Nueva York me saluda desde el otro lado del grueso cristal. Es bulliciosa y brillante y, si aguzo el oído, puedo oír el bajo zumbido de la ciudad allá abajo. Pero quizá sea mi imaginación.

Apoyando la frente en el cristal, dejo que la vista se nuble hasta que solo puedo concentrarme en la forma lenta en que mi respiración entra y sale. Mis exhalaciones empañan el cristal frente a mí, pero sigo sin moverme.

Solo necesito un momento.

Solo necesito un segundo para respirar y fingir que no acabo de ver morir a mi madre. Que no vi después a un tipo coser a mi primer amor en el apartamento sobre un pub. Que no me llevaron volando a un ático como si estuviera en una comedia romántica.

Ahora mismo, siento que mi vida es más bien una tragedia; espero por Dios o por cualquier poder superior que escuche que no acabe como una tragedia de Shakespeare.

Así que solo necesito un momento para recomponerme. Porque todo ha cambiado.

Yo he cambiado.

Y no estoy segura de cómo procesarlo. He pasado toda mi vida siendo esta persona, y luego... luego, de repente, soy esta otra persona totalmente distinta.

Estaba dispuesta a hacer daño a ese hombre hoy. Daño de verdad. Y el hecho de que no me arrepienta es lo que más me asusta.

Siento a Wolf antes de verlo u oírlo.

—¿No es extraño? —murmuro, manteniendo los ojos cerrados.

Wolf desliza su palma fuerte y cálida por mi columna hasta posarla en la base de mi cuello. —¿Qué es extraño, pequeña?

Giro la frente sobre el cristal y abro los ojos. Unos ojos del color de un chocolate negro intenso me reciben, cálidos y acogedores. —Esto. Nosotros. —Hago una pausa—. La vida.

Wolf se acerca a mí, sin llegar a presionar su cuerpo contra el mío, pero lo bastante cerca como para que sienta su calor. Algo en mi interior se sosiega ante su proximidad.

Se pasa la lengua por el labio mientras me mira fijamente. —Extraño es una forma de describirlo. Pero yo también usaría encantador, hipnotizante... fatídico.

Las comisuras de mis labios se elevan y me doy la vuelta para mirarlo. No retrocede; en todo caso, se pega más a mí, presionando mi espalda contra el frío cristal.

—¿Estás intentando seducirme, Conor? —le pregunto con una sonrisa.

Wolf apoya las palmas en el cristal justo al lado de mi cabeza y se inclina. Sus hombros se flexionan de la forma más distractora y, desde este ángulo, parece increíblemente enorme. No se me escapa el brillo de sus ojos mientras alinea nuestras bocas.

—Depende. ¿Está funcionando?

Se me escapa una risa y niego con la cabeza sonriendo. —Qué arrogante.

Su propia sonrisa se extiende por su apuesto rostro mientras presiona sus labios contra los míos. —Te encanta. —Sus carnosos labios acarician los míos con cada sílaba.

Mi respiración se entrecorta al darme cuenta de que nunca hemos dicho estas palabras antes. No el uno al otro, no de verdad. Por el manos libres, cuando mi mundo acababa de tambalearse y yo iba de camino a rescatar a mi primo como si fuera la superheroína de una película, parece que casi no contó. Así que esto, ahora mismo, podría ser mi oportunidad para un intercambio formal.

Echo la cabeza hacia atrás, separando nuestros labios y encontrando su mirada juguetona. —Me encanta. Te quiero, quiero decir.

Observo maravillada cómo las palabras abandonan mis labios y se filtran en su conciencia. Tarda unos segundos preciosos, pero la transformación es hermosa. Es algo que creo que no olvidaré jamás,

mientras viva. Guardo mentalmente el recuerdo y lo atesoro dentro de mi alma para conservarlo.

Wolf inhala y es como si su cuerpo se expandiera aún más. Sus pupilas se dilatan y sus músculos se tensan. Prácticamente vibra de energía mientras se contiene. Con una lentitud calculada, lleva sus manos a cada lado de mi cuello, entrelazando los dedos en el pelo de mi nuca. Me sujeto a sus muñecas para mantener el equilibrio mientras mi corazón late desbocado. Inclinandose para que nuestras frentes se toquen, roza su nariz con la mía antes de depositar besos suaves y tiernos en cada comisura de mi boca.

—He estado esperando toda mi vida para oír a alguien decirme esas palabras y decirlas de verdad. Y yo... no te merezco, pequeña, pero pasaré el resto de mi vida adorándote.

—¿O sea que lo que estás diciendo es que tú también me quieres? —bromeo ladeando la cabeza.

—Muchísimo, joder. —Las palabras apenas han salido de su boca cuando se lanza hacia delante para capturar mis labios en un beso voraz.

Ladea mi cabeza en el ángulo perfecto para profundizar nuestro beso mientras afirmamos la declaración mutua con nuestras bocas. Enredo mi brazo alrededor de su cuello y lo atraigo contra mí.

Su gemido es música para mis oídos y subo una pierna. Sin perder el ritmo —ni romper el beso— Wolf me agarra por debajo del muslo, manteniéndome pegada a él. Siento que su miembro se endurece y mi deseo se dispara más.

—Alaina.

Wolf se separa al oír la voz de su hermano, con su nariz rozando la mía. Mis ojos se abren de golpe ante el movimiento. Nuestros pechos suben al unísono y me pregunto cuánto más habríamos llegado si Rush no hubiera pronunciado mi nombre.

—Inoportuno como siempre, hermano —dice Wolf sin apartar la vista de mí. Aprovecha que me sujeta el cuello para echarme la cabeza más hacia atrás, apoyándola contra el cristal detrás de mí. Deposita suaves besos por mi mandíbula y bajando por mi cuello mientras yo miro a Rush por encima de su hombro.

Hace un mes, habría dicho que el rostro de Rush era ilegible, su mirada indescifrable. Pero ahora —hoy— puedo ver las líneas de tensión en su cuerpo, la tirantez alrededor de sus ojos y el agitado subir y bajar de su pecho. Para un ojo inexperto, podría parecer enfadado, pero ahora lo conozco mejor.

No está enfadado. Celoso, tal vez. Excitado, sin duda.

Está lo bastante lejos como para que no pueda ver el color de sus ojos, pero me apostaría la vida a que están oscuros como el cielo antes de una tormenta.

—Sully pregunta por ti, Alaina. —Rush se mantiene inmóvil mientras da el mensaje.

Wolf levanta la cabeza de mi cuello con un último beso bajo mi oreja. —No hemos terminado, pequeña, ni de lejos.

Un escalofrío de excitación me recorre ante su promesa susurrada. —¿Lo prometes?

—Sí, tienes mi palabra —gruñe antes de sellar sus palabras con un beso que hace que se me encojan los dedos de los pies dentro de los zapatos. Casi tan pronto como empieza, se retira y da dos pasos rápidos hacia atrás, soltándome. Indica el pasillo con la cabeza—. Te buscaré luego.

Lo miro un momento, obligando a mi corazón a desacelerar antes de hacer alguna tontería como saltar sobre él. O sobre Rush.

O quizá sobre los dos.

Lo único que calma mis hormonas revolucionadas es saber que estoy agotada. Estoy a punto de desmoronarme, y cuando cruce esa línea con ambos, no quiero tener el tiempo limitado.

Asiento mientras me aparto del ventanal, mis ojos buscan y sostienen la mirada de Rush. Cuando estoy lo bastante cerca para tocarlo, deslizo las yemas de mis dedos por la amplia extensión de su pecho. —Quiero que tú también vengas a buscarme, ¿vale?

Rush atrapa mi mano justo encima de su corazón, y me pregunto cuánto tiempo llevaría allí de pie antes de hablar. Escudriño su mirada, pero lo tiene todo bajo llave. —Lo haré. Justo después de que llamemos a Da.

Hago una pausa, con un pie en el escalón para mirarlo. —¿Debería estar yo presente en esa llamada? Supongo que será sobre

mi madre. —Arqueo una ceja y ladeo la cabeza. Entonces me asalta un pensamiento desolador y se me desencaja la mandíbula—. Oh, Dios, tengo que llamar a mis primas. No puedo creer que yo...

—Tus primas están bien. Están a salvo y esperan tu llamada mañana. Deja que Wolf y yo nos preocupemos de nuestro padre, ¿sí? Nosotros te cuidaremos.

Me muerdo el labio y lo miro antes de echar un vistazo a Wolf. Está sentado en uno de los sofás grises de perfil bajo, con los brazos estirados sobre el respaldo a cada lado. Encuentra mi mirada e indica el pasillo con la cabeza con una sonrisa tranquilizadora. Vuelvo a mirar a Rush. —Solo si estás seguro... me vendría bien una ducha, además.

Rush levanta mi mano de su pecho hasta sus labios. Deposita besos castos en cada nudillo mientras dice: —Estoy seguro. Y por favor, sírrete de todo lo que necesites. Esta es tu casa tanto como la nuestra.

Algo cálido se despliega en mi pecho ante la palabra «casa» saliendo de sus labios y la mirada sincera de sus ojos. Mis labios se entreabren y asiento, dos pequeños movimientos que hacen que mi pelo se agite contra mi espalda.

Suelto mi mano de la suya y él me deja, girándose para verme caminar por el salón hacia el pasillo.

—¿Y, Alaina? —Hago una pausa y miro por encima del hombro al inicio del pasillo—. Bienvenida a casa.

DIEZ

ALAINA

HOGAR.

Pienso en esas cinco letras mientras recorro el pasillo, echando un vistazo a las obras de arte en las paredes a ambos lados de mí. Retratos en blanco y negro de gente que no he visto nunca y algún que otro óleo.

Mis pasos se ralentizan al ver una fotografía enmarcada de veinte por veinticinco. Es en blanco y negro, pero aunque no lo fuera, reconocería en cualquier parte las tres caras que me devuelven la sonrisa. Ahí están. Las tres personas que rápidamente se están convirtiendo en todo para mí.

Mi hogar.

Darme cuenta de ello es estremecedor. Jadeo y el corazón me late al doble de velocidad. En un lapso de veinticuatro horas, he perdido a mi madre y, posiblemente, a mi padre. Las personas que a los niños se les enseña que representan su hogar. Se me llenan los ojos de lágrimas por el dolor fantasma que late en mi pecho. Había intentado durante tanto tiempo que mi madre fuera mi hogar, mi lugar seguro.

Y nunca lo fue.

Hay una cierta paz que se asienta en mi alma al saber que, al menos, lo intentó. Y al final, intentó protegerme. Eso tiene que valer

de algo, ¿verdad?

Pero ella nunca fue mi hogar.

Por un extraño giro del destino, creo que he encontrado mi hogar en el mismo día. Aquí, con estos chicos Fitzgerald. Aunque «chicos» no es lo que mejor los define, en mi mente eso es lo que son. A veces se parecen más a depredadores en libertad, peleando y gruñendo a cualquiera que los amenace. Otras veces, encarnan a los dioses que a menudo imagino que son, reclamando su derecho sobre la tierra y su gente.

Y no me refiero a que este apartamento sea mi hogar, aunque es un sitio precioso por lo que he visto. Me refiero a *con ellos*. Creo... creo que podría ir a cualquier parte con ellos.

Asomo la cabeza por la primera puerta abierta y veo a Sully despatarrado en una cama California King extra ancha.

—¿Lainey? ¿Eres tú? —la voz de Sully suena adormilada y tiene los ojos a medio abrir.

Cruzo la habitación hasta su cama, saco el frasco de analgésicos del bolsillo y lo agito. —Estoy aquí con los analgésicos. —Sully gruñe y se tapa los ojos con un brazo.

Saco dos pastillas en mi palma, cojo la botella de agua de la mesita de noche y se las entrego.

Sully abre un ojo por debajo del brazo antes de incorporarse un poco para apoyarse en el codo. Se traga las pastillas con un trago de agua y se deja caer de nuevo en la cama. —Gracias, princesa. —Su voz es suave y su pecho sube y baja con un ritmo pausado y profundo.

Me quedo un minuto más observándolo antes de coger la manta de color verde azulado que hay a los pies de la cama y taparlo.

Por mucho que quiera curiosear por aquí, la idea de quitarme el día de encima fregándome resulta más atractiva. Y conociendo a los chicos Fitzgerald como los conozco, solo puedo imaginar lo extravagantes que son sus baños.

Se me pone la piel de gallina mientras los recuerdos del día pasan ante mis ojos como una luz estroboscópica. Ni siquiera sé cuántas horas llevo despierta y, lógicamente, sé que no ha sido una

barbaridad. Pero todo por lo que he pasado hace que parezca que hace días que no duermo.

Y hace que parezca que han pasado años desde que sentí el consuelo y la seguridad de un *hogar*.

Entro en el cuarto de baño principal y me tomo un momento para cerrar la boca. Sabía que tendrían algo extravagante aquí dentro. No estoy segura de si es algo propio de uno de ellos o de todos, pero uno de estos días voy a aprovechar de verdad sus duchas espaciosas y lujosas.

Dejo las luces principales apagadas y pulso el interruptor del foco suave sobre la ducha. Quitándome la ropa prenda a prenda, no la miro demasiado de cerca. En su lugar, la tiro a la papelera de la esquina.

Un déjà vu me golpea como una bofetada y retrocedo un paso tambaleándome. Mi mirada se dirige a la camiseta de tirantes que asoma por la papelera y a la mancha de color marrón oxidado en el costado.

Sangre.

A estas alturas ya ni siquiera sé de quién es la sangre. Siento que se me nubla la vista mientras sigo los movimientos mecánicos de la ducha. Ni siquiera llego a apreciar los tres cabezales de ducha, ni el panel con control de temperatura, ni el sistema de altavoces.

Me enjabono tres veces antes de sentir que la sangre ya no está sobre mí.

El agua caliente alivia mis músculos doloridos y mi corazón magullado. Sé que me queda mucho para... procesar todo, pero no quiero empezar con eso todavía.

Cuando termino, me seco el pelo con la toalla y me envuelvo el cuerpo con otra, evitando mi reflejo en el espejo. Me duele todo un poco y no sé si tengo la energía mental para inspeccionar todas mis heridas físicas y atender las emocionales esta noche.

Me asomo al dormitorio a oscuras, esforzándome por oír cualquier ruido por encima del zumbido del extractor sobre mi cabeza. Satisfecha al ver que Sully está bien, me pongo la ropa que hay preparada en la encimera.

Me subo los calzoncillos bóxer negros por las caderas, dándoles un par de vueltas a la cintura, y me paso la camiseta de algodón blanca por la cabeza. El tejido es suave contra mi piel sensible y huele a cítricos limpios. Me subo el cuello hasta la nariz e inhalo: *Rush*.

Por supuesto que se habría colado aquí para dejarme su ropa para que me cambiara. No creo que ese hombre sepa lo que es no planificar algo.

Me seco el pelo con la toalla otra vez antes de hacerme una trenza floja sobre el hombro.

Tras dejar las toallas en el toallero junto a la ducha, apago el interruptor. La habitación se sumerge en la oscuridad y espero un momento a que mis ojos se habitúen.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al caminar hacia la cama; aquí el aire acondicionado está muy bajo. Sully sigue profundamente dormido en su cama, pero en lugar de estar boca arriba en el medio, se ha desplazado hacia un lado, medio girado y bajo las mantas.

Puede que se despierte y necesite algo en mitad de la noche, razono conmigo misma. O puede que se le infecte la herida y, para cuando uno de nosotros lo descubra, sea demasiado tarde.

Me muerdo el labio mientras me quedo de pie junto a la cama, con los dedos deseosos de apartarle el pelo rebelde que se le riza en la frente.

—Vete a la cama, pajarillo.

Doy un salto y me doy la vuelta tan rápido que la cabeza me da vueltas. Rush está recostado en un sillón en el rincón de la habitación, justo al lado de los ventanales que van del suelo al techo. No me había fijado en que estaba ahí hasta ahora, parcialmente oculto por las sombras de la noche.

Me presiono el corazón con la palma de la mano. —Dios, Rush. Me has asustado.

Él se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas y uniendo las manos frente a los labios. —Lo siento, nena. Si no hubiera intervenido, te habrías quedado ahí toda la noche debatiendo si meterte o no en la cama con Sully, ¿verdad?

Resoplo y el calor me tiñe las mejillas. —A ver, me habría decidido tarde o temprano. Además, estaba a punto de entrar. —Una sonrisa irónica asoma en las comisuras de sus labios carnosos. Cruzo los brazos y levanto la barbilla. —De verdad que sí.

—De acuerdo. —Sus ojos se ven oscuros desde este ángulo, pero juraría que veo un brillo en ellos.

—Estaba... ya sabes, insegura sobre la distribución de las camas. Y, bueno, no creía que debiera quedarse solo esta noche.

Rush se me queda mirando un momento antes de ponerse en pie y cruzar la habitación en tres zancadas. Estando a su lado con su ropa, descalza y con el pelo húmedo, me siento extrañamente protegida.

Me pasa un dedo por las clavículas, deslizando las yemas por debajo del cuello de su camiseta. —Ya te he dicho que no te preocupes por ese tipo de cosas. Si tú eres feliz, nosotros somos felices.

—Pero Sully...

—Es un imbécil que tiene que poner sus cosas en orden. No te preocupes por Sully, ¿vale? Solo tiene miedo de admitirlo ante sí mismo. Además, se sabe que las experiencias cercanas a la muerte cambian a los hombres.

Miro hacia un lado apretando la mandíbula. —No voy a imponerme a nadie, Dec. Especialmente cuando es vulnerable.

Su risa suave alivia algo que me duele en el alma. Me vuelve la cara hacia él con un dedo en la mandíbula. —Oh, nena, no te estás imponiendo a nadie, te lo aseguro. Simplemente descansa un poco ahora, ¿sí? Hablaremos por la mañana.

Giro la cara y deposito un beso en la parte interna de su muñeca. —¿Y tú dónde estarás?

Rush se inclina y me roza la frente con los labios. —Estaré justo aquí, pajarillo.

—¿Y Wolf?

—Está haciendo unas llamadas, luego vendrá aquí también.

Asiento y Rush retrocede para dejarme espacio para subirme a la enorme cama de Sully. Me escurro bajo las mantas, acomodándome y dejando que el sueño me atrape entre sus garras.

ONCE

ALAINA

MI CUERPO ESTÁ PESADO de agotamiento cuando abro los ojos. La luz brumosa de la ciudad se filtra a través de las persianas, suficiente para distinguir la forma dormida de Rush en la misma silla en la que se sentaba antes. Tiene las piernas apoyadas en un reposapiés pegado a la silla.

Me incorporo sobre un codo y veo a Wolf despatarrado en el suelo, justo al lado de mi lado de la cama. Está sin camiseta, con un brazo echado sobre los ojos y la manta bajada hasta la cintura. Contemplo cómo sube y baja su pecho desnudo tatuado con una pequeña sonrisa en los labios.

Una calidez se despliega en mi pecho. Me gusta que hayan dormido aquí, velando por mí —y por Sully—. Se siente bien que estemos todos en la misma habitación.

Vuelvo a dejar la cabeza en la almohada y miro las luces titilantes. Su piso está más alto que mi habitación del colegio mayor, y la ciudad se ve distinta desde este ángulo; casi como luces de Navidad, parpadeando y centelleando. Las amplias cortinas cuelgan a los lados del gran ventanal y las persianas están abiertas, dejando que el cielo nocturno entre en la habitación. La luna está alta, pero solo la porción más pequeña está a oscuras. No he podido dormir mucho rato.

Hay una luna llena en el horizonte y, dado cómo se ha desarrollado mi vida últimamente, me da un poco de miedo lo que pueda significar. Recorro el cielo con la mirada, buscando constelaciones conocidas. El dolor me atraviesa el corazón cuando veo la Osa Menor.

Es la constelación favorita de mi padre.

Lo era. *Era* su favorita. ¿No es extraño que algo deje de serlo cuando esa persona ya no está aquí? Era la favorita de mi padre. Me pregunto cuál será ahora que está entre las estrellas. Se me tuerce un poco la boca en una sonrisa mientras imagino a mi madre y a mi padre bailando entre las estrellas. Una chispa de diversión me recorre al visualizar a mi padre haciéndola girar. Ella siempre sonreía más cuando estaba con él.

Una mano cálida se desliza sobre mi abdomen, sacándome de mis pensamientos. Un segundo después noto el calor del cuerpo de Sully pegado a mi espalda.

—¿En qué estás pensando a las...? —se inclina sobre mí para mirar el reloj de la mesilla a mi lado—. ¿Dos de la mañana? —Su voz, ronca y profunda por la falta de uso, me recorre con indolencia hasta asentarse en mi alma.

Me giro sobre la espalda y vuelvo la cabeza hacia él. —¿Crees en las almas gemelas?

—Es un tema denso para darle vueltas a estas horas de la noche.

—Lo sé —murmuro, asintiendo. Dejo que el silencio nocturno se asiente entre nosotros. No es desagradable, pero sí se siente cargado. Sully y yo llevamos bailando este baile lo que se siente como una eternidad—. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo? —Busco en sus ojos cualquier tensión o gesto de dolor. No debería necesitar más analgésicos hasta dentro de tres horas.

—Estoy bien. Nada que no vaya a curarse. —Me aparta un mechón suelto de la frente, y la yema de sus dedos desciende por mi cuello y se detiene en la clavícula—. Me alegro de que estés aquí. He tenido... una especie de pesadilla contigo.

Alargo la mano y la poso sobre su corazón; sus latidos constantes me tranquilizan—. ¿Qué ha pasado?

Su mirada se fija en sus dedos, que siguen dibujando trazos sobre mi piel. —Cuando estaba en el callejón, después de que me acuchillaran, tuve una especie de... delirio febril o algo así. Éramos felices, tú y yo. Estábamos en Central Park, y tú alucinabas con las flores que florecían.

Guarda silencio un momento, y la imagen de nosotros dos caminando por Central Park de la mano parpadea ante mis ojos. —Suenan maravilloso —mi voz es baja y queda, una pequeña sonrisa me levanta los labios.

Me mira a los ojos. —Lo era. Hasta que te arrancaron de mi lado. Alguien vino y te arrancó de delante de mí y yo... yo no conseguía llegar hasta ti a tiempo.

Le rodeo la muñeca con la otra mano, manteniéndolo contra mí. —No fue real, James. Estoy aquí, contigo.

Su pulgar recorre mis clavículas adelante y atrás, provocándome escalofríos. —Lo sé, pero se sentía tan real, Lainey.

Asiento y espero un instante. —Estaba tan preocupada por ti. Tan, tan preocupada. —Me acerco un poco más, hasta quedar frente a frente, con nuestras narices separadas por apenas unos centímetros, y deslizo la palma hasta su mejilla.

—Lo sé, princesa. —Se lleva mi mano a la boca y deposita un beso en cada nudillo.

—Tenemos muchas cosas de las que hablar.

—Ajá. Las tendremos. Esta noche, solo... —suspira—, solo fingamos, ¿sí? Fingamos que no existe nada fuera de esta cama, de esta habitación. Y mañana... mañana lo solucionaremos todo.

—¿Todo? ¿Incluso lo nuestro?

Se queda mirándome un momento, apretando los labios en una ligera mueca. —Yo... te he echado de menos, Lainey. Tanto de menos que me duelen los putos huesos. Siento como si te hubiera estado echando de menos toda mi vida.

Una lágrima me resbala por la mejilla. —Jam...

Me pone un dedo sobre los labios. —No esta noche, princesa. Esta noche fingimos, ¿recuerdas?

—Pero no quiero fingir. Solo te quiero a ti. —La voz se me quiebra, y las palabras son un susurro, pero siento más emoción

concentrada en esas cuatro palabras de la que habría creído posible.

—¿De verdad? Porque tienes a Wolf. Y a Rush. No estoy tan seguro de que haya sitio para mí en ese corazón tuyo. —Apoya su gran palma sobre mi corazón y, como en respuesta, mis latidos se desbocan un poco.

—Siempre hay sitio para ti, James. Siempre. Cuando sea vieja y canosa y esté bailando entre las estrellas, siempre habrá un hueco reservado en mi tarjeta de baile con tu nombre, James Fitzgerald.

La comisura de sus labios se alza. —¿Tarjeta de baile?

Mi boca imita la suya, y una media sonrisa baila en mis labios. Alzo una ceja. —¿Eso es lo único que has sacado de todo lo que he dicho?

—Bueno, es que solo tengo curiosidad, nada más. ¿Has estado leyendo ese romance histórico que te encantaba tanto? —Alza las cejas varias veces y sonrío con picardía.

Alargo la mano para darle un toquecito juguetón en el hombro, pero me atrapa la muñeca con la suya. —Quizá quiera todos tus bailes. ¿Y entonces qué?

La sonrisa se me borra ante el brusco cambio de tono, ahora serio. —Sully, yo... —me corto y trago con dificultad. Miro de un ojo al otro un instante antes de acercarme aún más a él—. Quiero que seamos sinceros el uno con el otro, y no quiero perderte, pero no puedo prometerte eso.

Asiente una vez y mira por encima de mi hombro hacia la ciudad que se extiende ahí fuera. Desde esta altura, el ruido de la ciudad es prácticamente indistinguible. Todo lo que oigo es el susurro del aire acondicionado mientras circula por las rejillas de ventilación, un ruido que me relaja.

Vuelve a mirarme. Sus ojos azules, color océano, buscan los míos un instante antes de que exhale. —¿Les quieres?

Hay algo parecido a una aceptación a regañadientes. Humedezco mis labios y buceo en mi interior.

Una pregunta tan sencilla. Solo cuatro pequeñas palabras y, sin embargo, quizá la respuesta más complicada con la que me he topado nunca.

Recuerdo el momento exacto en que me di cuenta de que podría llegar a querer a James. Fue en la primera semana de nuestro tiempo compartido en la Biblioteca Pública de Nueva York, y yo había montado en cólera con él, acusándole de engañar a alguna chica por besarme y diciéndole que él no formaba parte de mis planes de verano. Estaba convencida de que no había manera de que alguien como él estuviera sin compromiso —y encima se interesara por mí—.

—A veces, las mejores cosas de la vida son las inesperadas. Cuando estoy contigo, estoy contigo, ¿vale? —Me inclina la cabeza hacia atrás, de forma que no me queda más remedio que mirarle a los ojos.

Una risa me burbujea en la garganta y le sujeto la muñeca con una mano para mantenerlo pegado a mí. —Ni siquiera sé lo que significa eso, pero creo que acabas de ponerte en modo frase inspiradora conmigo.

James da un paso hacia mí. —Significa que tú también me gustas. Mi pequeña princesa punk. —Sus labios rozan los míos con cada palabra mientras me quita la carpeta del brazo y la vuelve a colocar en la estantería.

—¿Ah, sí? —susurro la palabra contra sus labios entreabiertos.

Se pega más a mí, alineando nuestros cuerpos, y puedo notar cada dura fracción de él. Mis emociones están a flor de piel, todo lo contrario de lo habitual, cuando las mantengo bien encerradas. Sus dedos se cierran un poco más en mi pelo, en contraste con el beso suave que deposita en la comisura de mi boca. —Sí, princesa. —Sus labios rozan los míos una, dos, tres veces antes de presionarlos con firmeza contra los míos.

Intento profundizar el beso, pero él se aparta. Estoy sin aliento; me siento tensa, ávida. Apenas puedo creer que ese pequeño quejido entrecortado haya salido de mí. Nunca me he sentido así, como si estuviera ebria de deseo.

Él suelta una risita y se mete las manos en los bolsillos. Saca unos auriculares y el móvil. —Paciencia. —Chasquea la lengua—. Te he hecho una lista de reproducción. —Se coloca un auricular en mi oreja izquierda antes de ponerse el otro en la derecha. Desliza el

dedo por la pantalla un momento antes de que oiga las primeras notas de Maps, de Yeah Yeah Yeahs.

Se me corta la respiración; nuestras miradas se enganchan y se sostienen mientras escuchamos a Karen O serenarnos con su promesa de que no te quieren como ella te quiere. Me humedezco los labios, de golpe reseco. Esto se siente como una premonición y una promesa. Cuando la canción termina, empieza la siguiente, y yo me dejo caer al suelo, estirando las piernas frente a mí. James se sienta a mi lado y escuchamos a un tipo desnudarse el corazón. Canta sobre las pecas de nuestros ojos como imágenes especulares, y cuando nos besamos, encajan a la perfección.

Para la tercera canción, me siento caliente y con un cosquilleo por todo el cuerpo. Entrelazo nuestros dedos, y me bastaría con quedarme escuchando el resto de mi vida esta lista de reproducción que ha hecho para mí. A la cuarta, el corazón se me siente lleno, y apoyo la cabeza en su hombro. Esta lista es una ventana al alma de James, y no pienso dejar pasar la oportunidad de sumergirme más hondo.

ESE FUE el primer momento en el que me di cuenta de que podría llegar a querer a James si me daban tiempo. Creo que... creo que me dieron justo el tiempo suficiente para enamorarme de él. Pero entonces yo tenía dieciséis años. Y nos machacan con la idea de que cualquier "amor" que se viva a esa edad no es *amor de verdad*. Que es *amor de instituto*, dicen.

Pero nunca se sintió pasajero. Se sentía tangible y aterrador, como un salto al vacío sin red.

Claro que tampoco me habían roto el corazón hasta entonces. No, ese honor también fue para James. Quizá por eso dolió tanto. Seguro que no habría dolido tanto si él no me hubiera importado tanto.

Me muerdo el labio y vuelvo al presente. —No hace mucho que les conozco. —Es una excusa barata, y los dos lo sabemos.

—Eso es una mierda, Lainey. Puedes mentirle a mucha gente, pero a mí no. Te conozco, ¿recuerdas? O al menos te conocía.

Asiento y susurro: —Tienes razón. Era una excusa barata. Y la verdad es que yo... sí. Los quiero. No sé muy bien cómo gestionar aún lo que siento. Es tan nuevo, y jamás me había sentido *así* antes. Pero lo que siento por ellos —por ti —miro por encima de su hombro hacia la pared—, se parece mucho, muchísimo al amor. Y creo que podría llegar a querer a los tres. Al mismo tiempo.

Sully no dice nada. Solo sigue pasándome el pulgar sobre los nudillos en largas caricias tranquilizadoras.

—Y eso se siente... —suelto el aire con fuerza y lo miro—. Grande. Se siente grande.

—Para responder a tu pregunta, sí. Sí creo en las almas gemelas. —Me da la vuelta a la muñeca y deposita un beso suave en la parte interior, dejando los labios contra mi piel más tiempo de lo normal—. Duerme ahora, ¿vale? Todo se ve mejor por la mañana.

Asiento y, con el gesto, un mechón de pelo me roza la mejilla. Me acurruco más contra él, con cuidado de no moverlo demasiado, y cierro los ojos con una larga exhalación.

DOCE

SULLY

EL OLOR A MELOCOTONES con nata invade mis sentidos, y flexiono las manos para estirarme, o al menos lo intento. No contaba con que me tuvieran el brazo atrapado ni con tener ya algo entre las manos. O mejor dicho, a *alguien*.

Tengo un buen puñado del culo más perfecto que he tocado nunca, y sé, antes de abrir los ojos, a quién pertenece. Me tomo mi tiempo para despertar, saboreando el momento con Lainey enroscada a mi alrededor—literalmente. La chica duerme como un pulpo: todo extremidades por todas partes y dando vueltas sin parar.

En el tiempo que hemos estado separados, lo había olvidado. Creo que he olvidado muchas cosas sobre ella. O he decidido no recordarlas. Hubo un momento en que, si me permitía recordar una sola cosa, sabía que me iba a meter en una madriguera de conejo de la que nunca saldría.

Por mucho coño en el que me ahogara—y por más que me odiara por cada maldito minuto de ello—nunca me sentí mejor. Nunca olvidé cómo olía, ni cómo se le arruga la nariz cuando se concentra, ni cómo el simple hecho de verla hace que me duela el puto corazón.

Así que sí, me estoy permitiendo disfrutar de este momento, porque en cuanto estoy despierto del todo, se acaba.

Ella vuelve a ser mi exnovia, la que se largó sin dejar rastro, y después del día que tuve ayer, necesito no odiarla durante un rato.

Memorizo cómo se siente en mis manos y cómo su cuerpo se curva alrededor del mío.

—Sé que estás despierto, capullo. Más te vale dejar de sobarla y sacar tu culo de la cama. Tenemos mierda que hacer hoy —la voz de Wolf llega de algún punto al otro lado de la cama, junto a las ventanas.

Abro los ojos, levanto la cabeza y veo a Wolf reclinado en la silla, la mirada fija en la ciudad que se extiende debajo. La luz de la mañana se cuela por las persianas.

—¿Qué hora es?

—Hora de levantarse. Así que haz el favor de quitarle la mano de encima a mi chica antes de que tenga que hacerlo yo por ti —la voz de Wolf está a medio camino entre un grito y un susurro. En realidad tiene su gracia, aunque no vaya a decírselo.

—Vete a la mierda con tu actitud de mierda, tío. Ayer me dieron una paliza, ¿recuerdas? —mi enfado sube un poco. No solo es poco propio de él estar tan gruñón, es que además es demasiado pronto para aguantarlo.

Se gira para mirarme, la mirada hostil un segundo y suavizándose al siguiente.—Sí, claro que lo recuerdo. Pero hoy es un nuevo día, y tenemos mucho que hacer, así que necesito que te levantes. Y *no* la despiertes, ¿vale?

Suelto el aire despacio, con cuidado de no despertar a Lainey.—Vale, vale. Pero antes necesito más analgésicos.

Wolf se levanta y cruza la habitación hasta colocarse a los pies de mi cama. Nos estudia un momento.—Están en tu mesilla. Y me alegro de que estés bien, hermano. Es solo que toda esta mierda me tiene hecho un puto lío por dentro —se pasa una mano por el pelo—. Cuanto antes lo resolvamos, antes volveremos a la normalidad.

Asiento y empiezo a desenredarme de Lainey. Tardo lo que me parecen siglos, pero consigo hacerlo sin que se despierte y sin que se me salte ningún punto. Saco las piernas por el lateral de la cama, conteniendo el gemido que amenaza con escaparse de mis labios. La piel alrededor de la herida tira con cada movimiento que hago, y

está claro que cualquier tipo de giro queda descartado durante, por lo menos, la próxima semana, mientras me curo. Tendré que coger el cabestrillo que tenemos por aquí precisamente para estas cosas.

Me trago otras dos pastillas con un trago de la botella de agua de mi mesilla y me impulso para levantarme de la cama. De pie, tiro del cuello de la camiseta para inspeccionar el vendaje. Tendré que cambiar la gasa pronto, pero me alegro de que la herida no esté supurando. Eso es buena señal.

Anoche no le mentí a Alaina. Me han hecho daño peor que esto antes. Hace dos años pasé, probablemente, una de las peores noches de mi vida. No solo casi salí volando por los aires, es que ese mismo día mi chica decidió que no merecía la pena quedarse a mi lado. Así que tenía el hombro dislocado, la muñeca rota y el puto corazón hecho añicos.

Echo una ojeada a la chica en cuestión, detrás de mí. Se ha movido y ahora tiene la cara hundida en mi almohada, el pecho subiendo y bajando en un ritmo profundo. La luz del sol cae sobre la cama y hace que su pelo parezca que brilla. Es sencillamente el tono de pelirrojo perfecto, y verla con el pelo extendido así sobre mi almohada me la pone dura al instante.

Me quedo inmóvil cuando suspira, pero lo único que hace es acurrucarse un poco más en mi almohada. Por suerte, no se despierta. Necesita descansar.

Sigo el sonido de las voces de mis hermanos y el olor a café hasta llegar a la cocina. Hacía unas semanas que no venía a este piso, no desde la noche en que entré en mi casa y me encontré a mis hermanos y a mi chica tan cómodos allí. Me quedé en la ciudad unos días más para ayudar a Matteo cuando lo suyo se torció. Lo que me recuerda que tengo que llamarle y darle las gracias por llevarme a cuestas hasta O'Malley's ayer.

—Oh, mirad, hermanos, la bella durmiente ha decidido levantarse al final —Wolf hace un gesto hacia mí con una sonrisa bobalicona en la cara.

Le respondo enseñándole el dedo, y él solo se ríe. Tiro de una silla en la mesa blanca y negra de la cocina y me siento con un gruñido de dolor.

Rush desliza una taza de café en mi taza favorita y la coloca delante de mí.—¿Estás bien?

Doy un sorbo antes de contestarle; el café fuerte me lanza una sacudida de cafeína al sistema.—Sí, estaré bien. He estado peor.

Él asiente antes de volver a la cocina, coger una bandeja de comida y traerla a la mesa. Wolf le sigue con platos, cubiertos y servilletas. Mis hermanos colocan todo en la mesa, y yo asiento a modo de agradecimiento.

Nos servimos cada uno, dejando un poco de todo para Lainey cuando se despierte. Frunzo el ceño al fijarme en la bandeja que hay en medio de la mesa.—¿Eso es... son todas sus comidas favoritas? —mi mirada va de Rush a Wolf.

Wolf se encoge de hombros.—¿Qué quieres que te diga? Soy observador. Además, nuestro hermano lleva un año acosándola, así que él...

—Nunca la he acosado —dice Rush antes de dar un sorbo de su taza favorita.

Wolf pone los ojos en blanco.—¿Y cómo llamas entonces a ir a O'Malley's todos los viernes por la noche durante un año? No te creas que se me ha olvidado que instalaste todas esas cámaras de seguridad alrededor de O'Malley's. Eso era por ella, ¿no?

Mi mirada va de uno a otro de mis hermanos como en un partido de tenis, con los ojos entornados.

Rush deja la taza sobre la mesa con movimientos medidos. Mira directamente a Wolf a los ojos y dice:—No voy a pedir perdón, Conor. No lo siento, y lo haría otra vez.

—Si ni siquiera estoy tan cabreado. Solo me parece una putada que montaras tanto numerito con lo de ir a la ciudad todos los viernes por la noche... Espera un momento. ¿Es el pajarito que tenías escondido en la ciudad? —alza las manos y se queda mirando a Rush con los ojos como platos.

Rush ladea la cabeza y se encoge de hombros con una indiferencia forzada.—En cierto modo, sí, pero no era lo que estás pensando.

—¿Y qué estoy pensando? —pregunto por encima del borde de mi taza.

Los dos se vuelven hacia mí, pero Rush es el primero en hablar.—
¿Y qué es lo que estás pensando tú, hermano?

—Estoy pensando que esta conversación tenemos que tenerla con Lainey. Sobre todo si la implica a ella, ¿no? Últimamente ha tenido muchos secretos.

Wolf suelta el aire.—No sabes ni la mitad, hermano.

Dejo la taza y les presto toda mi atención.—Pues ponedme al día. Y durante los siguientes treinta minutos me dieron una versión de los hechos en plan guía para torpes. Todo lo que se acordaban; el resto tendría que contárnoslo la propia Lainey.

TRECE

SULLY

CON LA MIRADA fija en los posos del café, intento dar sentido a toda la información que me da vueltas en la cabeza. —A ver si lo he entendido bien. Lana dejó a Da, de algún modo apareció en la cafetería en la que, estúpidamente, la dejé sin refuerzos, y ella y Lainey siguieron hasta un almacén a ese cabrón que se la llevó de O'Malley's.

—Más o menos.

Giro la cabeza hacia el umbral, donde Lainey está de pie, apoyada en la pared. Todavía va vestida con una camiseta blanca prestada que le llega casi a mitad del muslo, tiene la cara y los ojos tiernos por el sueño y el pelo alborotado. Me quita el aliento.

Wolf se levanta de un salto primero y la guía hacia el asiento vacío a mi lado. Le aparta la silla como un maldito caballero y yo lucho contra el impulso de poner los ojos en blanco. —¿No te estás pasando un poco de atento, hermano?

Vale, resulta que al final no he reprimido el sarcasmo.

Lainey se sienta y Wolf le acerca la silla. Rush desliza la fuente de comida para que quede frente a ella, y yo me descubro sirviéndole una taza de café de la jarra que hay sobre la mesa antes incluso de decidirme a hacerlo.

—Vaya. Esto es... —mira a cada uno de nosotros con una pequeña sonrisa— algo inesperado. Y muy bonito.

Le echo el azúcar y la crema justo como a ella le gusta y le pongo la taza delante del plato. Ella me lanza una pequeña sonrisa cómplice y la coge primero.

—¿Puedes, esto... tal vez cuando hayas comido, contarnos algo más? —le pregunto, e inmediatamente deseo tragarme mis propias palabras. Sueno como un chiquillo prepúber en vez de como el criminal endurecido que soy.

Mete los dedos por el asa, rodea la taza con la mano y suspira tras el primer sorbo. —Os lo puedo contar ahora. No pasa nada. Creo... creo que nos vendrá bien hablar hoy a todos —me mira a los ojos—. De todo.

Wolf regresa a su silla y se sirve otra ración de tostadas francesas. —Sí. Ya que todo el mundo está al corriente de lo de O'Malley, las tendencias de acosador de Rush y...

—Sigo sin ser un acosador —dice Rush con un suspiro al mismo tiempo que Alaina suelta una risita.

—Un momento. —Wolf se gira para mirar a Alaina con una ceja levantada—. ¿Por qué no nos dijiste que lo conocías?

—Os dije que lo conocía. Solo que no di detalles sobre... cómo, exactamente. Y tampoco es que lo conociera, quiero decir. No de verdad. Solo coincidí con él formalmente justo antes de conocerte a ti —explica Alaina, mirando a Wolf.

—Vale. Eso no explica realmente por qué lo mantuvisteis en secreto. Ninguno de los dos. —El tono de Wolf es engañosamente informal mientras se apoya en el respaldo de la silla, lanzándoles acusaciones con la mirada.

Alaina intercambia una mirada cómplice con Rush, una ardiente. Nos mira a los tres. —Para que esto, este, funcione, tiene que haber un delicado equilibrio de confianza y comunicación. Aunque algunas cosas se queden solo entre dos de nosotros, deberíamos acordar que el resto de las líneas de comunicación permanezcan abiertas.

—Eso es asumir que todos estamos metidos en esta relación. —No puedo evitar que la réplica escape de mis labios, pero carece de fuerza real y todo el mundo lo sabe.

Alaina me lanza una sonrisa, como si pensara que estoy siendo adorable. No lo soy. Quiero decir, deseo tenerla, pero no sé si puedo confiar en ella.

¿Cómo puedo confiar en la persona que es la raíz de mis problemas de confianza?

Vale, eso no es del todo justo. Yo ya tenía problemas de abandono mucho antes de que Lainey entrara en mi vida. Pero eso es de esperar cuando tu madre te deja tirado en la casa de un tipo cualquiera cuando eres un bebé.

Un puto *bebé*.

¡Dios bendito! ¿Qué clase de madre tan jodida hace algo así? Y luego, simplemente se larga para no volver a dar señales de vida. Hace unos años, Rush me preguntó si quería saber qué había sido de ella, que la buscaría por mí. Al final, decidí que había tenido diecinueve años para encontrarme; yo estaba justo donde me había dejado. Así que, si a ella no le importó, a mí tampoco.

Después de aquello me hice una promesa a mí mismo: nunca sería padre si no pudiera garantizar que estaría ahí para ese niño. Y esa es una promesa que pienso cumplir. Cueste lo que cueste.

Tampoco es que tenga planeado tener hijos pronto. Mi vida es demasiado peligrosa ahora mismo. Jamás traería a un niño a este caos. Estamos en mitad de una guerra, joder.

Y me cago en la puta. *¿Por qué cojones estoy pensando en tener hijos y bebés?*

El sudor me perla la frente y miro a mi alrededor desconcertado. Niego con la cabeza; tienen que ser los analgésicos. Probablemente sea solo una reacción extraña, como la que tuvo Lainey.

Sí, sí, tiene que ser eso.

Levanto la vista y me doy cuenta de que me he perdido algo cuando veo que todos me están mirando. Doy un sorbo al café solo para darme algo que hacer y no soltar otra soberana estupidez.

—Vale, volvamos a lo de la cafetería. Y a mi, esto..., madre. —Se queda mirando la mesa, trazando un patrón aleatorio en la veta de la madera—. Me contó un montón de cosas en muy poco tiempo.

—No pasa nada, pequeña, tómate tu tiempo, ¿vale? Y estamos aquí para lo que necesites —le dice Wolf mientras estira el brazo por

encima de la mesa para poner su mano sobre la de ella.

Ella levanta la mano y le planta un beso en el dorso de la suya.
—Gracias.

—¿Por qué no nos cuentas simplemente los hechos tal como te los expuso tu madre? Eso podría ayudar.

Se lame los labios y asiente. —Sí, es una buena idea, Rush. Vale, dijo que mi padre está muerto, algo que ya sabíamos, pero también dijo que era el heredero de esta empresa, Gallagher Industries. Y pensaba que el anuncio de su compromiso en el periódico, de algún modo, guio a la gente de Gallagher Industries hasta mí. Así es como me encontraron. Al parecer, me había estado escondiendo todos estos años... desde que papá se fue. O lo mataron, supongo. Solo que... —pasa la yema del dedo índice por el borde de la taza, con la cabeza ladeada mientras mira hacia la cocina con la vista perdida.

—¿Solo que qué? —la anima Rush. Está inclinado hacia delante en la silla, con los ojos fijos en ella.

Ella dirige su atención a Rush. —Solo que, cuando mamá le mencionó algo de Gallagher Industries a Liam en el almacén, él dijo que no lo habían enviado ellos. Pero... pero tal vez no lo recuerde bien. Estaban pasando muchas cosas a la vez.

—Ya. ¿Qué más pasó en el almacén? ¿Cómo entra Maddie en esto? —pregunto mientras rodeo con la mano una taza limpia de café.

—Hay algo más en juego aquí. Algo que todavía no llego a vislumbrar del todo. —Sus palabras son lentas y pausadas, como si buscara las piezas que faltan a medida que habla.

—¿A qué te refieres? ¿Dijo algo Maddie? —Wolf ladea la cabeza.

—¿Mmm? Ah, no. Las llamé a ella y a Mary antes de venir aquí, pero ninguna respondió. Lo volveré a intentar pronto. Pero, esto..., pasó algo más. Dos cosas. —Da un sorbo al café—. Por lo visto, Mary conoció a alguien por internet y se hicieron cercanos muy rápido. Una cosa llevó a la otra y él empezó a preguntar por Maddie. Y por mí.

A la vez, los tres nos tensamos en las sillas, con el mismo ceño fruncido en el rostro.

—Antes de que digáis nada, ya lo sé. Pero cuando él se puso agresivo, ella zanjó el asunto. Aunque no... esto... no antes de haber compartido algunas cosas personales sobre mí. —Alaina hace una mueca de dolor y mira a la mesa.

—¿Qué clase de cosas personales? —gruñe Wolf, apoyando las manos unidas por las yemas de los dedos sobre la mesa delante de él.

Alaina se encoge de hombros. —No estoy segura. Lo que me gusta, lo que no, y... mi horario. Dijo que difundiría sus fotos personales si ella no seguía pasándole información.

Dejo mi taza en la mesa y miro a Alaina. —Escucha, podemos bromear con que Rush es tu acosador...

—Sigo sin ser un *puto acosador* —interviene Rush con un suspiro, empleando un tono de lo más informal.

Lo ignoro y continúo. —Pero esa cortesía solo se aplica a él. ¿Quién cojones es ese tipo? ¿Por qué no vamos simplemente a encargarnos de él?

—No estoy segura. Max no sé qué. Y por lo visto, Benny ya se encargó del asunto. Y luego pidió el pago por su *caballerosidad* en forma de cita. Conmigo. Según Mary, dijo que se la cobraría de una forma u otra.

—¿Benny de O'Malley's? —Rush se recuesta en la silla, con la cabeza ladeada mientras mira a la pared. Parece engañosamente tranquilo, como si se estuviera conteniendo tanto que, a la mínima, fuera a estallar.

Lainey asiente. —Sí.

Todo el mundo se queda en silencio un momento.

Rush carraspea. —No quiero decirte lo que tienes que hacer...

—Que le jodan a eso. Yo sí quiero. Nuestra chica no va a ir a una cita con un puto aspirante que la está chantajeando —grita Wolf—.

—Cálmate, tío. No iba a decir que debería hacerlo. Solo digo que no voy a decirle lo que tiene que hacer —Rush mira fijamente a Wolf, con el ceño fruncido mientras se recuesta en la silla.

Wolf, Alaina y yo nos miramos antes de que sonrisas idénticas se nos curven en los labios. A ese capullo le encanta decirle a la gente

lo que tiene que hacer, pero no hace falta que yo se lo recuerde a nadie aquí.

—¿Estás segura de que es el mismo Benny? —pregunta Rush.

Lainey asiente mientras nos mira a los tres. —Benny, el portero de O'Malley's. Obviamente, no voy a ir. Y os agradezco que me ayudéis con eso. Puedo intentar conseguir más información cuando hable con las chicas hoy. Lo que me lleva a Maddie. Y a por qué estaba allí —suspira—. Esta parte es un poco rara, así que voy a soltarla tal cual. Mi madre iba vestida como yo —con mi ropa, como yo— cuando la vi fuera del restaurante. Sabía que alguien me estaba buscando, así que iba a fingir que era yo y dejar que la cogieran a ella. Solo que Maddie se parece mucho a mí, sobre todo de espaldas. Así que, cuando la vieron en el restaurante, donde se suponía que tenía que estar yo, fueron a por ella.

—Entonces, ¿quién nos mandó esa foto por mensaje? —Wolf se pasa la mano por el pelo.

—Yo... yo no lo sé. ¡Oh! —Golpea la mesa con la mano—. Tenemos que ver a mi tía Sloane.

—Todos los preparativos se pueden hacer desde aquí, cariño. No hace falta que nos vayamos en unos días, por lo menos.

Su sonrisa se apaga un poco. —No. O sea, sí, ya sé que tengo que ponerme en contacto con ella para hablar de los arreglos de... mamá. Pero no es la única razón por la que necesito hablar con ella. Mamá me dijo que tenía que decirle "es la hora". Sea lo que sea que signifique. Actuó como si fuera cuestión de vida o muerte.

—Vale. Entonces vamos a ver a tu tía en un día o dos. Descansas y luego lo resolveremos. Con suerte, conseguimos algunas respuestas para ti. —Sé que si propusiera ir hoy, ella se lanzaría de cabeza, pero, siendo sincero, yo necesito un poco más de descanso. Y creo que ella también.

—Y ahora quiero saber cómo conoces a Matteo —pregunta mientras mordisquea un trozo de beicon.

—Ha sido una especie de amigo durante muchos años. —Me rasco la barbilla, la barba incipiente pinchándome la piel—. De hecho, creo que os conocisteis en Mama Rosa's una de las veces que fuimos juntos. ¿Y cómo es que conoce a Maddie otra vez?

—Tenían un rollo de idas y venidas en el instituto, hasta que ella le pilló liándose con otra justo antes del baile de homecoming. —Lainey pone los ojos en blanco y resopla.

—Hablando de instituto, ¿vosotros dos habéis arreglado vuestra mierda? —pregunta Wolf con la boca llena de tortitas.

Noto cómo se me tensa la mandíbula mientras miro a mi hermano, planeando todas las formas en las que voy a devolvérsela por esta mierda. Echo un vistazo a Alaina, preparándome para ver su furia, pero, para mi sorpresa, le está sonriendo con sorna.

—Estamos en ello —dice con un medio encogimiento de hombros, despreocupado.

—Sí, estamos haciendo algo, desde luego. —Mis palabras pretenden sonar casuales, pero, demostrando que esta chica siempre me tiene en puto vilo, me lanza una mirada fulminante. Me recuesto en la silla y alzo una ceja—. ¿Algo que decir, princesa?

—Ah, ahí está. Me preguntaba cuándo iba a volver el cabrón malhumorado. —Finge mirar un reloj en la muñeca—. Has aguantado casi un día entero. Me tienes impresionada —dice, con las dos cejas levantadas y una sonrisa ladeada en los labios.

Me cruzo de brazos sobre el pecho, la irritación cosquilleándome el cuello.

Rush echa la silla hacia atrás y se levanta de la mesa, robándome la atención. —Tengo que hacer unas cuantas llamadas.

—¿Y Da? ¿Alguien ha hablado con él? —Mis palabras detienen a Rush.

Me mira por encima del hombro, buscándome la mirada. —Sí, hablamos con él anoche.

La inseguridad me recorre la nuca y aprieto los dientes para que no vaya a más. Entrecierro los ojos hacia él y suelto de golpe: —¿Sin mí, quieres decir?

A Rush se le ensanchan los ojos cuando se gira hacia mí. Ah, así que ha captado mi irritación. Bien.

Rush agarra el respaldo de la silla y se inclina sobre la mesa, mirándome con una sonrisa torcida. —Estabas un poco hecho polvo, hermano. Y Da no nos dijo nada nuevo.

Alzo la barbilla y me echo hacia atrás para mirarlo. Es mi hermano en todo menos en la sangre. He matado por él —por los dos— y he encajado golpes que iban para ellos. Y lo haría todo otra vez.

Y sé que me cubren las espaldas, lo sé en los huesos. Pero me envenena un poco las tripas que ella me quiera a mí y a ellos. Y estoy haciendo todo lo posible por contener los celos que me estallan dentro. Una parte de mí quiere echarla al hombro —que le den a la lesión— y largarme de aquí.

Lo único que me frena es nuestra conversación de anoche.

Pero qué puta clase de giro del destino me devolvió la única cosa, la única *persona*, que me quería solo a mí. Y luego hizo que se enamorara de otros dos tíos: mis putos hermanos.

Me pregunto si soy el único que piensa en eso.

No aparto la mirada de la suya, pero relajo los músculos a propósito. No me había dado cuenta de lo tenso que estaba. —Ilumíname, entonces.

—Da parecía en shock por la... implicación de Lana en los hechos. No le dimos detalles, pero reaccionó de forma sincera cuando le contamos la versión reducida. Así que, no sé, tío. —Wolf suelta el aire y se pasa la mano por el pelo—. No quiero pensar que está metido, pero...

—Simplemente no lo sabemos —termina Rush la frase de Wolf—. Así que seguimos como si todo el mundo fuera un posible enemigo.

—Matteo no lo es. —Niego con la cabeza—. No hay forma de que me clave un cuchillo y luego me lleve a Jack.

—Diesel y sus chicos también son de fiar. Nos han dado información a la que no teníamos acceso. No tiene sentido que se giren en nuestra contra —dice Wolf, tamborileando los dedos sobre la mesa.

—Podemos confiar en mis primas. Y antes de que digas nada, ya sé que Mary metió la pata, pero fue un error puntual. Y creo que aprendió la lección por las malas —dice Alaina, levantando una mano, con la palma hacia fuera.

—¿Y los Kings? —Rush nos mira a los tres—. ¿Hacia qué lado nos inclinamos con ellos?

Alaina es la primera en hablar. —Confío en ellos.

—Apenas los conoces, princesa —le levanto una ceja.

—A veces simplemente sabes esas cosas —responde, encogiéndose de un hombro.

—¿Lo suficiente como para apostar tu vida? Porque de eso estamos hablando aquí: de nuestras vidas —replico, inclinándome hacia delante y apoyando los brazos en la mesa.

Me mira, con los ojos solemnes. —Sí. Confío.

Asiento y me recuesto, llevándome la mano al vendaje. El pequeño juego de poder que me traigo hoy no le sienta bien a mi herida en recuperación. —Bien. Yo también estoy seguro, pero quería asegurarme de que tú también.

—Capullo —murmura por lo bajo, lo bastante alto para que todos la oigamos.

—Sí, yo también confío en ellos. Así que, ¿los dejamos entrar, no? A todos los demás, solo información básica y solo si es necesario. Si no, que nadie se entere de una mierda —Rush se aparta de la mesa y se marcha.

Alaina y Wolf se levantan, se separan de la mesa al mismo tiempo y se ponen a recoger juntos. Mientras tanto, yo sigo dándole vueltas a todo lo que ella acaba de contarnos. Para mí es obvio que aún no ha procesado todo, todavía no. Pero lo hará, y tengo el presentimiento de que va a estrellarse cuando lo haga.

Pero aquí falta algo. Y pienso averiguar qué es.

CATORCE

ALAINA

EL TELÉFONO suena mientras me instalo en el mullido e inmenso sillón que hay en el rincón de la habitación de Sully. Recojo una pierna bajo el cuerpo y me reclino contra la esquina del sillón, apoyando la cabeza en el respaldo. El sol entra por las ventanas, caldeando el cuarto y mis mejillas.

Las vistas son realmente preciosas, pero creo que echaría de menos poder abrir de par en par una ventana en esas noches frescas y perfectas para dejar entrar la brisa. A esta altura no hay ventanas de ese tipo, solo un par de puertas acristaladas al patio en la cocina y el salón.

Paso la yema del índice por la cutícula levantada de la uña del pulgar y reprimo el impulso de mordisquearla.

A pesar del delicioso desayuno que ha preparado Wolf, siento el estómago vacío, a excepción del pedrusco de culpa que se me ha asentado en el fondo.

Supongo que si ella no responde, podré posponer esta conversación. Pero sé que me obsesionaré con el tema hasta que logremos hablar.

Estoy a punto de cancelar la solicitud de videollamada cuando Maddie responde. Tiene la cara demasiado cerca de la cámara y solo alcanzo a verle un ojo y media nariz.

—Hola, Lainey —dice entre bostezos, ajustando el teléfono para que pueda verle toda la cara.

—¿Maddie? Oh, gracias a Dios que estás bien. Estás bien, ¿verdad? Wolf ha dicho que sí, pero no has respondido cuando te he llamado antes y estaba preocupada. Siento muchísimo no haber llamado anoche. En cuanto remendaron a Sully, vinimos a su apartamento aquí en la ciudad y yo simplemente... me desplomé. Pero Maddie, siento muchísimo haberte arrastrado a mi desastre. — Las palabras salen a borbotones y mis ojos se llenan de lágrimas. Ni siquiera me molesto en enjugar la que rueda por mi mejilla.

—Oh, Lainey, no es culpa tuya —dice Maddie con la voz ronca por las lágrimas contenidas.

—Creo que sí lo es. No entiendo qué está pasando, pero estoy... estoy casi segura de que intentaban atraparme a mí y te llevaron a ti por error. —Me aclaro la garganta cuando la voz se me quiebra—. Era el mismo tipo que me llevó el día de mi cumpleaños. Y yo... no tienes ni idea de cuánto lamento que te hicieran daño.

—No estoy enfadada. Aunque quizá sí un poco asustada. — Maddie se encoge de hombros mientras se pasa un dedo por debajo de los ojos para atrapar una lágrima perdida.

Asiento y hago una mueca. —Lo sé, y también lo siento por eso.

—Lainey —dice con un suspiro—. No eres responsable de lo que haga otra persona, ni tampoco de mis sentimientos. Además, si te hubieran cogido a ti, no creo que estuviéramos hablando ahora mismo. Creo que te habrían hecho algo horrible, Lainey. Y yo... estoy preocupada por ti.

Una pequeña sonrisa curva mis labios mientras una calidez me invade. —Siempre tan protectora. Estoy bien. Hay gente cuidando de mí.

Ella asiente y sorbe por la nariz. —¿Y qué tal esos chicos Fitzgerald? ¿Te están tratando bien? Porque si no es así, tendrán que rendirme cuentas a mí. Y a mis nuevos amigos. —Me meneo las cejas y no puedo evitar reír un poco.

—¿Nuevos amigos, dices? ¿Dónde estás?

—Estoy... —Su voz se corta y alguien agarra el teléfono, tapando la cámara con la mano.

—Nada de ubicaciones, Madison. ¿Tenemos que repasar esto otra vez? —Su voz es firme, aunque suena un poco exasperado.

—¡Oh, déjalo ya, Dante! ¡Estamos hablando de mi prima! Ella es quien me salvó.

—No me importa. Si no puedes cumplir mis reglas, te quito los privilegios del teléfono.

Oigo que ella jadea indignada, pero sigo sin ver nada más que el primer plano de la mano de alguien.

—Devuélveme el teléfono o llamo a Matteo. —Su gruñido de furia se distingue perfectamente a través de la línea.

Mis labios se tuercen con diversión mientras apoyo las piernas en el puf y espero a que lo solucionen. Un momento después, oigo un forcejeo y el hermoso rostro de mi prima vuelve a aparecer.

—Lo siento, tía. Dante es un gilipollas mandón —grita las últimas palabras, sin duda para provocar al tal Dante.

—¿Quién es Dante?

Ella resopla y pone los ojos en blanco. —Solo un capullo amigo de Matteo.

Arqueo una ceja. —Nena, he sentido la tensión sexual a través del teléfono a pesar de los kilómetros que nos separan.

Ella no responde, limitándose a encogerse de hombros a medias, pero el rubor que le sube por el cuello dice más que sus palabras.

Arqueo las cejas con sorpresa. —¿Y qué pasa con Matteo?

Maddie levanta la barbilla y me mira por encima del hombro. — Sí, bueno, puede que la semana pasada me leyera una novela de harén inverso después de que me contaras toda tu *situación*. Y pensé que, si tú puedes, yo también podría intentarlo. ¿Y qué mejor momento que cuando estoy encerrada en un piso franco con un montón de tíos buenos?

Su confianza siempre ha sido una de las cosas que más me gustan de ella. Una vez que se le mete algo en la cabeza, no se detiene ante nada para conseguirlo. No me cabe duda de que acabará formando su propio harén inverso.

Ahora bien, cuánto dure eso es otro tema.

—Es poco convencional. Y... Sully y yo, estamos... —Niego con la cabeza y me muerdo el labio—, es complicado. Aún no hay nada

claro entre nosotros, pero tengo esperanzas.

—Vaya. Lo siento. ¿Significa eso que aún no ha habido actividades grupales? —Ante mi mirada intencionadamente inexpresiva, continúa—: Ya sabes. Tú y al menos dos de ellos... ¡oh, Dios mío! ¿Ha visto la cama a los cuatro juntos ya?

Antes de que se emocione demasiado, levanto una mano. —No, no. No ha habido mucho de eso...

—Eso suena a que hay un «pero» —dice con una sonrisa ansiosa.

Me río. —Pero no me opondría. No es que hayamos tenido mucho tiempo últimamente.

—¡Ajá! ¡Lo sabía! Di que sí, tía. ¡Que le den al patriarcado! —Choca el puño contra el aire y luego lo acerca a la cámara. Yo le sigo el juego y acerco mi puño cerrado a la cámara para un choque virtual.

—No creo que estuviera pensando en el patriarcado, Maddie. —Pongo los ojos en blanco—. Pero no me avergüenzo. Los tres son increíbles.

—¿Incluso cuando Sully se porta como un capullo?

—Sí, incluso entonces. —Suspiro, con una pequeña sonrisa asomando a mis labios.

Ambas nos quedamos en silencio un momento, pero es un silencio cómodo. Aparto la vista del teléfono y observo el cielo matutino.

—Siento lo de tu madre, Lainey —dice Maddie con voz suave.

Vuelvo a mirar el teléfono con un nudo en la garganta. —Yo también. Yo también.

—Cuando estés lista, aquí me tienes, ¿vale?

—Te quiero, prima. —Siento mi corazón lleno y vacío al mismo tiempo. Estoy tan agradecida de tenerla en mi vida... a Mary también.

—Yo también te quiero.

Sorbo por la nariz, sintiendo las lágrimas rodar por mis mejillas. —Es raro, ¿sabes? Nunca... bueno, nunca pasé mucho tiempo con ella. En cierto modo, no la conocía de nada. Y sin embargo, ya la echo de menos. Quizá solo la idea de ella, no lo sé...

—Solo puedo imaginármelo. Sé que la tía Lana nunca ha sido la mejor madre para ti, pero sabes que mi madre siempre está ahí. También se le da muy bien esa clase de desaprobación que solo una figura materna puede infligir.

Se me escapa una carcajada. —Siempre alegrando la conversación. No sé qué haría sin vosotras dos. Rezo para no tener que descubrirlo nunca. —Se me oprime el pecho solo de pensarlo.

—Bueno, ¡puedo hablar por las dos cuando digo que nunca tendrás que descubrirlo!

—¿Dónde está tu hermana, por cierto? No he tenido ocasión de hablar con ella desde lo de la cafetería y quiero saber cómo está.

—¿No te has enterado? Está con unos moteros. Al parecer, Wolf dio la cara por ellos y ella no quería quedarse aquí conmigo. Dijo que necesitaba «espacio», sea lo que sea eso —dice con un movimiento de ojos.

Echo la cabeza atrás con sorpresa. *¿Moteros?* —No, yo... debí de perdérmelo de algún modo. La llamaré cuando colguemos.

—Ni te molestes. Su cobertura es inexistente donde está. Pero hablé con ella antes de que se fuera y estaba bien. Me contó lo del asqueroso ese que conoció por internet. Sinceramente, probablemente sea bueno que ninguna estemos en nuestras rutinas habituales ahora mismo. —Se estremece—. Ese tal Max parece un depravado.

—Sí, haré que Wolf lo investigue. Tenemos que pasarnos a ver a tu madre pronto. Para el velatorio y esas cosas.

Eso nos pone serias a las dos rápidamente; la sonrisa desaparece de mi rostro.

—Dale un abrazo de mi parte y llámame luego, ¿vale? ¡No me dejes colgada o me preocuparé!

—Siempre. Cuídate, Maddie.

Ella sonríe y yo finalizo la videollamada. Golpeo el extremo del teléfono contra mi muslo desnudo, debatiendo si llamar a Mary de todos modos. Consulto la hora y me doy cuenta de que es poco antes de mediodía.

—Qué más da. Siempre puedo dejarle un mensaje —mascullo para mis adentros.

Prefiero intentar localizarla ahora. Tengo el presentimiento de que no está en su mejor momento, y siento que parte de eso puede ser culpa mía. Hago una mueca al recordar la cara de Wolf cuando les hablé de Benny.

Sí, definitivamente está sufriendo ahora mismo.

Llamo por vídeo a Mary, sosteniendo el teléfono frente a mi cara mientras suena y suena. Al sexto tono, mi pulgar se cierne sobre el botón de colgar justo cuando conecta.

Un ruido estático llega por la línea y solo aparecen destellos de color congelados en mi pantalla.

—¿Mary? Mary, ¿me oyes?

—¿Lainey? Hola, tía, no sabía que tú también estuvieras aquí. — Las palabras de Mary salen tan arrastradas que cuesta entender lo que dice.

—Oh, joder. ¿Estás borracha? —Se me desencaja la mandíbula cuando la imagen se aclara.

La cara de Mary está al revés y está pegando un trago seriamente largo a una botella de tequila. Tiene el pelo alborotado y lleva una blusa campesina de color crema y unos pantalones cortos.

Unos latidos de bajos intensos y familiares inundan la línea, pero no veo a nadie detrás de ella. Está en algún lugar oscuro, pero alcanzo a distinguir la silueta de un escritorio al fondo.

Hago una mueca cuando traga y se limpia el dorso de la boca con la mano.

—¿Quién está borracha?

—Mary, gira el teléfono. No te veo.

—Lo que tú digas, Lainey. Yo siempre hago lo que dice la pequeña y perfecta reina Lainey.

Me quedo con la boca abierta ante la amargura que destilan sus palabras balbuceantes. Mi asombro se ve reemplazado rápidamente por el enfado. —¿Qué cojones te pasa, Mary?

—Huy, la princesita está diciendo palabrotas. Ahora debes de estar enfadada —dice con una voz cantarina que no oculta para nada su sarcasmo.

Suelto un suspiro e inclino la cabeza hacia atrás un momento para recobrar la compostura. Es evidente que está ebria y pasándolo

mal, así que por hoy le pasaré por alto esta soplapollez. La culpa me corroe el estómago como ácido por la situación en la que se encuentran mis dos primas por mi culpa.

—Lo siento, Mary. Siento haberte arrastrado a este lío. Sigo sin entenderlo todo, pero te prometo que haré todo lo posible para mantenerte a salvo, ¿vale?

—Lo que sea, Lainey. Tengo como a diez moteros que están buenísimos manteniéndome *a salvo*, así que voy a tener que colgarte ya. —Mary tiene hipo antes de volver a empinar la botella para dar otro trago.

—Sí, de acuerdo. Solo... mantente a salvo, ¿vale? Y llámame por la mañana cuando hayas terminado de lidiar con la resaca que te va a dejar eso —digo con un suspiro.

Mary no dice nada más al finalizar la llamada y me quedo mirando el teléfono.

La inquietud se agita en mi interior; me siento como una batidora, con todas mis entrañas dando vueltas. Me presiono el estómago con una mano y me concentro en respirar profundamente un par de veces.

Aún llevo puesta la camiseta demasiado grande de anoche y los bóxers remangados. Ladeando la cabeza, la cama de Sully me tiente con una siesta.

Conecto el teléfono al cargador cercano con la promesa de ver cómo sigue Mary cuando me levante y me meto en la cama. Lo último que recuerdo es lo suave que está la almohada cuando apoyo la cabeza en ella.

QUINCE

ALAINA

LA CONSCIENCIA LLEGA RÁPIDO. En un minuto estoy soñando con vacaciones en la playa y, al siguiente, abro los ojos en una habitación a oscuras, preguntándome qué me ha despertado.

Me estoy asando de calor, y entonces mi vejiga grita su protesta. Parpadeo un par de veces y veo la razón de tanto calor. Estoy en medio de Wolf y Sully, en la cama de Sully.

Tras unas cuantas maniobras cuidadosas y un ataque de *déjà vu*, consigo liberarme de debajo del brazo desnudo y tatuado de Wolf.

«Todo el mundo sabe que a los monos les encanta la pizza con piña...», murmura Wolf mientras me deslizo fuera de la cama.

Me tapo la boca para ahogar la risa mientras compruebo cómo está Sully. No parece pálido y no está sudando, todo buenas señales.

Uno de estos días voy a grabar todas las cosas graciosas que dice Wolf en sueños. Son demasiado buenas para no compartirlas.

Hago mis necesidades en el baño con las luces apagadas, dejando que el sol de última hora de la tarde se cuele por la ventana. Y entonces dejo que esta magnífica ducha me tiente con sus bancos incorporados, sus paredes de azulejos y sus tres alcachofas.

Un rápido vistazo al dormitorio muestra a Wolf y Sully en la misma posición, pero ni rastro de Rush. Si tuviera que apostar, diría

que está en *otro* minicentro de mando en alguna parte de este apartamento. No estoy segura de que sepa cómo desconectar.

Me quito la ropa prestada y me tomo unos minutos para jugar con los ajustes de la ducha y regularlos. Enciendo las tres alcachofas, pongo el agua casi a punto de quemar y me meto dentro, justo debajo de la alcachofa de efecto cascada.

Un escalofrío me recorre el cuerpo mientras el agua cálida desciende por mi piel, abrazando mis curvas. Ajusto una de las alcachofas en ángulo, para que el agua caiga directamente sobre mi cuerpo, una especie de chorro suave.

Echando la cabeza hacia atrás bajo el chorro y cerrando los ojos, dejo que el agua se deslice por mi cara, sobre mis labios y por mi cuello. Mis hombros se relajan mientras el agua me envuelve en su cálida caricia.

Me tomo mi tiempo para enjabonarme las manos con el gel de baño que hay cerca —coco y sal marina— y las paso por mi cuerpo, tomándome el tiempo de masajearlo de verdad en mi piel.

El movimiento es casi automático, lo suficiente como para permitir que mi mente divague un poco.

Compruebo mis emociones, esperando encontrar un pozo de dolor con la tapa agrietándose y a punto de reventar. Pero, en cambio, lo que encuentro principalmente es la lenta corriente de rabia que subyace a todo.

Y lujuria. Solía estar embotellada y bien empaquetada, esperando a que quisiera tomar un sorbo. Pero siento que Wolf, Rush y Sully han aniquilado cualquier tipo de recipiente para mi lujuria. Últimamente me siento como un puto manojito de hormonas andante, y no sé qué cojones está pasando.

Lo único que sé es que quiero explorarlo. Con los tres.

La temperatura cambia y siento el inicio de la lujuria cuando el agua golpea mi cuerpo en todos los ángulos correctos y con la presión adecuada.

Un jadeo se escapa de mis labios ante la sensación. Creo que acabo de descubrir por qué a la gente le encantan este tipo de duchas. Recuerdo el artículo que leí una vez en una revista femenina

sobre alcachofas de ducha, y me da una idea. Quizá una liberación sea exactamente lo que necesito.

Joder, a este paso, puede que pida una mejora especial del baño para nuestra suite en la residencia.

Suelto la alcachofa de la ducha que tengo enfrente y acerco el mango a mi cuerpo, inclinándolo para que el agua golpee mi coño en un chorro caliente y constante.

«Oh, joder». Las palabras salen de mis labios en un gemido. El placer irradia por todo mi cuerpo, un placer suave y cálido que hace que mis extremidades se sientan ligeras y hormigueantes. Doy un paso atrás y me apoyo en la pared de la ducha, apenas bajo la cascada, e inclino la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

Lo siento un segundo antes de oírlo. Inclinando la cara hacia un lado, lo miro con los ojos entrecerrados.

Su pecho sube y baja rápidamente, su rostro es la expresión perfecta de la concentración. Cuando le dedico una sonrisa sensual, la toma como la invitación que es y entra en la espaciosa ducha. Se sienta, completamente vestido con una camiseta negra y unos pantalones cortos de deporte negros, en el banco que hay frente a mí, separando las piernas y apoyando la cabeza en el azulejo con un golpe sordo.

Me muerdo el labio mientras apunto la alcachofa en un ángulo diferente, el agua golpeando mi coño de una nueva forma. Mis pestañas se agitan y se cierran con un gemido, y el fuego lame mi cuerpo, calentándome desde dentro.

Un gemido masculino ahogado llena el espacio caliente, y abro los ojos. Su intensa mirada me atrapa, manteniéndome cautiva. Se inclina hacia delante, sus dedos se curvan alrededor del borde del asiento del banco, sus hombros se contraen.

Es la imagen del deseo controlado mientras su mirada acaricia cada centímetro de mi piel, dejando un rastro de piel de gallina a su paso.

«¿Vas a limitarte a mirarme?», no puedo evitar provocarlo. Sé que estoy jugando con fuego, pero no me asusta el calor. Rezo por quemarme.

«Nunca dejaré de mirarte». Sus palabras suenan como una promesa que cae de sus carnosos labios.

Observo con fascinación cómo sus músculos se contraen y se tensan, sus puños se flexionan y se cierran sobre sus rodillas. Se está conteniendo, lo sé.

¿Qué haría falta para que se soltara?

«Tócame, Sully», casi le ruego mientras muevo la alcachofa de nuevo, encontrando un nuevo ángulo que induce al placer.

Se mueve hacia adelante antes de empujarse de nuevo contra la pared de azulejos. «Quiero, princesa. No tienes ni idea de cuánto quiero, pero yo...».

«Finge conmigo, James». Apoyo el pie en el banco junto a mí, dándole una vista perfecta de mi coño. Y como si se rompiera un resorte, se levanta de un salto. No estoy segura de si han sido mis palabras o mi cuerpo, pero la verdad es que no me importa. Estoy casi mareada de la expectación.

Con una mano detrás de la cabeza, agarra el cuello de su camiseta y se la quita. Siento que se me descuelga la mandíbula al contemplarlo —toda esa carne esculpida y tatuada que me muero por cartografiar con mis dedos— y mi lengua.

Se da la vuelta y pulsa unos botones en el panel, y un segundo después, la alcachofa cambia de velocidad y de patrón. Es más rápido y con un ritmo más pulsante. Se me corta la respiración mientras el placer se dispara por mis venas.

Sully se acerca a mí, deteniéndose delante para coger la alcachofa, sus dedos se demoran sobre los míos en el mango. Su cuerpo está inclinado de modo que su hombro herido no está bajo el chorro, pero nuestras caras están a centímetros de distancia.

Su mirada recorre mi cara por un momento, y yo lo dejo. Dejo caer cualquier barrera que pudiera tener levantada y dejo que me vea a *mí*. Le dije que podíamos fingir, pero no hay nada ficticio en esto ni en lo que siento por él.

Desliza la mano hasta la parte posterior de mi cuello y la hunde en mi pelo antes de sellar su boca con la mía. Nuestras lenguas se enzarzan en una guerra, y él recurre a esa pasión que mantiene bajo

llave. Arqueo la espalda, desesperada por sentir su piel contra la mía.

Me hace el amor con la boca en ese único beso.

Se me va la cabeza y mis nervios están a flor de piel, al borde de un precipicio y esperando a caer.

Se aparta, pero mantiene sus labios suspendidos sobre los míos mientras desliza su mano hacia abajo para cubrir la mía. Guía mi mano hacia la cara interna de mis muslos, trazando un patrón invisible que da en todos mis puntos de placer. La lujuria nubla mi cerebro, y dejo que mis pestañas se cierren suavemente.

Detiene nuestras manos justo al lado de mi coño, las puntas de sus dedos justo encima de mi clítoris. «Mírame, princesa».

El gruñido en su voz hace que mis párpados se abran de golpe. Se inclina hacia adelante y presiona un beso lento y caliente contra mi boca, atrapando mi labio inferior entre sus dientes. Tira suavemente, y es como un disparo directo a mi clítoris.

Sus dedos largos y tatuados me provocan con toques ligeros justo donde más lo necesito.

«Por favor», digo con un suspiro, con los ojos apenas abiertos mientras el placer burlón aumenta.

Mantiene mi mano cautiva bajo la suya, pero no me tortura por mucho tiempo. Desliza sus dos primeros dedos a lo largo de mis labios inferiores, arriba y abajo y arriba y abajo, enmarcando mi clítoris pero sin llegar a tocarlo. Pierdo el ritmo en algún momento del camino; mis manos se levantan para hacer rodar mis pezones en su lugar.

«¿Por favor, qué, princesa?».

Mi pecho se agita con anticipación, el rubor se extiende por mi pecho y sube por mi cuello. «Por favor, haz que me corra», le digo contra su boca, lamiendo la comisura de su labio superior.

Su boca se curva en una sonrisa deliciosamente pecaminosa antes de abrir mi coño con sus dedos. Mueve la alcahofa pulsante justo delante de mi clítoris, y el placer más intenso que he sentido se apodera de mi cuerpo.

Mi espalda se arquea y un gemido largo y bajo se desgarrar de mi garganta. No puedo mantener los ojos abiertos mientras me pellizco

los pezones y muevo las caderas involuntariamente.

«Eso es, princesa. ¿Puedes imaginarte mi polla dentro de ti mientras juegas con tu bonito coño rosa en mi ducha, eh?», susurra Sully sus palabras sucias directamente en mi oído, mordiendo suavemente el lóbulo de mi oreja.

«Sí», murmuro con un asentimiento. Mi clítoris late al ritmo de mi corazón y mi coño se contrae. Me siento borracha de lujuria, y es sinceramente jodidamente increíble. «Oh, mierda. Oh, voy a...».

Él angula la alcachofa una vez más, esta vez la presión aplicada a mi clítoris es casi demasiada, y mis piernas comienzan a temblar. Dos segundos después, me caigo por el precipicio, haciéndome añicos en la caída.

Mis músculos se contraen, y mi boca se abre de par en par mientras la forma más pura de placer corre por mis venas como un relámpago.

Sully aparta la alcachofa de la ducha y yo abro los ojos lentamente, el agua goteando de mis pestañas. «Ha sido increíble», digo sin aliento.

Las yemas de sus dedos me acarician ligeramente, enviando pequeñas ondas de réplicas a través de mi cuerpo. «Sí, lo ha sido», dice contra mi boca.

Deslizo una mano por su brazo para apoyarla en su hombro bueno, manteniéndolo contra mí. «No he terminado de fingir».

Sus manos se hunden en el pelo de mi nuca. «Acabamos de empezar, princesa».

La emoción se enciende en mis venas, y me pongo de puntillas en el mismo momento en que él aplasta su boca contra la mía en un beso que abrasa el alma.

Consigo empujarlo fuera de la ducha y hacia el baño, sin desconectar nunca nuestras bocas. El suelo de baldosas está frío bajo mis dedos de los pies, y aunque estamos goteando agua por todas partes, no me detengo.

El vapor se eleva en el aire, siguiéndonos hasta su dormitorio. Guío a Sully hasta que la parte posterior de sus piernas golpea el extremo de su cama.

Mi corazón truena dentro de mis oídos, latiendo a un ritmo que pertenece a este hombre. Enroscando mis dedos en la cintura de sus pantalones cortos, los arrastro lentamente por sus caderas y sobre su culo, rompiendo nuestro beso.

Me pongo de rodillas, manteniendo mi mirada en la suya mientras le bajo los pantalones por las piernas. Sus ojos se vuelven casi negros de lujuria, y sus labios hinchados por los besos se separan en una profunda exhalación.

No tengo mucha experiencia en esto —la mayor parte de mi experiencia previa fue *con* él—, pero estoy tan jodidamente cachonda ahora mismo que ni siquiera mis inseguridades pueden detenerme. Dejo que vea el deseo que irradia mi mirada, por si mi coño mojado no fuera indicación suficiente.

Bajo la mirada a su polla justo delante de mí y me lamo los labios con anticipación. «Joder...». Siento que mis ojos se abren como platos al ver su tamaño. Tanteamos cuando éramos más jóvenes, pero o lo recordaba mal, o le ha crecido.

«Joder, princesa, ¿qué estás...?».

Envuelvo mis dedos alrededor de su polla, cortando lo que fuera que iba a decir. La siento dura y suave al mismo tiempo mientras la acaricio, las yemas de mis dedos ni siquiera se acercan a tocarse.

«Maldita sea». La palabra suena como un gemido, y lo miro mientras lo acaricio, girando mi mano y apretando mi agarre.

Me inclino hacia adelante y sello mis labios alrededor de la cabeza de su polla, girando mi lengua un par de veces antes de metérmela más adentro.

Sully toma aire, soltándolo en un gemido bajo mientras desliza lentamente su mano en mi pelo. Su tacto es firme pero no exigente mientras le chupo la polla sin una sola inhibición.

Lo miro por debajo de mis pestañas mientras lamo, chupo y acaricio su dura polla. Nuestras miradas acaloradas chocan y una onda de electricidad recorre la habitación.

Sé que él también lo siente, porque al momento siguiente, aprieta su agarre en mi pelo mojado, enroscándolo alrededor de su mano. La presión en mi cuero cabelludo me hace jadear al sentir que me mojo más.

«Oh, joder...». Sully me mira fijamente, moviendo su mirada entre mis ojos y mis labios estirados a su alrededor. Sus ojos azul océano están lo suficientemente oscuros como para parecer negros, y espero que pueda ver la lujuria acumulándose en los míos mientras gimo alrededor de su polla, moviendo mi lengua a lo largo de la parte inferior de su eje.

Eso es todo lo que me deja jugar. Como un hombre poseído, guía mi boca con el agarre de mi pelo y hunde su polla en mi boca una, dos, tres veces antes de apartarme de él con un chasquido.

Frunzo el ceño mientras lo miro, pero antes de que pueda expresar mi confusión, me levanta y aplasta su boca contra la mía. Nuestras lenguas se enredan por el dominio mientras él retrocede.

Lo empujo para que se siente con una mano en su pecho. Coloco una rodilla a cada lado de él, suspendida sobre su regazo. Sería tan, tan fácil simplemente hundirme en él, reclamarlo como mío. Pero hacer eso destrozaría la ilusión de fingir tras la que nos escondemos.

Sully se aparta, con la palma de la mano en mi mejilla, y susurra: «Ya no quiero fingir más».

Mi corazón se dispara y mi boca se abre. Definitivamente estamos en la misma onda.

Desliza la palma de su mano desde mi mejilla hasta el pelo de mi nuca, su mirada rebotando por mi cara. Su voz es baja, torturada, cuando dice: «Pero no te perdono que me dejaras, Alaina. Y no te perdono ni de coña que hicieras que pareciera tan jodidamente fácil».

Enrosco mis dedos alrededor de su muñeca, sujetándolo contra mí. «Yo...».

Él cierra el espacio entre nuestras bocas, sus ojos brillantes, y sus labios rozan los míos con cada sílaba. «No me insultes diciendo que no lo hiciste».

Me esfuerzo, todavía suspendida sobre él, desesperada por sentirlo y desesperada por adentrarme en nuestro pasado y finalmente enfrentarlo. Me duele el corazón por la angustia pintada en su cara.

«No creí que volvería a verte, James. Yo...». Me muerdo el labio, negando con la cabeza con dos pequeños movimientos mientras

recuerdo los acontecimientos de aquella noche con tanta claridad.
«No te dejé. *Jamás* te habría dejado».

DIECISÉIS

ALAINA

ESTE ÚLTIMO VERANO con James se siente como un sueño, o como el argumento de un libro o algo así. Pero desde luego no como la vida real—no como mi vida.

Y, aun así, aquí estoy, a punto de ir a otra cita con mi novio. Apenas puedo contener la sonrisita tonta que me baila en la cara.

Saco el móvil del bolsillo de la falda y miro la hora por séptima vez en otros tantos minutos—todavía nada de James. Abro nuestra conversación de texto y leo los últimos mensajes. ¿Y si he entendido mal dónde habíamos quedado?

JAMES: No puedo esperar a verte esta noche, princesa. 8:00 en O'Malley's Pub

A LO MEJOR se ha quedado atascado en el tráfico. Ha mencionado que esta tarde tenía que hacer algo para su padre. El tráfico en la ciudad es una locura, pero los viernes por la noche es absolutamente demencial.

YO: ¡Hey! Estoy fuera de O'Malley's. ¡Nos vemos ahora!

ME RECUESTO contra el ladrillo rojo y observo cómo un grupo de chicas pasa a mi alrededor para entrar en el pub. El portero les mira los carnés y las deja pasar con un gesto. Cuando se abre la puerta, oigo las notas de "Train in Vain" de The Clash y tarareo por lo bajo.

—¿Vas a estar toda la noche ahí plantada, muñeca?

Giro la cabeza hacia el portero de la puerta. Con el pelo de un naranja brillante y la barba a juego, vaqueros rotos y una camiseta descolorida de Dropkick Murphys, tiene toda la pinta de portero de pub irlandés.

—Solo estoy esperando a alguien.

Cruza los brazos y asiente con la cabeza, mirando hacia la noche neoyorquina. —Primera cita, ¿eh?

Me encogo de hombros. —No exactamente, no. —Me separo de la pared para ponerme frente a él—. Llevamos un tiempo quedando. Hemos quedado para ver al grupo esta noche. —Se me encienden las mejillas por soltarle tanto rollo y cierro la boca de golpe, señalando por encima del hombro hacia el pub con el pulgar.

—¿Muy fan de The Clash, eh? —asiente hacia mi camiseta.

—Sí. Encontré el álbum London Calling en la colección de vinilos de mi padre hace años. Es uno de mis favoritos.

—Tu padre tiene buen gusto. Yo soy Jack, por cierto. Este sitio es mío. —Señala el edificio con la barbilla—. Y te van a encantar Jimmy and the Jazzes. Son la mejor banda tributo a The Clash que he visto en años. Los descubrimos en nuestra noche de micro abierto de los viernes. Eran buenos—muy buenos. Y se trajeron a su propio público. Al final, les ofrecimos un bolo en solitario una vez al mes.

Hay algo tranquilizador en hablar con él. La barba distrae un poco, pero diría que tiene edad de sobra para ser mi padre. Y no me da ninguna vibra rara. —Qué guay. Sí, tengo muchas ganas de verlos cuando llegue mi novio. Tendré que venir también a la noche de micro abierto.

El móvil vibra con un mensaje entrante.

JAMES: **Lo siento. No puedo**

EL CORAZÓN me retumba en los oídos mientras me quedo mirando el teléfono. ¿Acaban de dejarme plantada? ¿Está... cortando conmigo?

Se me enciende la cara y me salen gotitas de sudor por el cuello, y no tiene nada que ver con el calor del verano.

Sabía que no debería haberle presionado con lo de las etiquetas. En realidad, ese tipo de cosas ni me importan, pero las chicas me han convencido de que, si no lo hacía, se liaría con otras.

Me muerdo el labio mientras le doy vueltas a nuestra conversación de esta mañana. Le había pedido que hiciéramos lo de la larga distancia cuando volviera a casa, a Boston, pero su respuesta fue un encogimiento de hombros sin mucha convicción. Estaba distraído con lo que tenía que hacer para su padre, así que supuse que era por eso por lo que no contestó como yo esperaba—como yo deseaba.

Me arden las mejillas de vergüenza cuando recuerdo que esta mañana también le he dicho que sentía algo por él.

ALAINA: **¿Es por lo que te he dicho esta mañana?**

MIRO los tres puntos que rebotan durante un momento antes de que se detengan. El corazón se me para un segundo cuando una decepción tan pesada me llena por dentro que noto el cosquilleo inconfundible en la nariz. Mierda, voy a ponerme a llorar en cualquier momento.

Deja de hacer el ridículo, me riño. No sé si es eso lo que está pasando. Me he ido directa al peor escenario posible.

Maldigo mi piel clara por enésima vez cuando noto el calor en las mejillas. Inspiro hondo, levanto la cabeza y parpadeo muy rápido. Le ordeno a mis ojos que no suelten las lágrimas.

A lo mejor ha pasado algo mientras hacía el recado de su padre. ¿Y si se ha metido en otra pelea? ¿O algo peor? Se me revuelve el estómago solo de pensar que James pueda haberse hecho daño.

ALAINA: **¿Está todo bien? ¿Te ha pasado algo?**

TACONEO con el talón mientras mis nervios se estiran y se tensan a la espera de su respuesta. Le doy un minuto para contestar antes de llamarle. Suena una vez antes de irse al buzón. Estoy a punto de dejarle un mensaje cuando el teléfono vibra con un nuevo texto.

JAMES: **Perdona, no puedo hablar ahora.**

ME HA ENVIADO el típico mensaje predefinido. ¿Qué coño se supone que significa eso? Dios, de verdad que está cortando conmigo.

Trago con esfuerzo alrededor del nudo que tengo en la garganta.

Sé que no debería sorprenderme, pero lo hace. Mi madre siempre me ha dicho que los chicos solo me van a querer por una cosa—y ahora más que nunca me alegro de no haberme acostado con él. Decirle que sentía algo por él el mismo día que me deja tirada ya es lo bastante humillante.

Le suelto una excusa floja al portero y me doy la vuelta mientras la segunda, la tercera y la cuarta lágrima me recorren las mejillas ardiendo. Camino hasta la esquina y espero a que se ponga el semáforo para poder cruzar la calle.

No puedo creermelo que me acaben de dejar plantada. ¿Quién hace eso siquiera? Tendría que haber sabido que James era demasiado bueno para ser verdad. Con esa cara perfecta y esa risa perfecta y ese gusto perfecto por la música, estaba claro que era demasiado bueno para ser verdad.

Me limpio por debajo de los ojos, intentando asegurarme de que la máscara de pestañas no se me ha corrido. Supongo que es buena cosa usar la maldita waterproof que Madison me obligó a comprar el mes pasado. Normalmente me preocuparía que alguien me viera así, pero es Nueva York un viernes por la noche en verano. Una adolescente llorando probablemente sea lo más normal que hay ahora mismo en la calle.

PARA CUANDO LLEGO A CASA, me he dado ya diez vueltas a la cabeza con cincuenta razones distintas por las que James no ha aparecido. Decido llamarle otra vez. Ya me ha mandado al buzón, así que ¿qué es lo peor que puede pasar?

Saco el móvil del bolsillo; las nueve y media y ni una llamada ni un mensaje nuevo. Busco su contacto y le doy a llamar. Suena una vez antes de que oiga el sonido inconfundible de tres tonos de un teléfono desconectado. Se me confirman los peores temores cuando oigo la voz robótica de una mujer. —Lo sentimos. La llamada que está realizando no puede completarse.

Cuelgo y vuelvo a llamar, y recibo los mismos tres tonos y el mismo mensaje automático. Cierro la llamada y me siento en el borde de la cama. Las piernas me tiemblan mientras la incredulidad me recorre el cuerpo como una ola.

Miro por la ventana mientras repaso mentalmente todas nuestras interacciones de los últimos meses. Pensaba... pensaba que a James le gustaba de verdad.

Caigo de espaldas sobre la cama, con una mano abierta sobre el corazón. ¿Es posible notar físicamente cómo se te rompe el corazón?

Las gafas de color de rosa que he estado llevando se agrietan; cada vez que hemos quedado, cada risa y cada lista de reproducción compartida me parecen una mentira.

Pensaba que me estaba enamorando de él—pensaba... pensaba que él sentía lo mismo. Pero ahora me doy cuenta de lo estúpido que suena. ¿Quién se enamora de alguien en un par de meses?

Agarro el móvil y abro el grupo de WhatsApp con las chicas.

ALAINA: ¿Sigue en pie la invitación para ir con vosotras?

NO ESTOY segura de que nadie ni nada pueda hacer que me sienta mejor, pero merece la pena intentarlo. Duele mucho más de lo que nadie me había dicho nunca. Los libros no lo cuentan bien; el

desamor se siente como si te arrancaran el corazón del pecho. Y luego alguien echara ácido sobre el agujero abierto.

Las lágrimas me resbalan sin parar por las mejillas, y un sollozo ahogado me sube por el pecho. Me siento tan estúpida. Pensar que alguien como él podría querer a alguien como yo.

¿En qué estaba pensando?

Cuando no quiso presentarme a sus amigos en Central Park, pensé que estaba siendo dulcemente posesivo, como un personaje de novela romántica. Pero ahora—ahora me doy cuenta de que no se molestó en presentarnos porque no importaba—no merecía la pena.

Yo no merecía la pena.

¿Por qué todo el mundo en mi vida me acaba dejando?

SULLY

Noventa minutos antes

EL MÓVIL VIBRA con un mensaje justo cuando me coloco al lado de mi hermano. Lo saco del bolsillo y veo un mensaje de Alaina.

PUNK ROCK PRINCESS: **iHey! Estoy fuera de O'Malley's. iNos vemos ahora!**

JOOOODER. Me paso la mano por la cara mientras el arrepentimiento me cae encima como una manta pesada. Debería haber estado en el pub hace veinte minutos.

Mi hermano, Rush, me da un codazo discreto, clavándomelo justo en las costillas que todavía se están curando. Por la sonrisilla ladeada que se le escapa, el cabrón sabía exactamente dónde apuntaba.

Aunque no nos parecemos en nada, con su pelo castaño y sus ojos grises frente a mi pelo rubio oscuro y mis ojos azules, medimos lo mismo y tenemos una complexión parecida.

—Atentos, gilipollas. No pienso que me peguen un tiro esta noche porque vosotros dos no estáis escuchando. —Wolf, mi otro hermano, me da un empujón con el hombro. Con su metro noventa, el pelo negro y casi todo el brazo tatuado, es el mayor de los tres.

Le lanzo una mirada de advertencia. —Que te den por el cu—

Mi da me interrumpe. —¿Has dicho algo, chico?

Me irguo hasta mi metro ochenta y ocho y le sostengo la mirada. —No, señor. Listo para enseñarle a los rusos cómo tratamos a los ladrones.

Cormac Fitzgerald, más conocido como el Carnicero de la banda de Summer Knoll, y el único padre que he conocido, se ríe por lo bajo. —Eso es, Sully. Esta noche les enseñamos cómo responde la Hermandad a las amenazas en nuestro territorio.

Cuando los hombres responden a su grito de guerra con vítores y alaridos, saco el móvil del bolsillo y le escribo un mensaje rápido a Alaina.

JAMES: **Lo siento. No puedo**

ANTES DE QUE pueda terminar el mensaje, mi hermano me agarra el móvil y me lo empuja contra el pecho, enviando el texto sin querer. No tengo tiempo de preocuparme por eso ahora. El resto de los tíos está saliendo ya de la sala grande que usamos para las reuniones y bajando por el pasillo hacia el arsenal.

PUNK ROCK PRINCESS: **¿Es por lo que te he dicho esta mañana?**

ME QUEDO ATRÁS de mis hermanos, dejando que el murmullo bajo de las conversaciones me resbale mientras repaso nuestra charla de esta mañana. Estaba tan jodidamente distraído pensando

en lo que iba a pasar esta noche que me pilló por sorpresa cuando me pidió seguir juntos después del verano. Como si fuese a dejarla ir a ninguna parte. Pensar en cómo se le encienden las mejillas cuando se pone nerviosa—y las otras partes de su cuerpo que también se sonrojan—me arranca una sonrisa torcida.

Me arrepiento de no habérselo dejado claro en ese momento y decirle que ni de coña se acaba lo nuestro dentro de tres semanas, cuando acabe las vacaciones. Pero tenía a Rush en una oreja soltándome números, datos y toda esa mierda que a él le encanta y a nadie más.

Soy ya el siguiente en la fila para el chaleco y la pistola cuando el móvil vibra con otro mensaje.

PUNK ROCK PRINCESS: **¿Está todo bien? ¿Te ha pasado algo?**

ANTES DE QUE PUEDA CONTESTARLE, mi móvil suena con “Punk Rock Princess” de Something Corporate—su tono asignado. Joder.

—¡Chico! Sube aquí y equípate. —No queda ni rastro de mi da ahora mismo; el que grita es el Carnicero.

La mando al buzón y le envío uno de esos mensajes estándar.

JAMES: **Perdona, no puedo hablar ahora.**

PONGO el móvil en silencio y me lo guardo en el bolsillo. Cojo el chaleco y la 9 mm que me pasan y me acerco a mis hermanos. Necesito centrarme. No pienso morirme sin volver a ver a mi preciosa contradicción viviente; es una combinación irresistible de CBGB y *Gossip Girl*—joder, es como una Serena Van Der Loquesea amante del punk. La única razón por la que no odié del todo a las hermanas King es porque se pasaron por casa a ver un montón de reposiciones de *Gossip Girl* el año pasado, y Blake Lively está buenísima. Además, Maeve siempre tiene las putas armas nuevas más guapas.

Por desgracia, eso significa que tengo que apartarla al fondo de mi mente y centrarme en lo que va a pasar esta noche.

Con suerte será una operación rápida de entrar y salir, y podré volver con mi chica. Pero si algo he aprendido en la Hermandad es que puedes contar con que las cosas se tuerzan, así que aprendes a esperar lo inesperado.

EL SUDOR me resbala por la cara mientras mis hermanos y yo avanzamos con cuidado entre la maleza alta y entre los árboles caídos hacia la valla de alambre que rodea el polígono industrial abandonado en Brooklyn.

—¿No podías haber meado antes de salir, Rush?

—Vete a la mierda, Wolf. He tardado como treinta segundos.

Wolf resopla divertido. —¿Treinta segundos? Tío, has estado meando por lo menos sesenta segundos, ¿a que sí, Sully?

Espanto un bicho de un manotazo y salto por encima de un tronco podrido. —No suelo llevar la cuenta de la polla de Rush.

Wolf echa la cabeza hacia atrás y suspira de forma dramática. —Qué más da. El caso es que ahora llevamos por lo menos un minuto de retraso, y yo, por lo menos, no quiero hacer esperar a Da. Así que, a espabilar.

Según Buzz, nuestro genio técnico residente, este es el sitio donde los rusos han estado pasando el rato, y aquí es donde encontraremos la mierda que nos han robado.

Las primeras notas de "Punk Rock Princess" rompen el silencio. Mierda. Alaina me está llamando. Juraría que lo había puesto en silencio. Debe de haberse desactivado mientras reptábamos por ahí como si estuviésemos rodando *Rambo*.

—¿Pero qué coño, tío? ¡Apaga eso antes de que nos maten! —La voz de Wolf suena justo detrás de mí.

—Mierda. Perdón. —Mantengo pulsado el botón de apagado para apagar el móvil.

Rush se para en seco delante de mí, y yo me estrello contra él. Gruñe. —Aquí pasa algo raro.

Miro alrededor. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ¿por qué está todo tan callado?

Wolf se coloca a mi lado y resopla. —Mira a tu alrededor, tío — Wolf abre los brazos—, estamos aquí, agazapados en este bosque de mierda a las ocho de la tarde de un viernes.

—Exacto. —Rush le lanza una mirada fulminante—. ¿Dónde coño está todo el ruido? No oigo ni un puto grillo ni una rama moviéndose.

—No jodas, tío. Lo que *no* queremos es que *ellos* nos oigan. — Abre mucho los ojos para enfatizar su punto—. ¿Qué te pasa?

La adrenalina me corre por las venas y se me eriza el vello de los brazos. Me giro sobre mí mismo despacio, intentando localizar qué es lo que me provoca este mal presentimiento.

—Tiene razón, Wolf. Está *demasiado* callado.

Rush ladea la cabeza. —¿Oís eso?

Miro a la izquierda y luego a la derecha. —¿El qué?

—Shhh. —Wolf se coloca a mi derecha y ladea la cabeza.

—¿Eso es... un zumb—

—¿Un tic tac? Suena a tic tac. —Wolf frunce el ceño.

—¿Por qué coño—

—Hostia, ieso es un tic tac! ¡Tenemos que largarnos de aquí ya! —Wolf me corta en seco.

Antes de que Wolf termine la frase, los tres damos la vuelta y echamos a correr como si el diablo mismo nos persiguiera. No estoy listo para conocer a mi creador todavía. Aún tengo cosas que hacer —la cara de Alaina me viene a la mente, y puedo ver con absoluta nitidez cómo se le pone cuando se ríe. Es lo más bonito que he visto en mi vida.

—¡Es una puta trampa! ¡Atrás! ¡Atrás, Da! —Rush grita al móvil mientras corremos como alma que lleva el diablo entre ramas caídas, sin importarnos el ruido que hacemos.

El tic tac se detiene.

Y luego todo salta por los putos aires.

DIECISIETE

ALAINA

SUS MANOS me sujetan los costados con delicadeza, sus meñiques reposan sobre la curva de mi cadera y sus pulgares se deslizan de un lado a otro sobre mis costillas.

Su mirada se concentra en mi garganta mientras habla. —Volví a la biblioteca durante tres semanas, Alaina. Tres putas semanas, arrastré mi pobre culo hasta las escaleras y te busqué.

El corazón me da un vuelco ante su confesión, y mis manos tiemblan sobre su piel cálida y tatuada. No soy capaz de mirarlo a los ojos mientras asimilo los acontecimientos de aquella noche desde su punto de vista.

—Fue... fue un malentendido —susurro, alzando la mirada hacia él. Sus ojos reflejan la pena que siento en cada fibra de mi ser mientras asiente—. ¿Pero por qué no me llamaste?

Sus manos se deslizan arriba y abajo por mis costados a un ritmo pausado. Sé que debería resultar un poco extraño que estemos teniendo esta conversación mientras estoy sentada en su regazo... y los dos desnudos. Pero, extrañamente, no es así. Me siento más vulnerable y tengo las emociones a flor de piel, pero es lo máximo que Sully se ha abierto a mí desde que nos hemos reencontrado. Así que lo considero algo bueno.

—Mi móvil se calcinó durante la emboscada, Lainey. Y, por lo visto, no guardé bien una mierda.

—¿Mi residencia?

Asiente antes de que termine de hablar. —Sí. Fui allí y una de las chicas me dijo que estabas en Europa con tus primas.

Me trago el sollozo que amenaza con escaparse y miro el tatuaje que tiene en las costillas mientras intento encontrarle sentido a todo. Es una calavera atravesada por un cuchillo, rodeada de flores. —Cuánto tiempo perdido, James. Yo... me siento tan tonta ahora.

—Demasiado, princesa. Deberías haberme dado tiempo para explicarme. —Su reprimenda no es dura, pero aun así escuece—. Aunque sabiendo lo que sé ahora... sobre tu madre... entiendo por qué huiste.

Dirijo rápidamente mi mirada a la suya. —No huí...

—Princesa. Literalmente, cogiste un avión unas horas más tarde. —Me lanza una mirada de incredulidad.

Acaricio el trébol tatuado en su cuello con el pulgar y le sostengo la mirada. —De acuerdo. Puedo admitirlo. Yo... no sé por qué lo hice. Me sentía avergonzada y... —Me encojo de hombros—. ¿Pero por qué no le pediste a Rush que me buscara? Estoy segura de que podría haberme encontrado.

—Sí. Pero no le hablé de ti. Eras mía... algo que me pertenecía solo a mí, y no quería compartirte. No entonces.

Se me entrecorta la respiración por su juego de palabras. —¿Y ahora?

Desliza las manos por mis caderas para posarlas en mi culo y me acerca a él. Contengo el aliento cuando nuestros pechos chocan, y se me endurecen los pezones. Su polla, gruesa y dura, descansa entre nuestros cuerpos, y la lujuria se cuece a fuego lento en mis venas, quemando parte de la pena y la vergüenza de hace años.

Deslizando las manos desde mi culo hasta mis hombros, Sully susurra contra mi boca: —Y ahora eres mía. —Me lame la comisura de los labios y mis labios se abren—. Y eres de ellos. ¿Verdad, hermano?

Giro la cabeza hacia un lado, con el corazón en un puño, esperando ver a Rush o a Wolf, pero ninguno de los dos está detrás

de mí. Siento los labios de Sully en mi cuello mientras se ríe. Me vuelvo hacia él con un falso bufido y murmuro: —Capullo.

Uno de estos días, los tendré a los tres, al mismo tiempo. Y si me salgo con la mía, ese día llegará más pronto que tarde.

—Sí, pero soy tu capullo, princesa. Le dije a Wolf que se largara antes incluso de meterme contigo en la ducha. —Sully arrastra sus labios por mi cuerpo hasta que se cierne sobre mi pezón—. Porque este momento, justo este, es solo para mí, ¿vale?

Cierra la boca sobre mi pezón y succiona con fuerza. Siento el tirón directamente en mi clítoris y mi coño se contrae. Le busco el hombro antes de recordar que está herido. Apartándome, murmuro: —Tu hombro... Estás herido, Sully...

—Que le jodan a mi hombro. Tengo a mi chica en mis manos otra vez. Estoy en una nube, princesa. Nada puede detenerme.

Me da igual lo que diga, sigo sin estar convencida de que debamos hacer esto tan pronto. Pero entonces tira de mi pezón, enviando otra descarga de lujuria directa a mi centro, y olvido hasta cómo me llamo por un momento.

Le agarro el hombro sano con una mano y echo la cabeza hacia atrás, dejándole un mejor acceso. Mi pelo húmedo me hace cosquillas en la espalda y mis caderas empiezan a moverse por instinto. Giro las caderas hacia él y mi coño se desliza por su polla dura, la punta golpeando mi clítoris cada vez.

Levanta la cabeza, con los labios húmedos y brillantes, y nos encontramos a medio camino en un beso brutal. Nos separamos, con las frentes tocándose y los pechos agitados.

Este es el momento de la verdad. Si va a echarse atrás, lo haría ahora. Me preparo mentalmente para su rechazo, ya sea educado o cruel. Esa pequeña semilla de esperanza que vive dentro de mí, grabada con su nombre, crece con cada instante que me mira con lujuria y aceptación brillando en sus ojos.

Pero tengo que estar segura.

—¿Eres mío, James? —Mi voz es baja, pero sé que me oye por encima del aire acondicionado que sopla en la habitación.

—Sí, princesa. Siempre he sido tuyo. —Sella su declaración con un beso que enciende mi cuerpo hasta los dedos de los pies.

Me roba todo el oxígeno de los pulmones con sus besos, pero decido que el oxígeno está sobrevalorado.

No puedo evitar que mis caderas se muevan contra él, buscando desesperadamente el roce. Es como si pudiera leerme la mente, porque al instante siguiente, desliza su mano entre nosotros, sus dedos rozando mi clítoris con toques ligeros como una pluma. Es suficiente para volverme loca.

—Quiero que me folles, James —digo contra sus labios, tirando de su labio inferior con los dientes. Su mano se detiene mientras se aparta, su mirada buscando en mi cara.

Alineo nuestros cuerpos en un movimiento deliberado, cerniéndome sobre él para que la punta de su polla descansa contra mi coño. No tomaré la decisión por él, pero no quiero que dude de mi intención.

Voy con todo, joder, con los chicos Fitzgerald.

Y estoy lista para reclamarlos como míos.

Sully desliza su mano por mi estómago y entre mis pechos para posarla en la base de mi garganta en un gesto que me recuerda a Rush. Jadeo, con los ojos entrecerrados mientras espero a que decida.

—Joder, qué guapa eres. —Lo veo en el momento en que se decide. Se le iluminan los ojos y todo su cuerpo vibra.

Al instante siguiente, me guía con delicadeza para que me siente sobre su polla dura, con el ceño fruncido por la concentración. Jadeo ante la sensación de plenitud mientras me deslizo hacia abajo con una lentitud exasperante, mis ojos se cierran por instinto.

Su agarre en mi cadera se tensa al detener nuestro movimiento. —Mírame, princesa.

Mis ojos se abren de golpe, y mi coño se contrae ante el tono autoritario de su voz.

—Joder —dice con un gemido—. Te gusta eso, ¿eh?

Asiento varias veces. —Más, James. Necesito más.

Afloja el agarre en mi cadera, pero mantiene un ritmo lento. —¿Más de qué, princesa?

—De ti... —gimo, interrumpiéndome mientras el sudor perla mi frente. Es demasiado bueno, joder.

Ajusta su agarre para que ambas manos aterricen en mis caderas, y yo le aprieto el hombro sano con una mano, mientras la otra me ahueca el pecho.

Abro la boca para decirle algo —ni siquiera sé qué— pero él embiste hacia arriba, robándome el aliento y todo pensamiento.

Un jadeo escapa de mis labios, y cierro los ojos de golpe. No puedo mantenerlos abiertos mientras un placer abrumador recorre cada terminación nerviosa.

—Joder, qué bien te siento, incluso mejor de lo que imaginaba.

Abro los ojos a tiempo de verle pasarse la lengua por el labio inferior en un gesto tan sexi que debería ser jodidamente ilegal. Me da un momento para acostumbrarme a la sensación de tenerlo dentro, y luego muevo las caderas, imitando el movimiento de antes. Solo que esta vez, se siente tan... mucho... *más*.

Gime mi nombre antes de volver a agarrarme las caderas, esta vez más fuerte, y animándome a cabalgarlo más rápido, más fuerte. Nuestras bocas se encuentran a medio camino mientras la lujuria cae en cascada sobre mi cuerpo en oleadas. Pierdo el ritmo por un momento, titubeando mientras mi placer se dispara.

Sully toma el control y empieza a follarme desde abajo, y estoy demasiado ocupada surfeando esa puta ola para protestar por su herida.

—Eres increíble, Alaina. Y joder si no te sigo queriendo como un loco —dice entre jadeos y gemidos, con el cuerpo tenso.

Nos lleva cada vez más alto, y cuando desliza una mano hacia abajo para pellizcar mi clítoris, me despeño por esa cima. Me precipito de vuelta a la tierra, contenta de dejar que estas olas de deseo me cubran para siempre.

Gemidos torturados salpican el aire, y fusiono mis labios con los suyos, desesperada por saborear su pasión, una pasión que es mía. Aprieto mis músculos alrededor de su polla y sonrío al ver que su respiración se vuelve dificultosa.

—Vas a hacer que me corra si sigues así... —Sus palabras terminan en otro gemido mientras muevo las caderas una y otra vez. Se tensa por un momento, y luego siento su corrida caliente dentro de mí.

Apoya la frente en mi pecho, su pelo me hace cosquillas en la piel y su aliento caliente abanica mi pezón endurecido. —Joder, princesa. Eso ha sido jodidamente increíble. —Levanta la cabeza, y esa sonrisa estúpidamente sexi y encantadora cubre su rostro.

Hay algo tan enternecedor en su sonrisa —probablemente porque la usa muy raramente—, pero me derrite aún más el corazón.

—Ha sido increíble. —Me lamo los labios, una punzada de preocupación se infiltra en mi felicidad postorgásmica—. Ha estado bien, ¿verdad? No te has hecho daño... ¿o te arrepientes?

Sully deposita un suave beso en mis labios y me aparta el pelo de la oreja. —Ha sido perfecto... tú has sido perfecta.

Sonríó y me deslizo de su regazo con una pequeña mueca. —Voy a limpiarme. Tú quédate aquí y descansa, ¿vale?

La forma en que me mira, con amor brillando en sus ojos, me roba el aliento por un momento. Llevaba dos largos años sin ver esa mirada. Me doy la vuelta sobre mis talones y entro en el baño con una pequeña sonrisa en la cara. Se siente bien volver a ser suya.

Se siente bien ser de todos ellos.

Veinte minutos y otra ducha más tarde, abro la puerta del baño, dejando que el vapor se derrame de nuevo en el dormitorio. Veo a Sully durmiendo desnudo en la cama, y decido dejarle descansar.

Me pongo una camiseta limpia de la parte superior de su cómoda y me dirijo a la cocina. Estoy sedienta, y un batido me sentaría de maravilla ahora mismo. Dudo que encuentre un batido en su cocina, pero me conformaría con cualquier tipo de helado.

Me detengo en la puerta de la cocina cuando veo a Rush y Wolf sentados en la mesa, cada uno con una bebida delante.

Wolf hace girar su vaso de cristal, de modo que los cubitos de hielo tintinean antes de dar un buen trago del líquido ambarino. —Eres ruidosa, nena.

Un calor recorre mi cuerpo, instalándose en mis mejillas mientras le sostengo la mirada. No estoy avergonzada, no de verdad, pero todavía me estoy acostumbrando a la idea de tenerlos a los tres. Y creo que ellos también.

—No lo siento —le digo encogiéndome de hombros a medias.

—Nada que sentir, pajarita. Solo está un poco celoso.

Miro fijamente a Wolf, parpadeando un par de veces. —¿Lo estás?

—Pues claro que estoy jodidamente celoso. Pero no como crees, así que relaja ese ceño fruncido, nena. Simplemente me muero por ponerte las manos encima otra vez. ¿Qué puedo decir? Soy jodidamente avaricioso. —Esboza una sonrisa de gato de Cheshire que es demasiado salvaje para ser considerada encantadora.

—Bueno, pues vale... —digo, mientras me dirijo directamente al congelador.

—¿Qué buscas? —pregunta Rush a mi espalda.

—¿Helado? Estaba pensando en hacerme un batido —le digo con la cabeza metida en su congelador. Una mano bronceada y tatuada pasa junto a mi cara y saca una tarrina de helado de fresa—. Mi favorito —murmuro.

—Lo sé —susurra Rush, su aliento agitando el pelo húmedo junto a mi oreja.

Una sonrisa se dibuja en mis labios, y juntos, reunimos todo lo que necesitaremos para los batidos de fresa. Para cuando he preparado suficiente para los cuatro y los he servido, Sully entra en la habitación.

—¡Ah, la Bella Durmiente se ha despertado! —grita Wolf con una sonrisa.

—Que te jodan, Wolf. —Ni siquiera lo mira, su mirada está clavada en mí, más concretamente, en mis piernas desnudas bajo su camiseta.

Le deslizo un batido por la isla y él lo agarra antes de que le golpee en el pecho. Con Rush y yo a un lado, y Wolf y Sully frente a mí, dejo que la sensación de *hogar* se instale en mis huesos.

Es una sensación increíble.

Y el impulso que me ha estado rondando durante un par de días, el que me empuja a proteger este sentimiento, me hace abrir la boca.

—Estoy lista para ver a mi tía, y después... después creo que tendré que ocuparme de Industrias Gallagher.

—Sea lo que sea, lo afrontaremos juntos, pajarita.

—Sí, como una familia —jura Wolf.
—Una familia —dice Sully asintiendo.

DIECIOCHO

ALAINA

ME RECOLOCO el lateral de mi camiseta de *Jurassic Park*, ajustando los desgarros estratégicos de la prenda sin mangas, hechos para que parezcan marcas de garras de dinosaurio. A través de los altavoces suena «MakeDamnSure», de Taking Back Sunday, de la lista de reproducción de Sully, y sonrío.

Al pensar en la canción específica que eligió en la cabaña, me pregunto si esta también es intencionada. Ese hombre es como una cebolla, y todas sus capas son duras y gruesas.

Eso no es lo único que es duro y grueso...

Me asusto a mí misma y se me escapa una risita antes de que pueda evitarlo. Dios, no sé qué demonios me pasa. ¿Estoy de camino a ver a mi tía para hablar sobre las últimas palabras de mi madre muerta, y estoy fantaseando con la polla de Sully y riéndome? ¿Qué me está pasando?

Bueno, es una polla impresionante. Pongo los ojos en blanco ante mi monólogo interior, que sigue sonando sospechosamente a Maddie.

Suspiro y me quedo mirando por la ventana. Estoy segura de que me encuentro en algún tipo de fase de negociación, pero siempre he sido capaz de compartimentar. Soy polifacética.

Hemos parado en una boutique a unas manzanas de su apartamento para que pudiera comprar algo de ropa. Pasaremos por mi habitación de la residencia después de visitar a la tía Sloane pero, por ahora, la camiseta artísticamente desgarrada y los pantalones cortos de vaquero claro servirán.

Muevo los dedos de los pies al ritmo de la música mientras cantan sobre asegurarse de que alguien no pueda irse, y mis zapatos me llaman la atención. Algo se agita con incomodidad en mi pecho al ver las zapatillas sucias: ¿eso es una mancha de sangre? Inclino la cabeza para ver mejor y mi pecho se relaja al ver que es solo barro seco.

Mis Vans totalmente blancas parecen un poco maltrechas, pero se quedarán como nuevas después de que las lave. ¿Otra razón por la que amo mis Vans? Combinan con casi todo.

No había pensado mucho en mi atuendo cuando lo compré, pero se me acaba de ocurrir que voy a reunirme con uno de los pocos parientes vivos de mi madre —su hermana gemela— para hablar de los preparativos de su funeral con una camiseta diseñada para que parezca que un raptor la ha desgarrado.

Mi madre, a la que tanto le preocupaban las apariencias, vestir para impresionar y actuar de la forma que ella consideraba apropiada. Se pondría furiosa si pudiera verme ahora.

Se me escapa una carcajada; la idea resulta muy divertida de una forma irónica.

Wolf desliza la mano por el espacio que nos separa en el asiento trasero. Se posa contra mi muslo y su cálida palma me aprieta una vez. Lo miro con el humor bailando en mis labios. Él frunce el ceño con preocupación.

—¿Estás bien, Alaina? —pregunta Rush desde el asiento del conductor mientras entramos en la fila del aparcacoches frente al edificio de mi tía.

—Sí —suspiro—. Es solo que... es irónico.

Me encuentro con la mirada de Rush en el espejo retrovisor; tiene los ojos entrecerrados y me pregunto si cree que aquí es donde voy a perder los papeles. Apuesto a que todos están esperando a que me desmorone.

No me sorprendería. Quiero decir, es lo que yo también estoy esperando más o menos. Es una sensación extraña, esperar a sufrir un colapso emocional. Uno provocado por la muerte de tu madre y la muerte confirmada de tu padre.

—Joder. Soy huérfana. —Las palabras brotan de mi alma antes de que tenga siquiera el pensamiento consciente de soltarlas.

Una pesadez se asienta sobre mis hombros y el duelo me abruma. Inesperadamente, los ojos se me llenan de lágrimas y suelto una risita, un sonido de incredulidad que suena brusco a mis oídos.

Me quito las lágrimas de la cara y miro a los tres hombres. Rush y Sully se han girado para mirarme y Wolf ha vuelto todo su cuerpo hacia el mío. Emily James canta una melodía inquietante de fondo.

—Ni siquiera sé por qué lloro. Es tan... inesperado, ¿sabéis? —Suelto un suspiro y miro al techo del coche para evitar que las lágrimas se me deslicen por las mejillas—. Huérfana. Soy huérfana. —Las palabras suenan bajas en el silencio del coche. Saben a algo extraño en mi lengua.

—Uno crea su propia familia, princesa.

Se me entrecorta la respiración mientras miro a mi primer amor. Su rostro es abierto; todo su comportamiento se ha suavizado hacia mí. Creo que anoche superamos una etapa, él y yo. Un regalo en medio de tanto caos.

Wolf me aprieta el muslo una vez y reclama mi atención. Se muerde el labio inferior. —Mary y Maddie. Tu tía. Nosotros.

—Ahora nosotros somos tu familia, nena. —La voz de Rush es firme, con ese maldito tono de mando que me encanta impregnando cada sílaba.

—Y no estás sola. —Esas cuatro palabras parecen una promesa saliendo de los labios de Sully.

Me encuentro con la mirada de cada uno de ellos y asiento. Con el movimiento, dos lágrimas me ruedan por las mejillas.

Un golpe en la ventanilla rompe la tensión que se respira en el coche y, al unísono, todos nos giramos para mirar al aparcacoches que está junto a la puerta de Rush.

Rush le indica al hombre que espere un momento y me mira por encima del hombro. —¿Lista, nena?

Inhalo y suelto el aire al encontrarme con su mirada. —Vamos.

Rush me observa un momento antes de volverse hacia el aparcacoches y abrir su puerta.

—Estamos aquí, Pelirroja, ¿vale? Estamos justo aquí, y si es demasiado o ya has tenido suficiente, me das la señal y nos largamos de allí. Sin preguntas.

Me desabrocho el cinturón de seguridad, me inclino sobre el asiento central y presiono mis labios contra los de Wolf en un beso rápido. Me aparto un poco, rozando sus labios con los míos mientras le digo: —No sé qué he hecho para mereceros, chicos. Gracias.

Wolf me rodea la parte baja de la espalda con un brazo y me atrae hacia su cuerpo. Apoya su frente contra la mía. —Somos nosotros los que no te merecemos, pequeña. Pero también somos unos capullos egoístas, y espero que para cuando te des cuenta de eso, ya estés tan enamorada de nosotros que ni se te ocurra marcharte.

Sonríó, y una pequeña carcajada burbujea ante sus ridículas palabras. Me aparto y mi sonrisa se congela al ver su expresión. Esperaba una mueca burlona o una sonrisa engreída, pero no hay ninguna de las dos cosas. Sus carnosos labios forman una línea recta, su contacto visual es inquebrantable.

Deslizo el dedo por su pómulo hasta llegar al labio inferior. —Hablas en serio. —No es una pregunta, sino una constatación.

Wolf entreabre los labios y raspa con los dientes la yema de mi dedo antes de soltarlo. Dejo caer la mano, maravillada por la facilidad con la que nos tocamos. El acto físico del tacto es algo que no sabía que me faltaba hasta que Wolf llegó a mi vida. Y no lo cambiaría por nada.

La puerta se abre detrás de Wolf y oigo la voz de Rush. —Tan en serio que asusta, Alaina.

—No me gusta esa frase —digo, pero estoy distraída por esta revelación. Quiero decir, sabía que les gustaba. Intercambiar declaraciones de amor en voz baja en el calor del momento es una

cosa. Pero esto parece algo más. Parece como si me estuvieran tentando con la promesa del para siempre.

—Anotado —dice Rush mientras abre más la puerta. Wolf me suelta despacio antes de girarse para salir del coche. Yo voy detrás de él, entornando los ojos mientras el sol del verano cae sobre nosotros.

Sigo a Wolf y a Rush alrededor del coche para encontrar a Sully hablando con el portero. Se estrechan la mano y él nos abre la puerta a todos.

—Srta. McElroy, qué alegría verla de nuevo.

Asiento y le ofrezco una pequeña sonrisa. —Gracias, Cliff. Yo también me alegro de verte.

El aire acondicionado enfría el vestíbulo del edificio de apartamentos de mi tía, un marcado contraste con el tiempo que hace fuera. Se me pone la piel de gallina en los brazos mientras me acerco al mostrador.

—Hola, Cheryl. ¿Está mi tía? Supongo que debería haber llamado antes.

—No hay problema, Srta. McElroy. Déjeme llamarla y ver si está disponible —dice Cheryl con una sonrisa.

Se me pasa por la cabeza la idea de corregirla. No soy una McElroy, no realmente. Pero supongo que ahora mismo no importa, así que lo dejo pasar.

Mientras esperamos, miro por encima del hombro a los tres hombres que tengo a la espalda. Vestidos con vaqueros y camisetas, podrían pasar por los típicos chicos americanos medios.

Hasta que ves los tatuajes serpenteando por debajo de sus mangas y cuellos. La nube de peligro que los rodea, el ceño fruncido común y el aura de poder que emana de sus poros.

Entonces tu instinto entra en acción y lo sabes mejor. No estoy segura de lo que eso dice de mi instinto si está aporreando mi puerta pidiéndome que corra *hacia* ellos. No para alejarme.

Permito que una sonrisa socarrona asome por mis labios mientras los contemplo a los tres juntos así. Como si pudieran oír lo que estoy pensando, los tres se cruzan de brazos sobre sus anchos pechos y me devuelven la sonrisa.

—¿Srta. McElroy? Está lista para recibirla —dice Cheryl, robándome la atención de mis tres dioses oscuros a mi espalda.

Le ofrezco una sonrisa que no parece tan forzada como la de antes. —Gracias.

Caminamos hacia el ascensor al fondo del vestíbulo y las puertas se abren de inmediato. Los cuatro entramos y Rush se inclina y pulsa el botón del veintitrés.

Arqueo una ceja. —No estoy segura de si debería sorprenderme que sepas en qué planta vive, pero me sorprende.

La sonrisa de Rush es su única respuesta. Wolf entrelaza sus dedos con los míos y, en un movimiento inesperado, Sully desliza su palma contra mi otra mano. Miro hacia nuestras manos mientras él desliza sus dedos entre los míos. Su agarre es firme y me rodea el afecto. Se siente como la luz del sol en un día fresco de primavera, calentándome de dentro hacia fuera.

Inclino la cabeza para mirar a Sully, esperando encontrar sus ojos en mí, pero él mira resueltamente hacia delante. Su mirada nunca se aparta de las puertas cerradas del ascensor frente a nosotros.

Me muerdo el labio y vuelvo a mirar nuestras manos unidas. Recuerdo la primera vez que me cogió la mano.

—He hecho una lista de reproducción para ti.

El ascensor aminora la marcha y suena un timbre al abrirse la puerta, sacándome de mis recuerdos. Ambos me sueltan las manos mientras salgo yo primero del ascensor.

Irguiendo los hombros, camino hacia la puerta del apartamento de la tía Sloane. Justo cuando levanto la mano para llamar, la puerta se abre.

DIECINUEVE

ALAINA

MI TÍA ESTÁ plantada delante de mí con unas mallas y una sudadera ancha, la cara sin maquillar y enrojecida a parches, el pelo recogido en una coleta hecha a lo loco. Aunque nunca fue tan intensa con las apariencias como mi madre, no creo haberla visto nunca así.

—¡Ay, Alaina! —solloza antes de que se le escape un llanto—. Me rodea con los brazos y me arrastra al interior de su piso.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras le rodeo la cintura con los brazos y la estrecho con fuerza. En algunos aspectos, la tía Sloane fue más una figura materna que mi propia madre.

Y aunque me duele el corazón por mí, por ella es un dolor distinto. Ha perdido a su hermana gemela, y no puedo imaginar el tipo de dolor que está sufriendo. No sé qué haría si perdiera a Maddie o a Mary. Ni siquiera quiero contemplar ese pensamiento tan deprimente.

Se separa un poco y me sujeta la cara entre las manos. —Ay, mi niña. No pasa nada. Estaremos bien. —Me besa en la frente y me pasa las manos por los hombros hasta entrelazarlas con las mías.

—Lo siento, tía Sloane —murmuro, devolviéndole el apretón de manos.

Da un paso atrás, con la mirada deslizándose por encima de mi hombro. No necesito mirar para saber la estampa que deben de formar los tres, de pie, uno al lado del otro. Los siento a mi espalda, su presencia derramándose por encima de mí como una ola; una ola poderosa y reconfortante.

—¿Y a quién tenemos aquí? —La tía Sloane se echa hacia atrás y suelta mis manos. Se pasa las palmas por el pelo, alisando los mechones sueltos y rebeldes. Endereza los hombros y juguetea con el cuello de la sudadera enorme que lleva puesta—. Bueno, si llego a saber que traías compañía, me habría arreglado para la ocasión.

—¿Qué ha pasado con Alejandro? —pregunto, alzando una ceja y esbozando una sonrisa de medio lado. No me sorprende que los esté inspeccionando; quiero decir, *tiene* ojos. Además, es conocida por su gusto por los hombres más jóvenes. Es mayormente inofensiva.

La tía Sloane deja de acomodarse la sudadera y me mira sin un atisbo de vergüenza. —¿Qué? —pregunta, encogiéndose de hombros—. Sigo siendo una mujer, Lainey.

Pongo los ojos en blanco. —Ya, bueno, estos son mis... —me corto y miro hacia un lado. Las etiquetas son algo curioso. Hace unos años, llamar a alguien mi *novio* de repente significaba algo más que un chico que era mi amigo. Significaba que había sentimientos y una conexión emocional.

Pero ¿cómo llamas a lo que tenemos los cuatro?

¿Cómo llamas a una conexión emocional que te ata por igual a tres hombres distintos?

Míos.

Miro a la tía Sloane, mantengo su mirada y digo: —Míos. Estos tíos son míos. Wolf, Rush y Sully.

Se le tuercen los labios hacia un lado y me observa con un brillo travieso en los ojos. —Bueno, bueno. Dadme un momento para arreglarme un poco y haré que Alejandro nos coja unos cafés en la cafetería de la esquina. Ahora mismo está... descansando..., pero creo que se levantará enseguida de todos modos. Poneos cómodos. —dice la última frase por encima del hombro mientras cruza el salón hundido y se mete por el pasillo en dirección a su dormitorio.

Mary y Maddie también tienen habitaciones en ese mismo pasillo, pero rara vez se quedan aquí. Pasan la mayor parte del año en el colegio conmigo, y en verano suelen viajar con su madre.

En cuanto desaparece de la vista, los noto cerrándose a mi alrededor. Rush se pega a mi espalda, su cuerpo presionando contra el mío desde los muslos hasta el cuello. Tiro de un escalofrío cuando desliza la mano por delante de mí, subiéndola por mi estómago y entre mis tetas, hasta descansar en el hueco de mi garganta.

Sonrío y echo la cabeza hacia atrás antes de que me lo pida. Me recompensa con un gruñido bajo contra mi cuello, sus labios vibrando sobre la piel sensible detrás de mi oreja. Desliza los labios hasta mi oído y susurra: —¿Tuyos, bebé?

Giro la cabeza hacia él y su barba de varios días me raspa la mejilla. Arqueo la espalda, aprieto el culo contra él y noto cómo se le alarga la polla en respuesta. —Sí, eres mío. Las palabras me salen en un siseo contra su piel, y sus dedos se tensan en respuesta.

—Estás jugando con fuego, princesita. —El deseo tiñe las palabras de Wolf.

La excitación me inunda las venas y me giro para mirarlo. Wolf y Sully están uno junto al otro, a mi izquierda, y las expresiones gemelas de hambre en sus rostros me roban el aliento por un momento. Estamos caminando por una línea muy fina, los cuatro. Un día, algo —o *alguien*— va a romperse, y los tres se me van a echar encima *a la vez*.

Ansío que llegue ese día. Tiemblo mientras fantaseo con Rush perdiendo el control, Sully soltándose y Wolf con vía libre.

Una tos interrumpe mi ensoñación, y cuando mis ojos vuelven a enfocar el presente, estoy mirando las espaldas de Sully y Wolf. Me tomo un segundo para apreciar la vista, con el deseo aún arremolinándose en mi interior y distrayéndome.

—Siento, eh, interrumpir. Soy Alejandro. Sloane se muere por un capuchino de la cafetería de la calle de abajo. ¿Os traigo algo a alguno?

Me asomo por la rendija que dejan sus cuerpos enormes, sin sorprenderme al ver al tío de las últimas fotos de Instagram de la tía Sloane.

Me separo de Rush y me coloco al lado de los chicos y, al cabo de un momento, él cede con un pequeño gruñido. Le dedico a Alejandro una sonrisa.

—Hola, soy Alaina. Este es Sully y este es Wolf, y el que está detrás es Rush. Encantada —digo con un pequeño gesto de la mano.

Alejandro da un paso adelante y me agarra la mano extendida. —Ah, sí, la famosa sobrina, Alaina. —Se inclina al tiempo que me lleva la mano hacia la boca.

Antes de que llegue a posar los labios en mi piel, Wolf se adelanta y aparta mi mano de la suya con un gruñido. —No toques cosas que no son tuyas.

Si no estuviera tan en shock, me echaría a reír.

Para ser justos, Alejandro se limita a asentir y sonreír. —Perdón. Es que cuando veo a una mujer tan guapa, a veces no puedo evitarlo.

Sully invade el espacio de Alejandro. —Más te vale esforzarte un poco, ¿eh?

Alejandro retrocede un paso con las manos levantadas, las palmas hacia fuera. —Entendido. Está intocable. ¿Entonces es que no queréis café?

—Yo quiero un chai latte —digo con una sonrisa. Wolf y Sully giran la cabeza hacia mí al unísono, sendos ceños fruncidos estropeando sus rasgos de escándalo. Me encojo de hombros—. ¿Qué? Me vendría bien un chute de cafeína.

—Para nosotros, tres cafés. Solo. Y el chai latte de Alaina —dice Rush desde detrás de nosotros. Veo cómo Wolf y Sully se giran para mirar a su hermano, sin duda clavándole miradas de incredulidad.

Alejandro nos rodea con holgura mientras se dirige hacia la puerta de entrada. Se detiene para coger las llaves de un cuenco que Maddie hizo en clases de cerámica en el instituto. —Ahora vuelvo.

La puerta de entrada se cierra con un clic y yo me giro lentamente sobre los talones. —Bueno, eso ha sido...

—Ay, cariño, ¿has conocido ya a Alejandro? —La tía Sloane entra en el salón como una ráfaga, aleteando las pestañas con un suspiro—. ¿A que es un sueño? Se ha cambiado a un mono pantalón azul

marino, de cuello halter y un escote pronunciado en uve tanto por delante como por detrás. Le queda espectacular.

—Parece que tenga dieciocho —espetta Sully, sin inflexión alguna.

La tía Sloane le lanza una mirada cortante antes de volver a lo que sea que esté proyectándose en su cabeza. —Tiene veintitrés, y créeme, se nota en la cama.

—Ajá. Eso es probablemente más de lo que necesitaba saber de ese tío. Vamos a sentarnos, tía Sloane. —Camino hacia los sofás de su salón hundido.

Su piso está decorado en tonos crema: alfombras de pelo largo color crema, un sofá bajo en tonos caramelo y crema, las paredes pintadas de blanco con apenas un deje crema, y todas las fotos enmarcadas en blanco.

Recuerdo que de pequeña me ponía nerviosa la idea de mancharlo todo, aunque a la tía Sloane realmente no le habría importado. Habría salido a comprarse un recambio si algo se estropeaba. Pero la ansiedad seguía ahí.

Me siento en medio del sofá que da a la pared de ventanales. El sol de la tarde se cuela por las persianas medio bajadas, calentándome la cara.

Wolf se sienta a mi lado, Rush ocupa el sillón a nuestra izquierda, y Sully se queda de pie detrás del sofá, justo detrás de mí, con los brazos cruzados y las piernas separadas. La tía Sloane echa un vistazo a la habitación con una expresión inescrutable antes de sentarse a mi lado.

Cubre mis manos entrelazadas con las suyas y me mira a los ojos. —Cuéntame qué le pasó a mi hermana.

Asiento y me muerdo el labio. Miro a Rush de reojo y su asentimiento es imperceptible. Respiro hondo y me preparo mentalmente para volver a aquel día. No voy a contarle toda la verdad; sinceramente, no creo que necesite oírlo todo. Sabe lo presente que estuvo mi madre en mi vida. Le doy la versión corta de los hechos, sorprendida de poder recordarlos con semejante nivel de desapego.

—No lo entiendo, Lainey. ¿Cómo conocía siquiera a esa gente?

—No estoy del todo segura. Creo que se mezcló con mala gente y todo terminó pasándole factura.

Tía Sloane sorbe por la nariz. —La sentí, ¿sabes? Sentí algo justo aquí —se da unos golpecitos en el pecho, justo encima del corazón— cuando murió. Sentí que una parte de mi corazón moría también ese día. No era perfecta, pero era mi hermana. Y la quería.

Asiento varias veces. Me pican los senos nasales y siento que las lágrimas se me acumulan en los ojos. —Lo sé. Yo también la quería.

Wolf entrelaza sus dedos con los míos por un lado y apoyo la cabeza en el hombro de tía Sloane. Nos quedamos todos sentados en silencio unos minutos, aparentemente perdidos en nuestros pensamientos.

Me lamo los labios y levanto la cabeza de su hombro. Subo la pierna al sofá, doblándola para poder girarme hacia ella. —Me dijo que tenía que decirte algo antes de morir. Y algunas de sus, bueno, últimas palabras fueron «dile a Sloane *que es la hora*». ¿Sabes qué significa eso?

Veo cómo el rostro de tía Sloane se queda sin color y me mira fijamente sin verme de verdad. Abre la boca y todo su cuerpo parece desinflarse. Asiente y, sin decir palabra, sale del salón.

Regresa un momento después con un grueso maletín clasificador de fuelle en las manos. Murmura entre dientes mientras se sienta en el sofá y me lo entrega. —A esto se refería. Me dijo hace muchísimos años que, si algo le pasaba, debía darte esto. Le gustaba recordármelo una vez al año. Lo he guardado en mi caja fuerte todo este tiempo, pero no he mirado nunca. Te lo prometo.

Deslizo las yemas de los dedos por el cuero marrón desgastado del clasificador. Es ancho y está repleto de papeles. Desenrollo la correa que lo mantiene cerrado y abro la solapa de cuero. Wolf se acerca cuando saco el primer papel. Es mi certificado de nacimiento.

Alaina Murphy Gallagher.

Lana Murphy Gallagher, madre. Aidan Ronan Gallagher, padre. Sigo con el dedo su firma en la parte inferior del grueso trozo de papel. Se lo entrego a Wolf para que lo sostenga y saco un fajo pequeño.

El siguiente papel capta mi atención. Está arrancado de un cuaderno y no es más que una lista de números... casi como coordenadas. Me recuerda a cuando tuve que estudiar latitud y longitud para un proyecto escolar.

—Hay algo... familiar en esto —murmuro mientras me toco el labio con la punta del dedo.

—¿Qué es, Pelirroja?

Los números bailan ante mis ojos y, de repente, caigo en la cuenta. —He visto algo parecido antes. —Miro a cada uno de ellos, deteniéndome con dudas en Rush—. Cuando yo, bueno,forcé la caja fuerte del sótano de Summer Knoll. Bueno, no la forcé exactamente, más bien es que no estaba cerrada del todo. Más o menos. —Me muerdo el labio, con los hombros tensos mientras espero a que alguno de ellos diga algo.

Mi mirada permanece en Rush. Él es quien más me preocupa. No estoy segura de cuál será su reacción ante ese pequeño detalle de información. Lo que hace a continuación me deja impactada.

Una sonrisa genuina se extiende por su rostro. —¿Estuviste curioseando, eh? Buena chica.

Un escalofrío me recorre cuando dice esas dos palabras con ese tono de tenor bajo, con los ojos brillando de verdad.

—¿Qué son estos, Lainey? —pregunta tía Sloane, con su cara asomada por encima de mi hombro.

—Son coordenadas. No sé para qué sirven, pero si están en la caja fuerte, entonces conozco a alguien que podría saberlo. —Los tres hombres intercambian una mirada, y sería una necia si no supiera que están hablando de su padre.

—Tu madre venía de vez en cuando y dejaba un papel o un sobre aquí para que yo lo pusiera en esta carpeta. Antes de la semana pasada, habían pasado años desde la última vez que añadió algo. —Sloane se limpia bajo los ojos de nuevo, recogiendo cualquier resto de rímel.

—¿Estuvo aquí la semana pasada? ¿Sabes qué te dio? —Mi corazón late con fuerza ante la expectativa.

Sloane niega con la cabeza antes de que termine de preguntar. —Nunca miro ni pregunto, pero sí metí el sobre al final del todo.

La adrenalina inunda mis venas mientras le doy la vuelta al clasificador para que la parte de atrás quede arriba. Metiendo la mano, saco un sobre blanco. Se me entrecorta la respiración cuando veo su letra familiar en el exterior del sobre.

Trago saliva para reprimir la carcajada nerviosa que amenaza con salir.

Una carta. Me escribió una carta. No creo que me haya escrito una carta en la vida. No creo que me haya escrito siquiera una tarjeta. No era el tipo de madre que dejaba mensajitos cariñosos en la fiambra de la comida.

Querida Alaina:

Si estás leyendo esto, significa que me he ido. No voy a hacer eso que hace la gente de fingir que teníamos una relación maravillosa y que estás destrozada sin mí. Sé que no fui una buena madre para ti. Y lo siento.

Aún recuerdo cuando nos enteramos de que estábamos embarazados. Aidan estaba loco de alegría. Detenía a los extraños por la calle y les decía: «Mi mujer y yo vamos a tener un bebé. ¿No es increíble?». Te deseaba más que a nada en el mundo.

No pasa un día sin que extrañe a tu padre. Lo único que me trae paz es saber que volveré a verle algún día.

La vida no ha sido justa contigo; yo no he sido justa contigo. Pero quiero que sepas que siempre te he querido. Siempre.

A estas alturas, supongo que ya sabes lo de tu nombre real, el apellido de tu padre. Si no tienes ni idea de lo que estoy hablando, he incluido aquí todos los papeles. Lo explicarán todo.

Todo en esta carpeta es para ti. He recopilado toda la información que he podido a lo largo de los años, pero para conocer la historia completa de la familia de tu padre —tu familia— tienes que ponerte en contacto con el hombre que me ayudó a esconderte.

Solo tengo su dirección de hace diez años.

Seamus Flannery

*Lismore, Condado de Waterford,
Irlanda*

DALE *un abrazo a tía Sloane de mi parte.*

—*Mamá*

DOBLO LA CARTA de nuevo en tres partes, mirando cómo el grueso papel de carta absorbe mis lágrimas. Al levantar la cabeza, me encuentro con la mirada de Rush frente a mí. Su postura es rígida, sus músculos están tensos y parece que esté a segundos de convertirse en Hulk.

Una sonrisa irónica asoma en la comisura de mis labios ante ese pensamiento. ¿Ver a Rush arrancarse la ropa mientras pateaba unos cuantos traseros? Contad conmigo.

—Habla, nena. —Su voz suave me saca de la fantasía de Rush machacando y arrancándose la ropa.

Sostengo la carta entre el pulgar y el índice. —Una carta de mamá. Dice que tengo que encontrar a un tal Seamus en Irlanda para conocer la historia completa sobre lo de ser una Gallagher.

Con un dedo en mi barbilla, Wolf gira mi rostro en su dirección. —¿Por qué las lágrimas entonces, cielo? Habla con nosotros.

Me inclino hacia delante, apoyando mi frente contra su hombro. Exhalo un suspiro tembloroso y susurro: —Es que no entiendo por qué duele tanto. Escribió que siempre me quiso, pero no se sentía así, no de verdad. —Levanto la cabeza y miro a Wolf. Tiene las comisuras de los ojos apretadas como si sintiera dolor, y me sujeta con firmeza por las costillas—. Pero entonces, ¿por qué estoy tan triste?

—Era una madre de mierda, Pelirroja, pero seguía siendo tu madre. Y está bien llorar por ella —murmura Wolf.

La presa que contenía mis emociones se rompe con sus palabras, casi como si estuviera esperando permiso para dejarme llevar. Clavo los dedos en su camisa y simplemente lo suelto todo.

Los sollozos sacuden mi cuerpo y Wolf me rodea con sus brazos. Mi cuerpo expulsa todo mi dolor y decepción, intentando purgarlo de mi propia alma.

VEINTE

SULLY

SUS PALABRAS, tan cargadas de angustia, tiran de algo dentro de mí que pensaba que había enterrado años atrás.

Le echo un vistazo a Sloane cuando se levanta del sofá, murmurando algo sobre ir a por una bebida.

En el momento en que apoya la cabeza en el pecho de Wolf, el sonido más triste de la jodida historia se le escapa de los labios casi de forma involuntaria. Wolf cierra los brazos alrededor de ella y la acuna contra su pecho. Le pasa la mano arriba y abajo por la espalda y le susurra algo demasiado bajo para que yo lo oiga.

No estoy seguro de que pudiera oír nada de todos modos. Tengo un zumbido en los oídos y la vista se me oscurece por los lados. Me agarro el pecho, justo donde siento que mi puto corazón está a punto de explotar.

¿Estoy teniendo un puto infarto?

Lainey emite otro sonido, este más dolorido que el anterior, y me muevo antes de siquiera darme cuenta de lo que estoy haciendo. Con una mano en el respaldo del sofá, me impulso por encima para aterrizar en el cojín detrás de ella. Enrosco los brazos alrededor de su cintura y apoyo la cabeza en la nuca, drapeando mi cuerpo a lo largo del suyo. Protegiéndola.

Siento la mirada de mi hermano sobre mí un momento, pero enseguida vuelve a centrarse en nuestra chica. Y joder, es nuestra jodida chica, ¿verdad? Sé lo que nos dijimos anoche, pero esa mierda se siente más como un delirio que como la vida real. Y ni en mis sueños más salvajes imaginé que sería así.

Rush se arrodilla a su lado, en el suelo, protegiendo su cuerpo desde ese ángulo. Lo observo mientras le sostiene los muslos entre las manos, la mirada perdida y probablemente calculando qué homicidio cree que arreglará esto. Y no es que pueda culparle, joder.

Somos un trío de escudos rodeándola mientras está vulnerable. No sé cuánto tiempo nos quedamos así. El suficiente como para que el niño juguete de Lana vuelva con café y se marche igual de rápido. El suficiente como para que se me acalambren las piernas en esta postura encorvada. El suficiente como para que a nuestra chica se le acaben las lágrimas y se quede dormida así, acurrucada entre los tres.

Casi me molesta lo bien que se siente tenerla otra vez en mis brazos. Aunque sea porque tiene el corazón roto. Lo que me convierte en un auténtico capullo.

—Está noqueada —dice Wolf en voz baja.

Levanto la cabeza de su espalda, le aparto el pelo hacia un hombro y dejo un beso en la nuca. Estoy conteniendo activamente el pánico que amenaza con subir y arrasar conmigo. Estar con ella así —con ellos—, permitirme volver a preocuparme por ella tan deprisa es jodidamente peligroso. Sería demasiado fácil dejar que me consuma otra vez.

Pero han cambiado muchas cosas en dos años—yo he cambiado. Y ahora tengo otras responsabilidades—cosas en las que no me puedo permitir relajarme.

—¿Todo bien, hermano? —me pregunta Rush con un gesto de la cabeza.

Asiento un par de veces. —Es peligroso. Ella es peligrosa—.

Wolf resopla. —¿Por qué? ¿Porque algún pijo de pasta tiene un negocio en el extranjero? Por favor. Ella no tiene nada que ver con esa mierda. No de verdad.

—No. No por eso, aunque creo que los dos sabemos que, si es ese quien mandó a ese cabrón de ojos rojos a por ella, no es solo un pijo con pasta. —Los observo a los dos antes de mirar a la sirena que tengo en brazos—. Ella siempre ha sido mi jodida sirena. Y no tenéis ni idea de lo que estoy dispuesto a hacer, de hasta dónde estoy dispuesto a llegar cuando se trata de ella. Casi dejo la Hermandad, ¿sabéis?

El shock los deja a ambos inmóviles.

Wolf es el primero en reaccionar. —¿Qué coño acabas de decir?

Me encojo de hombros mientras juego con las puntas de su pelo. Con esta luz, parece un atardecer en llamas. —Aquel verano que estuve aquí. Estaba jodidamente cabreado. Furioso porque a mí fue al que pillaron por culpa de que teníamos una maldita rata. Cabreado porque tenía que pasar el verano lejos de vosotros. Entré en esa biblioteca con tantísima ira y resentimiento, y ella me echó una sola mirada y yo estaba jodido, perdido. Ya está. Me llamó como la puta sirena que es, y no he podido dejar de oír su llamada. Ni siquiera todos estos años después.

Suelto el aire en un suspiro y miro a mis hermanos. A Wolf se le cae la mandíbula de la sorpresa, pero Rush no parece tan sorprendido.

—Ella no me pidió que me fuera, tampoco es que supiera muy bien qué era la Hermandad. Pero ahí está lo jodido del asunto. Yo *quería* irme. Ella hizo que quisiera ser mejor persona, pasar mis años de adolescente yendo al cine en lugar de asegurar ubicaciones para trapicheos de armas.

—¿Por qué nunca nos lo contaste? —Rush se deja caer sobre la mesa de centro.

Hago una mueca. —Iba a hacerlo, pero...

—Pero entonces explotó aquel almacén de Brooklyn —completa Wolf.

—Sí. El almacén explotó, y no volví a saber de ella hasta que entré en nuestra cocina y la vi de pie al lado de Wolf como si ese fuera su sitio.

—Es que jodidamente ese es su sitio, a mi lado —gruñe Wolf, con el ceño fruncido y la mirada dura.

—¿Te crees que yo no pienso que jodidamente también pertenece conmigo? —Mi mandíbula protesta por lo fuerte que la aprieto.

—Pertenece a los tres —dice Rush, con un tono firme e inquebrantable—. Esto forma parte de nuestro plan, los dos lo sabéis, así que no entiendo por qué estáis actuando como perros territoriales ahora mismo.

—¿Y ella lo sabe? —le suelto con una mirada asesina.

—Ella piensa que fue idea suya. Al final le contaremos toda la verdad. Pero no creo que sea necesario ahora mismo. No cambia nada —dice Rush con un asentimiento.

—¿Ah no? Lo cambia todo. Le estamos pintando una diana en la espalda. La Hermandad tiene tantos enemigos, por no hablar de todos los enemigos que tenemos los tres juntos. —Enrosco el final de su pelo entre los dedos, maravillado por lo sedoso que es—. No quiero que pase el resto de su vida mirando por encima del hombro.

—¿Tienes algo que añadir, nena? —pregunta Rush, con una sonrisa ladeada.

Alaina ladea la cabeza para mirar a mi hermano. —¿Cuánto hace que sabes que estaba despierta?

—¿Y cuánto hace que estás despierta? —Sus ojos brillan con diversión, pero yo sigo sorprendido.

—¿Cuánto has oído, princesa?

Ajusta su posición en el sofá para poder vernos bien a los tres. Se pasa la mano por debajo de los ojos y se revuelve el pelo con los dedos antes de soltar el aire. —Supongo que este es tan buen momento como cualquier otro, ¿no? No creo que lo haya mantenido en secreto, pero, por si acaso, para que estemos todos en la misma página. Quiero estar con vosotros—con los tres. Al mismo tiempo.

Su forma de decirlo me pilla desprevenido, y toda la sangre se me va a la polla en cuanto pienso en tomarla de todas las formas en las que la deseo. Los tres nunca hemos compartido a una mujer así, pero, por cómo se les iluminan los ojos, diría que estamos todos de acuerdo en que nos apuntamos.

Alaina nota el cambio en el ambiente y pone los ojos en blanco. —No lo decía por ahí. Me refiero a salir con los tres al mismo tiempo.

—¿Estás segura de que no te referías a los cuatro poniendo en práctica esas fantasías sucias que tienes tan a menudo? —la pica Wolf.

Un rubor rosado le colorea las mejillas y se extiende por el cuello. Me quedo hipnotizado con ese sonrojo, desesperado por saber qué más se le pone así de rosa. Anoche, cuando estuvimos juntos, no tuve tiempo suficiente para mirarla como quería, para explorar cada centímetro de su piel suave.

Estábamos enredados en nuestro pasado y dejamos que fueran nuestros cuerpos los que hablaran. Lo repetiría otra vez en un jodido segundo, pero esta vez quiero verlo todo, cada jodido minuto.

Siempre ha sido un regalo para mí—algo que hay que atesorar. Solo que ahora quiero atesorarla de rodillas.

Se encoge de hombros y se humedece los labios. Me imagino esos labios perfectamente carnosos alrededor de mi polla y tengo que contener el gemido. No sé qué coño me pasa. Estoy actuando como un crío de trece años la primera vez que ve unas tetas.

—Quiero decir, ¿estaría bien si, ya sabes, a veces jugáramos todos juntos? Me gusta lo de uno a uno, pero creo que también me gustaría probar otras cosas...

Se queda a medias en cuanto se da cuenta de que los tres nos hemos inclinado hacia ella como arrastrados por una fuerza invisible. Y que me jodan, si ya estaba medio empalmado solo con la idea de ella, oírla decir que fantasea con los cuatro es suficiente para que toda la sangre se me vaya a la polla.

Por lo visto no soy el único con ese problema. Wolf le coge la mano y salta del sofá. —Es un buen plan. Vamos a hacer el plan de Red ahora mismo.

Ella se ríe, y ese sonido alegre rompe parte de la tensión que llena la habitación. —No pienso trastear en casa de mi tía. Además, todavía tenemos todo esto que revisar. Pero... quizá pronto, ¿vale?

Tira de la mano de Wolf y él se deja caer de nuevo a su lado en el sofá. —Sé que tenéis algún tipo de acuerdo, y no lo entiendo muy bien, pero si uno de vosotros quiere... *no* estar en este cuatro, también está bien. —Se humedece los labios—. Sé que es un poco hipócrita por mi parte pedirlos a los tres que me compartáis cuando

yo no estoy dispuesta a compartir a ninguno de vosotros. Así que no os lo tendré en cuenta si preferís salir corriendo. —Me mira directamente mientras habla, y su mirada se siente como si me atravesara el alma.

No sé si estoy preparado para todo eso. Para estar con ella, claro que sí. ¿Para compartirla con mis hermanos? Ya llegaré a eso. Pero no estoy listo para desnudar toda mi mierda emocional delante de ella, no en un día en el que ella está hasta las rodillas en su propio caos emocional.

Desvió la mirada hacia el archivador de la mesa y carraspeo. — ¿Por qué no nos lo llevamos a casa? Podemos revisarlo con más calma allí.

Nadie me señala el obvio cambio de tema, y se lo agradezco. Rush vuelve a meter dentro las pocas cosas que habíamos sacado y ata la correa alrededor del archivador para cerrarlo.

Suena el timbre y los cuatro nos miramos entre nosotros. — ¿Esperaba a alguien? —pregunta Rush, y solo por cómo se queda rígido, con la mano suspendida sobre la pistola que sé que lleva metida en el pantalón, entiendo el cambio de atmósfera.

Alaina niega con la cabeza. —Yo no... no lo sé. ¿Quizá debería ir a buscar a mi tía?

Antes de que pueda ir a por Sloane, esta aparece en la entrada del pasillo. —¿He oído el timbre? Qué raro. No esperaba a nadie.

Joder. Vale. Podría no ser nada... o podría ser algo. Y en esta vida, me gusta pecar del lado que me mantiene con vida. Le paso el archivador a Alaina y la coloco con cuidado detrás de mí mientras Rush saca la pistola y la apunta a la puerta, con el dedo en el gatillo, listo.

Sloane abre la puerta, y te juro que se podría oír caer un alfiler.
—¿Da?

VEINTIUNO

RUSH

—DAME una razón verosímil para explicar por qué estás aquí y no simplemente siguiéndonos —le pido a mi padre mientras se queda en el umbral de la casa de la tía de Alaina.

Mi da me mira fijamente, el rostro abierto. Alza las manos despacio, con las palmas hacia fuera.—Solo soy yo, chico. Nadie más. Puedes confiar en mí.

—Responde a la pregunta. —Aprieto con más fuerza la pistola, los nudillos blancos.

—Casualidad —responde Da, sin apartar la mirada de la mía.

—Sabes que no creo en esas cosas.

—Lo sé, hijo. Lo sé. Pero te juro que solo he venido a presentar mis respetos a la hermana de Lana. Al fin y al cabo, fue mi prometida. No sabía que estabas aquí.

Lo miro a los ojos, tan parecidos a los míos, e intento recordar la conversación que he tenido con él antes.

¿Le he dicho que veníamos aquí?

Aprieto la mandíbula tan fuerte que noto el espasmo del músculo. Quiero creerle, y ahí está el problema. Quiero creerle del mismo modo que quiero pensar que mi padre nunca me mentiría. Pero no es infalible. Es solo un hombre, como todos los demás.

Tomo una decisión entonces, y espero no arrepentirme.

—Hemos encontrado algo interesante. Parece que Lana le dejó a Alaina una lista de coordenadas. Una lista que se parece de forma sospechosa a una lista que tenemos en nuestra caja fuerte en Summer Knoll. ¿Sabes algo de eso?

Da lanza una mirada significativa hacia Alaina y su tía, con una ceja alzada. Entiendo que no quiera hablar de negocios delante de cualquiera, pero debería leer la jodida situación. Él fue quien nos enseñó a hacerlo.

—Alaina no es una desconocida. Confiamos en ella —prácticamente gruñe Wolf, y sé que se está tomando como algo personal que Da tenga secretos que no ha compartido con nosotros.

Todos tenemos nuestros propios problemas de abandono, no soy tan ingenuo como para no darme cuenta. Es parte de lo que atrae a Alaina hacia nosotros, lo sepa ella o no. Los cuatro lidiamos con ese apego parental. Cuando creces en la clase de vida en la que lo hicimos nosotros, no hay partidas de lanzar la pelota en el jardín trasero con tu da. Hay entrenamientos disfrazados de circuitos de obstáculos, práctica con armas camuflada como jugar a los ninjas y planes ocultos como mapas del tesoro para encontrar tierra fresca donde enterrar un cadáver. Ese último punto está un poco desfasado ahora, desde que Sully perfeccionó sus habilidades científicas.

A ese tío le encanta la eficiencia.

Da se mete las manos en los bolsillos delanteros y se balancea sobre los talones.—Estaba buscando a Aidan. Contraté a un investigador privado de primera categoría que conoce lo suficiente a la Hermandad como para saber dónde buscar sin hacer demasiadas preguntas. La lista es una colección de sitios en los que se supone que él ha estado antes, ya sea en un trabajo o viajando con su familia.

—Entonces, ¿cómo consiguió Lana una? —pregunta Sully, con voz cautelosa.

—Ni idea, chico. Sospecho que contrató a su propio investigador. ¿Tu lista decía algo más?

Niego con la cabeza.—Te avisaremos si encontramos algo que te pueda interesar.

Entiende mi despido al instante. Un músculo de su mejilla se contrae y me pregunto distraídamente si yo tengo el mismo aspecto cuando contengo la rabia. Qué cosa tan curiosa para transmitir de una generación a otra.

Hay una carga en el aire, comprimiendo el espacio entre nosotros mientras ninguno de los dos habla. ¿Qué se supone que debemos decir?

Él sabe mejor que nadie lo fácil que es criar desconfianza en esta vida, y ahora mismo hay tanta que casi se puede atragantar uno con ella.

Lo repaso con la mirada y noto lo jodidamente cansado que parece. Tiene sombras oscuras bajo los ojos y la barba algo más descuidada de lo que estoy acostumbrado a ver. Casi sin querer, algo en mi interior se ablanda un poco.

Joder.

Al final del día, sigue siendo mi puto da. ¿No se merece eso el beneficio de la duda?

Abro la boca para, no lo sé, tender una rama de olivo, pero Alaina se me adelanta.

—Está bien. De todas formas ya nos íbamos —dice Alaina mientras rodea a Sully.

No me gusta que esté así a la vista. Me pone jodidamente nervioso. Relajo un poco la mano que sujeta el arma. No lo suficiente como para guardarla, pero sí como para no estar a un solo segundo de disparar.

Es como si notara mi pequeña concesión. Da entra en el piso, pero no pasa del recibidor. Sloane se queda a un lado, hacia la cocina, y Alaina va directa hacia ella.

Le rodea la cintura con los brazos y le murmura algo demasiado bajo para que yo lo oiga.

—Está todo en el expediente, Lainey, pero tu madre no quería un funeral tradicional. Solo quiere que sus cenizas se esparzan en el mar, donde siempre encontraba paz.

Alaina asiente y vuelve a abrazar a su tía.

La mantengo en mi visión periférica, pero no aparto los ojos de mi da. Él se vuelve hacia mí, sus anchos hombros estirando la tela

de su camiseta gris. Llevamos unos años siendo más o menos del mismo tamaño, pero ahora yo le saco casi una pulgada.

Al mirarlo, es como una mirada al futuro. Excepto quizá por esa barba. No sé por qué coño sigue llevando eso. No puedo imaginar tener algo tan largo y desaliñado pegado a la cara todo el tiempo; con unos días me basta.

Siento a mis hermanos a ambos lados antes de que ninguno diga nada.

—¿Listo para contarnos qué coño está pasando en realidad? —lo reta Wolf.

Da mira entre los tres antes de que su vista se pose en Alaina, que habla en voz baja con su tía. Exhala, y sus hombros caen con el movimiento. Vuelve a centrarse en nosotros, nos mira uno por uno a los ojos antes de fijarse en mí.—Quedaos conmigo en casa esta noche.

—Ahora es mejor —dice Sully.

—Muy bien. Entonces, en tu piso —dice Da mientras se cruza de brazos sobre el pecho.

Ya estoy negando con la cabeza antes de que siquiera me mire.—No. Esa tampoco es una opción. Algún sitio neutral.

—En O'Malley's, a las nueve de esta noche —propone Wolf. Echo un vistazo al reloj colgado en el recibidor. Eso nos da casi cinco horas para volver al piso, pillar comida y revisar el expediente de Lana. Puedo apañármelas. Asiento a Wolf, dándole mi aprobación.

—Sí. Nos vemos esta noche, chicos. Jack se asegurará de que tengamos algo de intimidad. La vamos a necesitar para esta conversación.

Lo miro entonces, con aprensión y un pequeño germen de esperanza mezclándose en mi estómago.—No hagas que me arrepienta de esto, Da.

Una amplia sonrisa satisfecha le florece en la cara y levanta el mentón hacia mí.—Te irá bien, chico, muy bien.

El pecho se me hincha un poco de forma involuntaria, un efecto secundario persistente de estar siempre buscando la aprobación de mi padre.

Alaina se coloca a mi lado, tan cerca que su brazo roza el mío. Mira entre los cuatro, con los ojos a la defensiva.—¿Todo bien?

Le paso un brazo por los hombros, acercándola más a mi cuerpo. Es más propio del estilo de Wolf, pero me he sentido impulsado a hacerlo. Y yo no soy de negarme nada cuando se trata de ella.

—Estamos bien, pajarito. Vámonos a casa —le digo al pelo antes de posar un beso en su cabeza. No se me escapa el escalofrío que le recorre la espalda al oír la palabra *casa*.

La guío hacia la puerta, con Wolf y Sully detrás de nosotros, cuando Da se interpone en nuestro camino.

—Siento tu pérdida, Alaina —dice. Tiene la voz baja, y sus ojos parecen incluso un poco vidriosos. Jódeme, ¿de verdad sentía algo por Lana? ¿Pensaba yo que era poco más que una farsa?

Alaina se aclara la garganta antes de decir:—Gracias. Siento tu pérdida también.

Da asiente con la cabeza, pero no dice nada más antes de hacerse a un lado.

Los cuatro guardamos silencio al salir del piso de Sloane y dirigirnos al coche en el aparcamiento.

VEINTIDÓS

ALAINA

SUENA «DON'T CRY FOR ME» de Cobi cuando Rush arranca el coche de nuevo. Observo los edificios mientras regresamos al apartamento. Cierro los ojos para protegerme del sol de última hora de la tarde que entra por mi ventanilla y apoyo la cabeza en el reposacabezas. Siento el calor agradable contra mi rostro sonrojado. Reconfortante. Rejuvenecedor.

Supongo que me equivocaba. Supongo que me he desmoronado bastante rápido, considerando todas las circunstancias. Me tomo un momento para mirar en mi interior, buscando la forma de expresar mis sentimientos con palabras.

Giro la cabeza hacia la izquierda y abro los ojos para ver a Wolf mirándome fijamente. —No estoy segura de haber sentido tanto y tan poco al mismo tiempo.

El escudriña mi rostro, ocupando con su gran cuerpo la mayor parte del espacio en el asiento trasero. Está repantingado en la esquina, con un codo apoyado en el marco de la ventanilla, reclinando la mitad de su enorme cuerpo contra la puerta. —¿Qué estás sintiendo?

Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos. —Duelo por perder a alguien. Duelo por la pérdida de la posibilidad. Alegría por teneros a todos

vosotros en mi vida. Culpa por sentir alegría en un momento tan triste.

Wolf asiente y los sonidos de «I Should Live in Salt» de Ásgeir llenan el coche. Dirijo mi mirada hacia Sully. Hubo un tiempo en que compartíamos el amor por la música, y recuerdo perfectamente haberle dicho cuánto me gustaba The National. No se da la vuelta ni me mira por el espejo, pero sé que lo ha hecho por mí.

Me inclino hacia delante para rozar su hombro con la punta de los dedos en señal de gratitud. —Gracias. —Él asiente, pero no dice nada más.

Al reclinarme de nuevo en el asiento, noto la mirada que me dedica Wolf. Curiosidad y algo muy parecido al asombro.

—No tienes por qué sentirte culpable por experimentar dos emociones diferentes al mismo tiempo, aunque estén en extremos opuestos del espectro emocional. Lo que sea que estés pasando es único para ti, y no tienes que pedir perdón por ello. Pero, sobre todo, no estás sola, pequeña.

Estiro el brazo y deslizo mi mano sobre la suya mientras una lágrima resbala por mi mejilla. —Gracias. Gracias a todos. Yo... no sé qué habría hecho si no os tuviera a vosotros.

—No estarías aquí. —Las palabras de Sully son bajas pero no desagradables—. Si nunca nos hubieras conocido —si Lana nunca hubiera aceptado casarse con Da—, entonces no estarías aquí.

Sus palabras escuecen. Aunque no las haya dicho para golpear, duelen igual. Me estremezco sin pensarlo.

—¿Pero qué cojones, tío? —Wolf gruñe las palabras. Rush se limita a sacudir la cabeza y suspirar.

—¿Qué? Es la verdad —dice Sully mientras se cruza de brazos.

Me aclaro la garganta, sorteando todo mi dolor inicial. Mis emociones están a flor de piel en este momento. —Tiene razón. No estaría aquí —con vosotros— si mamá no hubiera conocido a Cormac.

—Eso no es del todo cierto... —Rush se muestra evasivo mientras se recoloca en su asiento, ajustando su agarre al volante.

Sully lo mira con dureza. —Explícate.

—Ah, ¿es aquí donde nos cuentas a todos que ya tenías un plan para Pelirroja desde el principio? —Wolf se ríe entre dientes.

Mi mirada va de uno a otro, curiosa por ver cómo va a terminar esto.

Rush vuelve a removerse en su asiento. Es un gesto de nerviosismo tan poco característico en él que me pilla desprevenida. Inclino la cabeza, aún más intrigada por ver cómo se desarrollará la situación.

Rush se aclara la garganta mientras gira en una esquina y entra en el aparcamiento subterráneo de su edificio. El ambiente ya está cargado de tensión y entonces empieza a sonar «Rebellion (Lies)» de Arcade Fire. La ironía del nombre de la canción no se le escapa a nadie.

—La lista de reproducción ha terminado y esta canción ha saltado automáticamente, así que no me mires mal, tío. Aunque... resulta bastante oportuna —Sully sonrío con sorna.

Rush aparca en el mismo sitio que antes, el hueco libre entre el coche de Wolf y un todoterreno gris marengo.

Apaga el motor y apoya la cabeza en el reposacabezas. —Es divertida, inteligente, amable y absolutamente perfecta, y no voy a disculparme por haberla deseado desde el mismo momento en que puse los ojos en ella.

Un calor se despliega en mi interior, sonrojándome las mejillas ante sus palabras. Un rastro de confusión se abre paso dentro de la burbuja de afecto.

¿Sacó todo eso de verme cantar los viernes por la noche?

Wolf debe de estar en la misma sintonía porque sus siguientes palabras reflejan mis pensamientos. —¿Y cómo has llegado a saber todo eso sobre Pelirroja, eh?

—Ya sabes que iba a O'Malley's los viernes.

—Sí. Y también sé que vosotros dos no habéis interactuado mucho hasta hace poco. Así que explícamelo, hermano.

Rush se encuentra con mi mirada en el espejo retrovisor. Su mirada es audaz. —La vigilaba.

—¿Cómo? —pregunta Sully.

—Porque mandé instalar cámaras. —Su mirada no se aparta de la mía.

—Lo sabía, joder. Con razón estás siempre pegado al ordenador —dice Wolf con una risa sin humor.

—¿Dónde? —exige Sully.

—En O'Malley's. Y en algunas calles de los alrededores. —Rush no se disculpa por su pequeña incursión en la vigilancia.

La sorpresa y algo más oscuro inundan mis venas. Supongo que debería alarmarme por el hecho de que básicamente me estuviera espiondo. Quizá simplemente tenga una sobrecarga emocional, porque esos no son los pensamientos que me rondan. Recordando el último año, hubo muchas veces en las que sentí que había ojos puestos en mí, pero siempre lo achaqué a vivir en la ciudad de Nueva York. Pero ahora... ahora me pregunto si fueron los ojos de Rush los que me observaban todo el tiempo.

Un escalofrío de consciencia me recorre. ¿Sería tan malo tener a Rush cuidando de mí? Ciertamente no lo parece ahora —y entonces no lo conocía, no de verdad—, pero tengo la sensación de que tampoco me habría importado entonces.

—Vale. Vale. Entonces, ¿qué tiene eso que ver con nuestra situación actual? —pregunta Wolf, devolviendo mis pensamientos al presente.

Rush desplaza su mirada hacia su hermano. —Iba a traerla. Para nosotros.

Los labios de Wolf se tuercen hacia un lado mientras se golpea la pierna dos veces antes de mirar a Rush. —Verás, esa es la cuestión, hermano. No consigo entender por qué no nos hablaste de ella antes si eso era lo que estabas pensando. No, no creo que tuvieras ninguna intención de traerla para nuestro acuerdo. Al menos, no de inmediato.

Rush se gira en su asiento, y su fachada de calma se resquebraja. —¿Quieres hacer esto en el coche? Porque preferiría no manchar los asientos de sangre. Acabo de mandarlo limpiar a fondo.

Es como si con esas palabras se hubiera lanzado el guante. Wolf abre de golpe la puerta del coche y sale a grandes zancadas, rodeando el maletero para plantarse en el carril de circulación. Sully

no se queda muy atrás y Rush observa a ambos con expresión neutral. Se gira para encontrarse con mi mirada; su rostro se suaviza y puedo leer su expresión de nuevo. —No intervengas, ¿vale? Quédate en el coche.

Solo me limito a mirar y asentir, con la confusión como protagonista.

Observo fascinada cómo Rush vuelve a poner el rostro inexpresivo y sale del coche como un depredador para encontrarse con los chicos en el carril. Me giro para mantenerlos a todos en mi campo de visión, pero no alcanzo a oír lo que dicen. Tengo el presentimiento de que se trata de mí, al menos indirectamente.

Tomo una decisión rápida y salgo del coche. Con pasos silenciosos, camino hasta la parte trasera del vehículo y me apoyo en el maletero. Wolf está frente a Rush, mientras que Sully está a un lado, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Ocorre a cámara lenta. Un momento están hablando y, al siguiente, el puño de Wolf vuela hacia la nariz de Rush. Se produce un chasquido nauseabundo cuando la carne impacta contra la carne, y no me doy cuenta de que me estoy moviendo hasta que siento que un brazo fuerte me rodea la cintura.

—Vamos, princesa. Sabes que intervenir sería malo. Deja que lo solucionen ellos, ¿vale?

—¡Dios mío, Sully! ¡No te quedes ahí parado, deténlos! —Intento separar sus dedos de mi cuerpo, pero su agarre es demasiado firme.

—¡Deberías habérmelo dicho, Dec! ¡Toda esa mierd* de ser una familia, y resulta que estás haciendo planes para jugar a las casitas con Pelirroja sin nosotros! —La respiración de Wolf es entrecortada y su pecho sube y baja con jadeos rápidos y pesados.

—Sí. Debería habérmelo dicho a los dos antes. Lo siento. Pero no voy a disculparme por ir a O'Malley's a verla cada semana. Ni por deseirla.

—Joder, tío, no estoy enfadado por eso... no de verdad. Estoy... me has herido los sentimientos, ¿vale? Nos mentiste después de insistir tanto en que no hubiera secretos —Wolf se retira el pelo de la cara con una mano y deja ambas manos entrelazadas en la nuca, con los bíceps hinchados.

—Lo siento, Con.

Observo fascinada cómo ambos hombres se miran fijamente y, con cada exhalación, sus pechos se desinflan y sus ánimos también.

—¿Pero cómo cojones iba yo a saber que el destino nos la traería de esta manera? —Rush se pasa las manos por el pelo.

Ya estoy lo bastante calmada y doy tres golpecitos en las manos de Sully. Él afloja su agarre y, al ver que no intento salir corriendo hacia ellos de inmediato, da un paso atrás para quedarse de pie junto a mí.

—No lo sé, tío. Quizá por todas esas otras mierdas que de alguna manera siempre acabas sabiendo —Wolf levanta las manos y se gira hacia un lado.

La agresividad en el ambiente se ha desvanecido. No bien ha pasado el pensamiento por mi mente, Sully se acerca a Rush, prepara el puño y lo lanza.

Un grito ahogado escapa de mi boca antes de que pueda evitarlo, y me tapo la boca abierta con ambas palmas.

—¡Sully, ¿qué cojones?! —Mis palabras suenan agudas y resuenan en las paredes de cemento.

Rush mueve la mandíbula de un lado a otro, comprobando si hay alguna lesión. Dirige su mirada hacia mí. —Está bien, nena. Se los debía, pero todos sabemos que solo permito un golpe gratis.

Y entonces hacen algo que me sorprende aún más. Los tres se acercan y se abrazan. Se abrazan de verdad, sin más preámbulos. Y cuando se separan, las sonrisas se extienden por sus rostros.

—¿Qué demonios está pasando? —Mis palabras son un susurro mientras frunzo el ceño—. No lo entiendo.

—¿Quieres verme soltar algunos puñetazos más, pequeña? —Wolf se muerde el labio inferior mientras echa la cabeza hacia atrás con ese gesto estúpido que hacen los tíos buenos.

—¿Qué? No. —Cambio el peso de un pie a otro, sintiendo que me sonrojo un poco.

Rush me rodea con un brazo mientras con la otra mano se aprieta el puente de la nariz, pues le gotea sangre de un orificio nasal. —Está bien, estamos bien. A veces solo necesitamos soltar un puñetazo para poder pasar página.

Lo miro por debajo de las pestañas y asiento con vacilación. Aunque no lo entiendo. Si yo estuviera lo bastante furiosa como para liarme a golpes, no estoy segura de que fuera a abrazar a la persona a la que acabo de pegar un puñetazo unos minutos después.

Quizá sea algo de hermanos, o quizá sea el estilo de vida. O quizá sea algo único de ellos, pero creo que me costará un poco acostumbrarme.

Dejo que Rush me guíe hacia los ascensores, con los otros dos siguiéndonos por detrás. Con el brazo rodeando la cintura de Rush, apoyo la cabeza contra él mientras ambos nos apoyamos en la pared del fondo.

—¿De verdad pusiste cámaras por toda la ciudad? ¿Para buscarme? —Mis palabras suenan amortiguadas contra su camisa y tengo los ojos medio cerrados. Me siento totalmente agotada por los acontecimientos de los últimos días.

Rush ajusta su agarre sobre mí, cobijándome más bajo su brazo. Deposita un beso en la coronilla de mi cabeza, murmurando contra mi pelo. —¿Y si lo hice?

—Sé que debería flipar por eso, y quizá mañana lo haga, pero por ahora... por ahora, creo que me parece bien.

El agotamiento amenaza con vencerme, pero me aferro a la consciencia con ambas manos. Al menos hasta que pueda desplomarme sobre alguna superficie blanda cercana.

VEINTITRÉS

CALAINA

LAS SIGUIENTES DOS horas pasan como un suspiro. Tras algunos refunfuños, Sully finalmente accede a descansar. Creo que el argumento que por fin le ha convencido ha sido la idea de que, si las cosas se tuercen esta noche —o en cualquier momento, en realidad—, podría ser un estorbo.

Sigo sin comprender del todo todas las piezas que se mueven, pero me han explicado unas cuantas cosas distintas.

Como que, además de las habilidades de Rush con los ordenadores, él también es su general no oficial. Supervisa todas las piezas en movimiento en lo que respecta a la Hermandad, analizando posibles problemas y enemigos. Y es dueño de una empresa de seguridad online. Teniendo en cuenta todo lo que he aprendido hace poco, no me sorprende demasiado.

Y Wolf es un asesino para la Hermandad. Un dato que no tenía muchas ganas de compartir, pero no soy tonta. Sabía que la Hermandad —y ellos por extensión— estarían metidos en algún tipo de delincuencia. Quiero decir, todos llevan armas como si nada. Él también trabaja en el taller mecánico propiedad de la Hermandad.

Y Sully es el músculo en más de un sentido. Al parecer, dirige el club de lucha clandestino que tienen, y ha dicho que se le conoce por haber saltado al ring unas cuantas veces. No me entusiasma la

idea de que se ponga en peligro por voluntad propia, pero me ha asegurado que ya casi ni aparece por allí. Ahora lo dirige principalmente otro tipo.

También me han explicado qué pasó aquel fatídico día en el almacén. Seis lugares distintos sufrieron ataques violentos casi al mismo tiempo que apuñalaron a Sully. Todos los lugares pertenecían a gente que conocen —pero no todos son miembros de la Hermandad—, como Matteo. Sigo sin saber cómo empezó esa conexión.

Y, por suerte, solo unos pocos de los lugares atacados pertenecían a las personas que estuvieron presentes en nuestra pequeña reunión del sótano hace semanas, lo que significa que la violencia no fue una represalia.

Dios, ¿solo han pasado un par de semanas desde entonces?

El tiempo parece extraño aquí, con ellos. O quizá sea solo este momento específico de mi vida. Me parece casi fluido: un minuto estoy tomando un café con leche y dándome un atracón de *Crónicas vampíricas* con Mary y Maddie, y al siguiente estoy esquivando un edificio en ruinas que ha saltado por los aires.

Estamos desparramados alrededor de la mesa de centro en el salón de su apartamento, intentando revisar la carpeta de mamá. Es un batiburrillo de información: líneas de árboles genealógicos del lado de la familia de mamá, historiales médicos, trozos de papel sueltos arrancados de una libreta con notas que no tienen mucho sentido.

Los papeles cubren cada superficie disponible; algunos están extendidos sobre el sofá mientras otros forman una pila en la esquina de la alfombra. Esto parece el sueño de un acumulador. Los cuatro estamos repartidos por el suelo, cada uno leyendo algo e intentando darle sentido, tratando de encontrarle un significado más allá de los obvios recuerdos.

Mucho de ello son cosas personales: algunas cartas de amor de mi padre a mi madre, fotografías de mis abuelos abrazándome en una mesa de picnic en algún lugar, un par de fotos mías de bebé y luego la foto de la boda de mis padres. No hay ni una sola foto de mi padre y yo juntos; al menos no aquí dentro.

Me está deprimiendo muchísimo, pero Rush ha dicho que tal vez pueda investigar un poco y encontrar algo. No tengo muchas esperanzas, pero agradezco el gesto de todos modos.

Estoy clasificando una pequeña pila de papeles cuando lo encuentro. Nuestra primera pista real. Extractos bancarios; montones y montones de extractos bancarios. Hojeo el fajo de papeles grapados en la esquina, y los números y las líneas se emborronan ante mis ojos. Parpadeo rápidamente, pero me siguen mostrando las mismas cifras absurdas.

—Dios mío...

Rush levanta la cabeza de detrás de su portátil. Se lo ha traído aquí para trabajar y, aunque no lo ha dicho, estoy bastante segura de que es porque quiere vigilarme. —¿Qué pasa, pajarito?

Revisando los papeles, me quedo boquiabierta y lo miro. —Todos estos están a mi nombre. Son... —Me detengo y trago saliva—. Son extractos de cuentas. De varios bancos diferentes.

Rush se levanta, pero Wolf se estira primero y los agarra. Da un silbido por lo bajo mientras hojea las páginas. —Joder. Tiene que haber cien millones en esta, al menos.

Balbuceo y me atraganto con absolutamente nada. Me atraganto literalmente con el aire; la sola idea de tanto dinero es asombrosa. —Perdona, ¿acabas de decir cien *millones*? ¿En plan dólares?

—Sí —dice Wolf sin apartar los ojos del puñado de papeles—. Parece que algunos son de paraísos fiscales, uno en un banco suizo, uno en un banco de Irlanda y dos aquí.

—Yo... No sé qué decir. ¿De dónde ha salido esto? No pensaba que tuviéramos tanto dinero. —Me quedo con la boca abierta ante la idea.

—Cielo, vas a uno de los internados más elitistas. ¿Cómo pensabas que tu madre lo pagaba? —Wolf arquea una ceja.

Cierro la boca de golpe con un clic audible. —En realidad, nunca me había parado a pensarlo.

Wolf emite un gruñido vago mientras hojea el fajo de papeles grapados.

—Espera. ¿Podría ser como una herencia de los padres de mi madre? Fallecieron hace tiempo.

—La mayoría se abrieron antes de que nacieras y se transfirieron a tu nombre hace diecinueve años. Los documentos están justo aquí. Pero parece que una es solo tuya. La de Irlanda. —La voz de Wolf es baja mientras analiza la información.

—Vaya. Yo... No sé qué decir a eso —suspiro.

—No hay nada que decir, *princesa*—, dice Sully con una sonrisa pícaro.

Le devuelvo la sonrisa y le lanzo una bola de papel. El tiro sale desviado y cae a un par de metros de él.

Él arquea una ceja, sonriéndome burlón y mostrando ese hoyuelo que me encanta. —Tenemos que trabajar en tu puntería, princesa.

—¿Vas a darme otra lección de defensa personal? —bromeo con una sonrisa asomando en las comisuras de mis labios.

Los ojos de Sully se oscurecen hasta volverse de un azul profundo mientras me mira. —Sí. Te daré una lección de defensa personal esta noche.

—Tenemos que ver a mi padre en O'Malley's, así que tu lección tendrá que esperar hasta mañana, colega —murmura Wolf sin mirarnos a ninguno de los dos.

—No creo que estén hablando de ejercicio, Wolf. —El tono de Rush es sarcástico, y dejo que la sonrisa se escape con una risita.

Wolf levanta la cabeza con el ceño fruncido. — ¿Qué? —Mira a Sully y luego a mí, y una sonrisa astuta cruza su rostro mientras meneas las cejas—. Ahhh. Una *lección de defensa personal*.

Ahora es el turno de Sully de lanzarle la bola de papel a Wolf. — El verde no te favorece, Wolf.

Observa cómo le golpea de lleno en el pecho y cae al suelo antes de dirigir su mirada hacia mí. El deseo brilla en sus ojos color café, oscureciéndolos. Mi sonrisa desaparece mientras un escalofrío de excitación me recorre la espalda ante las promesas tácitas de su mirada.

Rush estampa un fajo de papeles contra el pecho de Wolf, rompiendo el hechizo. —Lee esto.

Parpadeo unas cuantas veces y vuelvo a la carpeta que tengo delante.

—Después, cielo.

Miro a Wolf por debajo de las pestañas, asintiendo ante sus palabras que suenan mucho a una promesa.

El silencio desciende sobre nosotros mientras seguimos buceando en la información de la caja fuerte de la tía Sloane.

No todos los papeles del suelo son de la carpeta de mi madre. Algunos son cosas distintas que Rush ha encontrado por internet y que pensábamos que podrían ayudar a atar cabos. Como mapas aéreos impresos de unas cuantas direcciones distintas que encontramos. Y un artículo especialmente interesante de un periódico irlandés que detalla una teoría de la conspiración sobre Industrias Gallagher.

Escaneo el artículo de nuevo, con la mente estancada en la cronología de los hechos. Se lee como el guion de una película de acción, pero tiene un aire de verdad. Cojo el trozo de papel y lo leo una vez más.

—A ver, mi padre era el mayor y el heredero de Industrias Gallagher —que, por cierto, sigo sin entender muy bien a qué se dedican— y se largó, así que su hermano menor, Brady, ocupó su lugar. El autor de este artículo señala que esta fue la primera vez que un primogénito Gallagher renunciaba, al menos públicamente. Y eso alteró el equilibrio de la junta directiva. *Signifique eso lo que signifique.* Pero luego pasa a detallar que otros cuatro hombres intentaron dar un paso adelante y afirmar que ellos también eran herederos Gallagher, pero... —reviso el resto del párrafo—, esas afirmaciones fueron refutadas o desacreditadas.

Levanto la vista y noto que tres pares de ojos están fijos en mí.

—Industrias Gallagher figura como una empresa tecnológica y, tras investigar un poco estratégicamente, he descubierto que también desarrollan armas. Son una empresa de propiedad privada que existe desde hace al menos cien años, y tienen varios contratos militares. Aún no conozco los contratos específicos, pero probablemente podría averiguarlo con un poco más de tiempo —ofrece Rush.

Asiento con la cabeza, volviendo a bajar la mirada a la pila de papeles que tengo delante. —Vale. Pues este periodista escribe otros

dos artículos más sobre Industrias Gallagher. Este explica los sucesos que ocurrieron ocho años después de que Brady tomara el mando.

—¿Qué dice? —pregunta Wolf.

—Diez años después de que mi padre renunciara, lo que coincidiría con el momento en que conoció a mamá, Brady tomó las riendas. Cuatro años más tarde, Oscar Gallagher —su padre y mi abuelo— murió. —Un pequeño hilo de dolor se enrosca en mi corazón. Nunca tuve la oportunidad de conocer a los padres de mi padre.

—Luego, dos años después, papá, bueno, desapareció y Brady murió. —Miro la pila de papeles desplegados a mi lado, moviendo algunos hasta que localizo el que busco. Recogiéndolo del suelo, vuelvo a leer las fechas—. El tiempo transcurrido entre que papá se fue a por su trabajo y el momento en que murió Brady es de dos semanas. Dijeron que fue un atraco, pero este periodista cree que forma parte de una conspiración mayor: que o bien miembros de la junta dieron un golpe de Estado o que alguien de fuera quería un puesto en la junta y encontró un vacío legal.

—¿Qué clase de vacío legal? —pregunta Sully.

—El vacío que dice que si ningún Gallagher se sienta en la junta y no hay herederos, se nombra a un miembro de la familia extendida.

—Pero hay una heredera Gallagher: tú. —La mirada de Wolf es intensa mientras me observa.

Asiento, con un movimiento lento. —Algo que mi madre se esforzó muchísimo por ocultar durante ocho años.

Rush se pone de pie. — ¿Cómo se llama el periodista?

Busco la firma en el artículo. —Christopher Lein.

Él camina hacia el borde de la alfombra, hacia un montón de trozos de papel arrancados de una libreta. —Tu madre anotó ese nombre aquí.

—Y acabo de buscarlo en internet. Parece que murió... —Sully deja la frase en el aire y nos mira, pasando de su móvil a nosotros—. Hace ocho años. Un atraco en Lismore.

—¿Lismore, en el condado de Waterford? ¿El mismo pueblecito donde vivía Seamus Flannery? —pregunta Rush—. Solo viven allí

unas mil quinientas personas.

Me dejo caer contra el sofá. —Entonces, ¿el tipo que señaló públicamente a la empresa que trafica con armas y tecnología para varias agencias gubernamentales murió más o menos al mismo tiempo que mi padre y Brady? ¿En el mismo pueblecito que el hombre que al parecer ayudó a mi madre a esconderme? —Abro la boca mientras mi mente trabaja a toda velocidad. Suelto un largo suspiro—. No sé si es que he visto las películas de *Bourne* demasiadas veces, pero esto parece una conspiración real o una coincidencia increíble.

—Qué va, yo no creo en coincidencias así, pelirroja.

Mi corazón empieza a latir con fuerza. Sé que lo que voy a proponer suena un poco loco, pero una parte de mí también piensa que es el siguiente paso lógico. Me levanto y me enfrento a ellos. —Vale. Hagámoslo, pues. Vayamos a Irlanda y lleguemos al fondo de esto.

Nadie habla por un momento, y luego Rush asiente y dice: —De acuerdo. Pediré unos cuantos favores para que el viaje sea extraoficial. Es mejor que salgamos del país sin ser detectados.

Me doy golpecitos en el labio con el dedo índice, con los nervios recorriéndome las venas. —¿Cuándo podemos irnos? Tengo muchas ganas de resolver todo esto.

Rush ya está tecleando en su móvil. —Mañana. Esta noche tenemos que ver a mi padre. —Mira a Sully con el ceño fruncido—. Pero no estoy muy seguro de que no debas quedarte aquí a descansar. Y antes de que te enfades, alguien debería quedarse con nuestro pajarito.

Me pongo tensa y fulmino a Rush con la mirada. —En primer lugar, soy perfectamente capaz de cuidarme sola. Y quizá quería acompañaros.

—¿Ah, sí? —Rush arquea una ceja.

Resoplo y cambio el peso de mi cuerpo. —Bueno, no mucho, no. Pero es cuestión de principios. Y yo...

El timbre suena, interrumpiéndome. Los tres sacan pistolas de lugares que ni siquiera me había dado cuenta de que tenían armas: debajo de la mesa de centro, de la mesita auxiliar y junto al sofá.

Sully se mueve para ponerse delante de mí, y Wolf y Rush se giran hacia la puerta.

Me aclaro la garganta mientras el timbre suena de nuevo. —Oh, se me olvidó deciros que he invitado a las hermanas King.

VEINTICUATRO

WOLF

SUELTO el aire que estaba conteniendo y relajo el agarre de la pistola que había cogido de debajo de la mesita auxiliar. Red se mueve a nuestro alrededor para mirar la pantalla junto a la puerta, que muestra la imagen del pasillo. Incluso desde aquí, puedo ver las muecas que están haciendo cuatro de las hermanas King: sacando la lengua y otras gilipolleces raras. Todas menos Maeve. Ella está en modo profesional, mirando directamente a la cámara oculta en la esquina del umbral con una expresión seria.

Red abre la puerta y nos recibe una oleada de ruido. Siempre se me olvida lo jodidamente silencioso que es este apartamento, al estar todo insonorizado. Fue una precaución en la que Rush insistió cuando compramos este sitio hace años, ya que a menudo discutimos aquí asuntos de la Hermandad.

Las cinco King entran como si el sitio fuera suyo, y ninguna de ellas se inmuta ante nuestra formación agresiva ni las pistolas que tenemos en las manos. No estoy seguro de si es un testimonio de su crianza o de su familiaridad con nosotros... probablemente ambas cosas.

—Joder, Fitzgeralds, vaya piso más chulo que tenéis aquí —dice Roisin con un silbido.

Rush se tensa antes de mirar a Red. —¿Un momento, pajarita?

Ella sigue a mi hermano por el pasillo y entran en su dormitorio, cerrando la puerta tras ellos. Sully y yo intercambiamos una mirada, pero ninguno de los dos los sigue.

—Supongo que a nadie se le ocurrió decirle que a Rush no le gusta que haya gente en su casa, ¿no? —pregunta Maeve mientras entra en el salón.

—No. La verdad es que no era una prioridad hoy —le contesta Sully.

—He oído que habéis tenido unos días moviditos —Fiona se acomoda en el sillón con un suspiro.

Me giro para prestarle atención. Algo en la forma en que lo ha dicho no me suena bien. —¿Dónde has oído eso?

Fiona echa la cabeza hacia atrás, inclinándola para mirarme por encima del brazo del sillón con una sonrisa burlona. —Me lo ha dicho un pajarito.

Sully suspira. —Por favor, dime que no has vuelto a husmear. Uno de estos días, te van a pillar, Fiona, ¿y entonces qué?

—Hablas como si no hubiera aprendido a disparar un arma para mi sexto cumpleaños. Además, tengo aliados... y a mis hermanas.

La hermana King más joven se coloca a mi lado con los brazos cruzados y la mirada fija en los papeles que ensucian el suelo. —¿Qué es todo esto?

—Quítate ese brillo de los ojos, cría. Esto te viene grande —mi tono es firme, pero juro que es como hablarle a una puta pared de ladrillos. Roisin King nunca ha encontrado un desafío del que pueda apartarse. Juro que esa cría va *buscando* los problemas.

—¿Cría? Pff. Me sacas como cuatro años, Wolf. Además, seguro que podría enseñarte *yo* algunas cosas.

—¡Más te vale no estar tirándole los tejos, Ro! Ahora es un hombre pillado, ¿a que sí, Wolf? —grita Ava desde la cocina.

Me giro para mirarla. ¿Cuándo cojones se ha metido ahí? Está hurgando en la nevera, probablemente buscando algo azucarado, como siempre.

—Juro por Dios que sois como putos gremlins...

—¡Imagina lo que pasa después de medianoche, Sully! —Ro le dedica a mi hermano una sonrisa maníaca y él entrecierra los ojos

en respuesta.

—Entonces, ¿qué pasa para que vuestra chica nos haya llamado?

—pregunta Maeve mientras coge un trozo de papel al azar.

Echo la cabeza hacia atrás y las miro a todas. El imperceptible asentimiento de Sully me anima a darles algo de información, pero no toda. No hay necesidad de revelar todos nuestros secretos, aunque confíe en ellas.

—La madre de Red ha muerto, y alguien está acosando a Red...

—¿*Todavía*? ¿No os habéis encargado de eso? —pregunta Ava, tensando los hombros y entrecerrando los ojos.

Su acusación da en el clavo y aprieto los dientes contra la vergüenza que amenaza con bullir en mi pecho. —Sí. Todavía. Estamos en ello, y por eso sospecho que te ha llamado.

—¿Más lecciones de las infames King? —pregunta Kiera con una sonrisa—. Tengo una ballesta nueva que me muero por probar.

—Ki, llevo una semana diciéndote que una ballesta no es plausible como armamento para el día a día —dice Maeve, poniendo los ojos en blanco.

Kiera le lanza una mirada a su hermana. —Ya lo sé. Pero es divertido jugar con ella. Y creo que a Red le vendría bien algo de diversión en su vida. ¿No crees, Wolf?

Dejo que la irritación de que otra persona use *mi* apodo para Alaina me resbale. Supongo que no es tan malo como si un tío cualquiera la llamara así. Entonces puede que tuviera que presentarle mi pistola favorita.

—Oh, joder. Borra esa mirada asesina de tu cara, hermano.

Dirijo mi mirada bruscamente hacia Sully, que está apoyado en la pared frente al pasillo. Dejo caer los hombros a propósito y pego una sonrisa en mi cara.

Rush y Red salen del pasillo, ambos con aspecto un poco acalorado. —¿He oído algo sobre un asesinato? —pregunta Red mientras se ajusta la camiseta.

Los celos me recorren el cuerpo, picándome en las extremidades. No el tipo de celos violentos, más bien un hervor a fuego lento. Sinceramente, más que nada me maldigo a mí mismo por no haber pensado antes en llevármela a escondidas durante diez minutos.

Apostaría mi puto brazo izquierdo a que estaban liándose en su cuarto. —Cabrán con suerte —murmuro. Ya estoy imaginando todas las formas en que puedo quedarme a solas con ella mañana. Una sonrisa se dibuja en mis labios cuando recuerdo que el jet tiene una cama de matrimonio enorme en la parte de atrás.

—No os importa que me quede aquí, ¿verdad? Me pondréis al día de vuestra conversación, ¿no? —pregunta Red, mirándonos a Sully y a mí.

—No, no te preocupes, Red. Quédate aquí, te pondré al día cuando volvamos.

Cruza la habitación para plantarse delante de mí. Poniéndose de puntillas, roza sus labios con los míos. Para cuando intento profundizar el beso, ella ya se está apartando.

—Gracias. Ten cuidado, ¿vale?

—Siempre lo tengo, nena. —Me paso la lengua por los labios, saboreándola. Estoy salivando, joder, por tener más de ella.

Pronto, me prometo.

Se acerca a Sully, y él estira la mano y le rodea el hombro con ella, atrayéndola para darle un beso. Es igual de breve antes de que se aparte. —Tómatelo con calma, ¿vale? Te necesitamos lo suficientemente bien para nuestro viaje.

Sully, ese puto cabrón melancólico, sonrío, y es una cosa de un blanco cegador que me pilla por sorpresa. Hacía la tira que no veía esa sonrisa.

—Joder, tía. ¿Lo has roto con tu coño mági...?

Un coro de «Roisin» la interrumpe antes de que termine su frase.

Roisin lanza los brazos al aire. —¿Qué? Es una pregunta válida. Ni siquiera *sabía* que Sully tenía un hoyuelo, y un beso muy modesto, ¿y ya está todo sonrisas? Es raro, ¿vale?

Sully frunce el ceño a todo el mundo menos a Red mientras se cruza de brazos. —No soy para tanto.

Roisin lo señala desde el otro lado de la habitación. —¡Ves! A eso es a lo que estoy acostumbrada.

—Bueno. A pesar de lo divertido que es esto, tenemos que irnos si queremos llegar a tiempo a nuestra reunión —dice Rush antes de

deslizar la mano por la parte de atrás de la cabeza de ella y darle un beso en la coronilla—. Volveremos pronto, pajarita.

—Vale. Tened cuidado, todos vosotros —nos observa mientras salimos del apartamento. Miro por encima del hombro mientras la puerta se cierra y nuestras miradas se conectan. No se ha movido de su sitio en el salón mientras me sostiene la mirada hasta que la puerta se cierra con un clic.

—Concentraos, hermanos. Tenemos que estar avispados para esta reunión.

EL O'MALLEY'S está inusualmente tranquilo para esta hora de la noche. Patrick, uno de los aspirantes, estaba vigilando la puerta cuando llegamos. Nos dijo que Jack no estaba esta noche, pero que había preparado algunas cosas para asegurarse de que tuviéramos la privacidad que necesitábamos. Supongo que parte de eso significa la clientela reducida de esta noche.

Mi padre está sentado en un reservado en una esquina, casi oculto en la penumbra. Su boca permanece en una línea recta mientras nos mira a los tres avanzar hacia su mesa. Analizo su postura, buscando pistas sobre su estado de ánimo.

Como de costumbre, tiene cualquier emoción que esté sintiendo bien guardada bajo llave. Su estilo como padre es por lo general cálido, a fin de cuentas. Pero su estilo como líder es gélido; su poca tolerancia para las gilipolleces es de sobra conocida.

No tiene el gatillo tan fácil como Cillian Kelly, pero hay una razón por la que mi padre es amigo del jefe de la Hermandad original, y no es solo por camaradería. Ese cabrón está como una puta cabra y es tan probable que te pegue un tiro como que te dé un abrazo.

Joder.

Vamos a tener que concertar una reunión con él o con su sobrino, Quinn, cuando lleguemos a Irlanda. No hay forma de que podamos aterrizar en su país sin presentarle nuestros respetos. Solo eso firmaría nuestra sentencia de muerte.

Se me encogen las tripas al pensar en Red en la misma habitación que cualquiera de ellos. Aunque puede que tengamos más facilidad con Quinn. Hago una nota mental para comentárselo a Rush y a Sully cuando terminemos aquí.

Hay una pausa, pesada y tensa, cuando llegamos al reservado. La mirada de mi padre va de uno a otro de nosotros antes de que asienta e incline la cabeza hacia el banco de enfrente. Se echa hacia atrás y le hace una seña al camarero para que le traiga otra copa, luciendo en todo momento como la viva imagen de la autoridad.

Rush se desliza primero, sentándose frente a mi padre. Sully toma el asiento a su lado, dejándome a mí al final. Con una mano en el respaldo de la silla de la mesa vacía de al lado, la acerco, dejándola lo suficientemente lejos como para tener mucho espacio para estirarme al final.

El aire a nuestro alrededor está cargado de tensión mientras Patrick, uno de nuestros aspirantes, nos trae cuatro vasos bajos de whisky. —Gracias, tío. ¿Estás ayudando esta noche o algo?

—Sí. Jack me pidió que lo sustituyera un rato esta noche. Soy un desastre preparando copas, así que me limito a llevarlas mientras Carter las sirve.

Asiento y tomo un sorbo de whisky, saboreando el ardor mientras se desliza por mi garganta. —¿Quién está en la puerta entonces?

Patrick se encoge de hombros, con un movimiento rígido. Su mirada no deja de desviarse hacia mi padre y de vuelta a mí. —Jordan está ahí esta noche. Se supone que Benny también vendrá en algún momento, pero no ha aparecido en los últimos días, así que no sé.

Asiento, asegurándome de poner una cara que no muestre la rabia que está burbujeando en este momento. No he olvidado el intento de ese gilipollas de chantajear a mi chica para una cita a través de su prima. —Avísame si aparece, ¿vale?

—Claro, jefe. —Patrick asiente, tres movimientos rápidos, su mirada recorriendo el lugar, incapaz de fijarse en uno de nosotros.

Tomo otro sorbo mientras lo veo girar sobre sus talones y dirigirse hacia la barra.

—No estoy muy seguro de ese tipo. Es como un conejo asustado —dice Sully con el ceño fruncido.

—Sí. Pero quizá se le pase —reflexiono, haciendo girar los cubitos de hielo en el vaso.

—Basta de cháchara. Tenemos preguntas. —Rush mira fijamente a nuestro padre, sin pestañear.

Él levanta una ceja y se toma su tiempo para sorber su bebida. Veo cómo el músculo de la mandíbula de Rush se tensa ante la obvia jugada de poder.

El silencio reina mientras los cuatro nos miramos, pero no dura mucho. Mi padre es el primero en romper el silencio. —¿Dónde está Alaina?

—Está a salvo. ¿Qué sabes de ella? Y no te molestes en mentirnos —dice Rush.

Mi padre suspira y se recuesta en el reservado. Mira a nuestro alrededor, como para asegurarse de que estamos solos. —Sé lo que parece...

—¿Quieres decir que sabes que parece que estás haciendo tratos turbios que pueden o no estar conectados con la reciente racha de ataques contra nuestra gente, nuestro sustento y el de nuestros aliados? —la voz de Sully es grave mientras mira fijamente a mi padre.

Le lanza a Sully una mirada asesina. —Sabes que yo no haría eso.

Sully asiente, un movimiento lento y reacio. —Sí, pero tampoco pensaba que fueras a recoger a una mujer cualquiera, meterla en casa y pedirle matrimonio después de unas semanas. Así que me inclino a pensar que todo es posible.

Mi padre aprieta tanto la mandíbula que se le hincha una vena en la frente. —Ya expliqué lo que pasó con Lana. Y ya expliqué que estuve buscando a Aidan, durante un tiempo. No tenía forma de saber vuestro historial con la chica, ni que desarrollaríais este tipo de relación con ella.

Me encuentro asintiendo antes de darme cuenta. Detengo el movimiento de inmediato y lo miro. —Entonces, ¿por qué toda esta

parafernalia de secretismo? ¿Qué no nos estás contando? ¿Y por qué cojones te convocaron a una reunión familiar sorpresa?

Mi padre se bebe un buen trago de whisky y me clava la mirada. —Os estaba protegiendo. A pesar de lo que penséis, seguís siendo mis chicos. Siempre seréis mis chicos. Y no os puse al día de nuestra reunión familiar porque cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—¿Saber qué? —pregunta Rush.

—Que Cillian va a dimitir antes de tiempo. No está bien, y su pronóstico es de menos de un año.

—Joder —decimos mis hermanos y yo al mismo tiempo.

Mi padre asiente varias veces. —Veo que ahora entendéis las implicaciones. La Hermandad es progresista en muchos sentidos, pero este no es uno de ellos. Llevamos demasiado tiempo haciendo las cosas de la misma manera. Y Quinn no está del todo preparado; no lleva suficiente tiempo en el consejo júnior y todavía no tiene los contactos. Parece que nuestros enemigos ya podrían saber lo de Cillian.

—¿Otra puta *rata*? —expresa Sully con rabia.

—Probablemente. Pero el daño está hecho. Alguien lo sabe, y todos sabemos que los secretos entre dos hombres solo están a salvo si uno de ellos está muerto.

Me inclino hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa. —Así que están atacando aprovechando el caos.

—Y si son listos, lo harán estratégicamente para que los propios miembros de la Hermandad empiecen a cuestionar si Quinn es capaz de liderarlos —añade Rush—. Es lo que yo haría.

Asiento con la cabeza. —Entonces, ¿ahora qué? ¿Cómo nos adelantamos a esto?

Mi padre se pasa la mano por la barba. —Tenemos algunas cosas preparadas. Cillian está planeando una de sus famosas *fiestas del té*. Lo demás debería resolverse solo.

—¿Y no podías decírnoslo y ya está, joder? Joder, papá. Pensábamos que estabas jugando a dos bandas o alguna mierda así —me paso una mano por el pelo, un gesto más agitado que suave.

Su mirada se endurece mientras me clava sus ojos. Ya no estoy mirando a mi padre, sino al Carnicero. —Soy el puto presidente de la

Hermanidad de la Costa Este. Antes moriría que traicionar a mi familia. Y no se te olvide nunca que sois mi puta familia, muchacho. Todos vosotros. —Mira a Sully y a Rush, deteniéndose un momento en cada uno de ellos.

Rush se aclara la garganta. —Vale. Esperaremos noticias entonces, ¿no? —el Carnicero asiente—. Y otra cosa: mañana nos vamos a Irlanda.

—Tenemos asuntos que resolver con la familia lejana de Lainey —ofrece Sully con la barbilla en alto.

Mi padre mira al interior del bar, con el ceño fruncido por la concentración. —No voy a deciros que no vayáis. Solo tened cuidado. Y joder, avisad a Quinn cuando lleguéis. Esperaremos a que volváis para celebrar un pequeño servicio por Lana.

—Sí, ya está todo organizado.

Mi padre se bebe el resto de su copa y la deja sobre la mesa con un tintineo. —¿Estamos en paz entonces?

Los tres nos miramos entre nosotros y luego lo miramos a él y, como uno solo, asentimos. Joder, no podríamos haberlo sincronizado mejor ni queriendo.

Golpea la mesa dos veces. —Bien. Os veré cuando volváis a casa.

VEINTICINCO

ALAINA

—DIOS MÍO, esto es increíble. —Mis ojos se abren de par en par al contemplar la grandeza del jet privado al que acabamos de subir.

Una mujer mayor con falda negra y chaqueta a juego nos recibe mientras camina por el pasillo hacia nosotros—. Bienvenidos a bordo, Fitzgerald. Debería haber sabido que llegaríais pronto. —Les guiña un ojo antes de centrar su atención en mí y tenderme la mano—. Y tú debes de ser Birdie. Soy Alice. Tengo que decir que me encanta tu nombre. Es muy original.

Le tomo la mano y se la estrecho cortésmente mientras arqueo una ceja hacia Rush. Él se encoge de hombros y guarda nuestras maletas en un compartimento junto a la primera fila de asientos.

—Gracias. Encantada de conocerte, Alice.

Me suelta la mano y dice—: Si necesitas cualquier cosa, no dudes en decírmelo. Normalmente estos chicos son bastante autosuficientes, pero me han informado de que el viaje de hoy es largo, así que prepararé una comida en nuestra cocina de a bordo. Si me disculpáis, tengo algunas cosas con las que ayudar al piloto antes de que despeguemos.

Alice pasa a mi lado y se dirige por el pasillo hacia la cabina. Wolf entrelaza sus dedos con los míos y me guía suavemente hacia el interior del avión.

Todo está decorado en grises, blancos y carbón oscuro. Se parece más al vestíbulo de un hotel de lujo que al interior de un jet privado. Aunque supongo que no tengo experiencia previa con aviones privados, así que ¿quizás sean todos así?

—¿De quién es el avión?

Wolf me aprieta la mano una vez—. Rush ha pedido un favor a un amigo. No solo te mantiene fuera de los registros oficiales, sino que vamos a añadir un par de paradas extra y, sobre el papel, cambiaremos de pasajeros. Parecerá que fuimos a Atlanta y que allí subieron siete empresarios con destino a Londres. Donde una pareja casada vuela a Irlanda.

Se me desencaja un poco la mandíbula—. ¿Habéis organizado todo eso en un día?

—Te sorprendería lo que podemos hacer en un día, princesa —dice Sully mientras toma asiento en una de las mullidas butacas individuales de cuero blanco de los laterales. Hay dos asientos individuales a cada lado, enfrentados, y un grupo de cuatro asientos enfrentados detrás. Hay mesitas entre los asientos con manteles de lino blanco y un pequeño jarrón con flores frescas.

Me conformo con dejar que Wolf me guíe para poder asimilarlo todo. Incluso la alfombra del pasillo, de diseño ligero en gris y blanco, se siente mullida bajo mis zapatillas.

Pasamos por una pared en la parte central del jet que tiene montado lo que parece una televisión de cincuenta pulgadas. Más allá están los baños y un dormitorio.

Wolf abre la puerta, pero no entra—. Puedes tumbarte aquí si lo necesitas. Es bastante cómodo y tranquilo. Y cambian la ropa de cama después de cada vuelo, así que no tienes que preocuparte por nada asqueroso.

—Es bueno saberlo. Ahora estoy bien, pero la noche pasada fue larga y tengo la sensación de que me voy a desplomar pronto.

—Mmm. ¿Y qué tal tu tiempo con los Kings? ¿Te han enseñado algún movimiento nuevo? Ya sabes que siempre estoy disponible para ser tu conejillo de indias, Roja. —Wolf me lanza una sonrisa burlona y resisto el impulso de quitársela de la cara de un beso.

—Me enseñaron algunas cosas. Y también me dieron algunas cosas. —Me palmeo el bolsillo lateral de mi falda negra ligeramente acampanada, donde está el cuchillo que me dio Ava. Me llega a mitad del muslo y pensé que sería cómoda para viajar, aunque también he traído mallas.

Wolf baja la mirada y me recorre deliberadamente con la vista, deteniéndose en mi mano sobre el bolsillo—. ¿Y qué te han dado, nena, eh?

Pongo los ojos en blanco—. Saca la mente de la alcantarilla, Wolf. Ava me dio esto. —Saco la hoja de ocho centímetros, delgada y ligera, y la agito un poco.

—Maldita sea, Roja, eso no me saca de la alcantarilla precisamente.

Suelto una risita y le doy un empujoncito juguetón con el hombro mientras me guardo la hoja—. He pensado que podría venir bien. Ya sabes, ya que vamos a enfrentarnos a mi familia perdida hace tiempo que puede que esté enviando a psicópatas tras de mí, o puede que no.

Me pasa un brazo por encima del hombro y me planta un beso en la coronilla—. Inteligente, Roja. Pero no lo necesitarás. Nos tienes a nosotros. Vamos a instalarnos. Despegaremos pronto.

Me hundo en el asiento junto a Wolf, en uno de los cuatro asientos agrupados. Se siente más como una butaca de lujo que como el asiento de un avión. Suspiro, apoyo la cabeza en el reposacabezas y cierro los ojos.

Unos instantes después, siento la mirada de alguien sobre mí y abro un ojo. Sully está de pie justo delante de mí con el brazo extendido. Abre los dedos y revela un par de auriculares blancos en la palma de la mano.

Un déjà vu me golpea como un tornado y mi corazón da un vuelco.

—Te he hecho una lista de reproducción.

Esas cinco palabritas envían mi corazón en espiral a otra época. Una época en la que dos chicos se enamoraron entre las estanterías de la biblioteca durante un verano.

Sosteniéndole la mirada, tomo los auriculares de su mano y me los pongo. Me permito un momento para preocuparme por si no podré oír nada por encima de los latidos de mi corazón, pero entonces escucho las primeras notas de «Hateful» de The Clash.

Siento que la sonrisa asoma en la comisura de mis labios mientras un recuerdo enterrado resurge.

Canto bajito siguiendo mi lista de reproducción mientras avanzo por el pasillo tenuemente iluminado. «Anything I want, he gives it but not—»

—No te hacía fan de The Clash, princesa.

Me doy la vuelta con un grito y veo al chico de antes de pie frente a mí con una sonrisa burlona en su rostro demasiado atractivo.

—¡Chitón! —Más rápido de lo que puedo imaginar, da un paso hacia mí y me presiona suavemente la mano sobre la boca—. Joder. Si no dejas de gritar, van a pensar que te estoy asesinando o algo por el estilo.

Mis latidos se aceleran y me quedo boquiabierta por la sorpresa. Pero su mano cálida sigue en mi cara, y huele extrañamente bien, como a caramelo de agua salada.

Arquea una ceja—. ¿Acabas de olisquearme la mano? —Me obligo a no sonrojarme y vuelvo a maldecir mi piel clara.

¿Tienes idea de lo difícil que es ocultar la vergüenza o la excitación —no es que haya tenido mucha práctica con eso— cuando eres pelirroja?

Ante mi mirada fija, retira la mano, pero no se aleja—. ¿Estás bien? —Asiento.

—Me has asustado. —Me llevo una mano al pecho—. ¿Quién hace algo así? —Lo miro con aire acusador.

—Te he llamado como cinco veces. He imaginado que te estabas haciendo la difícil o lo que sea que hacen las tías. —Se encoge de hombros y se mete las manos en los bolsillos de sus vaqueros desgastados.

Me saco los auriculares y los levanto—. Ni siquiera... No lo hacía. No te he oído. —Estoy aturdida, y solo puedo imaginar lo rojos que

se están poniendo mi cara y mi pecho. Siento que las orejas me arden.

Miro a Sully y, a juzgar por la sonrisa en su rostro, está recordando lo mismo que yo.

Asiente una vez mientras la canción cambia y suena «Punk Rock Princess», impulsándome a otro recuerdo.

James se gira para mirarme y sus hombros se relajan—. Ese soy yo. ¿Y tú, princesa? ¿Cuál es tu historia?

Me apoyo en el estante y le presto toda mi atención—. Solo soy una chica normal. —Me encojo de hombros.

James imita mi posición y se apoya en el estante frente a mí. Su mirada recorre lentamente mi rostro antes de bajar tranquilamente por mi cuerpo. Juro que siento hormigueos en cada lugar que toca su mirada—. ¿Una princesa guapa que ama a The Clash? —Se mofa—. De algún modo, dudo que seas «solo una chica».

—Soy Alaina. —Mantengo la mirada en él, a pesar de los latidos de mi corazón.

Sonríe con sorna—. Lo sé. Nos vemos por ahí, princesa del punk rock. —James se separa del estante y camina hacia el pasillo. Al doblar la esquina, mira por encima del hombro y me dedica la sonrisa más arrogante, llena de promesas que solo he experimentado en los libros.

Pasan varios minutos antes de que pueda despegarme del estante. No sé qué acaba de pasar, pero tengo la sensación de que todo está a punto de cambiar. Miro el móvil y me doy cuenta de la hora. Maldita sea. El programa ha terminado hace diez minutos.

Mi corazón late con tanta fuerza que parece que intenta escapar de mi pecho. Tengo la corazonada de que me ha hecho una lista con todas las canciones que solíamos escuchar juntos.

Mi teoría se confirma cuando escucho a The Smiths, seguidos de los Yeah Yeah Yeahs y más. Cierro los ojos y dejo que mi mente divague mientras las dulces canciones me envuelven como una ola reconfortante.

Unos minutos después, Rush se une a nosotros y se sienta junto a Sully, frente a Wolf, y saca su ordenador portátil. Alice viene con bebidas para todos: whisky para ellos y champán para mí.

Veo que sus bocas se mueven, pero la música en mis oídos los ahoga, así que dejo que mis ojos se cierren de nuevo y simplemente escucho.

ALGUIEN ME SACUDE EL HOMBRO, despertándome del sueño. Mis ojos se abren rápidamente y, por un segundo, olvido dónde estoy.

—Te has quedado dormida, Roja. ¿Por qué no vas a tumbarte en la cama de atrás?

Parpadeo un par de veces y ladeo la cabeza para estirar el cuello —. ¿Cuánto tiempo he estado fuera?

La música ya no suena en mis oídos, así que me quito los auriculares y los pongo sobre la mesa.

—No mucho. Unos veinte minutos —responde Sully, con la mirada intensa.

Sus ojos son del color del centro del océano, el azul más intenso que parece casi antinatural, y mi corazón se hincha dentro de mi pecho. Igual que hace dos años, Sully me ha invitado a mirar dentro de su alma a través de una lista de reproducción. Y esta lista tenía casi todas las canciones que compartimos el verano que nos conocimos.

Esto no era solo un vistazo a su cabeza; era un recordatorio de quiénes éramos entonces, y de quiénes podríamos ser ahora, juntos. Mis dedos hormiguean y mi corazón late con fuerza ante el gesto.

Una sonrisa se extiende por mi cara, amplia y alegre.

Es una carta de amor de los tiempos modernos.

Ese capullo alfa, cubierto de tatuajes, amante de los ceños fruncidos y melancólico, me ha hecho una lista de canciones de amor y me la ha entregado como si me estuviera dando el periódico. Le sonrío radiante, riéndome para mis adentros.

Él nota mi diversión y ese ceño fruncido siempre presente regresa. Moviéndose en su asiento, cruza los brazos sobre el pecho, con los bíceps abultados—. ¿Qué?

Tuerzo los labios hacia un lado para reprimir la risa, pero noto el brillo en mis ojos. Sin decir palabra, me desabrocho el cinturón de seguridad, aparto la mesa a un lado y me lanzo hacia él. Tiene el tiempo justo para descruzar los brazos y atraparme.

Estrello mi boca contra la suya con una pierna a cada lado de él. Mi falda se agita alrededor de mis piernas mientras me cierno sobre su regazo y vuelco todas mis emociones en este beso. Él me sostiene contra su pecho con las manos en mis costillas.

Me separo antes de dejarme llevar—. Gracias —susurro contra sus labios.

—Gracias a ti, Lainey. Por no rendirte conmigo. —Su voz es áspera y baja; un momento solo entre nosotros.

—Jamás, te lo juro. —Mi promesa es recibida con otro beso que me llega al alma.

El avión se inclina y los vasos sobre la mesa tintinean al experimentar turbulencias—. Solo un poco de turbulencia aquí, amigos. Deberíamos salir de ella en un par de minutos, pero hasta entonces, por favor, aseguraos de estar en vuestro asiento con el cinturón abrochado —dice el capitán por los altavoces.

Me quito de encima de Sully y me acomodo de nuevo en mi asiento, abrochándome el cinturón mientras los vasos vuelven a tintinear y se me revuelve el estómago. No suelo marearme y no quiero empezar ahora.

—Supongo que te ha gustado, ¿no? ¿Las canciones que he elegido? —pregunta Sully, robando mi atención de las turbulencias.

—Sí, ha estado bien —bromeo con un encogimiento de hombros fingido.

Sully arquea una ceja y levanta la barbilla—. «Bien», dice ella. Ya te enseñaré yo lo que es *estar bien*, princesa.

No se me escapa la insinuación en sus palabras y, a juzgar por la forma en que Wolf y Rush nos miran a ambos, a ellos tampoco.

—Tío, ¿estás... bromeando con Roja? —Wolf abre la boca con incredulidad.

Rush oculta su sonrisa tras la mano mientras observa cómo se desarrolla todo.

Las puntas de las orejas de Sully se ponen rosadas y resopla—. No.

Wolf suelta una risita y asiente un par de veces—. Te queda bien, tío. Es jodidamente raro verte bromeando y haciendo listas de reproducción, pero me alegra ver que has solucionado tus rollos con nuestra chica.

Sully me mira fijamente, con la mirada ardiente, mientras dice—: Sí, lo hemos solucionado, pero puede que necesitemos solucionar algo más.

Mi mente vuela inmediatamente a la enorme ducha de su apartamento, y al dormitorio, y de nuevo al dormitorio. Un calor me recorre y me remuevo en el asiento.

—Muy bien, señores, parece que ya hemos salido. Pueden moverse libremente por la cabina —dice el capitán.

Me desabrocho el cinturón y me levanto para estirarme. Siento los tres pares de ojos sobre mí, pero hago lo posible por ignorarlos. Por ahora—. ¿Dónde estaba el baño de nuevo?

Wolf se levanta antes de que los demás abran la boca—. Yo te lo enseño, Roja. Sígueme.

ME SECO las manos con la suave toalla del baño mientras observo mi reflejo en el espejo. Este es, sin duda, el baño de avión más grande que he visto nunca. Tiene una ducha completa en la esquina y un tocador doble, todo decorado con la misma temática en negro, carbón y blanco. Probablemente sea tan grande como el baño de mi habitación en la residencia. Podría extender los brazos todo lo que quisiera y aún me sobrarían un metro y medio de espacio a cada lado.

Me quedo mirando el banco que hay junto a la pared mientras un escalofrío de lujuria recorre mis venas. Una sonrisa pícaro curva la comisura de mis labios ante la idea de entrar en el «club de las nubes» en este baño. Nunca he hecho nada parecido, pero con tanto espacio —y tanta privacidad—, no puedo negar que me tienta la emoción.

Deberías aprovechar totalmente la oportunidad para jugar, me anima mi voz interior, que suena muy parecida a la de Maddie.

Aliso las arrugas de mi falda y me ahueco un poco el pelo. Suelto un suspiro y yergo los hombros. Abro la puerta de acordeón del baño y Wolf está apoyado en la pared frente a mí, exactamente donde lo dejé. Levanta la vista del teléfono que tiene en la mano y,

antes de que pueda decir nada, alargo la mano, agarro un puñado de su camiseta negra y tiro de él hacia el interior del baño conmigo.

Sé que él podría tomar el control si quisiera, pero me deja llevar el mando, al menos por un momento. Cierro la puerta del baño de un portazo y echo el cerrojo de ocupado, con los dedos todavía aferrados a su camiseta.

—¿Alguna vez has entrado en el club de las nubes, Conor?

Esa sonrisita engreída que odio amar se extiende por su atractivo rostro mientras me mira fijamente. Se muerde el labio inferior, carnoso, dejando que se deslice lentamente mientras me recorre de arriba abajo con los ojos entrecerrados.

Maldita sea.

Mi deseo estaba a fuego lento, pero con esa sola mirada, lo ha intensificado de golpe.

—Oh, nena, pensé que nunca me lo pedirías.

Me pongo de puntillas y él estampa su boca contra la mía mientras encaja sus cálidas palmas bajo mis muslos, levantándose. Le rodeo la cintura con las piernas, sintiendo cómo su gruesa verga se endurece mientras me devora por completo.

Nuestras lenguas luchan por el dominio mientras buscamos juntos nuestra lujuria. Con un brazo alrededor de su cuello, muevo el cuerpo para pegarme más a él, desesperada por sentirlo contra mí.

Gime contra mi boca, un sonido desesperado y embriagador que me hace hervir la sangre. Nos hace girar hasta que mi culo golpea la encimera. No desenredo las piernas de su cintura mientras sus manos se cuelan bajo mi camiseta y se posan en mi sujetador.

Sus yemas bailan por el ribete de encaje de las copas de mi sujetador. Me separo de su boca y él la desplaza inmediatamente a mi cuello. Le subo la camiseta y puedo ver bien sus abdominales y su pecho de infarto... y esa maldita *uve*.

Se aparta de mi cuello cuando tiro de su camiseta, comprendiendo lo que le pido sin palabras. Alargando la mano por detrás de la cabeza, agarra la camiseta por el cuello y se la quita de un tirón, ese movimiento que hace que las mujeres de todo el mundo sufran un cortocircuito.

Me dedica esa sonrisa encantadora suya. — ¿Estás bien, nena? Tienes algo aquí —dice mientras desliza el dedo por mi labio inferior.

Paso la lengua entre mis labios entreabiertos, saboreando las naranjas que ha comido en la punta de sus dedos. Se le oscurece la mirada y se le ensancha el pecho. Todos esos deliciosos músculos y tatuajes están justo delante de mi cara, pero su mirada me mantiene cautiva.

Hambre.

Un hambre pura brilla en sus ojos, y por la forma en que se tensa su cuerpo noto que se está conteniendo.

Me quito la camiseta por la cabeza y la dejo caer al suelo. Aguanta tres segundos enteros antes de que su mirada vuele a mis tetas. De repente me alegro de haberme puesto hoy mi sujetador de encaje negro favorito.

Los dedos tatuados de Wolf cubren la redondez de mis pechos antes de bajar las copas y jugar con mis pezones. Arqueo la espalda mientras el placer se dispara directamente hacia mi clítoris.

Se inclina hacia delante y rodea mi pezón con los labios. Mi respiración se vuelve entrecortada mientras me pellizca el otro pezón con la fuerza justa para que la excitación me inunde. Siento que me voy mojando más por segundos.

La lujuria hace que sienta la cabeza nublada mientras busco la cinturilla de sus pantalones con una mano, desesperada por sentirlo. Me apresuro a desabrocharle los vaqueros y a bajárselos por las caderas. Su dura verga salta libre entre nosotros y la rodeo con la mano, asombrada por su tamaño. Gime contra mi pecho, mientras su otra mano se flexiona contra mi pezón.

Es tan grande que mis dedos no alcanzan a tocarse, y por un segundo el pánico interrumpe mi bruma de deseo.

Roza con su boca el espacio entre mis pechos y sube por mi cuello mientras susurra: —No te preocupes, Pelirroja. Cabrá.

Siento que me arden las mejillas al recordar que la primera vez que lo tuve en mis manos, pensé lo mismo. —Es que... eres tan *grande*.

Se ríe entre dientes contra mi oreja, una risa cargada de intenciones sexuales. —Sigue con las obscenidades, nena. Me gusta.

—Puntúa sus palabras con un mordisquito en el cuello que me hace gemir.

Muevo la mano arriba y abajo por su miembro unas cuantas veces antes de extender el líquido preseminal por la punta.

Me deja jugar unos momentos más antes de dar un paso atrás. Un sonido de protesta escapa de mis labios cuando mis dedos se deslizan fuera de su verga.

—Paciencia, Pelirroja —dice Wolf mientras toma mi mano entre las suyas y la pone plana sobre la encimera, junto a mi cadera—. Déjalas aquí, ¿vale?

Asiento y él desliza sus dedos por la parte interna de mis muslos. El contacto, ligero como una pluma, me hace prácticamente jadear de anticipación, con el corazón atronando en mis oídos.

Sube mi falda a una velocidad agónicamente lenta, exponiendo más piel al aire fresco del aire acondicionado. —Eres tan hermosa, Pelirroja. Jodidamente hermosa, y jodidamente mía. —Sus palabras terminan en un gruñido mientras mi falda queda a la altura de mi cintura y sus dedos recorren el ribete de encaje en mi entrepierna.

Tenso los músculos para no moverme. Quiero alargar la mano y tocarlo tanto que casi puedo saborearlo. La lujuria pesa en mi lengua como una tarta de chocolate triple, y estoy a dos minutos de suplicarle que acabe con mi suplicio.

Sus dedos me acarician con trazos largos y ligeros a través de mi ropa interior, provocándome al detenerse justo antes de llegar al punto que ansía sentirlo.

Balanceo las caderas contra su mano, la impaciencia y la lujuria vuelven mi ritmo entrecortado.

—Deja de provocarme, Conor.

—No tienes idea de las ganas que tengo de estar dentro de ti, Pelirroja. Pero lo primero es lo primero... —Rodea con sus dedos el fino lateral de mis bragas y, de un fuerte tirón, me las arranca. Con las manos apoyadas en mis caderas, me atrae hacia el borde de la encimera y se arrodilla en el suelo.

Se me corta la respiración ante su imagen: la cabeza inclinada, el pelo revuelto y esos ojos oscuros y expresivos fijos en mí bajo los párpados entornados.

Parece un auténtico dios oscuro, tal como siempre lo imagino. Y está de rodillas por *mí*, pidiendo rendirme pleitesía y adorarme.

Ese es el último pensamiento coherente que tengo antes de que se incline hacia delante y pase su lengua por mi hendidura. Una, dos, tres veces. El deseo de tocarlo se vuelve demasiado fuerte y enredo mis dedos en su pelo oscuro, manteniéndolo contra mi centro. Moja un gemido contra mi sexo, con su lengua implacable en sus lametones provocadores.

Mis caderas se agitan contra su cara y cierro los ojos mientras susurro: —Más, por favor. Apenas reconozco la voz anhelante que sale de mis labios.

—¿Quieres más, nena? —dice contra mi clítoris, con sus labios rozándolo pero sin llegar a tocarlo del todo.

Abro los ojos de golpe y lo miro a través de la bruma de la excitación. La expresión de su rostro coincide exactamente con cómo me siento por dentro: un hambre desesperada.

—Lo quiero todo, Conor.

Sus ojos brillan antes de oscurecerse hasta volverse casi negros. Me dedica una de sus sonrisas capaces de derretir a cualquiera, manteniendo mi mirada mientras me lame con un largo, larguísimo y húmedo toque de lengua antes de rodear mi clítoris con los labios y succionar. *Fuerte*.

Cierro los ojos con fuerza y se me entrecorta la respiración mientras corro hacia el orgasmo. Al momento siguiente, desliza dos dedos dentro de mí, curvándolos para golpear ese punto perfecto que me hace volar alto.

Estoy a punto de correrme cuando hace lo impensable y se retira. —¿Qué? ¡No, no pares! —prácticamente le suplico mientras él se pone en pie. Mis manos rozan sus músculos esculpidos—. Maldita sea, Wolf. Estaba tan cerca. —Ni siquiera me importa sonar como si estuviera refunfuñando, porque es así. Me siento robada; mi orgasmo flota justo fuera de mi alcance, burlándose de mí con su euforia.

Me agarra la barbilla y gira mi cara hacia la suya. —La próxima vez que te corras, va a ser sobre mi verga.

Si no estuviera ya chorreando, mis bragas estarían empapadas solo con esa frase.

Me levanta y, por instinto, le rodeo la cintura con las piernas. Tardo un momento en darme cuenta de que hemos salido del baño y nos dirigimos al dormitorio al fondo del avión. Ni siquiera tengo tiempo de sentirme avergonzada de que Wolf esté medio desnudo y yo en sujetador antes de que estemos dentro del dormitorio.

WOLF

NO LE DOY oportunidad de que se asuste mientras conduzco su firme trasero por el pasillo hasta el dormitorio. No iba a entrar en el estrecho sexo de mi chica por primera vez en un puto baño de avión. Por muy bonito que fuera.

Pero esta cama de aquí atrás es el lugar perfecto.

Me ha sorprendido de narices cuando ha abierto la puerta del baño y me ha preguntado si alguna vez me había unido al club de las nubes. No iba a dejar pasar la oportunidad de ayudar a mi chica a tachar algo de su lista de deseos.

Su excitación humedece mis abdominales, y tengo que concentrarme en poner un pie delante del otro y no estamparla contra la pared más cercana para entrar en ese coño perfecto.

Cierro la puerta de una patada y la dejo sobre la cama. Antes de que pueda decir nada, cubro su cuerpo con el mío, con cuidado de no dejar caer todo mi peso sobre ella, y le robo un beso. El hecho de que esté saboreándose a sí misma en mi lengua me pone increíblemente más duro. No puedo evitar restregar mis caderas contra ella mientras nuestras lenguas se enredan.

Joder. Si no bajo el ritmo, me voy a correr antes de que empiece el espectáculo.

Interrumpo el beso y recorro con mis labios su puta piel perfecta hasta llegar a sus pezones.

—Conor. —Suspira mi nombre cuando uso los dientes para tirar de sus pezones ya endurecidos.

No puedo dejar de mirar sus tetas e imaginar mi verga entre ellas. Si mi objetivo era ir despacio para que a ella le durara más, lo estoy haciendo de puta pena. Metiendo una mano entre nuestros cuerpos, froto sus genitales con los dedos, trazando pequeños círculos alrededor de su clítoris. Su deseo baña mis dedos al instante y ella gime mi nombre. Tiro suavemente de su otro pezón con los dientes al mismo tiempo que le introduzco dos dedos y presiono su clítoris con el pulgar.

Despega la espalda de la cama en un arco tan repentino que tengo que ajustar mi agarre. Mi nombre sale en un gemido estrangulado y una satisfacción profunda recorre mis venas.

Que le den a todo lo demás, este es el mejor puto subidón de mi vida.

—Basta de juegos, fóllame, Conor. Ya.

Un condón aterriza en la cama junto a nosotros y giro la cabeza bruscamente hacia un lado. Estaba tan absorto en ella que ni siquiera miré si había alguien más en la habitación.

Rush está sentado en el sillón de la esquina frente a nosotros. Un vaso de whisky con un dedo de líquido cuelga de sus dedos mientras nos mira —a la Pelirroja— con una lujuria apenas contenida.

—¿Por qué has parado...? Ah. *Vaya* —dice la Pelirroja desde debajo de mí. No me había dado cuenta de que me había quedado quieto.

Frunzo el ceño mientras miro a mi hermano. Suelo ser bastante bueno analizando a la gente, pero él mantiene casi toda su mierda bajo llave, como de costumbre. La preocupación me revuelve el estómago, desplazando parte del deseo. Una cosa es hablar de compartir a una chica de forma hipotética, pero otra muy distinta es verlo frente a tus ojos.

Cuando Sully me echó de su habitación, ya fue bastante malo asumir que lo hacía para jugar. Y luego oí sus gemidos, y entonces mis celos estallaron. Pero joder, sonaba como si estuviera en el éxtasis absoluto, y maldita sea si no soy lo bastante egoísta como para querer hacer que vea las putas estrellas yo también.

Aunque todo este puto asunto fuera el gran plan maestro de Rush, no estoy seguro de cómo va a reaccionar al verme con la Pelirroja. Miro a la mujer en cuestión y su mirada está clavada en la de Rush. Su pecho sube y baja con fuerza y mueve las caderas, animándome a continuar mi exploración. Así que, con una mirada cautelosa a mi hermano, lo hago.

VEINTISIETE

ALAINA

SOLO ME HACE FALTA un momento para superar mi sorpresa inicial al encontrar a Rush en la esquina del dormitorio. No debería sorprenderme, la verdad. Observar es lo de Rush, es donde se siente cómodo.

Tengo la corazonada de que está esperando mi señal... que le diga que está bien que se una. He dejado claros mis sentimientos por los tres, pero nunca les he preguntado si les parece bien compartirme... así.

Solo hay una forma de averiguarlo.

Giro un poco las caderas, recuperando la atención de Wolf sobre mí. Él capta la indirecta y mira a su hermano antes de volver a deslizar los dedos dentro de mí, arrastrándolos hacia dentro y hacia fuera con la lentitud suficiente para que sienta que estoy perdiendo la cabeza un poco.

El aliento sale de mis labios en pequeños jadeos y, cuando él inclina la cabeza y su lengua se desliza contra mi clítoris, cierro los ojos y gimo su nombre.

Me obligo a abrir los ojos y mirar directamente a Rush, desafiándolo a que se acerque. Aun así, permanece en el sillón, apretando el vaso con tanta fuerza que le veo la piel blanca de los nudillos.

Así que vuelvo a subir la apuesta y deslizo una mano para cubrirme el pecho, pinzando y tirando de mi pezón endurecido. La otra mano va a la cabeza de Wolf, enredándose en su pelo y manteniéndolo contra mi centro.

Miro a Rush mientras le pregunto: —¿Te vas a quedar ahí toda la noche?

Se lame los labios, con la mirada desviándose hacia mi mano en mi pecho. —¿Estás segura?

—Estoy segura. Ven aquí.

Rush está a mi lado en un instante, olvidando su vaso en el suelo. Vacila junto a la cama. —¿Wolf?

Wolf levanta la cabeza, con los labios brillantes por mi excitación, y dice: —No se lo negaré a nuestra chica. ¿Y tú?

—No. No le negaré nada. Ni en esta vida ni en ninguna otra. — Rush me mira con una intensidad ardiente que siento en mi alma. —¿Confías en mí, nena? —Asiento antes de que termine de hablar. Desliza los dedos por el lateral de mi cara, deteniéndose en mi labio inferior. —Buena chica. Fóllate a nuestra chica, Wolf.

Le devuelvo a Rush una sonrisa que raya en lo eufórico. Su tono autoritario me enciende la sangre. Y con un gesto de ánimo por mi parte, Wolf desliza sus dedos de mi centro empapado antes de metérselos en la boca.

—Jodidamente delicioso —dice con una sonrisa carnal. Abre el preservativo con los dientes y lo desliza por su polla erecta.

Nos alinea y, mientras sella sus labios con los míos, empuja dentro de mí. El aliento se me detiene en los pulmones mientras la sensación de plenitud invade mis sentidos.

Muevo las caderas, amando cómo se siente dentro de mí. —Conor. —Su nombre escapa de mis labios en un gemido mientras inicio de nuevo esa deliciosa escalada hacia el orgasmo.

Acerco mi mano hacia Rush, manteniendo su mirada mientras le desabrocho y bajo la cremallera de los pantalones. No me detiene, solo me observa con sus ojos de un gris tormentoso. Mi corazón se acelera, y no sé si es por la sensación de Wolf deslizándose dentro y fuera con una lentitud insoportable o por el hecho de que Rush no lleva nada debajo de sus vaqueros.

Cerrando los dedos todo lo que puedo alrededor de su impresionante longitud, deslizo mi mano de arriba abajo y me deleito con su suavidad aterciopelada.

—Más fuerte, nena —ordena Rush.

Aprieto más los dedos alrededor de él y ajusto mi velocidad para que coincida con la de Wolf. El corazón me golpea contra las costillas cuando siento las señales reveladoras de mi inminente orgasmo.

Wolf desliza su palma por mi cuerpo, dejando un rastro de fuego a su paso. —Te sientes como el puto cielo, nena. Puedo sentir cómo te aprietas alrededor de mi polla.

Sus palabras son como una cerilla para mi fuego ya encendido, y no puedo evitar apretarme de nuevo alrededor de él. Su velocidad aumenta, pero sigue manteniendo esas embestidas fluidas. —Oh, Dios, eso se siente tan bien. No pares —le ruego.

Wolf chasquea la lengua. —A nuestra chica le gusta el lenguaje sucio.

—Mm —responde Rush con una mueca en los labios.

Wolf estira su cuerpo sobre el mío y susurra contra mis labios: —Córrete para mí, nena. —Sus dedos tatuados rodean mi clítoris suavemente antes de cambiar de técnica y pellizcarlo.

Oigo a lo lejos el siseo de Rush cuando aprieto mi puño con fuerza a su alrededor, pero estoy demasiado ocupada flotando en una nube de absoluta felicidad como para prestar atención. La vista se me nubla por un momento y las estrellas bailan ante mis ojos.

—Maldita sea —gruñe Wolf un segundo antes de correrse, manteniendo las caderas pegadas a las mías, con nuestros pechos agitándose al unísono.

Después de unos instantes, se retira y se desploma a mi lado en la cama, pasándose un brazo por los ojos.

Acabo de tener uno de los mejores orgasmos de mi vida, pero aún no he terminado. Hoy no. Con la lujuria corriendo por mis venas dándome valor, me incorporo sobre las rodillas con la mano todavía envuelta alrededor de la polla dura de Rush.

Enredo mi mano en su cuello y él funde su boca con la mía, llevándome hasta el sillón en el que estaba sentado antes. Se sienta sin romper nuestro beso y yo me pongo a horcajadas sobre él.

Siento su miembro duro contra mí y balanceo las caderas sin pensarlo dos veces.

Él ladea mi cabeza para profundizar nuestro beso, y mi lujuria arde con más fuerza, más caliente. Rápidamente, empiezo de nuevo esa escalada hacia mi orgasmo.

Rompo nuestro beso para meter la mano entre nosotros y deslizar un preservativo por su longitud. Lo coloco en mi centro, desesperada por sentirlo dentro de mí. Rush aprieta su agarre en mis caderas, impidiéndome bajar.

—Mírame a los ojos, nena.

Recoge mi falda en un puño y la aparta hacia un lado. El aire fresco me recorre, dejando la piel de gallina en mi piel acalorada. Su otra mano traza un camino por mi cuerpo hasta posarse en el hueco de mi cuello. Arqueo la espalda contra su agarre, con mi placer aumentando al estar en esta posición.

—Ve despacio, ¿vale?

Asiento dos veces antes de bajarme lentamente sobre su polla. Se me corta la respiración y el corazón me da un vuelco. Se siente tan grande como los demás, y no parece estadísticamente posible que todos sean tan grandes, pero doy gracias a mi buena estrella por mi buena suerte.

Hago una pausa cuando está totalmente asentado dentro de mí, dándome un momento para adaptarme. Cuando empiezo a mover las caderas, Rush me atrae para un beso demoledor. —Lo eres todo, Alaina.

Parpadeo un par de veces ante su intensidad. Me deja controlar el ritmo un momento más antes de tomar el mando y empezar a follarme desde abajo. Apoyo las manos en sus hombros y disfruto del viaje.

El placer impregna mis extremidades, haciéndome sentir sin huesos y pesada al mismo tiempo. Mis labios se entreabren asombrados. —Yo... creo que me voy a correr otra vez.

Sus labios carnosos se curvan en una sonrisa carnal. —Quiero sentir cómo empapas mi polla, pajarito.

Gimo ante sus palabras; hay algo en su tono y en lo que dice que me hace entrar en una espiral cada vez más alta.

La tela de mi falda ondea alrededor de mis caderas y su palma vuelve a mi cadera antes de bajar por la curva de mi trasero. Me anima a cabalgarlo más rápido y más fuerte, y yo respondo a su petición con cada descenso y balanceo de mis caderas. Su gran palma cubre mi mejilla, sus yemas rozando el único lugar que nunca he explorado.

Un escalofrío me recorre la espalda ante la posibilidad. Y cuando desliza la punta de su dedo para rozarme ligeramente ahí, veo las estrellas. Me quedo sin aliento por completo y no puedo moverme mientras un placer demasiado abrumador electrifica mi cuerpo.

Rush gime contra mi boca mientras encuentra su propio placer, con sus manos flexionándose sobre mi piel por un momento.

Apoyo mi frente contra la suya e intento recomponerme. Siento que hoy he dejado pedazos de mí en esta habitación... o más probablemente, mis inhibiciones. Lo volvería a hacer sin dudarlo.

Algo ha despertado dentro de mí desde que los conocí y, por primera vez en diez años, siento que estoy exactamente donde pertenezco.

Arqueo la espalda e inclino la cabeza hacia atrás para encontrarme con la mirada azul océano de mi pieza faltante. Sully está apoyado contra la puerta cerrada del dormitorio con las manos metidas en los pantalones. Observo el lento movimiento de arriba abajo de su brazo y, de algún modo, una nueva ola de excitación se desliza sobre mí.

Su mirada se estrecha mientras se masturba pausadamente bajo la tela de sus pantalones. Es la viva imagen del deseo con su mirada seductora y el pelo revuelto.

Me paso los dientes por el labio inferior mientras me deleito contemplando a mi novio.

Rush gime debajo de mí. —Joder, nena. Como sigas apretándome así, no voy a salir nunca.

Suelto una risita y le doy un beso en los labios antes de apartarme de él con un gemido. —Paciencia, Dec.

Mi falda ondea alrededor de mis muslos mientras cruzo la habitación hacia Sully, balanceando las caderas a cada paso. Me detengo frente a él y mantengo su mirada mientras bajo lentamente

la cremallera de mi falda, dejando que caiga al suelo en un montón de tela a mis pies. Luego llevo las manos a mi espalda y, con un giro de muñeca, me desabrocho el sujetador y lo deslizo por los brazos antes de que se una a mi falda en el suelo.

Su mirada se enciende y su mandíbula se tensa mientras me observa. No es la primera vez que me ve así, pero es la primera vez que tiene público.

Este no es lugar para inseguridades, así que, aunque es silencioso en su escrutinio, no dejo que me afecte. Dejo que el subidón de mis orgasmos anteriores me envalentone y borro el espacio entre nosotros. Deslizo las yemas de mis dedos por su pecho hasta llegar a la cintura de su pantalón y tiro de ella. Su jadeo es ambrosía para mis oídos.

Le bajo los pantalones por las caderas y le aparto la mano con suavidad, revelando su polla dura. Mantengo su mirada mientras la envuelvo con la mano y me hundo en el suelo. Un gemido bajo brota de sus labios perfectos, y le devuelvo una sonrisa sensual antes de metérmelo en la boca.

—Maldita sea, princesa.

Deslizo mi lengua de arriba abajo por su longitud antes de jugar con la punta. Mi mano cubre todo lo que mi boca no alcanza, y disfruto de la sensación de él contra mi lengua.

Sully gime mi nombre y enreda sus dedos en mi pelo, sujetándolo con fuerza para mantenerme pegada a su polla. Gimo ante su petición tácita y una maldición escapa de sus labios.

Me guía para que me aparte de él con una presión suave, y no puedo evitar un sonido de protesta. Pasa su pulgar por mi labio inferior mientras me mira con la lujuria oscureciendo su mirada. — Me encanta tu boca, princesa. Pero quiero sentir esa vagina estrecha apretando mi polla.

Mis labios se entreabren al exhalar y él desliza su pulgar dentro de mi boca. Paso la punta de la lengua contra él, saboreando su piel. Antes de que me deje llevar, dice: —Ponte de rodillas en la cama.

Cruzo rápidamente la habitación hacia la cama, mientras un trío de risas llena el aire. Supongo que ellos también han sentido mi impaciencia. Le sonrío a Wolf mientras se reclina en la cama,

apoyado contra el cabecero. Y por mucho que desee convertir mis fantasías en realidad, no creo estar preparada para acostarme con los tres a la vez. Al menos hoy no.

Mis manos y rodillas se hunden en el edredón mullido, dejando mi sexo a la vista. Justo cuando estoy a punto de darme la vuelta, Sully desliza sus grandes palmas por mis nalgas y alrededor de mis caderas. Desliza sus manos por mi espalda y las apoya en mis caderas. Meneo el trasero y me desplazo por la cama hasta que lo siento pegado a mí.

—Sabes que no me gusta que me provoquen, James. —Mi voz es ronca por el deseo.

Curva su cuerpo sobre el mío, dejando besos con la boca abierta por mi espalda y deslizando sus dedos dentro de mí. —Fóllame, Lainey. Estás empapada.

Gimo su nombre, moviendo mis caderas contra sus manos mientras me folla con los dedos hasta el olvido. Nunca me he corrido tantas veces tan rápido en mi vida, pero a medida que el placer impregna mis extremidades y mi pecho se agita, me acerco rápidamente a mi siguiente orgasmo.

—Siento cómo te aprietas alrededor de mis dedos. Estás cerca, ¿verdad, princesa? —Las palabras susurradas de Sully contra mi espalda me recorren la columna. Retira las manos y los labios de mi cuerpo y, justo cuando abro la boca para protestar, oigo el sonido familiar de un envoltorio de preservativo abriéndose. Y al segundo siguiente, siento su polla dura en mi entrada. —Espera, Lainey.

Me apoyo sobre los antebrazos y clavo los dedos en el edredón, preparándome mientras Sully se desliza dentro de mí. Si no estuviera ya tan mojada, probablemente tendría que tomarse su tiempo. Pero mi excitación gotea por mis muslos y Sully penetra hasta el fondo. Esta posición es diferente, y se siente más grande... más profundo.

—Es demasiado. Este ángulo. Demasiado bueno. —Mis palabras son entrecortadas y respiro a bocanadas mientras Sully inicia ese ritmo delicioso que me hace sentir un hormigueo por todo el cuerpo.

Empieza en los dedos de mis pies —esta sensación de hormigueo — y sube por mis piernas y sobre mis caderas. Cuando rodea mi

cadera y me pellizca el clítoris, la sensación me recorre la columna y provoca una explosión detrás de mis ojos que me quita el aliento. Juro que pierdo el conocimiento por un momento mientras un placer tan intenso se apodera de mi cuerpo.

Mi nombre en los labios de Sully me devuelve a la tierra a tiempo para sentir cómo se pierde dentro de mí. Gruñe, manteniendo las caderas pegadas a mi trasero mientras siento mis paredes latir alrededor de su polla aún dura.

Aguanto un segundo más antes de que mis brazos y piernas cedan y caiga sobre la cama en un charco de felicidad posorgásmica. Sully se retira con un gemido y aterriza en la cama junto a mí.

Con la satisfacción y tres orgasmos explosivos pasándome factura, siento que se me cierran los ojos. —Solo necesito descansar los ojos un momento.

—Descansa ahora, nena. Nosotros te cuidaremos —murmura Sully mientras se gira para echarnos una manta por encima.

Con sus promesas, me relajo y confío en que cuidarán de mí.

VEINTIOCHO

ALAINA

DESPUÉS DE NUESTRO ACCIDENTADO VUELO, caí rendida durante varias horas. Me desperté justo cuando aterrizábamos en una de nuestras escalas. Me preocupaba que la situación entre los cuatro fuera incómoda —o peor aún, que hubiera resentimientos o sentimientos heridos—, pero para mi deleite, no hubo nada de eso. Si acaso, Wolf y Rush estaban francamente entusiasmados.

Si a eso le sumamos la mejora general en el estado de ánimo de Sully, nuestra cena a bordo durante la segunda escala fue, sinceramente, rara. Buena, pero rara. Definitivamente podría acostumbrarme a esto: tener tres novios que se ocupan de *todas mis necesidades*. Maddie se va a morir cuando la ponga al día. Sinceramente, a estas alturas probablemente esté viviendo sus propias fantasías de harén inverso. En cuanto estemos en casa y el peligro se disipe, voy a pasar un fin de semana entero con ella y con Mary, solo para ponernos al día.

Hemos aterrizado hace treinta minutos y Rush ha insistido en conducir hasta la casa de Seamus Flannery de inmediato. Tengo un jet lag de mil demonios con todas esas escalas aparentemente aleatorias, pero Rush siempre tiene un plan y confío en él.

Al parecer, ya tenemos que estar en algún lugar esta noche, y mantener el factor sorpresa es primordial cuando no tienes ni idea

de quién te persigue.

Doy cabezadas en el asiento trasero, admirando las ondulantes colinas verdes durante el trayecto. El cielo está nublado, pero eso no empaña mi aprecio por este hermoso país. Sé que tengo algunos primos segundos o terceros y otros parientes lejanos en algún lugar de estas tierras, pero no los veo desde que era muy pequeña; lo suficiente como para no recordarlos si no fuera por las fotos.

Tras otra hora, Rush gira por un camino de grava situado entre dos enormes arbustos frondosos. Me enderezo y me aliso las arrugas de la camiseta. De repente, me siento nerviosa. Quizá debería haber metido ropa más arreglada en mi equipaje de mano.

Cuando me desperté en el dormitorio del avión, me puse una camiseta blanca lisa de cuello en pico y una falda de color morado oscuro, esta última con vuelo por los muslos.

Rush apaga el motor, y el silencio interrumpe mis pensamientos antes de que se descontrolen demasiado. — ¿Todo el mundo listo? Entramos, obtenemos nuestras respuestas y salimos. Esto no es una visita social. No tenemos forma de saber cómo reaccionará ni a quién es leal. Muchas cosas pueden cambiar en diez años.

Asiento a las palabras de Rush y expulso el aire que no me había dado cuenta de que estaba reteniendo. Inspiro y cuadro los hombros. —Estoy lista.

Como si hubieran estado esperando mi aprobación, mis tres hombres abren sus puertas al mismo tiempo. Yo hago lo mismo un segundo después y me coloco junto a Sully. —Allá vamos.

Dejo que Sully me guíe hasta la puerta roja brillante de la casa de campo. La hiedra verde trepa por la fachada, ocultando la mayor parte del ladrillo. Suelto un suspiro y toco el timbre, retrocediendo inmediatamente dos pasos. Sully y Wolf me flanquean a cada lado y Rush se queda detrás de mí.

Un hombre alto de pelo entrecano abre la puerta vestido con una sudadera negra y unos pantalones cortos de deporte negros. — ¿Puedo ayudaros?

—¿Eres Seamus Flannery? —pregunta Wolf.

El hombre en cuestión se cruza de brazos, una acción que ocupa más espacio en el umbral de su puerta. —¿Quién lo pregunta?

Hay un momento de duda y envío una rápida plegaria esperando estar tomando la decisión correcta. —Alaina Gallagher.

Toda la sangre se le retira del rostro y baja los brazos. — ¿La niña de Aidan?

Asiento, con el cuerpo en tensión mientras mi instinto de lucha o huida se activa.

—Vaya, maldita sea. Por favor, entrad, pasad.

Seguimos a Seamus al interior de su casa y entramos en la primera habitación junto a la entrada. Está decorada con un toque moderno de mediados de siglo mezclado con estilo rústico: todo maderas color cereza y molduras de color blanco roto. Una gran alfombra roja y canela cubre el suelo, y dos sofás de color azul pastel están enfrentados con una mesa de centro ovalada de cristal entre ellos.

—Tenemos algunas preguntas para ti, Seamus —le digo mientras miro a mi alrededor—. Tú eres Seamus, ¿verdad?

—Por supuesto, sí, lo siento. Uno nunca puede ser demasiado precavido, ¿verdad? Soy Seamus Flannery, y tu padre era un querido amigo mío. De hecho, éramos primos segundos por matrimonio. Oh, miradme, soltando todo esto antes siquiera de ofreceros algo de beber. Por favor, sentaos; vuelvo enseguida. —Señala los sofás mientras se da la vuelta y trota hacia la cocina.

Me siento en medio del sofá con Sully y Wolf a cada lado y Rush detrás de nosotros.

Seamus regresa un momento después con una bandeja de galletas variadas, una botella de whisky y cinco vasos. —Lo siento. Me he quedado sin té.

Le resto importancia su disculpa con un gesto. —No pasa nada. Estamos bien. Gracias de todos modos.

Seamus se sirve una porción generosa y se bebe la mitad antes incluso de sentarse. Se hunde en el sofá frente a mí, manteniéndome la mirada. —¿Qué quieres saber?

Habíamos acordado que yo hablaría la mayor parte del tiempo al principio, y que uno de ellos solo intervendría si era necesario. Pero ahora que estamos aquí y hablando con él, no encuentro las palabras. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Qué sabes de Industrias Gallagher? —pregunta Rush, salvándose de seguir titubeando ni un minuto más.

Seamus apura el resto de su vaso antes de inclinarse hacia delante y volver a llenarlo. —Esa es una pregunta difícil.

—Específicamente, tu implicación en el plan de Lana Gallagher para ocultar a Alaina del resto de los Gallagher. —Wolf va directo al grano, con un lenguaje corporal engañosamente relajado. Como ya conocemos lo esencial, esta es una pregunta diseñada para asegurarnos de que es quien dice ser.

Seamus me mira. —Tu madre vino a verme años después de que Aidan dejara Industrias Gallagher y me suplicó que te borrara de cualquier registro rastreable. Las únicas excepciones fueron unos pocos bancos... uno que ayudé a tu padre a abrir para ti cuando naciste, por cierto. —Una sonrisa orgullosa se extiende por su rostro—. Y aunque esas cuentas están a tu nombre, las tengo tan enterradas que no son fáciles de rastrear.

—Así que la ayudaste. ¿Y luego qué? —pregunto, analizando toda la información en mi mente.

—Luego nada. No volví a saber de ella ni de tu padre.

Me aclaro la garganta. —Él murió. Mi padre, quiero decir. Acabo de enterarme oficialmente hace poco, pero murió hace diez años.

—Vaya, lo siento, pequeña. Me lo imaginé cuando tu madre vino a verme hace todos esos años, pero mantenía la esperanza de que apareciera algún día, ¿sabes?

Asiento y miro por encima de su hombro las obras de arte enmarcadas de su pared.

—¿Te dice algo el nombre de Christopher Lein? —pregunto, mirando fijamente la foto en blanco y negro de una carpa de circo.

Seamus suelta un suspiro. —Este camino por el que vas solo conducirá a más desgracias. A veces, las cosas deberían quedarse en el pasado.

Me concentro en él y entrecierro los ojos. —La desgracia viene a por mí tanto si sigo este camino como si no. No puedo armarme adecuadamente si no tengo la información correcta. Y creo que tú podrías tener lo que busco.

Un músculo de su mandíbula se tensa y siento, más que ver, que mis tres chicos se tensan en respuesta. Sé que todos están a un pelo de desenfundar sus armas.

—Entonces, ¿vas a ayudarme?

—Sí, pequeña, te ayudaré. Pero primero necesito otro trago. ¿Seguro que no quieres uno? —pregunta mientras se sirve otra copa.

—Estamos bien, gracias.

—De acuerdo, te contaré todo lo que sé. Por Aidan. —Eleva su vaso en el aire a modo de brindis antes de dar un buen trago.

QUISO la suerte que Seamus supiera mucho. Muchísimo. El silencio es atronador mientras todos procesamos la información que acaba de soltarnos.

—Así que... ¿el escenario más probable es que uno de mis parientes lejanos esté intentando secuestrarme? ¿Porque él o ella asumió el control de la junta en Industrias Gallagher? ¿Verdad? ¿Eso es lo que todos estamos pensando? —Frunzo el ceño mientras intento resolver toda la logística y los resquicios legales en mi mente. ¿Dónde está la pizarra blanca cuando se necesita una?

—Sí. Eso es lo que yo pienso. ¿Sabes quiénes son los Gallagher de la familia extendida, Seamus? —pregunta Rush con las manos apoyadas en el respaldo del sofá, detrás de mí.

—No, me temo que no. Siguen siendo esquivos por estas latitudes.

Me enderezo cuando se me ocurre algo. — ¿Qué hay de un tipo llamado Liam? De un metro ochenta y ocho, pelo oscuro y que suele llevar lentillas rojas. ¿Te suena de algo? Se le vio por última vez en la ciudad de Nueva York no hace mucho.

Seamus arruga la cara por un momento. —Me parece recordar a un chaval que llevaba mucho tiempo lentillas rojas, se unió a una especie de banda y aterrorizaba a la gente por diversión. Mason era

su apellido, Liam Mason. Los ojos rojos son difíciles de olvidar, ¿sabes?

—Liam Mason, veinticinco años, vive en Melbourne Ave, en Dublín —dice Sully con la cabeza inclinada sobre su teléfono. Lo agita en mi dirección—. Lo he buscado en internet.

Le sonrío con sorna y me levanto del sofá; Wolf y Sully se levantan también. —Gracias, Seamus, por tu ayuda hoy y por lo que hiciste hace todos esos años. Te estoy agradecida.

Se levanta de su sofá, un poco menos firme sobre sus pies. —Ha sido un placer. Mucha suerte, pequeña.

Estamos casi fuera de la puerta cuando Rush se da la vuelta y dice: —Una cosa más. ¿Cómo la borraste de forma tan segura? Ni siquiera mis programas personalizados, que encuentran a todo el mundo, hallaron sus archivos originales.

Seamus le dedica a Rush una sonrisa de oreja a oreja. —A todo el mundo no, por lo visto, ¿eh? Un mago nunca revela sus secretos. —Termina la frase con una carcajada, y me tomo eso como nuestra señal para salir de allí.

Observo cómo la casita se hace más pequeña mientras bajamos por el camino de grava hacia la calle. Mi mente da vueltas pensando en qué hacer a continuación.

VEINTINUEVE

WOLF

RUSH APARCA el coche calle abajo del piso de Liam Mason. Hemos tardado tres horas en llegar hasta aquí, más otros treinta minutos cuando hemos parado a comer.

Acaban de salir las estrellas de la tarde y llevamos veinte minutos aparcados en el mismo sitio. Arcade Fire suena bajito por los altavoces y Red tararea la melodía.

El piso en cuestión está a oscuras, pero eso no significa nada. Así que esperamos hasta asegurarnos de que hay alguien en casa—preferiblemente él.

—Por todo lo que he encontrado, vive solo en un piso, no tiene un trabajo estable registrado y es bastante conocido como músculo a sueldo —murmura Rush. El resplandor de su portátil le ilumina la cara mientras teclea una mierda que desde aquí parece auténtico galimatías.

—¿Y qué significa eso? —pregunta Red.

—Esperamos hasta que vuelva a casa —digo, acomodándome en el asiento.

Dejo que la mente divague mientras escaneo la calle, buscando al punk de ojos rojos. Esta calle no es muy transitada, lo que hace mucho más fácil vigilar a la gente que entra y sale.

Diez minutos después, un coche pequeño, de dos puertas y hecho una mierda, baja disparado por la calle estrecha y aparca delante de su piso con un chirrido de neumáticos. Un tío se despliega del asiento del conductor, da un portazo y avanza hacia la puerta principal. Me incorporo y sigo sus movimientos como un halcón.—Aviso.

—Desde aquí cuesta verlo bien, pero diría que podría ser él —murmura Alaina a mi lado.

Saca una llave del bolsillo y la mete en la cerradura de la puerta principal. Esta se abre y el tipo en cuestión entra sin echar la vista atrás.

—Tiene que ser él, a no ser que tenga un compañero de piso sin registrar. —Las tripas me dicen que este es nuestro tío, pero me sorprende un poco que ni siquiera haya mirado alrededor al entrar. Cualquiera podría haber estado ahí dentro—joder, *nosotros* podríamos haber estado dentro.

—Para ser un criminal, desde luego el tío no tiene ningún instinto de supervivencia —musita Sully.

Le dedico una sonrisa a mi hermano.—Yo estaba pensando lo mismo. Así que —me froto las manos—, ¿cómo vamos a hacer esto con Red aquí?

Los tres miramos a nuestra chica. No somos precisamente novatos en eso de sacar información a cualquiera, pero normalmente lo hacemos en la casa de carruajes de Summer Knoll, y nunca hemos dejado que un no miembro de la Hermandad sea testigo de estas... conversaciones.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que hacéis normalmente? —Red parpadea con esos grandes ojos color whisky que tiene, y lucho contra el impulso de tomar su boca. Hay algo en esa chica que saca a relucir mi hombre de las cavernas interior.

Eso, y que no consigo sacarme de la cabeza la imagen de ella tumbada bajo mí. De hecho, lleva en primera fila en todos mis pensamientos desde que pasó.

Sacudo la cabeza para centrarme de nuevo.—A veces solo necesitamos una conversación. Y otras, tenemos que ponernos un

poco creativos. —La sujeto con la mirada. Ha estado bastante cerca últimamente como para leer entre líneas.

—¿Cómo qué?, ¿darle una paliza o algo así? —Inclina la cabeza y frunce el ceño de una forma adorablemente rara.

Y voy a pasar por alto el hecho de que acabo de pensar que algo era adorable mientras hablábamos de la posibilidad de tortura.

—O algo así —dice Rush con una sonrisa ladeada.

Red asiente un par de veces.—Vale. Pues vamos.

Abre la puerta del coche y ya tiene un pie en el suelo antes de que ninguno de nosotros procese lo que está haciendo. Los tres nos apresuramos a guardar nuestras cosas, apagar el coche y salir mientras ella ya va por la mitad de la calle. Dejo a mis hermanos atrás mientras troto para alcanzarla.

—Eh, Red. No podemos plantarnos sin más en su puerta. Te va a reconocer, ¿recuerdas? Queremos tener la sartén por el mango aquí.

Sus pasos se ralentizan y me mira. Es suficiente para que Sully y Rush nos alcancen.—Tienes razón.

—No veo ninguna cámara de seguridad, así que Sully y yo iremos a la puerta. Vosotros os quedáis a un lado y fuera de la vista, ¿vale? —dice Rush mientras se dirige hacia la puerta principal del piso marrón oscuro.

Cojo la mano de Red y la llevo hacia los arbustos descuidados del lateral de la casa, lo bastante lejos para que no nos vea, pero lo bastante cerca para poder intervenir cuando llegue el momento.

Rush llama a la puerta y el mismo tipo la abre con una cerveza en la mano.

Red se inclina hacia delante, la mano aferrada a mi antebrazo.—Es él.

La rabia me hierva en las venas, tan rápida y letal que por un momento me roba el foco. Había encauzado aquella ira y aquel miedo de cuando nos arrancaron a Red y de cuando la coaccionaron para meterse en esa trampa mortal andante llamada almacén. Lo enterré bien hondo y lo dejé cocerse a fuego lento hasta poder hacer algo al respecto.

Ha llegado el momento.

Rush cierra su mano en torno al cuello de Liam y lo empuja dentro de la casa, seguido muy de cerca por Sully. Tiro de la mano de Red y subo los dos escalones del porche a trote, entrando en la casa. Red cierra la puerta detrás de nosotros y yo me tomo un segundo para asomarme por la ventana y asegurarme de que nadie ha visto ese pequeño intercambio antes de echar el cerrojo.

Cuando estoy satisfecho de que estemos limpios, sigo el sonido de las voces de mis hermanos.

—Quédate a mi lado, ¿sí?

—Vale. Pero quiero mirarle a los ojos justo antes de que le impongas su castigo. Sé que es lo que vas a hacer, Wolf. No hace falta que me endulces las cosas, ¿sabes?

Contengo la sonrisa que amenaza con levantarme la comisura de la boca.—Como quieras, nena.

Los encontramos en la pequeña cocina, con Liam sentado en una silla metálica en medio del linóleo amarillo. Ya tiene el labio partido y sangrando.

—¿Este es él? ¿Es el tío que viste? —pregunta Sully a Red con un puñado del pelo de Liam, sujetándole la cara levantada.

Los ojos rojos nos lanzan rabia y represalias, pero a mí esa mierda me da igual. Esta es nuestra represalia por lo que este cabronazo hizo.

Red asiente, la boca una línea dura en su preciosa cara.—Es él. Mataste a mi madre. —La voz le sale uniforme, tranquila incluso, así que lo que hace a continuación me sorprende más de lo que debería.

Da un paso al frente, alza la mano bien arriba y hunde un cuchillo en el muslo de Liam. Su grito estalla en el silencio de la cocina, roto solo por la respiración agitada de Red.

Levanta la mano de nuevo, pero yo le agarro la muñeca temblorosa y la guío con suavidad hacia abajo, a su costado.—Necesitamos respuestas, nena. Si se desmaya por la pérdida de sangre, puede que no las consigamos nunca.

Es verdad, necesitamos nuestras respuestas, pero una parte mucho más grande de mí quiere verla destrozar a este cabrón que se atrevió a ponerle una mano encima—de forma indirecta o no. La

sangre se me acumula en la polla, la manera que tiene mi cuerpo de indicarme que tampoco me importaría verla hundirle ese cuchillo en la pierna por otros motivos.

Ella asiente y se lame los labios, el pelo deslizándosele por delante del hombro.—Vale. ¿Para quién trabajas?

Liam gime y escupe un pegote de saliva sanguinolenta al suelo.—¿Estás de puta broma? No voy a decirte una mierda.

—Vale —Red se encoge de hombros, se zafa de mi agarre, echa el brazo hacia atrás y le suelta un puñetazo en la cara.

—Joder, nena. —Me recoloco la polla, que empieza a endurecerse, dentro de los pantalones y me encojo de hombros cuando ella me mira con una ceja alzada—. No te cortes por mí. Yo solo estoy aquí disfrutando del espectáculo.

Ella me lanza una sonrisa traviesa mientras se sacude la mano. Tiene los nudillos enrojecidos, pero no parecen demasiado mal. Sully debe de haberle estado enseñando algo para que su rechazazo haya entrado tan bien.

—Que te jodan. Ni siquiera entiendo por qué te quiere a ti, de todos modos —escupe Liam con desdén.

—¿Quién me quiere? —Red da un paso más cerca, y me tenso. Si Liam se libera de sus ataduras, ahora la tiene a su alcance. Me pone de los putos nervios.

Liam cierra la boca de golpe con un chasquido, y la paciencia de Rush se rompe. Saca la pistola y se la apunta a la cabeza a Liam.—¿Quién coño te contrató, Liam Mason, hijo de Debra y Harold Mason, nacido el veintidós de mayo en el hospital St. Mary's?

El color se le escurre de la cara y, por fin, las primeras trazas reales de miedo le asoman a los ojos.

—Bien. Ya tenemos tu atención. Te lo voy a preguntar una vez más. ¿Quién te contrató? —pregunta Sully mientras Rush le clava el cañón de la pistola en la frente.

—¡Vale! ¡Vale! Os lo diré. Ni siquiera me pagó lo suficiente como para aguantar esta mierda. —Suelta un suspiro y alza la vista—. Me pagó cien mil pavos por recoger a Alaina McElroy barra Gallagher. Me dio un pase ilimitado para su avión privado, una lista de lugares donde podría estar, una foto reciente. Pero cuando se lió todo en el

almacén, me subí al jet y me volví a casa. Le dije que necesitaba más pasta, ya que era una jodida pieza, la tía.

—¿Y Lana McElroy? —apremia Rush.

—¿La madre buena? Me pilló un día que estaba siguiendo a Alaina y a sus primos. Esa zorra tenía un par de cojones acercándose a mí así, sin más. Dijo que podía conseguir que su hija colaborase y se viniese conmigo de buena gana si compartía la pasta con ella. Me dijo que fuese al Blue Lotus Diner a la una, y que Alaina estaría allí sola.

Red jadea y Liam le dirige una mueca de desprecio.—Eso es. Tu madre te entregó, bomboncito. ¿Qué tal sienta eso?

Red da un paso al frente, los puños apretados y la rabia saliéndole en oleadas.—Podría matarte, ¿sabes? Ahora mismo podría pegarte un tiro en la tripa, igual que tú hiciste con mi madre, y no hay nada que puedas hacer al respecto. ¿Cómo *se siente*, mm?

Jódeme. No sé qué dice eso de mi psique o lo que sea, pero cuando Red se pone en plan asesina así, me entran ganas de poner ese culo prieto sobre la superficie más cercana y adorarla a ella y a sus pensamientos oscuros a base de bien.

—Ah, pero no lo harás. Me necesitáis. ¿A que sí? —reta Liam.

—Hasta que deje de ser necesario—hasta que *tú* dejes de ser necesario. —El hielo en la voz de Red me hace recorrer un escalofrío por la espalda, y eso que yo ni siquiera soy el destinatario de esa amenaza.

Se le marcan los tendones del cuello a Liam y aprieta la mandíbula. No me gusta cómo mira a Red, con asesinato en los ojos, así que doy un paso al frente y bloqueo en parte su campo de visión.—Cuéntanos qué pasó después de que te llevaras a la chica equivocada.

Las fosas nasales de Liam se abren mientras me mira fijamente.—Lo hice todo bien. Fui al restaurante correcto a la hora correcta. Había una pelirroja sentada sola en una mesa y se parecía a Alaina, así que la agarramos.

—¿La agarramos?

—El jefe pagó a unos cuantos de sus chicos de la zona para que ayudasen. Ellos se largaron en cuanto vimos el error. Así que tuve

que volver al restaurante, y fue entonces cuando te vi a ti—y a tu madre.

Red asiente, y todas las piezas empiezan a encajar. La única pregunta ahora es: ¿quién mueve los hilos?

—Entonces, ¿listo para contarnos quién te contrató, o estás listo para morir por ese secreto? —pregunta Rush, colocando el dedo sobre el disparador.

—Aeron. Aeron Briggsby me contrató —escupe Liam entre dientes apretados.

TREINTA

ALAINA

WOLF ENTRELAZA sus dedos con los míos mientras seguimos a Rush y Sully hacia la puerta roja de Three Dogs. —No te separes de ninguno de nosotros en ningún momento —murmura.

—Lo sé, Wolf. Confía en mí. —Lo miro de reojo mientras nos acercamos al hombre que hay junto a la puerta.

—Es en todos los demás en quienes no confío. —Wolf recalca su afirmación apretándome la mano.

Me inclino hacia él y apoyo la cabeza en su hombro un momento mientras nos detenemos detrás de Rush.

—Venimos a ver a Quinn Kelly.

El tipo de la puerta es tan alto como ancho. Con la cabeza rapada y unos bíceps más grandes que mi cabeza, parece que levanta autobuses escolares en el banco de pesas por pura diversión. Se lleva la muñeca a la boca y dice algo demasiado bajo para que yo lo oiga. Tras un momento, nos dedica un asentimiento y abre la puerta.

—El señor Kelly les espera. Él les buscará cuando esté listo.

Murmuro un agradecimiento al pasar a su lado, y no se me escapa la forma en que sus ojos se quedan fijos en toda la piel que llevo al descubierto. Por los gruñidos graves que resuenan a mi alrededor, no creo haber sido la única en notarlo.

Wolf se da la vuelta y espeta: —Guárdate los ojos para ti antes de que te los arranque del puto cráneo.

El hombre se limita a sonreír con sorna, arqueando una ceja, y se encoge de hombros con sus grandes hombros, desviando la mirada.

Le doy unas palmaditas en el pecho a Wolf con la mano libre. —¿Ves? Estoy bien.

—Sabía que esto era un error —suelta Rush.

Entramos en el pub, aunque se siente más como un club que como un pub. —Acordamos que lo mejor era que todos estuviéramos juntos, ¿recuerdas? Relájate, Rush, no es que no me hayan mirado antes. —Pongo los ojos en blanco con una sonrisa en la cara.

—Sí, ¿pero rodeada de tus hombres? —Rush arquea una ceja mirándome un momento antes de mirar por encima de mi hombro, sin duda dirigiendo esa mirada fulminante al portero. Un escalofrío me recorre la espalda al oír la mención de estar rodeada de *mis* hombres.

—Hay gente a la que le gusta que le den una paliza —digo encogiéndome de hombros—. Pero no voy a dejar que eso me arruine la noche, y tú tampoco deberías.

Rush estira el brazo y posa la palma de la mano en mi cintura, atrayéndome hacia él y desenredando de paso mi mano de la de Wolf. —No tuve en cuenta la cantidad de gilipollas que se van a familiarizar íntimamente con mis puños esta noche. Pareces un puto sueño húmedo, nena.

—Pueden mirar...

—Oh, princesa, ya están mirando —me interrumpe Sully con un gruñido.

Deslizando mis manos por el duro pecho de Rush, me inclino hacia atrás y ladeo la cabeza con una ceja levantada. Mirando de Sully a Rush, dejo que la sonrisa de suficiencia se extienda por mi rostro.

La sensación de tener a estos tres hombres salivando por mí es embriagadora. Me siento poderosa con sus facultades hambrientas devorando cada centímetro de mí. Me siento audaz y quizá un poco temeraria.

—Bueno, pueden mirar, pero no pueden tocar. ¿Verdad, chicos?
—No puedo evitar la burla; me estoy regocijando en este sentimiento de poder.

Rush pasa sus labios desde mis clavículas hasta la parte delantera de mi cuello. Dejo caer la cabeza hacia atrás y cierro los ojos ante la sensación. Su barba incipiente apenas me roza la piel, y no puedo evitar pensar en cómo se sentirá esa barba contra la parte interna de mis muslos.

Sus labios siguen la curva de mi mandíbula, depositando besos con la boca abierta hasta que se detiene bajo mi oreja. —Nadie toca lo que es nuestro. —Su posesividad está tejida en cada palabra, y no me molesto en reprimir el escalofrío de excitación.

El olor a sándalo me llena la nariz cuando Wolf se sitúa detrás de mí. Sus palmas cálidas rodean mi cintura, con los dedos extendidos para tocar más piel. Desliza su nariz por mi cuello, en el lado opuesto al de Rush. —Y cuando volvamos, quiero verte con esto. Solo con esto. —Sus dedos juegan con la tela en mi cintura.

He elegido un top negro de malla de manga larga con un sujetador negro debajo. No es un sujetador push-up ni mucho menos, pero, sinceramente, hace que mis tetas se vean genial. Va metido por dentro de una falda corta de color rosa pálido que se ciñe a mis curvas. Estaba un poco nerviosa cuando metí este conjunto en la maleta, pero no estaba segura de qué esperar por aquí, así que empaqué un poco de todo. Y algunas cosas que desafían mis niveles de comodidad, como el conjunto de esta noche.

El momento en que salí del baño en nuestra casa de alquiler es algo que recordaré mucho después de esta noche. Los tres estaban esperando junto a la puerta y, al unísono, se giraron para verme caminar hacia ellos al primer clic de mis tacones sobre el suelo de madera.

Aquellas miradas de hambre idénticas dispararon mi confianza personal como nada que hubiera experimentado antes. Los miro ahora, y el hambre en todas sus miradas aviva las llamas del deseo en mi interior. Ya estoy contando el tiempo que falta para poder ponerles las manos encima a los tres cuando nos vayamos de aquí.

Alguien choca con Rush y, aunque apenas se mueve, es suficiente para romper el hechizo que hemos tejido a nuestro alrededor. Rush levanta la cara de mi cuello para gruñirle a alguien por encima del hombro, sin quitarme las manos de encima en ningún momento.

Levanto las pestañas, tardando en salir del trance lujurioso en el que me han sumido. Rush está a contraluz por las luces del interior del club y, desde este ángulo, parece en todo momento el rey oscuro que imagino que es. Es un lobo entre ovejas, y está a un empujón de perder los estribos y darles a todos una lección.

Lucho conmigo misma. Quiero verle dar una advertencia, y una pequeña parte de mí babea ante la idea de que domine la sala de esa manera. Pero mi lado práctico sabe que la reunión con Quinn es importante. No podemos ser interceptados antes de resolver todo el asunto con los Gallagher. Y por lo que dijo Wolf, la presencia de la Hermandad por aquí es más fuerte que cualquier cosa en casa. Sería una falta de respeto venir a su ciudad y no presentarse.

Así que aquí estamos. En un club de las afueras de Dublín.

Enredo los dedos en la suave tela de algodón de la camiseta de Rush y tiro para llamar su atención. Gira la cabeza para mirarme, todavía con el gesto feroz. —Ojo al parche, Dec.

Pierde parte de su ira y su rostro se suaviza con un suspiro. Inclinandose, deposita un pequeño beso en mis labios. —Tienes razón, nena.

Intento profundizar el beso, pero él se aparta antes de que pueda. El brillo de labios rosa reluce en sus labios carnosos y, no sé cómo demonios es posible, pero parece aún más sexy.

—Muy bien, terminemos con esto, ¿vale? Cuanto antes acabemos, antes podremos llevar a Lainey de vuelta a casa. —La intención tras las palabras de Sully es clara. Calculo la distancia entre nosotros.

Rush se aleja un paso de mí y se pasa la mano por el pelo. Observo fascinada cómo una máscara carente de emociones cubre su rostro. Me lanza una sonrisa de complicidad y yo le pongo los ojos en blanco.

Creo que el Rush juguetón me gusta tanto como el Rush dominante.

Wolf me aprieta la cintura antes de retroceder él también. — Tiene razón. Acabemos con esto pronto, ¿sí?

Todos asentimos y nos damos la vuelta para dirigirnos a la barra que hay a un lado del club. La música se vuelve más fuerte a medida que nos acercamos a la pista de baile, y me fijo en que hay unas escaleras que llevan a otro nivel. No puedo ver nada más allá de los dos porteros con polos negros. Están de pie frente a la escalera con sendos gestos de enfado. Un vistazo rápido solo me permite vislumbrar a gente en las zonas de los balcones, pero está oscuro, así que no alcanzo a distinguir quiénes están allí arriba.

No es que espere conocer a nadie aquí. Pero hay una pequeña parte de mí que espera que Liam salte de detrás de cada esquina, esté donde esté. El único momento en que me siento a salvo de él es cuando estoy rodeada de mis hombres.

Me siento mejor equipada desde que las hermanas King me han acogido bajo su protección. Pero no creo que deje de mirar por encima del hombro hasta que Liam esté liquidado.

Permanentemente.

Y quienquiera que sea su puto jefe.

Una vez llegamos a la barra, me doy la vuelta y miro a la multitud. Sully está a mi lado, Wolf busca posibles amenazas y Rush pide nuestras bebidas.

—Cíñete al plan, ¿vale, princesa?

Dirijo la mirada al hombre que tengo al lado. Con su vieja camiseta de algún grupo y unos vaqueros que se le ciñen al culo, parece exactamente el chico del que me enamoré hace años. Solo que ahora ya no es un chico. No estoy segura de si alguna vez fue un chico, pero ha envejecido por algo más que el mero paso de los años desde que nos separamos.

—Tú y yo nos quedamos aquí abajo hasta que Rush y Wolf terminen; lo sé.

Me mira un momento, recorriéndome la cara con la mirada. — Bien.

—Me he tomado la libertad de pedirte una bebida sofisticada y afrutada con mucho vodka. Creo que te encantará. —Wolf me pasa una bebida roja y naranja y un whisky para Sully antes de darse la vuelta para coger su bebida de la barra. Whisky para los tres; no me sorprende ni lo más mínimo.

Tarareo de placer al dar un sorbo a mi bebida. El cítrico estalla en mi lengua y decido en el acto que es mi nueva bebida favorita. Le articulo un *gracias* a Wolf, que no me ha quitado los ojos de encima en todo este tiempo.

Tras otro trago, me doy la vuelta y examino el lugar. Está muy concurrido para ser un miércoles por la noche. Sobre todo porque no está situado en el corazón de la ciudad; de hecho, está tan apartado de las rutas habituales que por un momento pensé que teníamos la dirección equivocada.

Un tipo grande y corpulento aparece de la nada para ponerse delante de nosotros. Respiro hondo y me presiono la palma de la mano contra el pecho para calmar mi corazón acelerado.

Nadie dice una palabra mientras este tipo desconocido nos mira minuciosamente a los cuatro. Tras un momento, vuelve a mirar a Rush y asiente, ladeando la cabeza e indicándole a Rush que le siga.

Rush me echa una mirada y, con ese único gesto, sé que me está diciendo que me porte bien.

Es un poco asombroso que sea capaz de captar lo que intenta transmitir con una sola mirada. Es como si por fin estuviera aprendiendo el lenguaje secreto. Observo cómo Rush y Wolf siguen al hombre hasta la escalera VIP. Los porteros no les detienen mientras siguen al tipo hasta la zona del balcón.

Tras un momento sin moverme, vuelvo a observar a la gente. Ni siquiera sé qué estamos vigilando, pero miro de todos modos.

Hay gente sentada en los pocos reservados de la pared trasera. Están debajo de la zona del balcón, así que están algo en penumbra. Hay más mesas altas en lugares aparentemente aleatorios por todo el espacio, y en cada una hay alguien instalado, tomando una copa y charlando.

Las luces se atenúan aún más y unas luces estroboscópicas rojas, azules y blancas inician un patrón sobre la pista de baile.

Cuando la canción cambia, el volumen de la música sube y una docena de personas se lanzan a la pista, bailando durante todo el trayecto.

Hay un DJ pinchando discos en el pequeño escenario frente a la pista de baile. Lleva un gorro de lana rosa fucsia con auriculares negros cubriéndole las orejas y una chaqueta de chándal rosa claro sobre una camiseta blanca. Está disfrutando con la canción que suena y se me ocurre una idea.

Pongo una mano en el hombro de Sully y me acerco a su oreja. —Tengo una idea.

Sully gira la cabeza, llevándose la copa a los labios mientras observa a la gente. —Tu última idea fue arriesgada.

—Apenas fue arriesgada. Vosotros invitasteis a las hermanas King al círculo hace mucho tiempo; pensaba que confiabais en ellas. Además, me caen bien. Y necesitamos ayuda.

Sully desliza el brazo más cercano a mí alrededor de mi cintura y se inclina más, pegando la boca directamente contra la delicada piel de mi pabellón auditivo. —No confío en nadie, no cuando se trata de ti.

Sus palabras se pronuncian con una promesa, y me pego más a él, con mi pecho contra el suyo. Solía pensar que nunca necesitaba a nadie que me protegiera, y ahora me doy cuenta de que esa era mi propia forma de lidiar con el hecho de que nunca me sentí protegida por las dos personas que se supone que deben hacerlo.

—¿Listo? —empiezo, jugueteando con su pelo en la nuca.

Lo llevaba recogido en un pequeño moño en la parte posterior de la cabeza. Nunca pensé que me gustaría este estilo, pero quizá mis gustos en hombres estén cambiando. Lo más probable es que sea él. Creo que cualquier cosa que hagan ellos me pondría a tono.

—¿Mmm? —Su voz vibra contra mi piel.

—Es la hora de mi idea. Vamos, galán. —Bebo el resto de mi copa con la pajita y la dejo en la barra detrás de mí. Sully se traga lo último de su whisky y su nuez se mueve con el gesto. Juro por Dios que se me mojan las bragas solo de verle.

Niego un poco con la cabeza.

Concéntrate, Lainey.

Estira el brazo por encima de mi hombro y deja su vaso en la barra detrás de mí, y su aroma a sal marina invade mis sentidos. No puedo evitar tocarle. Deslizo ambas manos sobre su pecho y por sus hombros hasta que se encuentran en su nuca. Parece increíblemente grande desde este ángulo, y eso me motiva.

Vaya si me motiva.

Es como si estuviera teniendo mi propio despertar sexual. Pero multiplicado por tres. No sé de qué otra forma explicarlo. Es como si mis hormonas hubieran montado una fiesta, los hubieran probado y ahora estuvieran hambrientas.

Se me entrecorta la respiración y lucho contra mi imaginación, que intenta derrocar me y representar mi fantasía.

Sully me sigue mientras nos abrimos paso entre la gente que baila en la pista y llegamos a la mesa del DJ. El tipo levanta un dedo mientras ladea la cabeza al ritmo de la música, con los auriculares puestos y la mano haciendo girar los platos. Unos enormes altavoces apilados enmarcan la mesa en la que pincha, pero, por lo demás, está un poco apartado aquí.

Un momento después, se desliza los auriculares para que descansen sobre su cuello y grita: —¿Qué pasa?

Me inclino sobre el lateral de la mesa y le pido mi petición. Observo cómo escanea a Sully de pies a cabeza, sin duda registrando cada uno de sus ciento ochenta y ocho centímetros, desde sus tatuajes en el brazo completo hasta su intensidad general. Lanza una mirada hacia la oscura zona del balcón y sus ojos se endurecen antes de despejarse rápidamente.

—Sí, claro. La siguiente, ¿vale?

—Perfecto. Gracias. —Me doy la vuelta y miro a Sully, con una sonrisa traviesa curvando mis labios. Me muero de ganas de ver cómo sale esto.

TREINTA Y UNO

ALAINA

SULLY SE INCLINA con una mano en mi cintura.—¿Y esa cara?—

Giro la cara hacia su cuello.—No hay ninguna cara—digo entre risas. Antes de que pueda interrogarme más o llamarme la atención por mi mierda, la canción cambia. El bajo profundo de una canción conocida retumba por los enormes altavoces justo detrás de nosotros, y no puedo contener la sonrisa que se extiende por mi rostro. Entrelazo mis dedos con los de Sully y camino hacia el centro de la pista de baile.

Sully me hace girar para que quede frente a él.—¿Esto ha sido cosa tuya? —Inclina la cabeza hacia el DJ.

Asiento y me muerdo el labio.—¿Buena idea?—

Sus ojos azul brillante se clavan intensos en los míos. El corazón me retumba mientras espero su reacción. Es un movimiento calculado, uno pequeño, pero intencionado al fin y al cabo. He pedido una canción que escuchamos en la cabaña.

Sully y yo hemos tenido un avance, pero la confianza tardará en volver a ser lo que era... lo que *volverá a ser* algún día. Ahora mismo, necesita un empujoncito—o diez—y si yo también saco algo de provecho, pues mejor. Cuando no se aparta de inmediato, deslizo las palmas por sus brazos, por sus hombros, hasta enredar los dedos

en su pelo en la nuca. Estoy lo bastante cerca como para tocarle, pero ni de lejos tan cerca como me gustaría.

Mirándole a los ojos, no sé si alguna vez será lo bastante cerca para mí. Sully es como un maremoto. Su mera presencia ya basta para abrumarme, y casi siempre que intento contener esa fuerza, acaba dejándome patas arriba y bajo el agua.

Pero no siempre ha sido así.

No siempre ha sido tan volátil, y hubo un tiempo en que agradecía mis intentos de domarle.

Le veo debatirse, indeciso, la mandíbula tensa y los ojos casi entornados.—¿Qué tramas, princesa?—

La yema de mis dedos danza por la parte de atrás de su cuello, y me impulso de puntillas para susurrar contra sus labios,—Baila conmigo, James.—

Me agarra de la cintura, sus manos marcando su firma en mi cuerpo de más de una forma. En un solo movimiento, me atrae hacia él y desliza una mano a la parte de atrás de mi cuello. Tirando de ese agarre, me pega a su cuerpo, su boca encontrándose con la mía en un beso que me sacude el alma.

Los pezones se me endurecen y algo, muy abajo en mi estómago, se contrae. Esto—esto es la razón por la que le empujo. Tiene tanta pasión embotellada y enterrada que, cuando se deja ir, es una explosión. Y yo pienso cosechar los frutos con una jodida sonrisa en la cara.

No sé quién rompe el beso primero, pero no abro los ojos de inmediato. Inclino la cabeza hacia un lado, nuestras frentes pegadas. Decidida a alargar este momento, me entrego a él por completo. La canción cambia y dejo que los sonidos de Hey Violet se infiltren en mis miembros. Rodeada por Sully, empiezo a mecarme y a girar las caderas.

No me sorprende nada cuando Sully aprieta más el agarre en mi cintura, manteniendo mi cabeza justo donde la quiere con la mano en la nuca. Roza mis labios con los suyos con cada vaivén de mis caderas.

Una canción se funde con otra, y esa en una tercera, y pierdo la cuenta del tiempo que llevamos en la pista. Las manos de Sully

recorren mi cuerpo mientras bailamos fuera todos esos sentimientos no dichos y no resueltos que tenemos el uno por el otro.

He bailado en clubes antes, no a menudo, pero lo suficiente como para saber que esto está muy lejos de ser *sólo* un baile.

No hay nada de amistoso en la forma en que nuestros cuerpos se están comunicando. Es exigente e intoxicante. Y no quiero que pare jamás.

Sully y yo bien podríamos estar en nuestro propio mundo. Ahora mismo no existe nada más que esta burbuja que hemos creado en la pista de baile. La lujuria gira a nuestro alrededor, enredándonos juntos, casi como si fuera algo tangible.

El sudor humedece el pelo de mi nuca a medida que sube la temperatura en el club. La energía se arremolina por todo el local, y da la sensación de que hay más cuerpos a nuestro alrededor, pero no soy capaz de apartar la mirada de Sully.

Parece una puta fantasía. Todos esos tatuajes llamativos destacan en un contraste brutal contra su camiseta blanca impoluta. Sus músculos se marcan al mantener sus caderas alineadas con las mías.

Hemos empezado un lento perreo, él y yo. Un baile sensual que sólo sería mejor si no hubiera tantas capas entre nosotros. El beat cae y yo hago rodar las caderas. Sin perder el ritmo, él desliza la rodilla entre mis piernas, y sus manos bajan hasta sujetarme de las caderas. Baja la mirada para observar cómo se mueven nuestros cuerpos uno contra el otro mientras la canción de Glass Animals llena el aire cargado. Con cada giro de mis caderas, siento su polla, dura y gruesa, rozarse contra mí, y mi excitación se dispara. Destellos de nuestra noche juntos bailan ante mis ojos, encendiendo aún más mi lujuria. No creo que mi tanga sobreviva a la noche si seguimos así.

Estoy a cinco segundos de suplicarle que me lleve a uno de esos reservados oscurecidos cuando los siento. Wolf se coloca detrás de mí, moldeando su cuerpo al mío a la perfección. Mueve las caderas al compás de las mías, y yo echo la cabeza hacia atrás sobre su hombro para mirarle. Manteniendo la mano derecha aferrada al

hombro de Sully, llevo la izquierda hacia atrás y guío la mano de Wolf a mi cadera.

—Eres la mujer más cautivadora de la pista esta noche. No podía apartar los ojos de ti.— Su voz es grave, empapada de deseo.

Alzo la barbilla, buscando su boca, cuando siento unos dedos largos envolver con suavidad mi cuello por la izquierda. Sin mirar, sé que es Rush. Giro la cabeza hacia él, manteniéndola apoyada en el hombro de Wolf, sin dejar en ningún momento mi lento baile en el centro de la pista. Él se ha colocado a mi lado, lo más cerca posible, teniendo en cuenta que estoy atrapada entre sus hermanos.

Rush se pega a mí hasta lo imposible, acercando su boca a la mía. Entroabro los labios, hambrienta por sentir los suyos sobre los míos. La anticipación me araña por dentro, mi deseo casi me desborda.

Se empuja contra nosotros y gime en mi boca,—Mía.—Su lengua se enreda con la mía, y siento cómo se me clavan las uñas en el hombro de Sully y en la muñeca de Wolf. Gimo en el beso, perdiendo parte del ritmo que llevaba. No tenía por qué preocuparme, Sully y Wolf mantienen el lento baile de fricción. Mi recompensa es sentir a Wolf pegado a mi espalda. Su polla está dura y gruesa, y roza mi culo de la forma más tentadora posible.

No puedo evitar fantasear con que los cuatro estamos otra vez en nuestra habitación de alquiler en lugar de en un club abarrotado. Ya he probado un poco de cada uno de ellos, y lejos de saciar mi hambre, me ha dejado salivando por más.

Rush me folla la boca con la suya, y estoy a *esto* de correrme con toda la estimulación, pero entonces Rush arranca su boca de la mía. Su pecho sube y baja, y la protesta está a punto de salirse por la boca cuando Wolf me inclina la cabeza hacia atrás y reclama mi boca para él.

—Mía.— La palabra se derrama en mi boca, un sonido tortuoso que me convierte en un charco. El cuello se me tensa mientras intento reclamar más de su boca. Está inusualmente contenido en este beso, y yo ya he tenido bastante.

Rompo el beso un segundo, lo justo para girarme, y luego le echo los brazos al cuello y vuelvo a unir nuestras bocas. Gime en mi

boca, y yo enrosco una pierna a lo largo de su costado. Unas manos fuertes y calientes se deslizan por debajo de mis muslos desde atrás cuando uno de mis reyes oscuros se coloca pegado a mí por la espalda. El olor a cítricos dulces invade mis sentidos.

Rush.

Mi callado. El que siempre me cubre las espaldas—el que me las ha cubierto mucho antes de que yo siquiera me diera cuenta de que necesitaba a alguien ahí. A menudo me pregunto qué habría pasado si hubiera reunido el valor para enfrentarme a él hace un año—o incluso sólo un par de meses antes.

¿Cómo habría sido entonces mi vida?

¿Seguiría aquí, ahora? ¿Estaría con todos ellos? Si Wolf no me hubiera recogido en la estación, y si mi madre no se hubiera prometido... El pensamiento de mi madre corta en seco mi hilo mental y amenaza con cargarse mi libido, así que lo aplasto. Muy hondo. Hasta un lugar al que sólo un terapeuta podrá acceder dentro de muchos años.

Los tres nos movemos como uno solo, y echo la cabeza hacia atrás para buscar a mi pieza que falta. La preocupación eclipsa mi deseo por un momento cuando no le encuentro justo a mi lado. Las luces se intensifican y se apagan al ritmo de la música, dejando medio rostro suyo en sombra. Sostengo su mirada, frunciendo el ceño mientras Wolf besa un camino por mi cuello.

Sully da un paso hacia delante, su rostro entrando en la luz. Me recorre despacio, a conciencia, de arriba abajo, y la piel se me eriza. El deseo intenso en su cara no hace más que avivar mis llamas. Se muerde el labio, sus ojos bajos y entornados mientras nos observa a los tres. Me vuelve a hacer un repaso lento mientras se pasa el pulgar por el labio de esa forma absurdamente sexy que hacen los tíos.

Su mirada jodidamente echa humo cuando se cruza con la mía. Se me tuercen los labios al ver cómo la idea se vuelve cristalina.

Sully tiene tendencias voyeristas.

Y a mí me gusta—no, me *encanta* esa mierda.

Está junto a nosotros, sin llegar a tocar, pero lo bastante cerca como para que yo pueda extender la mano y rozarle. Así que lo

hago.

Dicen que una mirada vale más que mil palabras, ¿no? Pues ahora mismo, Sully me está mirando como si quisiera devorarme.

Y yo pienso dejar que lo haga.

En dos pasos elimina el espacio entre nosotros y me roba sin esfuerzo la atención de sus hermanos. Coloca las palmas a ambos lados de mi cara y gruñe,—Mía.—Suenan arrancados directamente de su alma, y mi cuerpo se vuelve maleable en respuesta.

Sella su declaración con un beso que hace que parezca que el suelo tiembla bajo mis pies, y mi cuerpo se licua por completo.

No es hasta que empiezan los gritos cuando me separo de Sully, parpadeando despacio para despejar la lujuria de mis ojos. En silencio, me enorgullece ver que no soy la única afectada.

Otro grito más resuena, rebotando en las paredes. Recorro la zona con la mirada, pero lo único que veo es caos. La gente de las mesas corre de un lado a otro, pero los de la pista se mueven con más lentitud. El miedo se me cuele por las venas mientras busco una vía de escape. Un sitio tan grande, rollo almacén, seguro que tiene más de una salida de emergencia estándar.

Sully entrelaza sus dedos con los míos.—Hora de irnos, princesa.

—

—Aye, venga, nos piramos. He visto otra salida detrás de la barra —añade Rush antes de echar a andar en esa dirección. El resto le seguimos detrás, el agarre de Sully no flaquea en ningún momento. Esquivamos a unas cuantas personas, pero por lo demás salimos al exterior ilesos.

Ninguno decimos nada mientras nos apresuramos hacia donde hemos aparcado el coche. Wolf no quería dejarlo en el aparcamiento con los demás, y ahora me parece un poco sospechoso.

—¿Sabías lo que iba a pasar esta noche?—

Sully me aprieta la mano.—Siempre pasan locuras alrededor de Quinn.—Me mira con una media sonrisa.—Eso, y que nos gusta tener otra salida. Ya sabes lo que le gustan a Rush sus planes de respaldo.

—

Se me curva la boca en una sonrisa irónica.—Claro.—

—Eso, y que tenemos una dirección de Aeron Briggsby. Vamos a hacerle una visita esta noche—añade Rush, girándose para ponerse de cara a nosotros y caminar de espaldas calle abajo.

—¿De dónde ha salido esa información tan rápido?—pregunta Sully mientras no deja de girar la cabeza, escaneando los alrededores.

—Hemos truequeado nuestra lealtad a Quinn por la información —que, por cierto, ya tenía preparada. Puede que haya lanzado algunos anzuelos a propósito.—

—Es una jugada arriesgada, hermano.—

—Aye, pero tenía un seguro preparado por si lo necesitábamos—. Rush sonríe de medio lado mientras se rasca la barba incipiente.

El coche aparece a la vista, y tras la inspección de Wolf, nos subimos todos y ponemos rumbo a nuestro siguiente destino.

TREINTA Y DOS

WOLF

RUSH y yo caminamos por la acera más cercana a las casas, manteniéndonos fuera del haz de luz de las farolas.

—¿Crees que es seguro dejarla allí? —le pregunto a mi hermano.

—Sully la tiene vigilada. Y de verdad necesitamos a alguien de vigía. No tenemos ni idea de qué encontraremos aquí, ni de a quién. Podríamos necesitarlos si nos metemos en líos. Si este tipo tiene un jet privado a su disposición, me espero un despliegue de hombres considerable.

Asiento y paso por encima de un charco. El aire huele a lluvia, lo suficiente como para que escudriñe el cielo en busca de una tormenta inminente. Pero es tardísimo, así que no alcanzo a ver mucho. —¿Qué te dice el instinto?

Rush echa un vistazo a la derecha y luego a la izquierda; siempre está en guardia. Quiero decir, yo también, pero lo suyo es otro nivel. Creo que es porque pasa gran parte del tiempo tramando, planificando y manteniendo su posición, que suele ser dos pasos por delante. Siempre está pegado a su *centro de mando*, como lo llama Red, buscando engaños y vigilando a cada *persona* y cada *cosa*.

—Mi instinto dice que ese tal Aeron es la única pista que tenemos, así que espero que nos lleve a algo. Y si es él, entonces

solo tenemos que averiguar su conexión con Industrias Gallagher, cómo se enteró de lo de Alaina y si trabaja solo.

—Ya. ¿O sea que vamos a la aventura? Un día cualquiera en nuestras vidas, ¿no, hermano? —Pongo los ojos en blanco.

Un perro ladra en un jardín cercano y desvío la mirada hacia el sonido. Solo me quedo tranquilo cuando me doy cuenta de que el perro no nos ladra a nosotros. No necesitamos testigos para nuestro allanamiento de esta noche. Tenemos contactos —y son jodidamente buenos—, pero no quiero tener que depender de ellos. Quinn está loco de remate y no quiero deberle nada a ese psicópata.

—¿Y si queremos casarnos? —La pregunta se me escapa antes de darme cuenta, y siento que los hombros se me tensan por instinto.

Rush frena un segundo antes de recuperarse. Por el rabillo del ojo, veo que se me queda mirando, pero yo mantengo la vista en nuestro entorno. No sé de dónde coño ha salido ese pensamiento, pero ahora que lo he soltado, no quiero retractarme.

—Creo que esa es una conversación que debemos tener todos juntos.

—Sí. Juntos.

—731. Aquí —murmura Rush, acortando el paso y caminando por la entrada pavimentada.

Nos mantenemos en las sombras mientras avanzamos hacia el patio trasero de la pequeña casa de estilo colonial. Hay una sola lámpara encendida en el interior, pero por lo demás está a oscuras, en silencio. Está un poco descuidada, pero no abandonada. Más bien como si quienquiera que viva aquí no la mantuviera como es debido. Es el problema de estas casas viejas: necesitan mucho mantenimiento.

Unos arbustos verdes demasiado crecidos bordean el camino de entrada, invadiendo el hormigón y ocultando nuestros movimientos de miradas indiscretas.

Avanzamos con paso silencioso hacia el garaje independiente para un solo coche en el patio trasero. Saco mi pistola de la funda del hombro y la mantengo lista por si nos topamos con el tipo de problemas que no se pueden resolver hablando.

—Yo vigilaré. Tú mira ahí dentro —le digo a mi hermano ladeando la cabeza.

Rush cruza el césped al trote, y la hierba mojada absorbe cualquier ruido que pudiera haber hecho. Mira al interior a través de una ventana sucia. —Nada. Parece que hay algo de equipo informático viejo, pero poco más.

Indico la casa con la cabeza, sosteniendo la pistola a la altura del pecho y respirando de forma pausada y tranquila. Todo pasa a un segundo plano mientras me concentro en lo que estamos a punto de hacer.

Solo hay una ventana en la parte de atrás, y está en el segundo piso. Rush desenfunda su propia arma mientras nos colocamos en posición. No es la primera vez que estamos en una situación similar, pero normalmente tenemos a Sully con nosotros cubriéndonos las espaldas. Pero si este asqueroso de mierda está en casa, no podemos tener a Red aquí. No me arriesgaré.

No la pondré en riesgo a ella.

Rush y yo cruzamos una mirada y, como hemos practicado mil veces, abrimos la puerta. La puerta cruje por la falta de uso y entramos en la casa a oscuras.

Hacemos una pausa para escuchar cualquier movimiento. Si hay alguien en casa, es imposible que no haya oído ese ruido. Tras unos momentos de silencio, iniciamos el proceso de asegurar la casa, habitación por habitación.

Cuando estamos seguros de que no hay nadie escondido con una escopeta y el dedo inquieto en el gatillo en la primera planta, nos dirigimos a la segunda.

Caminando por el estrecho pasillo hacia la escalera que lleva al altillo del segundo piso, veo algo que me detiene en seco. Una galería de fotos en blanco y negro tapiza la pared, todas de veinte por veinticinco y enmarcadas. —Rush, echa un vistazo a esto.

Él se coloca a mi lado, arma en mano y ceño fruncido. —¿Eso es Coney Island? Y esto parece Nueva York.

—Sí. ¿Y aquello no parece la puta Biblioteca Pública de Nueva York? —pregunto, señalando la foto de al lado.

—Mmm-ju.

Avanzo un par de metros y miro las siguientes fotos. —Y esto parece un festival de música al aire libre.

Seguimos las fotos hasta el final del pasillo, la mayoría de las cuales resultan familiares. Ninguna era en color y en ninguna se veían rostros.

El segundo piso es más bien una zona de altillo, con una sola habitación grande y un pequeño baño a un lado. Pero podría haber habido una maldita banda de mariachis en la esquina y aun así yo no habría podido apartar los ojos del espectáculo dantesco que tengo delante. —Pero qué cojones.

El impacto me mantiene inmóvil durante un minuto mientras asimilo la magnitud de lo que estoy viendo. Rush no tiene la misma vacilación. Camina directo hacia la pared del fondo, que parece sacada del decorado de alguna serie de detectives. Enfunda su arma y saca el móvil, fotografiando todo lo que puede.

Su acción basta para sacarme de mi asombro y hago lo mismo. Hay tanta mierda aquí que no sé si seremos capaces de grabarlo todo.

Un mapa ocupa gran parte del espacio con diferentes lugares rodeados con círculos rojos, y fotos y recortes de artículos de periódico sobre Industrias Gallagher grapados encima. Notas adhesivas con palabras apenas legibles y cordeles rojos conectando algunas cosas.

Me muevo hacia la pared opuesta. Parece una especie de muro de obsesión enfermiza. Y Red es la protagonista. Son casi todas fotos de estilo paparazzi, excepto unas pocas que parecen impresas de su cuenta de Instagram. En la cafetería, en la calle, con sus primos, en el puto O'Malley's. Delante de la ventana de su dormitorio en su puta ropa interior.

—¿Quién coño es este tío? Voy a arrancarle los putos ojos solo por esto. —Las palabras salen en un gruñido y siento a la bestia dentro de mí tensándose contra las cadenas en las que la mantengo. No puedo desatarla. No hasta que encontremos un oponente digno. Liam Mason apenas fue un contratiempo y, a pesar de mi necesidad de descargar mi rabia contra él, no podía negarle a Alaina la oportunidad de cobrarse su propia venganza.

Hay una foto en medio de todas que destaca. Sobre todo porque ha sido rodeada con rotulador rojo tantas veces que casi ha traspasado el papel. Es un plano general, así que muestra algo más que a Red, a diferencia de las otras. Pero lo otro, lo que me inquieta más de lo que me gustaría admitir, es que es del interior de O'Malley's. Reconocería ese bar y ese escenario en cualquier parte... y también reconocería a mi hermano.

—Joder. Ven aquí. Ahora —le ladro a mi hermano, y él está a mi lado en un instante.

—¿Qué pasa?

—¿Cuándo fue esto? —pregunto, señalando la foto del círculo.

Sus ojos se entrecierran y su mandíbula se tensa en cuanto ve lo que yo he visto. —Eso fue poco después de que empezara a ir a O'Malley's cada semana. Un mes como mucho.

Asiento y miro al suelo, con la mente girando en demasiadas direcciones. Pero solo se puede hacer una cosa. —A la mierda. Llévemonoslo todo.

Miro a Rush, esperando que me diga que no podemos hacer un movimiento tan arriesgado hasta que sepamos quién coño es este pedazo de mierda de Aeron Briggsby.

Su mandíbula se tensa. —Llama a Sully. Dile que hay cambio de planes y que venga a buscarnos. Vamos a tener que encontrar algo para cargar con toda esta mierda. No dejes ni una sola pieza, ¿entendido?

Envío un mensaje rápido y empiezo a buscar una caja o un cesto de la ropa sucia para meter todo esto. He visto suficientes dramas criminales para saber que, sea quien sea este puto tipo, es letal para Red. Se me revuelve el estómago de ansiedad y el miedo me eriza la piel. Creo que hemos cometido un error al traer a Red a su puerta.

Podría estar en cualquier parte.

TREINTA Y TRES

ALAINA

BAJO LA VENTANILLA mientras Sully apaga el motor. La brisa cálida se filtra en el coche, despeinando los mechones que se han escapado de la trenza floja que me hice antes. Estaba sudando bastante para cuando nos fuimos del pub y me sentó bien retirarme el pelo pesado del cuello.

—Do You Realize? de The Flaming Lips suena suavemente por los altavoces y los grillos cantan a lo lejos. La luna está baja en el cielo y su luz brillante lo baña todo con un resplandor pálido.

Estamos aparcados a una milla de la casa de un extraño, esperando a mis otros dos... novios... hombres; todavía me estoy acostumbrando a la idea de tener a los tres para mí sola. «Novio» parece algo *menos* que esto, pero aun así tiene cierto encanto.

Me reclino contra la puerta del coche, girándome para mirar a Sully. Observo su perfil. Una barba de varios días rubio oscuro cubre su mandíbula angulosa, su pelo más largo se riza sobre las orejas y tiene un bulto en la nariz de una rotura evidente. Sus pestañas oscuras y espesas enmarcan sus ojos azul océano e, incluso ahora, a veces me sigue dejando sin aliento.

Todos lo hacen.

—¿Y bien, qué se siente al ser mi novio otra vez? —Mis labios se curvan hacia un lado con mi burla.

No estoy segura de si va a arremeter contra mí como un cachorro asustado o no. Nos hemos vuelto cercanos los últimos días, pero su configuración por defecto es huir de los sentimientos. Y conociendo su pasado, ni siquiera le culpo. Nada más que el tiempo ayudará con eso.

Está bien. Ya le he calado y sus pequeñas pullas ya no tienen tanto peso como antes. O puede que yo haya cambiado. Que haya crecido. Eso es todo lo que podemos pedir en la vida, ¿no? Crecer, convertirnos en mejores versiones de nosotros mismos. El cambio nunca es fácil, pero es necesario. Imagino el resto de mi vida si no hubiera cambiado, si no hubiera empezado el viaje para descubrir quién demonios soy. Es desolador, monótono y triste.

La necesidad de Sully de alejar a la gente le domina y a veces no puede evitarlo. No pasa nada, puedo ser paciente. He esperado años para recuperarlo, ahora que le tengo, puedo esperar un poco más hasta que esté listo para hablar sin saltar cada vez que alguien se acerca demasiado a sus emociones.

Me mira de reojo, con los labios curvados. —No soy tu novio.

Por un brevísimo momento, me quedo sorprendida. Luego supero mis tonterías y hago lo que mejor se me da: presionarle. Me desabrocho el cinturón de seguridad y pongo una mano en la consola central.

Sully levanta una ceja. —¿Qué haces, Alaina?

Desplazo la mano de la consola a su hombro y me subo a su regazo. Sus manos se mueven automáticamente a mi cintura mientras me mantengo sobre él. Deslizando mis brazos por los suyos, sobre sus hombros y alrededor de su cuello, me inclino y me dejo caer. La falda de mi vestido se me sube por las caderas y nos expone a cualquier ojo curioso. No es que haya nadie cerca que pueda ver nada. —¿Qué te parece que estoy haciendo?

Sully desliza sus palmas cálidas por mis costillas, deteniéndose cuando sus pulgares alcanzan la curva de mis pechos. Echa la cabeza hacia atrás y me sostiene la mirada, con los ojos iluminados por el interés. —Estamos de vigilancia, princesa.

Me muevo de lado a lado sobre su regazo, con movimientos pequeños. —Lo sé. Pero has dicho que no eras mi novio y creo... —

hago una pausa y balanceo mis caderas sobre él, mordiéndome el labio inferior cuando siento la dureza de su miembro— que tenemos que poner remedio a ese malentendido.

Sully usa su agarre en mis costillas para presionarme contra su regazo, deteniendo mi movimiento. Su miembro me golpea en todos los ángulos adecuados y juraría que lo ha hecho a propósito. Enredo mis dedos en el pelo de su nuca, tirando ligeramente. Gruñe, cerrando los ojos un segundo. Cuando los abre de nuevo, su mirada me abrasa. Un escalofrío me recorre la espalda ante la intensidad de sus ojos.

Mueve una mano a mi nuca y acerca mi cara a la suya. —No hay nada que remediar, princesa. No soy tu novio. —Se inclina, de modo que sus labios rozan los míos con cada sílaba—. Soy tu puto hombre. —Estampa su boca contra la mía; nuestros labios se deslizan uno contra otro, luchando por el dominio.

La victoria canta en mis venas.

Él ladea mi cabeza, profundizando nuestro beso. Siento la piel caliente y tensa, y me muero de ganas de quitar algunas capas entre nosotros. Me han dejado muy encendida en esa pista de baile y, como una cerilla ante una llama, estoy ardiendo en cuestión de instantes.

Anhele sentir su piel contra la mía. La forma en que sus músculos se tensan y se marcan cuando me tiene justo donde quiere... donde yo quiero estar.

Gruño contra su boca, moviendo mis caderas contra las suyas. Su gemido de respuesta aumenta mi deseo y aparto mi boca de la suya, con la intención de quitarle la camiseta al menos.

Deslizo mi mano bajo su camiseta; el tejido suave contrasta con sus músculos duros. Sinceramente, nunca pensé que las tabletas de ocho abdominales fueran reales hasta que conocí a los hermanos Fitzgerald.

Antes de que pueda subirle más la camiseta, rompe el beso y atrapa mi mano con la suya. Apoyando su frente contra la mía, sus labios hinchados por los besos rozan los míos con cada palabra. —No podemos, princesa. Tenemos que seguir concentrados. —Me

deposita un suave beso en los labios y yo se lo devuelvo con ganas —. ¿Pero cuando volvamos a la habitación? Serás toda mía.

Un escalofrío de expectación me recorre la columna. — ¿Prometido? —pregunto con una ceja levantada.

—Sí. —Vuelve a unir sus labios a los míos, con su lengua danzando con la mía en un baile que solo nosotros dos conocemos. Es increíble lo parecidos que son todos los chicos Fitzgerald en algunos aspectos y, en otros, no podrían ser más diferentes.

Sus personalidades brillan en cada beso. Los besos de Wolf siempre tienen un lado juguetón, incluso cuando me hace ver las estrellas. Rush siempre tiene el control en sus besos, lo que me permite a mí perder el mío. Sé que siempre estará ahí. Y Sully me besa con toda la pasión desenfrenada que alberga dentro de ese delicioso cuerpo tatuado.

Su teléfono suena, interrumpiéndonos, lo cual probablemente sea algo bueno. Me vuelvo a mi asiento, ajustándome la falda y apoyando la cabeza contra la ventanilla, dejando que la fina lluvia rocíe mi rostro acalorado.

En algún momento entre que aparcamos y ahora, las nubes han avanzado, cubriendo casi toda la luna, y ha empezado a llover.

Sully contesta al teléfono y pone el manos libres. —¿Qué habéis encontrado?

—Joder. Qué no hemos encontrado. Hay muchísima mierda aquí. Muchísima mierda sobre Red. Es un montón. Te he enviado unas cuantas fotos de lo que hemos encontrado. Ven a buscarnos en veinte minutos y asegúrate de que no te sigue nadie, joder. Nos lo vamos a llevar todo y no podemos cargarlo todo hasta donde estáis —dice Wolf.

Me inclino sobre la consola y miro el teléfono de Sully. Tiene abierto el hilo de mensajes y seis fotos llenan la pantalla. Amplía cada una y el hielo me recorre las venas. —Joder. ¿Quién coño es este tipo?

—No tengo ni puta idea, hermano. Pero estoy seguro de que habrá algo en todo esto que ayude.

—Sí. Nos vemos pronto. —Sully termina la llamada y arranca el coche—. Abróchate el cinturón, princesa. Es hora de irse.

Hago clic con el cinturón y subo mi ventanilla mientras Sully se aleja del bordillo. La lluvia empieza a caer con más fuerza, pero la visibilidad aún es aceptable. Si empeora mucho más, me temo que tendremos que parar hasta que podamos ver.

Cinco minutos después, los faros del vehículo que va tras nosotros iluminan nuestro coche. Sully maldice entre dientes y pone el intermitente. —Vamos a desviarnos, Lainey. No sé si es alguien siguiéndonos que acabamos de ver ahora o si es una coincidencia.

Miro por el retrovisor lateral, pero solo alcanzo a distinguir unos todoterrenos negros grandes. Hacen el mismo giro y el corazón me empieza a latir con fuerza. —James...

—Lo sé. No pasa nada. No es mi primera vez, princesa. Aguanta, ¿vale? Voy a despistarlos por aquí.

Nos acercamos a una zona comercial en la plaza del pueblo con varias calles laterales y Sully gira el volante en el último minuto, acelerando por las calles. Un rápido giro a la izquierda después y estamos en otra carretera. Estoy completamente perdida después de tantos giros, pero una cosa es segura: no hemos perdido a quienes nos siguen.

—Hijo de puta —gruñe Sully entre dientes cuando la lluvia empieza a caer aún con más fuerza, reduciendo nuestra visibilidad. Un giro a la derecha de último momento nos hace derrapar por el pavimento; el chillido de los neumáticos resuena con fuerza en el coche.

Sully gira el volante hacia un lado para evitar el tráfico que viene de frente y el coche hace aquaplaning. Los todoterrenos negros detrás de nosotros mantienen el ritmo, con sus parachoques peligrosamente cerca del nuestro.

Me giro para mirar por la luneta trasera con la boca abierta. — ¡Nos están rodeando!

Sully desvía la mirada al retrovisor. —Lo sé. Las calles se estrechan más adelante. Ahí deberíamos poder despistarlos. Sujétate.

Miro hacia delante justo a tiempo para que Sully suba el coche al bordillo conectado a la acera. Agradezco que falte poco para las diez de la noche y que este pequeño bloque de tiendas esté cerrado. No

puedo imaginar qué pasaría si fuera mediodía. Sully nunca arriesgaría así a gente inocente y nos pillarían seguro.

El coche retumba y gime mientras dos de nuestras ruedas protestan por estar más altas que las otras. Apoyo los pies en el suelo y me agarro al asa sobre la ventanilla para mantenerme firme.

—Cuidado con la... —El parachoques delantero golpea la mesa y la silla de la terraza de una cafetería cerrada—. Mesa.

Sully agarra el volante con los nudillos blancos. —Lo siento, princesa. Llama a Wolf otra vez, ¿vale? Deberíamos haber sabido de ellos ya.

Saco el teléfono del bolsillo de mi falda e introduzco el número de Wolf en el manos libres. El tono de llamada llena el aire y, un segundo antes de que salte el buzón de voz, contesta.

—¿Diga?

El alivio me recorre los dedos. —Wolf. ¿Dónde estáis? ¿Estáis bien?

—Estamos bien, Red. Surgió un contratiempo, así que nos ha llevado un poco más de lo esperado.

—¿Qué contratiempo? ¿Qué ha pasado?

—Nada que no podamos manejar, nena. Os informaremos cuando os veamos. ¿Dónde estáis? —pregunta Wolf.

—Bueno... el caso es que hemos tenido que irnos. —Hago una mueca.

—¿Cómo que habéis tenido que irnos? ¡Tú eres el puto vigilante, Sully! —grita Wolf.

—Sí, lo somos. Pero entonces dos todoterrenos negros con los cristales tintados han aparecido de la nada y he tomado la decisión ejecutiva de sacarnos... de sacar a Alaina de allí cagando leches —se justifica Sully.

—¿Dónde estáis ahora? Nos reuniremos con vosotros —dice Rush. Tardo un momento en darme cuenta de que Wolf debe de haber puesto la llamada en manos libres.

—No tengo ni puta idea. Hemos pasado la plaza del pueblo hace cinco minutos. Todas estas carreteras secundarias son serpenteantes y todavía no he podido despistarlos del todo.

Oigo a Wolf maldecir antes de que Rush diga: —Mantén activada la aplicación de rastreo. Haremos un puente a un coche e iremos hacia vosotros.

Otros dos todoterrenos negros se sitúan a ambos lados de nosotros al mismo tiempo. La estrecha carretera parece ahora aún más pequeña.

—Maldita sea —maldice Sully, girando el volante para evitar golpear a uno de ellos. A esta velocidad, rodeados de vehículos, un pequeño golpe es suficiente para dejar el coche siniestro total.

—¿Qué está pasando? —exige Rush, con tono duro.

—Dos más, uno a cada lado. Cuatro en total. Estamos jodidos si no consigo perderlos. —La mandíbula de Sully se tensa mientras aprieta el volante con fuerza.

—Aguanta, hermano. Estaremos allí pronto. Y cuida de nuestra chica —ordena Rush.

—Y no vayas de puta heroína, Red —advierte Wolf.

Pongo los ojos en blanco. —Fue una vez. Entré en un edificio una vez...

—Un edificio que se estaba desmoronando y estaba en llamas —gruñe Wolf.

Suelto un bufido. —Haría lo mismo por cualquiera de vosotros, así que...

—Por muy conmovedor que sea este viaje por los recuerdos, necesito concentrarme. Venid pronto.

—Tened cuidado —dice Rush antes de colgar. Me aseguro de que mis ajustes de ubicación estén activados y compartidos con él antes de guardar el teléfono en el bolsillo de mi falda.

Sully pisa el acelerador y la fuerza de la velocidad hace que mi espalda golpee el asiento con un estruendo.

—Sujétate, princesa —advierte Sully, dando un fuerte volantazo a la derecha y metiéndose por un callejón estrecho. Los espejos laterales raspan contra las paredes de ladrillo a ambos lados, haciendo saltar chispas.

Salimos volando del callejón; el coche queda suspendido en el aire unos segundos antes de aterrizar en la carretera con un golpe. El coche colea mientras Sully sobrecorrige el movimiento.

Me giro en mi asiento para mirar por la luneta trasera. —Creo que los hemos perdido.

—Eso creo... ¡Oh, joder! —maldice Sully y frena de golpe para evitar chocar contra los coches aparcados a la derecha.

Tres todoterrenos aparecen de la nada. Y la forma en que conducen estos hace que los anteriores parezcan un juego de niños. No tengo ni idea de si son todoterrenos nuevos o los mismos conductores, pero en cualquier caso, van a por todas. Ya no se andan con chiquitas.

Oigo cómo suben las revoluciones justo antes de sentir el toque... ¡nos han dado por detrás! Sully aprieta más el volante, con la mirada girando de un lado a otro a su alrededor.

El otro todoterreno vira para conducir junto a nosotros y el corazón me late al doble de velocidad ante la carretera que tenemos delante.

Es un puente.

El puente no es lo bastante ancho como para que ambos coches circulen así; es poco más ancho que un solo carril. Sully no frena y el todoterreno tampoco; estamos jugando a una peligrosa partida del coche gallina.

El sudor me perla la frente mientras me agarro al asa. —James... —Hay una advertencia en mi voz y no pasa desapercibida para él.

—Lo sé, Lainey —dice con los dientes apretados. Pisa el acelerador un poco más y siento que volamos. Vamos tan rápido que, para cuando lo veo... ya es demasiado tarde.

Un cuarto todoterreno viene de la calle lateral y embiste directamente la parte trasera de nuestro coche, enviándonos a una espiral peligrosa. Giramos y giramos y giramos; el movimiento hace que mi cuerpo se estampe contra la puerta con cada rotación. Mi cabeza golpea contra la ventanilla y las estrellas bailan en mi visión.

Tras lo que parece una eternidad, finalmente nos detenemos y me llevo la mano a la frente con un gemido. El corazón se me sale del pecho cuando me doy cuenta de que nos hemos detenido a mitad del puente.

—¡Lainey! Lainey, ¿estás bien? —La voz asustada de Sully suena amortiguada y tardo más de lo debido en centrarme en él.

—Estoy bien —digo con un quejido—. ¿Tú estás herido? —Le escaneo buscando lesiones visibles. A través de la ventanilla del conductor, veo un todoterreno negro que recorre el puente a toda velocidad, dirigiéndose directamente hacia nosotros.

Sully lo ve al mismo tiempo y grita: —¡Alaina!

Esa es toda la advertencia que recibimos antes de que el todoterreno golpee nuestro parachoques trasero. El coche gime y algo raspa contra la carretera con un sonido agudo. No es hasta que empezamos a inclinarnos hacia delante cuando un terror como nunca he experimentado me recorre la espalda.

El río azul profundo me atrae a sus gélidas profundidades. Me atormenta con su promesa de una tumba acuática.

Me empujo contra el asiento, con las manos volando hacia mi ventana y la consola central y mis pies presionando contra el suelo en un intento inútil de detener nuestro movimiento.

Pero la gravedad no está de nuestra parte. Y estamos atrapados en una máquina de dos toneladas que no fue hecha para flotar.

—Oh, mierda. Mierda. Mierda. Mierda. —Es todo lo que puedo decir mientras mi pecho se agita y mi visión empieza a oscurecerse por los bordes.

—¡Quédate conmigo, Lainey! ¡Quédate conmigo, joder! —grita Sully. Clavo mi mirada en la suya y me aferro al tono autoritario de su voz, suplicando a mi cuerpo que obedezca.

El todoterreno golpea nuestro parachoques de nuevo, esta vez con más fuerza que la anterior. Es suficiente para lanzarnos al vacío.

Y entonces estamos en caída libre.

TREINTA Y CUATRO

ALAINA

EL GRITO se me queda atascado en la garganta mientras el coche se precipita por el puente. El cinturón de seguridad se bloquea mientras mi cuerpo lucha contra la gravedad. Siento que los ojos se me van a salir de la cara de lo abiertos que los tengo. El aliento se me queda atrapado en los pulmones mientras algo más allá del miedo se apodera de todos mis sentidos.

—¡Prepárate, Lainey! ¡Prepárate! —ruge Sully, colocando las manos en el volante en la posición de las diez y diez.

Miro a Sully en lugar de al río inminente. Su mirada ya está fija en la mía y, por un momento, parece que el tiempo se detiene. No existe nada fuera de él y de mí y de este momento.

Entonces chocamos contra el agua.

Creo que nunca olvidaré el sonido del metal golpeando el agua. Suena como un trueno ominoso.

Mechones de mi pelo pelirrojo oscuro llenan mi visión periférica mientras mi cuerpo sale despedido hacia delante por el impacto. El cinturón de seguridad me corta el pecho, dejándome sin aire. Y siento como si el cerebro se me estampara contra la frente.

Tardo unos valiosos segundos en recuperarme lo suficiente para hablar. El pánico amaga con dominarme, subiéndome por la garganta a medida que nos hundimos más en el lago.

—¿James? —me desabrocho el cinturón mientras lo miro. Se me para el corazón al ver su cabeza colgando hacia delante, con el airbag del lado del conductor desplegado. La sangre mancha la superficie polvorienta y no puedo detener la oleada de pánico. Se me escapa un sollozo mientras alargo la mano y le sujeto la cara—. Vuelve conmigo, James.

Emite un gemido sordo en la garganta, y es el sonido más dulce que he oído nunca. —¿Lainey? —abre un párpado, centrando su mirada en mí.

—Oh, gracias a Dios. Tenemos que salir de aquí. No nos queda mucho tiempo. —Le desengancho el cinturón de seguridad justo cuando un gorgoteo premonitorio retumba en el habitáculo del coche—. Date prisa, James.

—Ay, joder. Vale. Vale. Podemos hacerlo. Abre la ventanilla trasera, princesa. —Su voz es más clara que hace un segundo, e imagino que toda la adrenalina que le inunda las venas le está ayudando a concentrarse.

Me subo a la consola central para pasar al asiento trasero. Debido a que el coche ha caído por el borde como lo ha hecho, se está hundiendo en un ángulo casi perpendicular al agua, y estoy casi arrodillada sobre el respaldo del asiento del pasajero. El agua aún no ha llegado a las ventanillas traseras, y elevo una oración de agradecimiento a quienquiera que esté escuchando.

Pulso el botón para bajar la ventanilla y el aliento se me congela en los pulmones cuando no se mueve durante un segundo. Suelto y vuelvo a pulsar el botón. Sigue sin pasar nada.

—¡James! —Mi voz es aguda y resuena por todo el coche—. No se abren. ¡Las ventanillas no se abren!

Miro por encima del hombro para ver a Sully apartando el material flácido del airbag, dispersando el polvo de su cara con la mano. —Joder. Espera, creo que he visto... —trastea con algo en el reposabrazos de la puerta del conductor.

Intento no dejar que el creciente pánico se apodere de mí al ver por el rabillo del ojo cómo sube el agua. Diez segundos más y no podremos abrirla de ninguna manera.

Nueve.

Ocho.

Siete.

—Pruébalo ahora.

Hundo el dedo en el botón y se me escapa un sollozo de alivio cuando la ventanilla baja. Observo el lento descenso del cristal y el agua que sube, instando mentalmente a la ventanilla a que vaya más rápido. Me brota el sudor por la nuca y me tiemblan las manos. La ventanilla está casi bajada cuando se detiene.

—¿Qué? No. —suelto el botón y vuelvo a pulsarlo—. No. No. No. —Pulso el botón una y otra vez. El pánico me rodea la garganta con sus dedos gélidos, robándome el aire de los pulmones.

—Eh, eh, eh. Todo va bien, princesa —dice James junto a mi oído. Está agachado sobre la consola central—. Hay sitio de sobra para salir. Quiero que pases por la ventanilla y nades hasta la orilla del lago, ¿vale?

Me tiembla el labio inferior mientras el coche gime bajo la presión del agua. —Estarás justo detrás de mí, ¿verdad?

—Siempre estaré contigo. Te quiero, Lainey. —Sully me acuna la cara con las manos y presiona sus labios contra los míos en un beso rápido y firme—. Ahora vete. Y no dejes de nadar hasta que estés en la orilla, ¿entendido?

El agua entra a chorros por la ventanilla abierta, salpicando la tapicería y llenando el coche más rápido de lo que creía posible. Cada gota que me toca las piernas desnudas se siente como una pequeña aguja fría.

—Yo también te quiero. Justo detrás de mí. —Lo miro un momento más, con el corazón latiéndome tan fuerte que temo estar sufriendo un infarto. Él me empuja hacia delante y yo me escurro por la ventanilla abierta, medio sumergida. Me cuesta un poco de maniobra, pero consigo soltarme de la ventanilla a patadas, chapoteando como loca mientras me mantengo a flote.

Hago lo que dice Sully y nado hacia la orilla de inmediato. Doy dos brazadas terribles antes de mirar hacia atrás. El miedo me asfixia cuando no veo su familiar cabeza rubia.

Algo va mal. Ya debería haber salido. El techo del coche todavía es visible, pero toda la ventanilla está sumergida.

No dudo. Canalizo mi sirena interior y nado de vuelta hacia la trampa mortal que se hunde. Respiro hondo y me sumerjo bajo el agua. Me arden los ojos mientras busco a mi novio en el agua turbia. Está asomado por la ventanilla, enganchado en algo. Tira de sus vaqueros y empuja los lados de la ventanilla, intentando salir contoneándose.

Nado más cerca y tiro de su hombro, pero no es fácil conseguir tracción cuando estás bajo el agua. El terror se apodera de mí mientras mis pulmones se fuerzan, pero lucho contra el impulso de inhalar.

Me acerco más a la ventanilla y veo que se ha quedado enganchado con la pistola que lleva metida en la parte trasera de los pantalones. Con dedos rápidos, lo empujo un poco hacia el interior del coche, meto la mano y le saco el arma.

Sully se impulsa contra el coche una vez más, con los músculos flexionados y tensos por el esfuerzo. Y como un cohete, sale disparado del vehículo. Me coge de la mano y me arrastra por el agua hacia la superficie.

Salgo a la superficie un segundo antes que Sully e, inmediatamente, lo rodeo con mis brazos.

—Oh, Dios mío. Oh, joder, Dios mío. —Mis palabras son entrecortadas y salen en sollozos rotos.

Sully me rodea con un brazo y empieza a nadar llevándonos a los dos hacia la orilla. —Todo está bien, princesa. Estamos bien. Solo aguanta, ¿vale?

—Puedo nadar —digo mientras intento desenredar mis manos de su cuerpo.

—Tu estilo perrito no te llevará muy lejos. Solo aguanta, yo te llevo.

No discuto con él y, cinco minutos después, me está empujando el culo hacia la orilla. Es un pequeño tramo rocoso, y el desnivel para llegar al agua es más pronunciado que en una playa normal. Nunca me he alegrado tanto de ver tierra firme.

Aterrizo de rodillas y Sully se desploma de espaldas a mi lado. Los escalofríos me sacuden el cuerpo mientras hundo los dedos en la tierra, sintiendo cómo las piedras se me clavan en la piel.

Nunca he estado más agradecida de estar aquí que en este momento. El aire fresco de la noche me acaricia, dejando la piel de gallina a su paso. No hace un frío especial aquí en esta época del año, no comparado con Nueva York. Pero llevo encima cinco kilos de agua del lago en una camiseta de rejilla y una falda ajustada.

Escuro los lados de mi falda tanto como puedo y observo cómo el pecho de Sully sube y baja con un ritmo profundo. Avanzando de rodillas hasta quedar inclinada sobre él, le pregunto: —¿Estás bien?

Abre los ojos de golpe, y algo en la forma en que el color ha cambiado a un azul infinito me deja sin palabras.

Se incorpora para rodearme la nuca con una mano y guía mi boca hacia la suya. Nuestras lenguas se enredan en un beso cargado de tanta pasión; de esa que experimentas después de estar a punto de morir. Uno que está arraigado en las ganas de vivir y de amar.

Le entrego mi peso mientras me vuelco en el beso con todo mi ser. Vierto todo mi miedo, esperanza y amor en este beso. Parece un momento decisivo, este. Del tipo sobre el que la gente escribe canciones.

No sé si es porque realmente pensé que íbamos a morir, pero me invade una abrumadora sensación de gratitud y las lágrimas me resbalan por la cara.

Sully me aparta la cara un par de centímetros y busca mi mirada. —¿Qué pasa, Lainey?

—Nada. Todo. Creo que me está dando el bajón de adrenalina. — Me trago el sollozo que amenaza con escaparse mientras las lágrimas me ruedan por las mejillas y caen sobre el pecho de Sully.

—Shh, shh. Todo está bien, princesa. Estamos bien. —Me aparta un poco de pelo mojado de la cara, dejando su mano en mi mejilla. Apoyo la cabeza en su mano, agradecida de que siga aquí—. Pero no estamos seguros aquí. Tenemos que movernos, ¿vale?

Asiento y presiono mis labios contra los suyos una vez más antes de alejarme de él a gatas y ofrecerle una mano para que se levante.

Un aplauso lento comienza desde algún lugar cercano, y ambos giramos la cabeza hacia el ruido. Mi cabeza protesta por el movimiento brusco mientras las estrellas bailan ante mis ojos y las náuseas me suben por la garganta.

El aplauso se hace más fuerte a medida que coge velocidad. Rebusco en la zona que nos rodea, pero la luna se ha ocultado tras unas nubes mientras la lluvia amaina hasta convertirse en llovizna.

De la nada, cuatro hombres con sudaderas negras con capucha entran en la playa de guijarros, dos a cada lado de nosotros.

—¡James, cuidado! —grito, pero no soy lo bastante rápida. Uno de los tipos lo agarra con el codo rodeándole el cuello y le estampa un trapo sobre la nariz y la boca. Él forcejea y asesta unos cuantos puñetazos, pero no es rival para los productos químicos que han usado.

—Bien. Estáis vivos. Llevadlos a mi almacén.

Es lo último que oigo antes de que uno de los tipos que tengo detrás coloque un trapo similar sobre mi nariz y mi cara. No tengo ninguna oportunidad de luchar, y me quedo sin sentido en segundos.

TREINTA Y CINCO

SULLY

ABRO los ojos con un quejido. Siento como si acabara de pelear diez asaltos en el ring.

—¿James? ¿Puedes oírme? ¿Estás bien? La voz presa del pánico de Lainey dispara al instante mi propia ansiedad.

Entorno un ojo y lo cierro de inmediato contra la luz despiadada que nos enfoca. Me humedezco los labios y vuelvo a abrir los ojos. Esta vez me cuesta un poco menos ver. —¿Lainey? ¿Estás bien? — Tiene una brecha junto a la línea del pelo que sangra de forma bastante constante, y veo unos cuantos cortes y arañazos más por el cuerpo, pero parece más o menos bien. Los dos estamos asegurados a sillas metálicas en mitad de lo que supongo que es un almacén.

—Estaré bien. Yo... yo no sé dónde estamos. Algún tipo de almacén, creo.

—Tranquila. Lo averiguaremos juntos, ¿sí?

Me mira con esos enormes ojos color whisky, y sé que me cree a pies juntillas. Y por eso le hago una promesa al puto universo de que la cumpliré. Pase lo que pase.

Empieza otra vez un lento aplauso, y entrecierro los ojos contra el foco para distinguir la silueta en sombras de un hombre que camina hacia nosotros.

Da unos pasos más y se coloca al otro lado de la luz, y de repente le veo la cara.

Su jodida cara tan familiar.

Suelto una carcajada. No puedo evitarlo. —Tiene que ser una puta broma. ¿Qué coño haces aquí?

—Creo que esta noche has estado en mi casa, Sully.

—¿Este canijo de mierda es el cerebro detrás de todo esto? ¿Tú eres Aeron Briggsby? —Se me abren los ojos de par en par cuando algunas piezas empiezan a encajar.

Benny saca la pistola y se la apunta a la cabeza a Alaina. El corazón se me sube a la garganta ante el gesto, pero el orgullo me inunda las venas al ver la cara valiente que pone mi chica. Echa la cabeza hacia atrás y mira a Benny directamente a sus ojos maníacos con una pequeña sonrisa.

—¿De qué coño te ríes, zorra? —Baja la pistola contra el lateral de su cabeza, y la de ella se gira a la derecha con un chasquido atronador.

La rabia me hierva en las tripas y siento que se me va la olla. Se me tensan los músculos y flexiono contra las bridas que atan mis manos al respaldo de la silla metálica en la que estoy sentado.

Al parecer, me consideró más amenaza a mí que a mi chica, porque a ella le ha atado las manos con una especie de cuerda fina a su silla.

Al final, eso será su perdición. Ha subestimado a nuestra chica, y a ella le flipan los buenos desafíos. Incluso ahora, mientras vuelve despacio la cabeza para mirarlo con la sangre resbalándole por la frente, sus dedos no paran de retorcer y girar la cuerda. No tengo ni idea de si sabe lo que hace o si sólo confía en tener suerte.

Pero si hay una puta cosa en esta vida en la que creo, es en ella. Es lo más alucinante que he conocido nunca.

Y necesito darle tiempo suficiente para soltarse de esos nudos.

—Sabes, ni siquiera me sorprende tanto que estés obsesionado con mi chica. Quiero decir, lo entiendo, tío. Ella es un puto diez en un mundo de cincos. Pero hay otras maneras de llamar la atención de una chica que no sean secuestrarla. —Fuerzo el tono para que

suene conversacional, para que mantenga los ojos—y las jodidas manos—lejos de ella mientras trabaja.

Funciona, y Benny gira hacia mí esa mirada de loco. Se rasca la mejilla con la punta de la pistola mientras da dos pasos para colocarse frente a mí, ladeando la cabeza. —¿Crees que estoy obsesionado con ella?

Le sostengo la mirada. —Sí. Creo que cualquiera que haga tantas fotos como tú con un teleobjetivo tiene una obsesión.

Benny se ríe, un sonido chiflado y maníaco. —No estoy *obsesionado* con ella. —Me lanza una mueca de desprecio, agitando el brazo—el de la pistola—en dirección a Lainey—. No puedes estar obsesionado con algo que ya te pertenece.

Por el rabillo del ojo veo a Lainey ponerse rígida, pero mantengo la vista clavada en el gilipollas con la pistola. —No te sigo.

Benny suspira y monta toda una escena al arrastrar otra silla metálica. La arrastra por el suelo de cemento, el ruido desgarrando el aire rancio con un chirrido. Coloca la silla y se deja caer con un bufido.

—Alaina Gallagher. La princesa perdida de Gallagher Industries. —Me dedica una mueca desdeñosa—. Me la prometieron a mí...

—¿Quién? —lo interrumpo, arriesgándome a cabrearlo. No va a salir de aquí con vida, y no tengo reparos en exprimirlo de información en sus últimos momentos.

Se pone en pie de un salto y le suelta un bofetón a Alaina con el dorso de la mano, sin dejar de apuntarme con la pistola en todo momento. Aprieto los dientes y me trago toda la rabia que amenaza con estallar.

—No me vuelvas a interrumpir, joder. —Vuelve a sentarse y se me queda mirando un momento. Como no digo nada más, asiente—. Bien, como iba diciendo. A mí me prometió a Alaina Gallagher mi madre. Se llamaba Bethany Briggsby. Y tuvo una aventura con Conan Gallagher.

Se me suben las cejas hasta la línea del pelo. ¿Conan Gallagher es su padre? ¿El abueleto de Alaina?

—Bien. Veo que reconoces el nombre. —Se levanta de un movimiento brusco y pasea delante de nosotros con la vista clavada

en el suelo. Tras un minuto de silencio, se detiene de golpe y se vuelve hacia mí—. ¿Sabías que Aeron era la diosa de la guerra?

Alzo las cejas ante su repentino cambio de tema. No espera respuesta por mi parte.

—Claro que mamá pensó primero que iba a tener una niña. Eso me contó, ¿sabes? Dijo que una adivina predijo una gobernante imponente. ¡Ja! —Ladra el sonido, menos una risa que el inicio de una crisis mental—. Aeron también significa fuerza, pero mamá... mamá no podía superar el significado galés. Puso el punto de mira en Gallagher Industries.

Benny se gira hacia Alaina, con los ojos desorbitados. —Te vi una vez. ¿Te acuerdas?

—No, no recuerdo haberte visto nunca. —Su voz suena firme a pesar de la hinchazón alrededor del ojo y la sangre que le resbala por la cara.

La aprensión se me cuela por dentro mientras observo el intercambio. El aire rancio. Algo en el ambiente cambia, y se me eriza el vello de la nuca.

Benny se vuelve hacia ella, inclinándose hasta quedar a su altura. —¡Deja de mentir, Alaina! Te acuerdas. ¡Sé que te acuerdas! ¡Mamá dijo que siempre te acordarías de mí! —La saliva le salpica la cara, pero mi chica es fuerte, mucho más de lo que jamás imaginé, y no se inmuta ni un milímetro.

Lo mira directamente a los ojos. —No te había visto en mi vida hasta el año pasado en el O'Malley's.

Algo en lo que ha dicho le hace a Benny saltar los plomos, y se abalanza sobre ella, cerrando la mano alrededor de su cuello. El miedo me golpea la piel a martillazos y no consigo contener la lucha que me recorre las venas. Tengo que protegerla. *Tengo* que hacerlo.

—¡Eh! Quita de encima tus putas manos de ella antes de que yo...

Alza la pistola y me la apunta. —¿Tú qué? —Mueve la pistola hasta apoyarla contra la sien de Alaina—. ¿Eh? ¿Qué vas a hacer, Sully?

—Me estás haciendo daño, Aeron. —La voz de Alaina es un hilo.

—¡No me llames así! —Aprieta más el agarre en su cuello antes de soltarla. Se aparta de ella, se alisa el pelo hacia atrás y sacude la cabeza como si se reiniciara—. Soy Benny, tu amigo.

Lainey asiente, sin apartar los ojos de él. —Vale, Benny. Cuéntame entonces la primera vez que nos vimos.

Buena chica, aliméntale el delirio para ganar tiempo.

Abre la boca en una especie de sonrisa retorcida. —Yo tenía diez años y tú cinco. Mamá me llevó al picnic familiar de los Gallagher y, antes de que nos echaran, me señaló quién eras. Llevabas un vestido amarillo de verano y dos coletas. Te portaste bien conmigo, así que decidí que iba a quedarme contigo. —Se queda mirando hacia un lado, los ojos desenfocados y la sonrisa casi nostálgica—. Pero entonces mamá empezó a gritarle a mi padre y no me dio tiempo a llevarte conmigo. Tenía que asegurarme de que te acordabas de mí, de asegurarme de que sabías que un día volvería a por ti.

Un escalofrío me recorre la espalda al darme cuenta de las implicaciones de lo que está diciendo. Y no sé si he tenido más miedo en un coche que se hundía o atado en un edificio vacío con mi chica y su tío psicópata, que cree que están destinados a estar juntos.

TREINTA Y SEIS

ALAINA

TODO MI CUERPO se queda inmóvil durante un momento. Entonces se me enciende una bombilla y un recuerdo enterrado hace mucho tiempo surge ante mis ojos.

—Oye, ¿puedo jugar contigo? —me pregunta un niño pequeño desde el puente levadizo que hay detrás de mí. Es mayor que yo, con el pelo desgredado de color rubio oscuro y ojos marrones oscuros. Lleva una camiseta de béisbol, pantalones cortos y zapatillas rojas. Cuanto más lo miro, más me duele la tripa. Bueno, ¿puedo?

Me muerdo el labio mientras miro de él a mis padres. Están hablando con mis abuelos. No los conozco muy bien, pero papá me dijo que me portara lo mejor posible y mamá me dijo que siempre debía ser educada. Vuelvo a mirar al niño y me encojo de hombros. Está bien.

—Genial. Vamos a ser mejores amigos, Alaina Gallagher —dice el niño con una sonrisa.

—Mis primas son mis mejores amigas. Y ni siquiera sé cómo te llamas. —No quiero herir sus sentimientos, pero Mary y Maddie son mis mejores amigas.

Abre la boca, pero antes de que diga nada, una mujer empieza a gritar. Agita los brazos en el aire antes de coger un plato de comida

y lanzárselo a mis abuelos. Se me escapa un jadeo cuando veo a mamá limpiarse algo de la camisa. Oh, no, se va a enfadar muchísimo por eso.

—¡Bucky! ¡Bucky, es la hora, colega! ¡Tal como hablamos! —grita la mujer mientras corre hacia el parque infantil, con los brazos en alto y el pelo volando detrás de ella.

Doy un salto y retrocedo, dirigiendo la mirada hacia mi papá. Papá siempre me protege.

—Volveré a por ti. —Siento dos manos en mis hombros y, antes de que me dé cuenta, estoy volando por los aires. El suelo se precipita a mi encuentro y grito.

—Fuiste tú. —Levanto la cabeza para mirar al hombre que tengo delante con ojos nuevos—. Tú me empujaste desde lo alto del tobogán. Me rompí el brazo aquel día y nunca volví a ver a la familia de mi padre.

El rostro de Benny se ilumina. Sabía que te acordarías.

Asiento lentamente, sintiéndome desfallecer, como si mi rostro se hubiera quedado sin color. ¿Por qué te llamaba Bucky?

—No lo hagas —suelta Benny entre dientes, invadiendo mi espacio—. Ese era un apodo que me puso mi madre. Ese no es un nombre para ti.

Obligo a mis manos a seguir explorando la cuerda a mis espaldas. Siento que estoy cerca de soltarme. Echo un vistazo al almacén en el que estamos, esperando ver un destello de mis otros dos hombres. La frustración me golpea cuando no veo nada. Solo el mismo espacio vacío nos rodea.

—He estado esperándote mucho tiempo, Alaina Murphy Gallagher. Ahora ya no tenemos que esperar a la escapatoria legal. Una vez que estemos casados, tus acciones pasarán automáticamente a mí, así que nadie podrá impugnar mi paternidad. —El cambio en Benny es sorprendente. Se arrodilla frente a mí y siento que mis ojos se agrandan—. Ahora por fin podemos estar juntos. Me deshice de todos nuestros obstáculos. Lo hice por ti... por nosotros.

—¿Qué obstáculos?

—No te hagas la ingenua, Alaina. Sabes lo que hiciste. Los mensajes que me enviabas. —La expresión de su rostro me pone los pelos de punta. Inclina la cabeza hacia un lado un instante antes de levantarse y caminar hacia Sully. Levantando la pistola, apunta a Sully—. Si estás preocupada por tu noviecito, no lo estés. No estará aquí mucho tiempo más de todos modos. Quiero decir, no iba a matarlo todavía, pero supongo que puedo ser un poco flexible. —Se encoge de hombros como he visto hacer a los atletas antes de competir.

El corazón se me sube a la garganta cuando ajusta el agarre de la pistola—. ¡Espera! Espera, Benny. No lo mates todavía. Por favor.

Benny me mira con los ojos entrecerrados—. ¿Me lo pides porque todavía finges que lo amas? ¿O porque quieres encargarte tú?

Me mojo los labios y trago saliva, el miedo casi me asfixia—. Yo, eh, había pensado que podríamos torturarlo primero. —Fuerzo las palabras y me cuesta todo lo que tengo dentro no estremecerme ante la mentira que acabo de soltar.

Sus hombros se relajan con alivio—. Por supuesto. Sabía que te acordarías. —Los ojos de Benny se iluminan mientras se me queda mirando. Se lleva la mano hacia atrás y se rasca la cabeza—. Me preocupé un poco, sabes, cuando vi aparecer a ese cabrón por el O'Malley's por tercera semana consecutiva. Dos semanas podría ser una coincidencia, pero después de tres, supe que algo pasaba. Así que tomé cartas en el asunto.

—Te uniste a la Hermandad —dice Sully con tono neutral.

Benny le lanza una mirada feroz, con los ojos brillando de malicia. ¡No, intenté unirme, pero vosotros no me dejabais entrar así como así! ¡Así que tuve que ser aspirante y *pagar mi cuota*! —Pone los ojos en blanco antes de que una sonrisa maniática cubra su rostro y arquee el pecho—. ¿Y sospechaste alguna vez de mí, James Fitzgerald? ¿Eh? No, no creo que lo hicieras. —Benny suelta una risita—. Mi madre decía que era demasiado arriesgado mudarse allí y seguir el juego. Decía que simplemente debería llevármela de un plumazo.

Se me revuelve el estómago ante todos estos... estos delirios.

Benny se sitúa frente a Sully, con mirada suplicante—. Pero yo quería que ella me amara, ¿sabes? Cualquiera puede simplemente tomar, pero yo quería que ella viniera a mí voluntariamente.

Sully asiente, con los ojos cautelosos mientras observa el colapso que está ocurriendo frente a nosotros. ¿Puede alguien colapsar si ya está destrozado?

Mis dedos se retuercen y giro la muñeca para poder ampliar la pequeña holgura de la cuerda. Mis uñas arañan el material áspero y siento que una se levanta. El pinchazo de dolor me hace reaccionar y vuelvo a centrarme en Benny. Me he perdido algo de lo que ha dicho, demasiado concentrada en liberar mis manos.

—Y estaba yendo tan bien. La veía todos los viernes por la noche, pero estaba tardando demasiado. Y necesitaba darle un empujón. Así que contraté a algunas personas para que me ayudaran. La gente hace cualquier cosa por el precio adecuado.

—Así que contrataste a Liam Mason para que la secuestrara — dice Sully.

La espalda de Benny se pone rígida como un palo—. No. Mi madre decía que el mejor modo de conseguir que me amara sería convertirme en su héroe. Así que pagué a Liam para que se la llevara del O'Malley's. No debía hacerle daño. Yo —se golpea el pecho con la palma de la mano—, yo era quien debía salvarla. Yo.

Empieza a pasearse de nuevo, tres pasos rápidos a la izquierda y tres pasos rápidos a la derecha. Pero luego mi madre dijo que debería dejar a Alaina en paz. Pero no puedo hacer eso. —Se tira del pelo con una mano, girándose para mirarme. Tiene los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas—. ¡Se suponía que ibas a ser mía! Y luego ellos lo jodieron todo.

Me quedo helada cuando posa su mirada maniática en mí. Estoy muy cerca de liberar una muñeca, y eso es todo lo que hace falta. Ava me enseñó que al principio no debía malgastar energía intentando liberar ambas muñecas. Solo una a la vez. Y a veces, como en esta situación, no estoy atada a nada en particular, así que si libero una muñeca, se acabó.

Por supuesto, una vez que esté libre, tendré otro problema al que enfrentarme. El miedo amenaza con ahogarme, pero lo entierro

profundamente. Inspirar y espirar.

Primero. Liberar las manos.

Después. Coger la pistola.

Luego. Desatar a Sully.

Eso es todo. Esas son las únicas tres cosas que importan ahora mismo. Puedo hacerlo. Sé que puedo. Estoy tan cerca de deslizar la mano hacia fuera. Solo necesito otro minuto. Solo necesito que Benny siga hablando sesenta segundos más y entonces todo irá bien. Todo irá bien.

Benny extiende su arma, apuntando a la cabeza de Sully. Tuviste que ir y arruinarlo todo. ¡Yo era quien iba a rescatarla de la cabaña! Tú y tus hermanos, que habéis puesto vuestros asquerosos labios en ella. ¡Ahora ya no es perfecta! —Vuelan salivazos por el aire mientras nos grita. Se lame los labios y respira hondo mientras el sudor le resbala por la frente—. No pasa nada. No pasa nada, tengo un plan para limpiarla bien. Pero primero, es hora de...

Por fin, mi mano se desprende de la cuerda. Gotea sangre de dos uñas rotas y mis muñecas están en carne viva y sangrando, pero jodidamente lo he conseguido. No espero, el factor sorpresa es mi mejor baza ahora mismo. Dejo salir toda mi rabia y la utilizo en mi beneficio.

Salto de la silla y cargo contra él. Me agacho y mi hombro choca contra sus muslos. No presto atención a su grito de sorpresa; solo me concentro en los movimientos que Sully me enseñó. Con un grito gutural, estiro las piernas, empujando hacia arriba con tanta fuerza y rapidez como puedo. Siento que el peso de su cuerpo me empuja hacia el suelo, pero canalizo mi rabia y mi adrenalina en esa fuerza sobrehumana de la que se oye hablar cuando las madres necesitan salvar a sus hijos.

Un grito se desgarrar de mi alma mientras lo lanzo por encima de mi hombro con todo lo que tengo dentro. No ha sido un derribo limpio, pero es suficiente para que caiga torpemente al suelo, medio de espaldas.

Mi pecho se agita y mis ojos buscan la pistola. Debe de habersele caído, porque está en el suelo, junto a su rodilla. Me lanzo a por ella

y mis dedos se cierran alrededor de la empuñadura justo cuando su rodilla choca contra mi sien.

—¡Putas de mierda! ¡Mira lo que me has obligado a hacer! —ruge Benny mientras se incorpora. Estira la mano hacia mí o hacia la pistola, no estoy muy segura. No veo muy bien con las estrellas bailando en mi visión. Las náuseas me suben por la garganta e intento no vomitar.

—¡Eh! ¡Eh, hijo de puta con la polla minúscula! Apuesto a que te follaste a tu madre, ¿verdad?, pedazo de mierda —grita Sully.

Es la distracción perfecta. Benny cambia su atención hacia él y, con una mano en el suelo para equilibrarme, gano unos segundos preciosos para rogar que la habitación deje de dar vueltas.

Me pongo de pie, inclinándome a la derecha antes de sacudir la cabeza para despejar un poco el mareo. Benny avanza hacia Sully y parece que el tiempo se detiene.

En un segundo, veo cómo habría sido mi vida si no hubiera besado a Rush o conocido a Wolf en Summer Knoll o vuelto a conectar con Sully. O peor aún, cómo habría sido mi vida si Benny hubiera tenido éxito.

—¡Para! —grito la palabra, rajando el aire con el estallido. Ambos hombres se quedan helados, aunque Sully no se movía mucho de todos modos—. Date la vuelta. Despacio.

Benny gira sobre sus talones, levantando los brazos, con las palmas hacia mí. La expresión de su rostro denota intenciones asesinas. Da un paso hacia mí. Dame la pistola, Alaina. Yo me encargaré de él.

Abro más las piernas para ganar estabilidad y echo los hombros hacia atrás. Te he dicho que pares, Aeron.

Observo cómo cae la máscara de falsa cortesía y el monstruo que es me devuelve la mirada. No es el mismo tipo de oscuridad que tienen mis hombres; el tipo que cederá y me hará un hueco, el tipo que tiene algunos límites aunque no sean convencionales.

No, este es el tipo de oscuridad que es sólida, impenetrable. Aceitosa y cargada de veneno, de modo que una vez que te atrapa, nunca podrás escapar. Benny nunca se librará de su oscuridad. Le ha estado pudriendo desde el vientre materno.

Inclina la cabeza y me mira por debajo del entrecejo fruncido mientras da otro paso hacia mí, bloqueando mi visión de Sully—. Te dije que me llamaras Benny.

No retrocedo, aunque mis instintos me gritan que me mueva—. ¿Por qué? ¿Es porque llamarte Aeron Briggsby te recuerda que tu padre es mi abuelo? Porque «Benny» te hace sentir lo más normal que puedes. Pero no eres normal, Aeron. Eres un enfermo de mierda.

La luz que hay sobre mí zumba antes de parpadear y fundirse con un chasquido, sumiéndonos en más oscuridad. Miro hacia la zona oscurecida sobre mi cabeza y vuelvo a mirar a Benny, que se acerca a mí poco a poco—. Te dispararé si no dejas de moverte.

A contraluz por el foco del suelo detrás de Sully, Benny se desliza hacia mí, con movimientos serpenteantes. Inclina la cabeza a un lado mientras me mira—. No, no creo que lo ha—

Un estallido llena el aire, resonando en las paredes metálicas que nos rodean. Un rojo brillante brota en la camisa azul claro de Benny, a la altura del pecho. La sorpresa asoma a su rostro, se le desencaja la mandíbula.

Un pitido agudo me llena los oídos y todo parece ocurrir a cámara lenta.

Benny tropieza unos pasos hacia atrás, llevándose la mano al pecho. Se presiona contra él mientras me mira con traición en la mirada.

—¿Cómo has podido, Alaina? Eres mía. —Tropieza otros cuantos pasos hacia un lado—. Estábamos destinados a estar juntos.

Mantengo la pistola apuntándole mientras intento por todos los medios ignorar el temblor de mis músculos.

Unos dedos tatuados cubren mi mano y empujan suavemente el arma hacia abajo. Sigo los tatuajes familiares hasta que veo los conocidos ojos de color marrón café que amo.

—Shh. Está bien, cielo. Lo has hecho bien —murmura.

Es como si sus palabras rompieran el dique y siento que mi cuerpo exhala un suspiro, venciénzose hacia la izquierda. Él contiene mi traspié y me envuelve con sus brazos. Entierro la cara en su pecho e inspiro su familiar aroma a sándalo.

Me quita la pistola y pone el seguro antes de guardársela en los pantalones. Es entonces cuando veo a Rush cortando las bridas de Sully. Benny yace inmóvil en el suelo de hormigón, con su sangre derramándose lentamente a su alrededor. No parece que pueda apartar la vista de la mancha roja que se extiende.

Sully corre hacia mí y me levanta en vilo en sus brazos. Dios santo, princesa. Casi me das un ataque al corazón. —Me vuelve a poner en pie y me pasa las manos por los brazos, escaneando mi cuerpo casi frenéticamente—. ¿Estás bien?

—Estaré bien. ¿Tú estás herido?

Me atrae para darme otro abrazo que me estruja los huesos y yo lo aprieto con mis brazos alrededor de su cintura—. Estoy bien. Lo has hecho bien, Lainey. Estoy muy orgulloso de ti.

Rush se nos une con el teléfono en la oreja, murmurando algo demasiado bajo para que yo lo oiga. La cabeza me late con tanta fuerza que anula muchos otros ruidos, lo que me dificulta concentrarme.

Rush se guarda el teléfono en el bolsillo mientras me examina mientras los brazos de Sully siguen envolviéndome. He pedido unos donuts. Quinn me debe una.

Frunzo el ceño. ¿Donuts?

—Bien. Salgamos de aquí de una puta vez. Estoy listo para irme a casa —gruñe Wolf, encabezando la salida del almacén.

—¿Qué pasa con Industrias Gallagher? ¿Qué vamos a hacer con eso? —pregunta Sully.

Rush me mira un momento. Eso depende de Alaina. Pero no tiene que tomar una decisión ahora. Nos he ganado algo de tiempo.

—¿Otro favor para Quinn? —pregunta Wolf.

—Qué va. He soltado a Roisin en sus servidores. Lo va a congelar todo hasta que estemos listos para tomar una decisión. Lo que queda de la junta legítima ya ha sido informada del cambio.

Asiento, agradecida por ello. No sé qué voy a hacer con una empresa que no sabía que existía hasta hace unas semanas. Y no estoy en condiciones de tomar ese tipo de decisión.

—Llévame a casa, Rush.

Él se inclina hacia delante y roza mi cabeza con sus labios—.
Vámonos a casa.

TREINTA Y SIETE

ALAINA

EL VERANO SE PASÓ VOLANDO.

Cuando volvimos de Irlanda, pasé tres días recuperándome en su apartamento. Consistió sobre todo en dormir, comer y asimilarlo todo; y en darles un buen uso a esas duchas de lujo que todos tienen.

Una semana después, esparcimos las cenizas de mi madre en el océano, tal como ella pidió. Celebramos una pequeña reunión solo para nuestra familia y los amigos más cercanos de mi madre. Visité su lápida por primera vez la semana pasada. Está en un bonito cementerio con vistas a unas colinas. Y también hice una para mi padre.

Pasé el resto del verano disfrutando de la vida al máximo. Tiempo con Mary y Maddie; ninguna de las cuales piensa soltar prenda sobre sus líos de verano. Tiempo con las hermanas King cuando estaban por aquí. He aprendido mucho de cada una de ellas y nos hemos vuelto muy cercanas en los últimos meses. Y mucho tiempo con mis hombres. Pasé cada noche con ellos en su apartamento, y muchas, muchas horas en sus camas. Creo que anoche los convencí para encargarse de una cama hecha a medida en la que podamos dormir todos cómodamente.

Realmente experimenté una especie de despertar sexual, y eso encendió en mí un fuego que no veo que se vaya a apagar nunca. No mientras estos tres hombres increíblemente atractivos sean míos.

Después de que Roisin congelara todo lo relacionado con Industrias Gallagher, y de que Rush me ayudara a entender todos los informes que ella nos dio, decidí disolver la empresa. No estaba de acuerdo con la forma en que hacían negocios, y no quiero formar parte de una empresa que Aeron manipuló y utilizó para aterrorizarme. Todavía estoy en pleno proceso, pero creo que, cuando todo termine, voy a donar una buena parte a una organización benéfica local de salud mental.

Aunque mi locura se ha calmado considerablemente, las cosas siguen siendo una locura, pero no del tipo «me van a secuestrar». Más bien del tipo «tengo tres novios que hacen cosas cuestionables». Y, oh, tengo tres novios.

Eso es algo que a veces cuesta creer. Todos los días me siento afortunada de poder decir que son míos, y ese sentimiento no ha hecho más que multiplicarse por diez desde que volvimos de Irlanda.

—Estás muy callada. ¿Anoche hubo buena ración de rabo? —pregunta Maddie mientras arquea las cejas.

—¡Jesús, Maddie!

—¿Qué? —se encoge de hombros—. Tienes tres novios que están buenísimos. Deberías estar recibiendo mandanga cada vez que te das la vuelta. —Su sonrisa es pícara mientras termina de cerrar otra caja.

—¿Acaso hablas por experiencia? —chincho a Maddie torciendo los labios—. ¿Cómo están esos chicos Rossi últimamente?

—*Hombres*. —Maddie suspira—. Son hombres, y están... —Se abanica la cara con dramatismo.

Mary resopla. —Desde el par de semanas que pasaste con Matteo, estás diferente. Más...

—Se llama despertar sexual, Mary. Lo recomiendo encarecidamente. ¿Verdad, Lainey? —Maddie me mira con una ceja levantada y el puño en la cadera.

—Yo no me voy a meter en medio de esto —digo mientras doblo la parte superior de la última caja y la cierro con cinta adhesiva.

Desconecto de los piques de mis primas mientras observo nuestra suite de la residencia que hemos compartido durante los últimos seis años. Habíamos planeado compartirla también durante la universidad, pero he decidido mudarme al apartamento que comparten los chicos. Fue una decisión propuesta por Rush, por supuesto, pero tanto Wolf como Sully estuvieron de acuerdo rápidamente.

Después de pasar con ellos la mayoría de las noches de este verano, la idea de quedarme en mi habitación de la residencia casi siempre me producía una punzada de ansiedad.

Seguiré asistiendo a clases aquí, así que no es que no las vaya a ver nunca. Además, el apartamento no está *tan* lejos. Pero será raro ya no vivir con ellas. La universidad ya les ha asignado otra compañera de cuarto, y hoy es el día en que se muda, así que tengo que sacar el resto de mis cosas.

Todo lo que queda son estas dos cajas. Rush y Wolf ya se llevaron el pequeño remolque de alquiler, y Sully está aquí ayudándome a empaquetar y a mover las últimas cajas antes de que vayamos tras ellos.

El hombre en cuestión abre la puerta con un dedo, con su pelo rubio oscuro cayéndole sobre la frente de esa forma desordenada que me vuelve un poco loca.

—¿Solo estas dos, princesa?

—Sí. Las dos últimas. Ten cuidado, esa pesa. Son todo mis libros —le digo mientras se agacha para cogerla.

Él me lanza una sonrisa arrogante. —Volveré por la última en unos minutos.

—De acuerdo. —Dando una palmadita en la parte superior de la caja cerrada, me giro para mirar a mis primas. Ahora están en silencio, ambas frente a mí con expresiones idénticas de tristeza en sus rostros.

—Te vamos a echar de menos —dicen al mismo tiempo.

Una sonrisa curva las comisuras de mis labios. —Sabéis que me encanta cuando sale vuestra conexión de gemelas.

—Lo sabemos —responden juntas de nuevo. Maddie pone los ojos en blanco con una sonrisa.

—Estoy justo al otro lado de la ciudad. Y seguiremos viéndonos durante el día para las clases, como siempre.

Mary asiente varias veces y me arde la nariz, amenazando con lágrimas. Nos miramos un momento antes de que las tres demos un paso adelante. Nos encontramos en el centro y nos rodeamos con los brazos en nuestro abrazo favorito estilo triángulo.

Una risa acuosa escapa de mis labios. —No sé por qué estoy disgustada. Estoy feliz, incluso emocionada, por mudarme con ellos. Es solo que... solo que voy a echar de menos vivir con vosotras.

—Nosotras también, Lainey. Pero tienes razón. Seguiremos viéndonos todo el tiempo —dice Maddie con un sorbido de nariz.

Un golpe en la puerta abierta interrumpe nuestro momento y, al unísono, nos giramos hacia la entrada. Una chica con el pelo largo color lavanda está en el umbral, con una bolsa de deporte al hombro y una maleta en la mano. Pero lo que capta mi atención es la persona que está detrás de ella.

—¿Diesel? ¿Qué haces aquí?

—Hola, Alaina. Esta es Edie, mi hermana pequeña. —Señala a la chica que tiene delante.

Edie pone los ojos en blanco y entra en la suite con la mano extendida. —Hola. —Maddie es la primera en acercarse a ella, ignorando su mano y dándole un abrazo—. Vale, ya veo. Así que eres de las que abrazan.

Maddie se aparta con una sonrisa. —Desde luego que sí. Soy Maddie, y esta es mi hermana, Mary.

No es hasta que giro la cabeza y miro a Mary que me doy cuenta de que se ha quedado pálida. —¿Estás bien?

—¿Hm? Estoy bien.

—Me alegro de verte, Mary —dice Diesel, con la mirada recorriendo a mi prima de arriba abajo.

Arqueo una ceja y entonces recuerdo. —Es verdad. Vosotros dos pasasteis tiempo juntos a principios de verano.

—No exactamente. —La respuesta de Mary es demasiado rápida, con la voz aguda—. Yo, esto, me he olvidado de una cosa. —Se da la vuelta y casi sale corriendo por el pasillo hacia su habitación, pegando un portazo.

—Vale... —Alargo la palabra mientras me giro para mirar a Diesel. Una sonrisa tuerce sus labios, pero por lo demás, no dice nada.

Sully entra entonces, rompiendo ese momento incómodo. Hacen ese saludo típico de tíos en el que se dan la mano y se abrazan a medias con un gesto de barbilla.

Me giro hacia Maddie y Edie. —Hola, soy Alaina. Encantada de conocerte.

—Oh, lo sé todo sobre ti, chica —dice Edie con una sonrisa burlona.

Ladeo la cabeza. —Cosas buenas, espero.

Se acerca más a mí y baja la voz. —¿Es verdad que tienes tres novios?

El júbilo baila por mis venas mientras respondo: —Desde luego que sí.

Edie silba. —Joder. ¡Enséñame tus trucos!

—¿Lista, princesa? —pregunta Sully desde mi lado. Sostiene la última caja y me tomo un momento para admirar cómo sus músculos tensan su camiseta de The Clash.

—No, en serio. Por favor, enséñame cómo conseguir eso —murmura Edie, con la mirada perdida mientras se queda mirando a Sully.

Lo entiendo. Es un sueño erótico con patas. Probablemente sea bueno que no haya venido antes, cuando Wolf y Rush estaban aquí.

Me río. —Creo que encajarás aquí perfectamente, Edie. Y estoy segura de que nos veremos mucho.

—¡Cuenta con ello!

Salgo del lugar al que llamé hogar durante los últimos seis años con el corazón ligero y una sonrisa agrisada.

Estoy lista para la próxima aventura que la vida me depare. Sé que con los tres chicos Fitzgerald a mi lado, va a ser un viaje asombroso.

EPÍLOGO

—¡ENHORABUENA, promoción graduada! Para mí es un auténtico placer ser el primero en desearos la mejor de las suertes en todos vuestros proyectos futuros. Y que utilicéis todos los conocimientos que habéis adquirido para vivir una vida larga y próspera.

Desconecto de las palabras del orador invitado. Sinceramente, no me parecen tan inspiradoras. Hoy en día, tengo algo más que me sirve de inspiración.

Dejo que mi mirada deambule por la enorme multitud mientras me limpio discretamente la gota de sudor que me resbala por el lado de la cara. Estos birretes de poliéster son lo peor, y cuando hace más de treinta grados fuera, siento como si tuviera la cabeza metida en un horno.

Allí, sentadas a un lado, están las caras que buscaba. Mary y Maddie están sentadas junto a unas caras conocidas. Tengo ganas de que llegue el año que viene, cuando nuestras posiciones se hayan intercambiado y sean ellas las que se estén asando en estas saunas de poliéster mientras yo las animo desde la grada. Todas esas clases extra dieron sus frutos y me he graduado antes de tiempo.

Los King ocupan una sección entera con su séquito. Las cinco hermanas insistieron en recibir cuatro entradas cada una y, de alguna manera, se las apañaron.

Wolf se recuesta contra el asiento de la grada que tiene detrás, con las piernas muy abiertas. Y Sully les pone mala cara a los que están sentados más allá en el banco, a pesar del amplio espacio que les rodea a todos.

Pero Rush... Rush me devuelve la mirada directamente, con una pequeña sonrisa asomando en sus labios y los ojos brillantes.

Tengo la ligera sospecha de que conoce mi secreto, pero jamás se lo diría a ellos antes de que yo esté preparada.

El orador invitado pide a todo el mundo que se levante y que cambiemos el fleco del birrete de un lado al otro para simbolizar el cambio.

Y con una mano sobre mi vientre ligeramente redondeado, paso el fleco al otro lado.

Estoy lista para comenzar mi próximo viaje y, con Wolf, Rush y Sully a mi lado, sé que va a ser lo mejor que haya vivido jamás. Una clase de amor cósmico de esas que solo ocurren una vez en la vida.

UNA NOTA PARA LOS LECTORES

He llorado un poco al escribir el final al terminar este libro, pero me encanta cómo ha quedado su historia, ¡y espero que a vosotros también! Estos personajes siempre tendrán un lugar especial en mi corazón, y os estoy muy agradecida a todos y cada uno de vosotros por haberme acompañado en su viaje.

No tengo palabras para agradeceros que hayáis dado una oportunidad a una nueva autora y a una nueva serie. Y espero que os quedéis por aquí, ¡porque ya tengo planeada la siguiente serie!

redoble de tambores

¡La serie de Maddie es la siguiente! He dejado algunas pistas a lo largo de la trilogía de Alaina, así que estoy segura de que tenéis una idea de quiénes serán sus intereses amorosos. Es una mezcla de *Gossip Girl* y *Los Soprano*, ¡y ya está disponible en Amazon! ¡Pasad la página para leer un fragmento!

Podéis [leer Gilded Princess](http://books2read.com/gildedprincess) aquí: books2read.com/gildedprincess

Como siempre, mis mensajes directos están abiertos por si necesitáis pasaros por allí para charlar o para, ¡proverbialmente, lanzarme vuestro Kindle! ;)

¡Sería un honor si tuvierais tiempo para dejar una breve reseña de este libro! Las reseñas son el alma de un libro, y os lo

agradecería muchísimo.

xoxo

—pen

iMantente al día!

Apúntate a mi boletín: bit.ly/PensNL

Únete a mi grupo de Facebook, Penelope's Black Hearts

iSígueme en Instagram! [@authorpenelopeblack](https://www.instagram.com/authorpenelopeblack)

iSígueme en TikTok! @penelopeblackwrites

¿LISTO PARA MÁS?

Continúa leyendo para ver un fragmento de

Princesa Dorada:
Las Cinco Familias, libro 1
Disponible ya en Kindle Unlimited

PRÓLOGO

MATTEO

EL SUDOR se me pega a la nuca y bajo los brazos, pero no me muevo para secármelo. Prefiero sufrir el picor persistente que incurrir en la ira de mi padre.

Esta noche está en pie de guerra.

Antes, en la cena, me ha dicho que sacara mi mejor traje de los domingos y que estuviera listo a medianoche. Ha llegado el momento de que asuma mi papel como miembro de nuestra familia. Mamá se ha puesto a llorar, y luego papá se ha enfadado, y han empezado a discutir; lo de siempre.

No entiendo por qué está tan disgustada. Ya tengo edad suficiente para ayudar a la familia, y me vendrá bien aprender a hacer más cosas y facilitarle la vida a mamá.

Además, cuanto más tiempo mantenga el foco sobre mí, de menos tiempo dispondrá mi padre para aterrorizar a cualquier otro.

Así que aquí estoy, asándome con el traje negro que me pongo para ir a la iglesia los domingos, en el despacho de mi padre. El aire se siente pesado en esta época del año, pero el despacho de mi padre no tiene ventanas que se puedan abrir. Todo es madera oscura y alfombras sombrías. Intimidante y carente de luz, igual que él.

Mi tío Abram y mi primo Nico están sentados en las sillas frente a mi padre, que está recostado tras su enorme escritorio de roble. Fuma un puro y observa a los dos hombres que tiene delante; su postura es engañosamente tranquila. Tiene los hombros relajados y da caladas a su puro con naturalidad.

Es un comportamiento que he visto demasiadas veces.

La tensión flota en el aire, tan espesa que casi puedo verla. Papá me ha pedido que me pusiera detrás de él, a la derecha, y que me quedara contra la pared, pasara lo que pasara. No estoy del todo seguro de lo que ocurrirá esta noche, pero no me imagino que sea nada bueno.

El tío Abram se ajusta la corbata y estira el cuello hacia un lado para liberar la tensión mientras el silencio continúa.

Sin decir palabra, papá abre el cajón superior de su escritorio y saca una pistola.

—Los planes de asesinato a medias son para niños. En esta familia, se actúa como un hombre. Así que, que esto te sirva de lección, hijo. Si quieres ser el rey, tienes que matar al rey.

Abro mucho los ojos mientras miro alternativamente la pistola que mi padre ha puesto sobre el escritorio y a mi primo. Él es ocho años mayor que yo, así que no es que hayamos crecido precisamente juntos, pero siempre lo he admirado. Siento las palmas de las manos pegajosas y reprimo el impulso de secármelas en los pantalones. Sé que odia que me inquiete.

—¿Entiendes por qué esto es necesario? —Papá me mira por encima del hombro, esperando mi respuesta.

Asiento, aunque no lo entiendo. El recuerdo de cuando papá me obligó a ver *El Padrino* hace años cruza mi mente. Me dijo que esto es lo que debía esperar de nuestra familia y, en aquel momento, pensé que estaba siendo sarcástico.

Me equivocaba.

Se gira hacia el tío Abram. —La elección es tuya, hermano. O tú o él.

Si está sorprendido, el tío Abram no lo demuestra. Le devuelve la mirada a papá, sin pestañear. —Ya conoces mi elección, Angelo. —Se vuelve hacia Nico—. Te quiero, hijo. Pase lo que pase.

Papá asiente dos veces antes de coger la pistola y apuntar al tío Abram. Dispara dos veces. El cuerpo del tío Abram se sacude violentamente, volcando la silla.

Doy un respingo con cada estruendo del arma, incapaz de reprimir mi impacto.

Cambia la posición para apuntar a Nico. Sus ojos parecen platos, inyectados en sangre y muy abiertos.

—Tío Angelo, por favor. N-n-no hagas esto. Mi padre...

Un disparo desgarrar el aire.

Los ojos de Nico brillan con las lágrimas, con la mandíbula desencajada por la incredulidad. Se lleva una mano al pecho y sangre de un rojo brillante brota de entre sus dedos.

Otro disparo le da entre los ojos, y la cabeza de Nico se echa hacia atrás en un movimiento rápido y violento.

—No doy segundas oportunidades. —Sus palabras son lentas y contemplativas, como si se estuviera preguntando si hay previsión de lluvia para hoy.

Me muerdo el labio con la fuerza suficiente para hacerme sangre, desesperado por contener mi miedo. Cualquier cosa con tal de que el foco de mi padre no se pose en mí.

Es egoísta. Una maniobra de cobarde. Pero a los doce años, sé que no puedo ganar contra él.

Aún no.

OTRAS OBRAS DE PENELOPE BLACK

LA HERMANDAD

Wolf

Rush

Sully

LAS CINCO FAMILIAS

Princesa Dorada
